

La Etiqueta del Amor

MINERVA SPENCER

bajo el nombre de

S.M. LAVIOLETTE

La Academia del Amor

LA ETIQUETA DEL AMOR

Minerva Spencer bajo el nombre de
S.M. LaViolette

CONTENIDO

Página del título
Copyright
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

COPYRIGHT

Primera versión en inglés:
The Etiquette of Love
Copyright © 2021 Shantal M. LaViolette

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna manera o por ningún medio, incluido su fotocopiado, grabación u otro medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa por escrito del editor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en críticas literarias y otros ciertos usos no comerciales permitidos por los derechos del autor. Para permisos por escrito, escriba al editor dirigiendo el mensaje con "Attention: Permissions Coordinator", a la dirección arriba indicada.

La imagen o imágenes de la portada del libro son de una persona o varias que son solo modelos, y no hay intención de que sean el retrato de ningún personaje o personajes del libro.

Si ha adquirido este libro sin portada, debe saber que este libro es un objeto robado. Ha sido reportado como "no vendido y destruido" al Editor y el Editor o la Autora no han recibido ningún pago por este libro "mutilado".

Cualquier referencia a eventos históricos, personas reales o lugares reales se usa de manera ficticia. Los nombres, personajes y lugares son producto de la imaginación de la autora.

Photo stock de Period Images

PRÓLOGO

Torrance Park

1796

"Despierta, Pajarito. Despierta…"

Winifred creyó que era un sueño, y grandioso además. Era la voz de su hermano Piers, y él era la persona que ella amaba más de todo el mundo. Aunque Piers le había dicho que nunca le dijera eso a Wareham o a la Nanny, porque sería herir sus sentimientos si ninguna de esas dos personas supiera que no eran las favoritas de Winifred.

"¿Winifred?"

El sonido de su nombre la sacó de su sueño placentero. Piers casi nunca la llamaba así, siempre era Pajarito.

Winifred abrió los ojos y parpadeó. Había mucha oscuridad.

"¿Es tarde, Piers?" preguntó ella, apoyándose en los codos.

Los dientes de su hermano brillaron en la oscuridad. "Es tan tarde ya que es temprano, Pajarito".

"¿Has venido a llevarme a ver a los cisnes otra vez?" La última vez en que Piers la había despertado antes del alba, habían llevado un cesto de comida de la Cocinera y se habían marchado al lago donde Piers le había enseñado el nido de los cisnes y los cisnes pequeños. Pero eso había sido cuando Mamá y Papá habían estado vivos todavía. Winifred le había contado a sus padres lo de los cisnes cuando regresó a casa aquel día y la habían dejado cenar en el comedor con las personas mayores, con Piers y Dicky, y había sido uno de los mejores días de su vida.

Esos son polluelos, Pajarito, igual que tú. Y un día crecerás hasta llegar a ser tan hermosa como esos cisnes. Piers había señalado al

cisne madre, que de repente había decidido flotar hacia ellos a toda velocidad y luego había salido del agua para perseguirles corriendo, graznando y siseando con la cabeza gacha.

Piers había agarrado a Winifred entre los brazos y corrido, los dos riendo ante el torpe andar del animal en tierra, cuando había sido tan grácil en el agua.

Piers sacudió la cabeza. "Esta noche no vamos a ver a cisnes, Pajarito".

Winifred tensó el vientre ante la sonrisa de su hermano. Aparentemente, era su sonrisa de siempre, pero incluso ella podía ver más allá de la superficie; Piers estaba *triste*.

"¿Ocurre algo, Piers?"

"Me voy. Esta noche".

"¿Como Mamá y Papá?", preguntó ella con una voz alta y aterrorizada.

"No, no, calla", la calmó él cuando ella no pudo evitar la lágrima que se le deslizaba por la mejilla. "No llores, ¡no llores nunca por mí, Pajarito!", dijo él con ferocidad. "No me muero como Mamá y Papá, solo me marcho".

"¿Pero volverás?"

Él titubeó, apretándole la mano con tanta fuerza que le dolía, pero Winifred no se quejó. "Volveré, pero puede que tarde, mucho, mucho tiempo. Mientras me esperas, no creas lo que digan de mí, Pajarito. Nunca creas sus mentiras".

"No lo haré, Piers. Te prometo que nunca lo haría".

"No le cuentes a nadie que me has visto esta noche. Esto es un secreto entre tú y yo".

"No se lo contaré a nadie". Ahora lloraba desconsoladamente sin poder ocultarlo. "¿Enciendo una vela para ti, de la manera en que hacen las familias de los marineros, para que puedas encontrar el camino a casa?"

Él rio de una manera que sonaba quebradiza y rota. "Eres demasiado pequeña para jugar con fuego".

"Nanny me la puede encender".

"Sí, haz eso. Pídele a Nanny que la encienda. Y un día, me guiará a casa". Tomó la carita de ella en ambas manos y la besó en la frente. "Tú eres lo único que me arrepiento de dejar atrás. Te quiero, Pajarito".

Y entonces su hermano mayor, su protector, caballero andante, héroe, amigo y compañero, todos en uno, desapareció.

Winifred nunca le contó a nadie la visita de Piers, ni a Nanny ni a Dicky, el único hermano que le quedaba ahora. Quería a Dicky, por supuesto, pero él no era como Piers. Dicky había cambiado después de la muerte de Papá y Mamá. Se había convertido en el Conde de Wareham como había sido el padre de ellos, y no jugaba con Winifred como había hecho antes.

"Tu hermano ahora es Wareham. No es un muchacho al que se le pueda molestar con tus infantiles peticiones, milady", le había regañado Nanny cuando Winifred le preguntó por qué Wareham era tan serio.

De manera que nunca se lo contó a nadie. Pero todos los días esperó el regreso de Piers.

Los días se convirtieron en semanas y los meses en años, y aun así, ella le esperó. Al principio, Nanny colocaba una vela ante la ventana para Winifred, pero pronto, ella tenía edad suficiente para hacerlo ella misma.

Habían pasado casi cuatro años cuando Dicky fue a la habitación de los niños para verla un día. "Tengo una sorpresa para ti, Winny". Su hermano ya no tenía la expresión ensombrecida y atormentada que había tenido durante años después de la muerte de sus padres. Se había convertido en el Dicky de cuando ella era muy pequeña, riendo y jugando y celebrando fiestas en casa para todos sus amigos en el verano. Tenían salidas en barca y concursos de tiro al arco abajo en el lago, y todo era mágico. Lo único que habría hecho que su vida fuese mejor era que Piers estuviera también. Pero ella no le

preguntó nada sobre Piers porque eso le entristecía, y también le enojaba un poco.

"¿Qué clase de sorpresa, Dicky?"

"Tengo una hermana nueva para ti".

"¿Tú… tú vas a traer un bebé a casa?", preguntó Winifred, tan emocionada que tartamudeaba.

Dicky rió. "Pronto, espero. Por hermana, quería decir mi prometida, la Srta. Sophia Telford".

"Oh", dijo Winifred, incapaz de ocultar su decepción.

Pero Dicky ni siquiera se dio cuenta. Sino que fue hacia la puerta y la abrió. Un momento más tarde acompañó a una mujer hermosa que entró, su cara brillando de orgullo. "Esta es Sophia, Winny. Sophia, esta es mi hermana, Winifred".

Winifred hizo una reverencia como le había enseñado la Srta. Tower, su institutriz.

"¡Qué encantadora!", dijo la Srta. Telford. Era hermosa, como una princesa de las hadas, con rizos rubios y enormes ojos azules. "Estoy tan emocionada de tener a una nueva hermanita". Le sonrió a Winifred, pero la sonrisa no le llegó a los ojos e hizo que Winifred se estremeciera; no era una sonrisa verdaderamente amistosa.

Las cosas cambiaron en el transcurso de los meses después de la boda de su hermano. Al principio fueron cosas pequeñas, como Winifred no teniendo permiso para desayunar con Dicky ya.

"El salón de los desayunos es para los mayores, Winifred. Tú deberías estar arriba en el cuarto de los niños con tu institutriz", le había dicho Sophia.

Dicky había estado sentado justo a su lado, y había sonreído y asentido con la cabeza. "Estarás más a gusto allí arriba, Winny".

Las cosas pequeñas se convirtieron rápidamente en cosas grandes y desagradables.

"No deberías llamar a tu hermano *Dicky,* Winifred", le dijo Sophia una tarde. Esta vez eran ellas dos a solas.

"Pero siempre le he llamado eso".

La expresión fría que había empezado a temer apareció en los ojos como joyas de Sophia. "Es Wareham ahora y se merece tu respeto como conde que es. Quieres mostrarle a tu hermano el respeto adecuado, ¿verdad?"

Dicho de esa manera…

Winifred asintió con la cabeza y dijo: "Sí, Sophia".

La primera vez en que ella le había llamado Wareham a su hermano, él se rió y le tiró de la trenza. "¿Qué es esto, Winny?", bromeó él. "¿Por qué tan formal?"

Sophia había estado presente esa vez. Winifred había visto la mirada vigilante de su cuñada y el brillo de advertencia en sus ojos, así que se había limitado a cerrar los labios y sonreído.

Y nunca había vuelto a llamar a su hermano por su apelativo cariñoso.

Cuando cumplió diez años, Sophia organizó una fiesta de cumpleaños para ella, aunque no invitó a Nanny, la Srta. Tower, o Gilly y Andy, los hijos del maestro del establo. "No son amigos adecuados, Winifred; son criados", explicó Sophia en su tono de voz suave que Winifred odiaba. "No deberías estar jugando con los hijos de los criados, eres demasiado mayor ahora. Y pronto Nanny y a Srta. Tower se marcharán".

"Esto, Sophia, querida, quizás ahora no sea el mejor momento para decirle eso a Winny", había dicho Wareham, viniendo a quedarse parado detrás de su esposa con una expresión apenada en la cara.

"¡Claro que lo es! Winifred es una niña grande".

Winifred miró a su hermano.

Wareham se ruborizó; su sonrisa era forzada. "El mes que viene te marchas al colegio, ¿a qué es emocionante?"

Cuando ella no respondió con suficiente rapidez, Sophia dijo: "¡Claro que será emocionante! Vas a conocer a niñas nuevas, señoritas adecuadas, no los hijos de granjeros y criados".

"Sophia…", dijo Wareham en tono de protesta, riendo de manera incómoda.

Quizás fue la expresión de su hermano lo que envalentó a Winifred, por una vez, porque habló. "No quiero irme, Di… Wareham".

"¿Quizás podríamos esperar un año más?", dijo Wareham mirando a Sophia.

"Pero, mi amor, su plaza ya ha sido reservada".

Wareham había arrugado el entrecejo. "Oh, bueno…"

Winifred supo entonces que su hermano nunca, jamás, se pondría de su parte.

Así que se había ido al internado. Y cuando regresó a casa en las vacaciones de Navidad, se alegró de poder escapar de vuelta al colegio cuando se terminaron las vacaciones.

Todo había cambiado. Todo.

Pero Winifred descubrió que las cosas siempre podían cambiar más todavía.

Cuando cumplió los diecisiete, Sophia y Wareham le hablaron de nuevo.

Su hermano sonrió de esa manera incómoda que parecía guardar solo para Winifred.

No era sorprendente que Sophia hablara por los dos. "Mi primo, el conde de Sedgewick, le ha pedido permiso a Wareham para hacerte la corte. ¿Te acuerdas de Sedgewick, verdad, Winifred?"

"Sí". El conde había visitado la casa numerosas veces, pero no se había fijado mucho en Winifred hasta estas últimas vacaciones. Era mayor, más viejo que Wareham, pero no se podía negar que era vistoso y apuesto. Sonreía y reía mucho y había un brillo en sus ojos que hacía que ella sintiera un hormigueo extraño en el vientre. Y más abajo.

Winifred *no* quería casarse con él. O con nadie más.

Aunque sabía que era inútil, se volvió hacia Wareham. "¿No iba a ir a Londres para la siguiente Temporada?"

Wareham abrió la boca.

"No puedes esperar suscitar el interés de un caballero más respetable y adorado que mi primo", dijo Sophia, con ese brillo en los ojos que Winifred odiaba.

"Querida", empezó a decir Warehamm, su mirada yendo de su esposa a Winifred mientras se percataba de la tensión entre las dos, quizás por primera vez. "¿Podría Winifred llegar a su decisión sobre Sedgewick con más seguridad *después* de la Temporada?"

El rostro hermoso de Sophia se endureció y Winifred sintió una repentina, casi incapacitante revulsión ante el pensamiento de que su hermano, que había sido tan magnífico en el pasado, ahora reducido por las implacables manipulaciones de Sophia.

"Me siento halagada por el interés del conde", dijo deprisa, mirando la expresión plana y decidida de Sophia con su propia mirada similar. "Tienes razón, Sophia… como siempre"

Los ojos de Sophia habían brillado con un mal disimulado triunfo. "Él es el conde de Sedgewick, Winifred. Si te casas con él, serás una condesa. Igual que yo". Soltó una risita femenina que hizo que Wareham sonriera.

Winifred se sintió nauseada.

Apenas un mes más tarde, estaba comprometida en matrimonio. No solo no habría ninguna Temporada, sino que Winifred no volvería al colegio para su semestre final tampoco.

"No tiene sentido eso, ahora. Todas las otras chicas estarán envidiosas de tu éxito… "¡Matrimonio sin una temporada!", había dicho Sophia. Y su palabra siempre era la ley.

La noche de su cena de compromiso, encendió una vela como hacía cada noche, aunque Wareham le había dicho hace años que Piers había muerto en un naufragio. Ella sencillamente no podía creer que eso era verdad. Cuando colocó la vela en el cuarto de los

niños, Winifred rezó su oración de siempre para que regresara a salvo. Y entonces rezó porque pasara algo nuevo.

"Me voy a casar, Piers. Debería estar agradecida", susurró ella, repitiendo las palabras de su cuñada en una voz hueca, hipnotizada por la llama pequeña. "Sophia dijo que no hay razón por la cual tener una gran ceremonia en Londres, así que la boda se celebrará en la iglesia del pueblo. No habrá tiempo para invitar a mis amigos porque será muy pronto", se lamió los labios secos. "Muy pronto". Su voz se quebró en la última palabra. "Si vas a volver a casa algún día, Piers, ahora sería un buen momento".

Pero Piers no regresó al día siguiente. Ni el siguiente. Ni en las semanas y meses que vendrían.

Cinco meses, dos semanas y un día después de su boda, Winifred dejó de colocar velas en la ventana.

Ni volvió a rezar por el regreso seguro de su hermano. De hecho, dejó de rezar totalmente.

Porque las oraciones no eran más que esperanzas materializadas en palabras y los sueños eran para niños.

CAPÍTULO 1

Doce años más tarde

El salón de baile de la duquesa de Chorley

Londres

La quiero a ella.

El pensamiento intempestivo sacudió a Wyndham Fairchild, Duque de Plimpton, hasta la médula de su ser normalmente imperturbable. No era el pensamiento en sí lo que le aturdió; había estado, después de todo, interesado en la Condesa de Sedgewick, viuda ahora, desde hacía varios años, pero el fervor de su deseo le dejó atónito.

Si alguien le hubiera preguntado si era capaz siquiera de sentir una emoción tan feroz, aparte de orgullo y obligación, por supuesto, se habría burlado.

Y sin embargo, Plimpton estaba parado, en el centro de la sala de baile de la duquesa de Chorley, deseando *ferozmente* a una mujer por primera vez en décadas.

Qué… fuerte.

No era orgullo decir que él nunca perseguía a nadie; las mujeres siempre le perseguían a él.

Cecily no te persiguió…

Eso era verdad. Cecily era la sola y única vez en que Plimpton había perdido la cabeza por una mujer. Pero había sido un muchacho en ese tiempo, una persona completamente distinta. Un hombre mucho más joven y confiado.

En todos los años del matrimonio desastroso de Plimpton, y unos pocos años después de la muerte de su esposa, rara vez había sentido más allá de una chispa de interés por ninguna mujer. Nada que se pareciera ni de cerca al deseo desatado que ahora mismo le surcaba el cuerpo.

Había tenido amantes, claro, realizando la rutina de elegir de entre los señuelos femeninos que se lanzaban hacia él, pero solo se había dedicado a los amoríos para satisfacer sus necesidades corporales, nunca ninguna necesidad emocional. Una pequeña parte de su ser nunca había podido dejar de pensar si es que había una mujer en toda Inglaterra que pudiera suscitar algo más que una breve lujuria en él.

No se oponía a enamorarse, o incluso sentir deseo; solo era incapaz de sentir semejante emoción. El amor, al menos la clase que un hombre sentía por una mujer, ya no tenía lugar en su corazón. Y como una planta muerta desde hacía mucho, no había posibilidad de que enraizara de nuevo.

Veinte años de matrimonio se habían encargado de eso.

La escarcha inicial mortífera había sido el odio de Cecily por él. El odio de su esposa bastó para ennegrecer el tallo y las hojas, casi acabando con su capacidad para amar para siempre..

Luego, la esperanza, en forma de niño, le había revivido. Pero ver a tres hijos morir, uno detrás del otro, no solo había arrancado a la planta frágil de cuajo, le había dejado el corazón como una tierra baldía, la tierra salada y estéril.

Plimpton sintió una leve diversión ante la metáfora dramática y mezclada que había c construido. ¿O era un símil? Que le zurzan si lo sabía. Tenía que haber prestado más atención a sus estudios cuando había sido colegial.

De cualquier manera, sus pensamientos, dramáticos o no, se habían desviado. Lo que actualmente sentía por Lady Winifred Sedgewick no era amor o afecto siquiera. Deseaba, de la manera más descarnada y directa, tumbarla en una cama y desnudarla y

follarla hasta que su manera fría y distante se quemara, dejando ver la criatura sensual que vivía tras su máscara.

El porqué Plimpton creía que ella era capaz de sentir semejante pasión era algo que él desconocía. Seguramente sueños de deseo suyos.

"… se subastará esta semana, Plimpton. ¿Hará una oferta?"

Al oír su nombre, Plimpton dejó de mirar a Winifred con desgana y se volvió hacia el Barón de Creighton. El hombre le miraba fijamente con ojos saltones de color marrón.

"Quizás", dijo Plimpton evasivo, sin tener ni idea de lo que Creighton le había preguntado.

El barón gruñó y asintió con la cabeza. "Sí, supongo que lo último que necesita es otro par dados sus famosos caballos grises. Eran de su hermano, ¿cierto?"

"Sí", dijo, vagamente irritado por tener que hablar acerca de los caballos de su hermano Simon cuando lo único que quería hacer era sopesar la repentina llama de emoción que acababa de sentir. Y la mujer que lo había suscitado. ¿Por qué diablos estaba tan interesado de repente en Winifred después de todos estos años?

"¿Pero no era que ha presentado su semental hace unos pocos años?", preguntó Creighton.

"Sí, eso es cierto. Este par es de mis propios establos y son de los primeros que vinieron de Charger, hace unos años".

"¡Buen animal, Charger! ¿Ya no lo estás usando para crianza?"

"No". El semental más veterano de Simon tenía casi veinte años y pasaba sus días pastando y descansando de manera espléndida. A Plimpton no le importaría un futuro así.

"Una pena", dijo Creighton de manera cansina. "Ofrecí una fortuna por Loki hace unos meses, pero Simon no aceptó".

Plimpton, que había escuchado todas las quejas de Creighton sobre el tema de los caballos de Simon hace tiempo ya, se limitó a mover la cabeza. Su hermano menor había criado caballos durante años antes de unirse al ejército y había reanudado su afición en

cuanto se recuperó de sus lesiones de guerra. Desde que se embarcó en su proyecto de crianza de caballos hace dos años, Simon había multiplicado por cuatro el tamaño de sus establos. Criar caballos era lo que hacía que vivir mereciera la pena para Simon.

O al menos eso había sido hasta que se casó con la famosa retratista, Honoria Keyes. Lo que había empezado como un matrimonio de conveniencia, orquestado por Plimpton y algo en contra de la voluntad de la pareja, se había convertido rápidamente en un emparejamiento por amor.

Ahora que la esposa de Simon le había asegurado al ducado un futuro al producir un hijo, Plimpton ya no se metía con la afición que requería tiempo y era cara de su hermano. Ciertamente, se alegraba de que Simon hubiera dejado de quejarse por su futuro como heredero de Plimpton y se había habituado a una vida de terrateniente felizmente casado en el campo.

Plimpton no tenía intención de morir en ningún futuro próximo, a pesar de su roce con la muerte hace apenas dos años, pero no había podido descansar hasta asegurarse de la sucesión.

Siempre supuso que cuando arreglara ese asunto, podría empezar por fin a vivir su propia vida. Pero entonces Plimpton hizo un descubrimiento chocante: no tenía vida. Al menos ninguna fuera del ducado. No era más que una colección de obligaciones y responsabilidades.

Era un duque. Solo eso.

Oh, tenía su familia, su madre, su hija Rebecca, Simon y Honoria y su hijo Robert, pero aparte del Conde de Wareham, Plimpton tenía muy pocos amigos verdaderos. Tenía numerosos conocidos y estaba su amante, aunque se había empezado a cansar de las indirectas incesantes de Evangeline acerca del matrimonio y tendría que terminar la relación pronto, una perspectiva que no le llenaba de gran remordimiento.

Iba de caza, boxeaba, hacía esgrima, asistía a sus clubes cuando estaba en Londres y hacía vida social en la serie de eventos de rigor, pero disfrutaba cada vez menos con todas esas actividades. Eran, se

dio cuenta infeliz, solo maneras de llenar su tiempo hasta que algo mejor y más satisfactorio apareciera.

Plimpton sonrió levemente; por lo visto, sentir deseo por la condesa viuda de Sedgewick era como tenía intención de pasar su tiempo libre.

Creighton empezó a parlotear sobre las proezas de su hijo más joven en Eton, y Plimpton dejó que su mirada vagara de vuelta a Lady Sedgewick.

Sedgewick. Plimpton arrugó el entrecejo ante el nombre. La verdad era que nunca podía pensar en ella con otro nombre aparte de *Winifred*, la hermana de su amigo Wareham. Desde luego que no le gustaba pensar en la hermosa mujer al otro lado del salón como la esposa de ese maldito pervertido de Sedgewick. Que ese hombre se muriera debió ser una bendición para ella, y Plimpton podía entender por qué ella nunca se había vuelto a casar.

Su hermano, sin embargo, no era tan comprensivo.

"Todo lo que quiero es que Winnyy se vuelva a casar", Wareham le había dicho quejándose a Plimpton más de una vez. "No es natural que una mujer viva sola".

Bueno, su amigo estaría encantado cuando descubriera las intenciones que Plimpton albergaba hacia Winifired. Aunque Warehem seguramente le daría un puñetazo en la cara a Plimpton si pudiera ver las cosas que se imaginaba hacerle a su hermana ahora mismo.

Plimpton sabía que su comportamiento era incorrecto y seguramente estaba llamando la atención, pero no podía dejar de mirar a Winifred. Había pasado mucho, mucho tiempo desde que él hubiera querido algo a alguien tanto.

No desde Cecily, la voz cansina en su cabeza le señaló.

Mi antiguo amor de colegial por Cecily y mi deseo actual por Winifred no son la misma cosa.

Ciertamente, mientras que su ardor por la condesa fría era sorprendentemente caliente, no estaba sostenido por una

infatuación infantil, bueno, *obsesión*, que había sentido por Cecily.

El hecho de que sus sentimientos por Winifred fueran tan diferentes de lo que una vez sintió por Cecily no era raro. Después de todo, un hombre de veintiún años y uno de cuarenta y dos eran tan distintos que eran criaturas totalmente diferentes. O al menos, eso eran en el caso de Plimpton. Veinte y pico años casado con una mujer que le odiaba, eran suficientes como para cambiar a cualquiera.

Apartó ese pensamiento desagradable y prestó atención a Winifred.

Y la miró directamente a los ojos. No podía ver su color desde esta distancia, pero sabía que eran de un magnífico color gris plateado.

Sus labios bien formados se curvaron hacia abajo y ella apartó la mirada de él de inmediato.

Plimpton casi sonrió.

Te odia.

Odio era una palabra demasiado fuerte. Pensó en la palabra desagrado, con ramalazos contundentes de temor y suspicacia; era más probable. Winifred asoció a Plimpton con su hermano, y esa no era una asociación positiva dado que no había hablado con Wareham desde hace casi ocho años.

Plimpton sospechaba que Winifred le ignoraría por completo si no fuera por el hecho de que su hermano Simon se había casado con su buena amiga y compañera de casa, Honoria. Solo debido a esa tenue conexión, Winifred le toleraba. A duras penas.

Su máscara pública estaba firmemente en su sitio, pero Plimpton, que también era una persona que guardaba las distancias con el mundo, podía leer sus pensamientos casi tan fácil como los suyos.

¿Podía ella ver los pensamientos de él tan claramente? ¿Era eso la razón por la que le evitaba como si fuera una rata propagadora de

la plaga? ¿Sospechaba ella del deseo que sentía él por ella y los planes que se habían desarrollado rápidamente de ese deseo?

Oh, él nunca le haría daño, por supuesto. Pero ella ha tenido la mala fortuna de atraer la atención de él hacia ella, un interés que iba mucho más allá de meramente tomarla como amante. No, le gustara a Winifred o no volver a casarse, lo haría.

Ella sencillamente no lo sabía todavía.

El hecho de que ella nunca le hubiera dado un heredero a Sedgewick no le importaba nada a Plimpton. Él se había pasado las dos primeras décadas de su vida adulta consumido por el asunto de un heredero. El asunto ahora se había resuelto de manera satisfactoria.

Esta vez, se casaría por placer, no porque su padre hubiera elegido a su novia y no porque tuviera que conseguir que su esposa le diera un heredero lo antes posible. Y esta vez lograría conocer a su futura esposa en lugar de meramente venerar su linda presencia desde lejos, como había hecho con Cecily.

Aunque sus intenciones incluían disfrutar de la hermosa cara y cuerpo de Winifred también.

Mientras Creighton seguía parloteando y Winifred miraba a cualquier parte menos a Plimpton, él se permitió el lujo de disfrutar con la persona de su futura esposa.

Ella era levemente más alta que la media y su silueta era más bien esbelta que escultórica, su porte tan rígidamente orgulloso como el de una reina. Su rostro era delicadamente oval con rasgos equilibrados, tan cercanos a la perfección como hubiera visto nunca. Su faz llamativa se coronaba con cabello de color rubio ceniza que había sido peinado de manera brutal en una ordenada corona casi puritánica. Se notaba claramente debido al espesor de la trenza gruesa que le llegaría el cabello hasta las caderas si se lo desatara.

Era pálida, tanto que él sabía que las tenues líneas azules de las venas serían visibles bajo la piel fina de sus sienes si estuviera así de cerca de ella. El cabello tan claro y su piel deberían ser insípidos, pero se salvaba de eso por sus labios de color rosa coral, el labio

superior tan provocadoramente como el de una gatita que la boca de él deseaba mordisquearla, chuparla y besarla.

Esa boca, su labio superior por sí solo, habría bastado para caldear su imaginación erótica, pero sus inusuales ojos de color gris plateado eran el broche final para la fascinación de él por ella.

La atracción de Plimpto por ella había sido instantánea en el baile de compromiso del conde de Avington hace casi dos años y se había intensificado cada vez que la volvía a ver. Había estado hirviendo bajo la superficie desde hacía meses. Y esta noche ardía de manera absoluta.

La última vez en que Plimpton la había visto antes del baile de Avington, había sido hace más de una década, cuando había acudido a una fiesta en la casa de Wareham y su esposa en el campo, Torrance Park. Plimpton no había visitado a su amigo a menudo después de que se casara porque le había desagradado sobremanera Lady Wareham, que había sido una mujer manipuladora y astuta.

En esa época, Winifred había estado en casa durante las vacaciones académicas y no tendría más de trece o catorce años, una niña todavía. Había estado siempre; había estado en la periferia de la vida de Wareham, su hermana pequeña curiosa y pesada que seguía a Wareham de aquí para allá como un cachorro de perrito.

Por lo menos eso había sido así hasta la última vez. Plimpton se había quedado sorprendido ante el cambio en la chica. No parecía para nada la persona feliz y exuberante que había sido. Había estado… sumisa y reprimida. Diez minutos en su presencia, con Lady Wareham, le habían hecho ver la razón del cambio drástico en la personalidad de Winifred: a la condesa de Wareham no le gustaba la hermana pequeña de su marido.

Desgraciadamente, Wareham había estado tan enamorado de su esposa que no se había fijado en cómo estaban las cosas entre la condesa y Winifred.

No había sido asunto de Plimpton, así que había mantenido la boca cerrada. Incluso ahora, años más tarde, no se arrepentía por

no haber dicho nada. Wareham había estado loco por su mujer entonces y, si Plimpton hubiera dicho cualquier cosa, por poco crítica que fuera acerca de la mujer, eso habría sido el punto final a su amistad. No fue hasta mucho más tarde cuando Wareham entendió finalmente lo que era su esposa. Para entonces, había sido demasiado tarde para él rescatar su relación con Winifred.

No era sorprendente, pero la chica guapa se había convertido en una mujer insuperablemente hermosa, la edad añadiendo sombras misteriosas y profundas a sus rasgos bellísimos.

Plimpton no podía negar que había sido primero su llamativa presencia lo que le había arrebatado. Pero había sido su reserva silenciosa y digna lo que le había cautivado.

Durante años, él había escuchado que los jovenzuelos la llamaban la *Condesa de Hielo.* Tenía que reconocer que el mote irrespetuoso le iba como anillo al dedo. No solo era su apariencia lo que le había granjeado ese mote, sino que bastantes hombres habían hecho ofertas por ella, no solo carta blanca, sino matrimonio, y ella les había rechazado a todos. O al menos las ofertas de matrimonio. Si tenía o no amantes era otro asunto. Algo que él no quería considerar.

Wareham también era consciente del interés que suscitaba su hermana. Brevemente había considerado imponerse y obligar a Winifred a volver a casa después de la muerte de Sedgewick. "¡Cielos, Plimpton! No puedo dejar que una chica, porque eso es lo que es Winny, aunque sea una viuda, viva por su cuenta y tome sus propias decisiones. Va a mancillar el apellido de la familia en menos de dos semanas si la dejo".

Plimpton *había* hablado entonces. "Si obligas a tu hermana a que vuelva a tu casa, la perderás para siempre, Wareham". Lo que realmente había querido decir era que seguramente la esposa arpía de Wareham seguramente haría que Winifred hiciera algo desesperado si se veía obligada a vivir con ellos.

La discusión que había seguido después de sus palabras había sido ardiente y fea y le había convencido de nunca volver a interferir.

Pero Wareham le había dado su libertad a Winifred, así que seguramente había visto el mérito de los consejos de Plimpton, aunque no le gustaran. Su amistad se había tensado tanto por esa conversación que Wareham no le había dirigido la palabra durante casi seis meses después.

Wareham podría estar furioso porque su hermana se había convertido en profesora de un colegio de niñas, pero eso no había perjudicado su reputación. Al igual que Plimpton, el conde de Wareham tenía una reputación impecable y un escándalo tan leve no lo había mancillado.

Oh, estaba ese asunto antiguo del medio hermano ilegítimo de Wareham, Piers Cantrell. Pero eso había ocurrido hace tanto tiempo que poca gente, más allá de una docena de nobles que habían estado en Torrance Park en su momento, se acordaba del escándalo.

Plimpton solo lo sabía porque él había sido una de las personas que estuvieron allí. Wareham había sido su amigo más cercano y le había ayudado a arreglar el desastre que Cantrell había dejado.

Winny, como Wareham llamaba a su hermana pequeña, había sido una cría de cuatro o cinco años en aquel tiempo. Se le había partido el corazón cuando se enteró de la desaparición de Cantrell, y había llorado. Mucho.

Él vio poca evidencia de esa niña triste en la altiva condesa de ahora.

Plimpton sospechaba que la sólida capa de hielo tras la cual se escondía, había empezado a formarse entonces. Se habría engrosado de manera considerable durante su desgraciado matrimonio con Sedgewick.

Sedgewick había sido unos pocos años mayor que Plimpton, pero recordaba bien al hombre. Ya desde la edad de diecisiete años, los pies de Sedgewick se habían plantado firmemente en el camino de la disipación y la ruina. Plimpton no era ningún mojigato cuando se trataba de los asuntos sexuales, pero Sedgewick se había dedicado a la disipación que era aceptable para hombres como el

conde de Barrymore, que había sido el cabecilla de la pandilla de Sedgewick.

La vida con semejante hombre, especialmente para una dama de discernimiento y sensibilidad, seguramente sería suficiente como para hacer que una mujer se apartara del matrimonio, y los hombres, de por vida.

Sería obligación de Plimpton cambiar la manera de pensar de Winifred en ese asunto.

Sintió una leve sonrisa en los labios. No, no solo sería su obligación; también sería su placer.

***

Winifred contuvo el aliento cuando el Duque de Plimpton se giró y la miró directamente. Se maldijo a sí misma en silencio por dejar que su mirada se fuera en dirección a él.

El maldito hombre sostuvo su mirada como un imán y el corazón de ella repiqueteó galopando antes de que pudiera retirar la vista.

Infelizmente, su pulso siguió latiendo con fuerza incluso después de dejar de mirarle. Podía haber retirado la vista, pero el duque no. Ella sentía su atención incluso ahora, el calor que de alguna manera generaban ojos que eran tan duros y opacos como el granito, su piel incómodamente caliente y picajosa bajo su vestido de baile.

Freddie había sido consciente del interés del duque de Plimpton por ella desde hacía cierto tiempo ya. Al principio, ella había creído que solo quería los servicios de chaperón para su hija. Porque lanzar en alta sociedad a la hija del duque de Plimpton sería tan ventajoso para ella, no había hecho caso de su juicio, decidido aceptar su petición para patrocinar a su hija. Y, sin embargo, cuando llegó el momento de formalizar el acuerdo, Freddie había mentido y le dijo al duque que ya estaba contratada para ayudar a otro cliente.

La sensación de alivio que la había inundado luego le había convencido de que había tomado la decisión correcta, aunque podía haber sido insensata desde un punto de vista financiero.

Pero luego había recibido una carta de su amiga, Honoria Keyes, que se había casado con el hermano de Plimpton. Honey le había rogado a Freddie a que reconsiderara, como favor para ella, y así, en un momento de debilidad, acordó patronizar a Lady Rebecca. Lo cual quería decir que ahora se veía obligada a lidiar con Plimpton no solo a nivel social, sino en el ámbito de los negocios.

Tenía que haber recapacitado; nunca debió permitir que su amiga le hiciera cambiar de parecer. Porque había algo en Plimpton, un hombre que ella había conocido casi toda su vida, aunque fuera solo levemente, y siempre la hacía sentirse confusa. Y la sensación solo se había acrecentado estos últimos años.

Plimpton había sido, y seguramente seguía siendo, el amigo más cercano de su hermano Wareham, y había estado por casa desde siempre. Freddie tenía vagos recuerdos de Plimpton como un chico silencioso y serio, pero era mucho mayor que ella, que ya estaba casado cuando ella seguía siendo una colegiala todavía.

No le había hablado durante muchos años antes de que el matrimonio de Honey con Simon les hubiera lanzado a la misma compañía. En cuanto ella le miró a los ojos grises y opacos, recordó cómo algo de su mirada directa y nivelada, siempre la había hecho sentirse vulnerable y expuesta, como si él mirase dentro de su mente.

Esa sensación habría sido incómoda pensara lo que pensara. Pero la verdad era que sus pensamientos casi siempre giraban en torno a él cuando estaba cerca. Por mucho que odiaba reconocerlo, había algo en el maldito hombre que la emocionaba, y sí, la excitaba.

Su sexualidad era algo que Freddie había hecho de todo por suprimir después de su breve y miserable matrimonio. Se había convertido en una experta en apagar incluso la chispa más leve de interés antes de que pudiera llevarla a una situación que pudiera darle un placer temporal, pero que acabaría en dolor y vacío.

Durante sus años de docente en la Academia Stefani de Jovencitas, Freddie pudo esconderse de la alta sociedad y evitar

atenciones varoniles. Pero todo eso cambió después de que la academia cerrara y ella se vio obligada a patronizar a mujeres jóvenes en alta sociedad para ganarse la vida. Daba igual si se mantuviera distante de coqueteos y nunca animara atenciones del sexo opuesto; seguía percibiendo destellos de lujuria en los ojos de los hombres, casados o solteros, en todos los eventos de la alta sociedad.

Lujuria no era lo que ella vio en la mirada de Plimpton. O al menos eso no era todo. El duque no se quedaría satisfecho con un revolcón breve en la cama. Y no solo porque su hermano era su mejor amigo.

Freddie sabía, aunque no sabía cómo lo sabía, que lo que ella veía tras la fachada fría e implacable de Plimpton, era la intención de él por convertirla en su esposa.

Intelectualmente, rehuía saber eso. Pero físicamente… ¡Oh, cómo ardía su cuerpo por sentirle!

Y esa reacción la aterrorizaba.

Freddie no quería volver a casarse. Nunca. Pero podía ser tentada por el matrimonio de nuevo; sería seguramente con un hombre que no fuera frío hasta la médula y solo interesado en ella por su linaje.

De alguna manera, ella sospechaba que el duque no estaba acostumbrado a que le dijeran que no.

Freddie sonrió sombría. Iba a ser una nueva experiencia para él.

Ella sintió un hormigueo delator en el lado de la cara, el que no estaba orientado hacia el duque, y repasó el salón de baile buscando su origen. No había mirado mucho rato cuando sus ojos recayeron en un hombre al otro lado de la pista de baile. Inspiró con fuerza. Era ese hombre extraño e incómodo, el que había venido a casa para buscar una maleta de su compañera de casa, Lorelei Fontenot.

Lorelei era periodista y, por lo visto, estaba investigando una historia que le exigía estar fuera de casa durante un periodo indeterminado de tiempo. Y este hombre, el Sr. Gregg, había

actuado como mensajero de Lori por alguna razón. Ella le recordaba bastante bien porque su cara angular y mirada aguda no eran algo que se pudiera olvidar. Ni su actitud arrogante y manera de caminar fanfarrón.

Pero había otra cosa en él, algo que ella no podía identificar claramente…

Freddie apartó ese pensamiento y se enfocó en su presencia en el baile de una duquesa.

No tenía sentido.

Él levantó las cejas y asintió levemente con la cabeza, sus labios curvándose en una sonrisa burlona, como si pudiera seguir el tren de los pensamientos de Freddie.

Por segunda vez en esa noche, dejó de mirar a alguien con rapidez.

Aunque estaba vestido como cualquier otro caballero en la habitación, no era miembro de la alta sociedad. Freddie estaba segura de eso. Habría venido sin invitación a la fiesta. Debería ella decirle algo a…

"Buenas noches, Lady Sedgewick".

Ella giró la cabeza bruscamente y miró al Sr. Gregg con incredulidad, brindándole su mirada más fría. "Creo que no hemos sido presentados".

"Vine a su casa para buscar la maleta de la Srta. Font…"

"Recuerdo esa ocasión", interrumpió ella gélidamente, usando la clase de tono de voz que normalmente apagaba las pretensiones y mandaba a paseo al ofensor.

Pero el Sr. Gregg estaba hecho de otra clase de pasta y solo se sintió algo perplejo por su frialdad durante un momento antes de que su sonrisa apareciera en su rostro anguloso. "Ah, ya veo".

Freddie no le preguntó qué es lo que veía porque no le importaba. Lo único que le importaba era su partida inmediata.

"Por *presentados* usted se refiere a algo más formal", siguió él diciendo, como si ella no le estuviera ignorando y mirando a cualquier otra cosa que no fuera él. "He ofendido las convenciones, ¿verdad?", persistió él. "Lo siento, debí de recordarlo. Pero ha pasado mucho, mucho tiempo".

La poca vergüenza del hombre allí parado parloteando.

Freddie había decidido irse a la mesa de los refrescos cuando la mirada de Gregg se desplazó a algo más allá del hombro de ella y su sonrisa se convirtió en una mueca de desprecio.

"Buenas noches, Winifred".

El pulso de Freddie, que acababa de dejar de martillearle, se aceleró de nuevo al oír su nombre de pila en la lengua de Plimpton, como si tuviera todo el derecho del mundo de usarlo.

Le hizo falta usar todo su control para no girarse y señalar que no le había dado el derecho a usar su nombre. Pero una no recriminaba a un duque, no importa lo mal que se estaba comportando.

Desgraciadamente, una no podía ignorar a un duque tampoco.

Freddie se apartó de un invitado indeseado a otro, haciendo una baja reverencia antes de elevarse para devolver la mirada fría de Plimpton.

"Buenas noches, su Excelencia".

"¿Me hace el honor de concederme este baile?" La mirada del duque repasó al Sr. Gregg; la mirada era igual que la que podría brindarle a un insecto molesto, y luego volvió a ella. El gesto, aunque leve, era tan *propietario* e insultante, como si el Sr. Gregg acabara de hacer una oferta baja por el caballo del duque, que la cara de Freddie se puso al rojo vivo.

¿Cómo se atrevía a interferir como si ella necesitara su protección? Y como si tuviera algún derecho a ofrecerla.

Molesta, Freddie apartó la vista deliberadamente del duque y volvió a mirar al Sr. Gregg.

En lugar de parecer ofendido por el tratamiento del duque, los ojos marrón oscuro de Gregg brillaban con diversión.

De manera insensata, Freddie no tenía ni idea de qué decirle ahora que se había vuelto hacia él. Especialmente ahora que había hecho todo lo posible por apartarle de su lado hacía tan solo un momento. ¿Qué le pasaba a ella? Nunca se comportaba de manera tan impulsiva.

El Sr. Gregg se inclinó de manera sorprendentemente grácil. "Es un placer volver a verla, milady". Sus ojos se desplazaron brevemente hacia el duque y luego volvieron a mirarla. "Iré a verla… Pronto. Cuando lo haga, podemos disfrutar de una larga charla en *privado*". Y luego, de manera sorprendente, le dio un toquecito ligero y afectuoso en la mejilla como si ella fuese una niña pequeña.

Freddie se quedó mirando con incredulidad e indignación cuando él se alejó, sin prisas, como si tuviera todo el derecho a estar en la sala de baile de una duquesa.

"¿Winifred?"

Freddie se recompuso y volvió a prestarle atención a Plimpton. Estuvo a punto de recordarle que ella nunca le había invitado a usar su nombre, pero la mirada en los ojos de él la paró.

Había una dureza en su mirada que no había estado antes. Le decía a ella que él había visto el gesto afectuoso del Sr. Gregg. Y no le había gustado. Lo último que ella necesitaba era que él se chivara a Wareham.

"Perdón. ¿Había dicho algo, su Excelencia?", le preguntó ella con frialdad.

"Le pedí un baile".

Oh, sí. Eso. "Me honra, señor. Sin embargo", ella señaló a las gemelas Conroy, sus protegidas, que estaban sentadas cerca. "Estoy aquí en calidad de chaperón".

Y los dos sabemos que no has cruzado el salón para bailar, sino para interrumpir mi conversación con el Sr. Gregg.

Su expresión dura se ablandó levemente, como si ella hubiera dicho eso último en voz alta. "Sus protegidas están bastante seguras de momento".

Freddie miró hacia donde él miraba, a donde las gemelas estaban sentadas con sus prometidos respectivos, además de la Sra. Conroy, su madre, que estaba cerca de las parejas, sonriendo de manera feliz.

Incluso un idiota no habría creído que la presencia de Freddie era necesaria. Y el duque no era ningún tonto.

Le sorprendió que Plimpton conociera a quienes estaba patrocinando, pero, por otro lado, él era la clase de hombre que se ocupaba de saber y ejercer control sobre cada faceta de su mundo. Freddie se había convertido oficialmente en parte de ese mundo cuando aceptó su oferta de lanzar a Lady Rebecca.

Afortunada, Freddie.

"Venga, Winifred". Le extendió una mano. "Un baile". Aunque su voz era casi demasiado callada para ser escuchada por encima del ruido del salón, su tono era el de un hombre acostumbrado a ser obedecido.

Molesta porque no le había dejado una retirada amable, Freddie colocó la mano en la manga de su chaqueta negra, que le ceñía el torso fornido como una segunda piel.

Le dio su sonrisa más helada. "Sería un honor, su Excelencia".

A diferencia de su brillante y glamouroso hermano menor, Lord Simon, cuyos rizos de color dorado y ojos de color azul jacinto partían los corazones a pesar de las horribles cicatrices que había sostenido en la guerra. El duque era atractivo de una manera mucho más sutil.

Carecía de la altura imponente de su hermano y solo era unos pocos centímetros más alto que la media. Sus hombros eran agradablemente anchos y tenía unas caderas firmes y poderosas y poseía los muslos musculosos de un deportista activo. Si sus piernas eran demasiado abultadas para la silueta esbelta actualmente de

moda, eran, en opinión de Freddie, mucho más atractivas y masculinas y llenaban sus pantalones negros de manera muy agradable.

Su cabello era del color pardo que no invitaba commparaciones con color caoba o castaño y tenía canas en las sienes. Su cara era magra y austera, y sus labios eran finos pero severos en reposo, sin nada del lleno sensual de los de Lord Simon.

El rasgo más llamativo de Plimpton era sus ojos de color gris pizarra. No era su color lo que exigía atención, sino su viva inteligencia y supremo aplomo. Era un hombre a gusto con el mundo que le rodeaba y seguro en su lugar en ese mundo. Nadie le confundiría con cualquier otra cosa que no fuera un aristócrata y él llevaba su poder y estatus exaltado con la misma facilidad de llevar su propia piel.

Por desgracia para Freddie, había algo en su mirada penetrante y autoridad segura que alteraba su equilibrio de manera muy distinta a cualquier hombre que hubiera conocido.

Y no le desagradaba. Para nada. Freddie no era ninguna debutante ingenua en su primera Temporada; ella sabía *exactamente* lo que tenía Plimpton que la enervaba: se sentía sexualmente atraída por el duque, aunque no se fiaba de él y no le gustaba.

La primera vez en que colocó la mano en la de él y sintió la palma de su mano descansando ligeramente en su espalda, en el baile de bodas de Miles, se había despertado jadeando y excitada todas las noches durante por lo menos una semana, sus sueños infestados con ese hombre.

Plimpton había enviudado hacía apenas seis meses entonces y le había sorprendido a Freddie que el duque asistiera al baile de su amigo, Miles, conde de Avington, cuando seguía de luto. Pero era vox populi que el duque y la duquesa habían estado distantes durante años. Plimpton seguramente había estado celebrando la muerte de su esposa antes de que su cuerpo se hubiera enterrado

siquiera. Freddie sabía que no había parado, o pausado siquiera, su relación con la vizcondesa de Buckley, su amante en aquel entonces.

Lady Buckley, una hermosa viuda con un alto pedigrí y expectativas aún más altas, no se había cortado al decirle a todo el mundo que Plimpton se casaría con ella cuando dejara de llevar luto.

Pobre Lady Buckley. Poco después de la muerte de su esposa, Plimpton se había ido de ella a los brazos de otra viuda, la Sra. Palfrey.

Freddie sabía que probablemente había otras entre estas dos mujeres; el duque nunca se reprimía cuando se trataba de placeres sensuales de cualquier tipo.

Su infidelidad rampante era otra razón más para que le disgustara este hombre, como si el hecho de que fuera el mejor amigo de su hermano y seguramente su espía no fuese bastante.

La música empezó y el duque la guió con pericia en el baile.

Al cabo de un momento, le dijo: "Nunca le he dado las gracias por haber cambiado de parecer y patrocinar a Lady Rebecca".

"La oportunidad que me ha dado es agradecimiento más que suficiente, su Excelencia".

"¿Qué es lo que le hizo cambiar de opinión?"

Aunque le hubiera gustado quedarse mirando fijamente su corbat

Aunque le hubiera gustado mucho quedarse mirando su corbatín durante todo el baile, se obligó a levantar la mirada para verle los ojos. Y entonces mintió. "Mi cliente se vio obligado a cancelar debido a un fallecimiento en la familia".

"Ah". Esa única sílaba bastó para que Freddie supiera que él sabía que ella no decía la verdad, pero lo iba a pasar por alto.

Hombre insufrible.

"Parecía conocer bien al hombre con el que hablaba hace unos momentos",

Así que esta era la verdadera razón por el baile. Pero no parecía una pregunta, así que Freddie no le contestó.

"¿Cómo se llama?", preguntó él haciendo caso omiso por el silencio de ella.

Ella flexionó la mandíbula con el deseo de mandarle a la porra con sus preguntas. Ella hizo un apaño mintiendo de nuevo. "No lo sé".

"Le he visto varias veces antes, siempre con Lord Severn".

"Qué interesante".

"Sí", dijo él de acuerdo con ella, su mirada evaluándola.

Un enrojecimiento airado se difuminó por su cuerpo ante el juicio meditabundo de él. ¿Cómo era posible que expresara semejante desapruebo con una sílaba callada? ¿Y por qué le importaba eso a ella?

Tu rubor no viene de la ira, y te importa mucho lo que piensa este hombre, especialmente cuando se trata de ti.

Freddie se dio cuenta de que tenía una mueca de disgusto y reajustó rápidamente sus rasgos para mostrar una máscara neutral. Ya había atraído más atención de la que quería bailando con el premio matrimonial más grande de la Temporada. Las madres que pensaban en el matrimonio para sus hijas no iban a querer contratar los servicios de una mujer que se lanzaba al camino de un soltero elegible. Este único baile con el duque, y el enrojecimiento de Freddie y excitación evidente, iban a causar bastante de qué hablar.

Lo que le faltaba ya.

"Sea cual sea su nombre, el sirviente de Severn no es la clase de persona con la que debería verse, Winifred. Al menos no lo es si valora su reputación".

"Qué generoso por su parte dispensando semejante solicitud hacia mi persona", le replicó Freddie. "Su condescendencia me hace sentirme humilde y me sobrecoge, su Excelencia".

Sus rasgos severos se iluminaron con diversión, la expresión tan breve y leve que ella no la habría visto si no le hubiera estado

fulminando con la mirada.

Freddie no podía echarle en cara por encontrar que el comportamiento infantil de ella era divertido. ¿Qué es lo que tenía Plimpton que la reducía a ser una chica emocional y discutidora de diecisiete años?

"Es usted la hermana de mi mejor amigo, Winifred. Es una obligación y un honor ofrecerle orientación ante la ausencia de su hermano".

Esta vez, Freddie se reprimió la réplica enojada. La amenaza en las palabras de él era sutil, pero ahí estaba: si Freddie se comportaba mal o atraía atenciones negativas, el duque le informaría a Wareham.

"No sé nada acerca de ese hombre", dijo ella, evidentemente incapaz de decir otra cosa que mentiras esta noche. "Se limitó a preguntarme si sabía dónde estaba la sala de juego".

Las cejas de Plimptonn se elevaron un poquito ante la mentira descarada de ella.

Freddie quería dar un aullido cuando su cara, una vez más, se calentó bajo la mirada fija de él.

"Su cara me es familiar", dijo Plimpton un momento más tarde. Cuando Freddie no contestó, él la miró con agudeza. "¿No le parece alguien familiar a usted, Winifred?"

¿Exactamente qué quería decir este hombre horrible?

"No, no me parece conocido. ¿Por qué debería?" no pudo evitar preguntarle.

Plimpton no contestó mientras la guiaba en un giro.

¿Este baile no iba a terminar nunca?

Freddie le miró fijamente al corbatín y decidió no volver a decirle nada.

"Recuerdo la primera vez en que la vi, Winifred".

Ella levantó la cabeza al instante. "¿Ah, lo recuerda?", preguntó ella, y luego se sintió irritada por no haber sido capaz de no hacer la

pregunta.

"Tenía esa edad en que los niños aprenden a caminar. Yo había venido a pasar las vacaciones de Semana Santa con Wareham. Sus padres todavía vivían entonces".

Freddie odiaba lo mucho que quería escuchar más, lo hambrienta que estaba de información de un pasado y personas que no recordaba.

En lugar de acribillarle con las preguntas que ardían en ella, se obligó a mirarle de manera hastiada y burlona. "No sabía que pasó sus vacaciones en Torrance Park en el cuarto de los niños".

¿Por qué sentía tanto deseo de lanzarle pullas? Nunca se comportaba de esta manera. Y desde luego no con un desconocido. Y jamás con un hombre de su rango.

Si había esperado darle un corte, había fracasado.

En lugar de eso, sus rasgos serios se ablandaron. "No estaba en el cuarto de los niños, Winifred. Había escapado de su nodriza y gateado escaleras abajo y por media casa, alterando a todos los criados buscándola. Estaba sucia, y lloraba, y desalentada para cuando nos descubrió a Wareham y a mí, y su hermano Piers en la sala de billar. Cuando Wareham se dispuso a alzarla, le apartó. Era Piers a quien quería. Y cuando le vio, su cara se transformó y se puso en pie caminando torpemente hacia él, como si lo hubiera estado haciendo toda la vida".

Las palabras de él crearon una imagen tan vívida que Freddie juraría que lo recordaba, pero sabía que eso solo era su imaginación. La Nanny le había dicho que empezó a caminar a una edad tardía, tan tardía que la anciana se preguntó si algo iba mal; ella tenía casi dos años. Piers y Wareham solo se llevaban un año, Piers con dieciséis y Wareham de quince.

"Usted lloró como si la estuvieran asesinando cuando su nodriza vino a buscarla, así que Piers cargó con usted llevándola a la habitación de los niños él mismo". Los labios de Plimpton se torcieron levemente. "Claro que Wareham y yo nos metimos con él de manera inmisericorde cuando regresó".

"Los chicos adolescentes son tan terribles unos con otros", dijo Freddie de manera ausente, sus pensamientos en su hermano muerto desde hacía mucho tiempo.

"Sí, esa es una palabra excelente para describirles".

"Es difícil creer que Piers solo tenía dieciséis años en ese tiempo. A mí me parecía un dios".

Cuando el duque no contestó, ella levantó la mirada para verle mirando en dirección a las puertas de cristal de la terraza, una expresión de atención en la cara.

Pero cuando Freddie se giró para ver lo que le había llamado la atención, no había nadie.

CAPÍTULO 2

Freddie miró su libro de contabilidad abierto donde registraba sus cuentas mensuales de gastos de la casa. ¿Cómo iba a sobrevivir hasta el año que viene sin la pequeña cantidad que su compañera de casa y amiga querida, Lorelei Fontenot, contribuía?

Oh, Lori no había dicho que se mudaba para siempre cuando se fue a visitar a su familia, pero Freddie tenía un presentimiento de que la mujer joven no volvería para vivir con ella de nuevo, incluso si volvía a Londres.

La casa que Freddie alquilaba era grande, tenía cinco dormitorios y una caseta de carruajes, y tenía que haber buscado compañeras de casa hace tiempo, después de que Honoria Keyes y Serena Lombard se marcharon para casarse, una detrás de la otra. Pero la idea de tener a desconocidos en su casa le era repugnante, de manera que lo había evitado. Pero ahora, eso sería algo que tendría que hacer…

"¿Milady? ¿Lady Sedgewick?"

Freddie dio un respingo y levantó la mirada para ver a su ama de llaves en el umbral de la puerta. "Lo siento, Sra. Brinkley". Señaló el cuaderno. "Estaba estudiando mis números. ¿Necesita algo?"

"Hay una… una persona que ha venido a verla". Con una mirada de desaprobación, la señora mayor se acercó y le extendió una tarjeta de visita.

P. A. Gregg

Una voz resonó en la mente de Freddie. *Iré a visitarla… pronto. Cuando lo haga, podemos disfrutar de una larga conversación privada.* Las palabras habían resonado en su mente, pero cuando pasaron días y luego semanas sin que la visitara, ella había empezado a creer que su amenaza no se cumpliría.

Estaba a punto de decirle a su criada que lo mandara de paseo, ¿por qué iba ella a admitir al hombre a su casa? Pero entonces recordó la interferencia de Plimpton esa noche y se rebeló al recordarla. Cuando abrió la boca, lo que salió fue: "Por favor, hágale pasar, Sra. Brinkley".

El ama de llaves frunció el entrecejo, pero asintió con la cabeza y cerró la puerta.

Freddie cerró el libro y dejó de lado sus cuentas antes de ponerse en pie y comprobar su aspecto en el gran espejo que había encima de la chimenea. El reflejo en el espejo era el de una mujer tan ordenada como una figura de cera y así de emocionante. Freddie sabía que la consideraban atractiva, pero ella encontraba que su cara pálida, cabello de color rubio ceniza, y ojos grises, eran profundamente poco interesantes. Si pudiera parecerse a alguien, sería como a su amiga Lori, cuyos ojos verdes brillantes, cabello de color negro y silueta voluptuosa, eran una combinación llamativa.

Desgraciadamente, ella era descolorida y aburrida.

Escuchó pisadas en el pasillo y se giró del espejo cuando se abrió la puerta.

"El Sr. Gregg, milady", anunció la Sra. Brinkley, la desaprobación irradiando desde todos sus poros.

"Gracias, Sra. Brinkley. Eso será todo", agregó Freddie cuando la mujer parecía dispuesta a quedarse en la habitación.

El hombre del que la Sra. Brinkley desaprobaba, deambuló en la habitación. Y, *deambular* era la palabra correcta. Se desplazó con una gracia despreocupada e indolente, pero sus ojos marrón oscuro agudos se fijaron en todos los detalles de su pequeño saloncito acogedor.

Freddie señaló una silla, la que estaba más lejos del canapé. "Por favor, tome un…" Dejó de hablar tartamudeando, cuando Gregg siguió caminando, sin detenerse hasta estar a unos centímetros de ella.

Freddie se negó a dar un paso atrás en su propio salón, así que se quedó en su sitio, y eso quería decir que tenía que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarle a los ojos.

Sus ojos casi negros eran inusuales con un cabello tan rubio, del color dorado del trigo maduro. Su cara era fina, casi demacrada, y formada de ángulos agudos. Las líneas que estaban en su boca y nariz, y las que irradiaban de sus ojos, eran típicas de alguien que pasara años bajo un sol abrasador. La palabra *curtido* le vino a la mente.

De repente, sonrió. Era una sonrisa torcida, canalla y encantadora.

Y… familiar.

Una sensación extraña, como si estuviera en lo alto del cielo mirando hacia abajo a su persona, hizo que Freddie sintiera náuseas. Su visión se cambió a algo completamente diferente, hasta que estaba mirando en otro lugar. En otro *tiempo*.

A otra persona… alguien que había fallecido hacía mucho, mucho tiempo.

"Necesito que… que indique su motivo por venir y luego que se vaya", dijo ella con la voz aguda, agarrando el respaldo de la silla cercana.

En lugar de parecer ofendido, su sonrisa se agrandó. "¿Mi motivo? Pero, si tú eres mi motivo, Pajarito".

Freddie contuvo el aliento y escuchó un crujido, como un cristal rompiéndose, y luego todo se volvió negro.

***

"Despierta, Pajarito", una voz masculina urgente susurraba mientras una mano grande le daba palmaditas en la mejilla. "Por favor… despierta". La mano dio palmaditas con más fuerza.

Freddie se obligó a abrir los ojos y agarró el brazo conectado con la mano molesta. "Deja de hacer eso".

Las palmaditas cesaron y una voz murmuró. "Menos mal".

Freddie vio que estaba tumbada en el canapé de brocado roso. Arrodillado a su lado estaba el Sr. Gregg, su cara bronceada ahora pálida de la preocupación.

"¿Cuál es tu nombre?", preguntó él.

"¿Qué?"

"Tu nombre, ¿lo conoces?"

"Claro que sé cuál es mi nombre", le espetó ella y luego hizo una mueca de dolor y se llevó una mano a la cabeza.

"Solo quería asegurarme de que no te has hecho daño en la cabeza", explicó él. "Te diste un buen golpe cuando caíste. No está sangrando, pero tendrás un bulto". Le ofreció un vaso. "Toma, bebe un poco de agua".

Freddie ignoró el vaso, su cabeza ahora doliéndole y mareada. "Dijo *P... Pajarito.* ¿Cómo sabe ese nombre?"

"¿Cómo crees?" El Sr. Gregg sonrió otra vez. La fuente de toda la inquietud, la confusión sin palabras, que había sentido las pocas veces en que había estado cerca de este hombre se hizo clara. "Soy yo, Piers. No quería asustarte, pero no se me ocurrió otra manera de decírtelo".

"¿Piers?", dijo ella conteniendo el aliento.

Su querido hermano mayor, a quien creía muerto, rio y le dijo: "Te ha llevado mucho reconocerme, Pajarito".

"Pero… me dijeron que habías muerto. Me lo dijo Wareham".

Él hizo una mueca. "Siento eso, Pajarito. Pero tuve que encontrar un final para cualquiera que me buscara".

"Un momento: ¿Quieres decir que fuiste tú quien inventó esa historia?"

"Me temo que sí".

Freddie sintió una aguda punzada de culpa ante la admisión de Piers porque inmediatamente había asumido que fue Wareham el que se le ocurrió ese rumor.

Pero entonces recordó que había sido Wareham el que había hecho que Piers se fuera en primer lugar. "¿Te fuiste porque él te dijo que lo hicieras, verdad?", preguntó ella sin necesidad de explicar quién era *él*.

"No te enfades con Wareham, Winny; hizo lo que pudo por ayudarme. Él fue quien me dio el dinero que necesitaba para marcharme".

"Pero él te *obligó* a marchar en lugar de ayudarte", insistió ella.

"No, él me *ayudó* haciéndome marchar".

Freddie le dijo con tono burlón: "Podía haber usado su dinero y sus influencias para aclarar tu nombre, Piers. Podría haber…"

"No podría haber hecho eso".

"¿Qué quieres decir? Claro que podría. Si un conde hubiera defendido tu inocencia y…"

"No podría haberme ayudado si yo no fuese inocente, Pajarito".

Freddie le miró con la boca abierta. "¿Estás diciendo que mataste a ese hombre?"

Piers sacudió la cabeza. "No lo sé".

"¡Cielo santo, Piers! ¿Cómo es posible que no sepas algo así?"

Él tensó la mandíbula con frustración. "Porque sencillamente no puedo recordarlo. Había bebido mucho esa noche. Tanto es así que no recuerdo qué pasó después de cierto momento. Recuerdo salir del Fox and Hounds, la taberna donde me encontré con Wareham y los demás, que habían ido allí para ver un molino". Sus ojos oscuros, el único rasgo de su cara que le recordara a Freddie al chico de cara fresca que tenía en su memoria, la miraron a ella y sus labios adoptaron una mueca burlona hacia sí mismo. "Wareham y yo nos enzarzamos en una discusión acerca de las malditas piezas del ajedrez de nuevo. Yo insistí en ir a casa de Meecham aunque Wareham hizo todo lo posible por disuadirme y…"

"Espera, Piers. ¿Quién es este Meecham y de qué piezas de ajedrez hablas?"

Piers abrió mucho los ojos. "¿No has oído hablar del juego de ajedrez de Stroma?"

Freddie sacudió la cabeza.

"¿No sabes quién era Meecham?"

"No".

Piers soltó una carcajada amarga. "Oh. ¿Qué te han contado sobre mí, Pajarito?"

"Wareham dijo que tú mataste a un hombre en una discusión y luego huiste. Y después, varios años más tarde, me dijo que habías muerto". No le contó a Piers que durante años Freddie no había creído a Wareham. Parte de ella siempre se había preguntado si era algo que Sophia le había convencido para que dijera. Se sentía avergonzada ahora por haber creído que Wareham fuese capaz de semejante crueldad.

Piers suspiró. "Deberías haber sabido lo que pasó, Winny".

"Debí haberlo sabido hace mucho tiempo. Cuéntame qué pasó, Piers. Todo. Y empieza desde el principio".

"David Meecham es el hombre que se me acusa de haber matado. Era el hijo menor del vizconde de Meecham, pero había sido repudiado años antes de que yo le conociera y era un poco un… bueno, digamos que no era de alta sociedad. Ese verano, David se convirtió en mi compañero de viaje después de que Wareham me exiliara de Torrance Park y…"

"¿Exiliado? ¿Pero, por qué?"

"Porque lo merecía. De verdad, Pajarito", dijo él ante la mirada de incredulidad de ella. "Había estado apostando mucho y me busqué un lío. Wareham había pagado mis deudas ya más de unas cuantas veces". Hizo una mueca y luego agregó. "También pagó a los padres de las dos niñas que yo, esto… Bueno, estoy seguro de que puedes saber lo que quiero decir".

"Oh, Piers".

"Lo siento, Pajarito. No deberías tener que escuchar cosas así, pero la verdad es que fui imprudente y egoísta, y a Wareham le

costó trabajo mantenerme fuera de la cárcel incluso antes de que Meecham fuese asesinado".

"No puedo creer que nunca he oído hablar de nada de esto".

"Lo siento, Pajarito. ¿He caído de mi pedestal?"

Freddie se sentía algo enferma. No tanto porque estuviera enfadada con Piers, aunque le chocaba saber que su hermano querido había sido un canalla, sino por las acusaciones que ella le había dicho a Wareham hace tanto tiempo. Palabras hirientes culpándole por hacer que Piers se fuera de Inglaterra, acusándole a Wareham por alegrarse de que Piers se había ido.

"Pobre Pajarito", murmuró él. Sus labios adoptaron esa sonrisa sardónica que ella asociaba con el Sr. Gregg, una mueca cínica que ella nunca había visto en la cara del joven Piers. La expresión era seguramente más bien un disfraz que su cabello claro, piel bronceada y rasgos magros habían sido.

"Antes de que sigas, necesito saber algo sobre esas dos chicas a las que has mencionado. ¿Tienes dos hijos, Piers?"

"Sí. Busqué a ambas mujeres cuando regresé. Wareham les había dado a las chicas dinero suficiente para que pudieran casarse bien". Hizo una mueca. "Ya soy un abuelo. Gané una buena cantidad de dinero mientras estuve lejos, así que me he asegurado de que ninguna de las dos tenga necesidades futuras. No me exculpa por lo que hice, pero es todo lo que puedo hacer ahora".

Freddie asintió con la cabeza. "Háblame del resto de tu historia… ¿Qué eran las piezas de ajedrez que mencionaste?"

"Meecham y yo vagamos por el norte de Escocia durante meses. La tierra fría e inhóspita era un lugar adecuado para ser exiliado y encajaba con mi estado de humor a la perfección. Meecham se quedó conmigo, no por amistad, sino porque él también estaba evitando los frutos amargos del mal comportamiento. Sea como fuere, habíamos estado viviendo en un pueblo cuyo nombre no recuerdo cuando nos enteramos de un naufragio en la costa de la isla de Stroma. Muchas personas en tierra firme decían que los

habitantes de la isla de Stroma eran destructores, ¿has oído hablar de ellos?"

"Gentes que hacen que los barcos se hundieran y luego los saquean".

Piers asintió. "Incluso dicen que matan y no rescatan a los supervivientes que llegan hasta la orilla. Si los habitantes de la isla eran culpables o no, la marea se llevó una buena cantidad de buque naufragado hasta la orilla de la tierra firme y fuera de sus manos. Meecham y yo íbamos rastreando la orilla cuando encontramos algo". La mirada de Piers se volvió distante. "Fue un pequeño cofre, y era muy antiguo. Había estado muy estropeado por su viaje rudo, pero por suerte su contenido estaba bien protegido contra los golpes y los elementos. Contenía un juego de ajedrez con un diseño que yo nunca había visto". Tenía una mirada de asombro cuando se giró hacia ella. "El juego no estaba completo, le faltaban cinco piezas; sabíamos que lo que quedaba tendría valor. Las piezas eran asombrosas, Winifred, tenían tanta… *personalidad*, por así decir. Meecham sugirió que los lleváramos a un conocido suyo en Edinburgo, un hombre que era miembro de la Sociedad de Anticuarios de Escocia".

Piers recordaba. "El hombre se quedó atónito. Dijo de inmediato que incluso sin estar completo, el juego era valiosísimo. Estimó que databan del siglo XII y seguramente venían de algún sitio en Escandinavia. Nos ofreció dinero, una cantidad descomunal que Meecham quería aceptar, pero yo le dije que deberíamos no precipitarnos; que deberíamos buscar más verificación de alguna fuente diferente. El Museo Británico, quizás, u hombres que coleccionaban cosas semejantes. A Meecham le hizo falta bastante convencimiento antes de estar de acuerdo. Juntos hicimos que su amigo se mantuviera en silencio. Estuvo de acuerdo, pero con una sola condición, y era que cuando estuviéramos listos para vender, él tendría primer derecho de rechazo. Nosotros estábamos sin blanca y necesitábamos dinero para viajar, así que vendimos una pieza al amigo de Meecham. El dinero de la venta nos hizo sentirnos ricos como reyes, y nos comportamos exactamente como reyes". Resopló

socarrón. "Éramos unos jóvenes insensatos, Pajarito. Para cuando llegamos a Torrance Park, nos habíamos pulido una buena parte de nuestra riqueza recién adquirida. Convencí a Meecham de que mi hermano nos ayudaría a encontrar un comprador para el resto de las piezas. Le decía que Wareham tendría la clase de contactos en Londres que ninguno de nosotros podíamos tener. Meecham sabía que yo tenía razón, así que estuvo de acuerdo en hablar con Wareham. Pero lo único que no quería era que se negara a que Wareham guardara las piezas en su caja fuerte en Torrance Park. Si lo hubiera hecho, entonces nada de lo que pasó después habría ocurrido".

"¿Qué pasó?"

"Para abreviar un relato ya largo, Wareham le confió los detalles de mi, esto, adquisición, a su amigo más cercano".

"¿Plimpton?"

"¿Quién si no?", preguntó Piers con amargura. "Plimpton era un socio cercano del Duque de Devonshire, que es un afamado coleccionista de cosas así. Naturalmente, Plimpton le preguntó a Devonshire cosas sobre las piezas para ver qué sabía. Entonces fue cuando descubrió que el juego le había sido robado a Devonshire años antes de que lo tuviéramos nosotros".

Freddie se estremeció. "Oh, no".

Piers movió la cabeza sombrío. "Oh, sí. Wareham, de manera poco sorprendente, insistió en que las piezas debían ser devueltas, incluida la que habíamos vendido. Le escribió al hombre que la había comprado, y pagó para recuperar la pieza". La boca de Piers adoptó una mueca de disgusto. "Cuando se lo conté a Meecham, se enfadó diciendo que el juego era nuestro debido a alguna ley desconocida para personas que encuentran cosas. Dijo que lo deberíamos vender de inmediato antes de que nos pudiera parar nadie. Le indiqué que no podíamos hacer algo así incluso si yo quería. No solo Wareham y Plimpton sabían que las piezas estaban en nuestra posesión, sino que por lo menos media docena de sus amigos que habían estado en esa maldita fiesta en su casa habían visto el juego de ajedrez. Su

existencia no podía seguir siendo un secreto mucho más tiempo. Y sería un problema serio si Devonshire se enterara de alguna otra fuente. Teníamos que devolverlas. Finalmente, Meecham estuvo de acuerdo. O al menos eso es lo que yo creía", agregó él con cara seria. "Le dije que hablaría con Wareham para usar el carruaje de él para llevarnos a la casa de campo de Devonshire. Era inconveniente que Wareham estuviera siendo anfitrión en ese momento de una de sus orgías de soltero, como las llamábamos nosotros…". Se calló al ver la cara de sorpresa de Freddie. "Oh, perdón. Esto eran solo fiestas, nada raro".

"Entiendo".

Piers rio. "Fíjate, una Pajarito que desaprueba mucho".

Freddie sonrió de manera renuente, incapaz de resistirle. Algunas cosas, parecía ser, nunca cambiaban.

"¿He de entender que esas fiestas se pararon después de que Wareham se casara?"

Freddie asintió con la cabeza.

"Tengo entendido, de los cotilleos que he podido recolectar, que Wareham se casó con una mujer que era un poco una femme fatale", dijo Piers. "¿Cómo te llevaste con ella?"

"No me gusta hablar mal de los muertos".

Piers frunció el entrecejo. "¿Se portó mal contigo, Pajarito?"

"No era fácil vivir con ella".

"¿Fue ella la razón de que te distanciaras de Wareham?"

"Eso no es un tema del que yo quiera hablar", dijo ella de manera calmada pero firme.

Piers titubeó, pero luego asintió. "Muy bien".

"Cuéntame el resto de lo que pasó".

"No hay mucho más que contar. Fui a hablar con Meecham y decirle que nos marchábamos. En algún lugar entre Torrance Park y la casa donde Meecham se estaba quedando, sencillamente perdí el control de mí mismo. Había tenido varias copas mientras esperaba

para hablar con Wareham, me acuerdo de eso, pero eso es lo último. Me enteré más tarde de que la casa de Meecham había sido asaltada y el juego de ajedrez ya no estaba allí".

"¿Apareció alguna vez?"

"Me preguntaba eso durante años, décadas y lo primero que hice cuando regresé a Inglaterra el año pasado…"

"¿Estuviste aquí el año pasado?"

Miró a Freddie con una expresión temerosa y culpable. "Sí".

Ella se quedó asombrada por el dolor que sintió ante las palabras de él.

Él se inclinó hacia delante y le tomó la mano, apretándosela ligeramente cuando Freddie se limitó a dejarla en su mano. "Me buscan por asesinato, Pajarito, y ni siquiera puedo decir si la acusación es verdad o no. Pasé mi tiempo aquí el año pasado buscando en mi pasado con toda la delicadeza de que fui capaz, esperando enterarme de lo que realmente podía haber pasado. Hablé con Wareham y él y yo decidimos…"

"¿Wareham sabe que estás vivo?"

Él torció el gesto. "Sí".

"¿Se lo contaste a *él,* pero no a mí?"

"Lo siento, Pajarito".

Freddie estrechó los ojos. "Qué tonta he sido. Fue Wareham quien te dijo que no me lo dijeras el año pasado, ¿verdad?"

Piers abrió la boca, pero luego la cerró sin hablar.

Así que, esa era la respuesta para ella. "¿Qué te dijo? Cuéntamelo, Piers", exigió ella cuando él dudó.

Piers suspiró. "Dijo que el juego de ajedrez nunca se encontró. Dijo que después de que yo me fuera de Inglaterra, él fue a ver a Devonshire y le contó la verdad. El duque fue caritativo sin exigir mi cabeza. Si creía o no que yo no tenía el juego, o sencillamente se calló por respeto a Wareham, o más bien Plimpton, es algo que desconozco. Contarle la historia no habría hecho nada para él en ese

momento. Yo me había marchado hacía mucho, Meecham estaba muerto y el juego de ajedrez había desaparecido. El año pasado Wareham me contó que el condestable local había cerrado el caso de asesinato oficialmente cuando se enteraron de mi fallecimiento. Dijo que mi reaparición haría que reabriesen todo el lío y no habría nada que él pudiera hacer para ayudarme". Rió. "Estás disgustada por eso, Pajarito. Pero no te enfades con Wareham".

Ella ignoró ese comentario y le dijo: "Sé que te ayudó a irte a Inglaterra, pero, ¿hizo algo alguna vez por enterarse de lo que realmente pasó, Piers?"

"Creo que lo intentó. Solo es que no había muchas pistas, cariño. Los criados me escucharon discutir con Meecham y lo siguiente fue que me encontraron lleno de sangre en una zanja agarrando el arma del asesinato; el juego de ajedrez ya no estaba y el cuerpo de Meecham, con puñaladuras múltiples, fue descubierto en el estudio donde nos vieron juntos por última vez". Se encogió de hombros. "Es completamente posible que yo luchara con él borracho y le matara. De hecho, eso es probable. ¿Qué otra cosa podía haber pasado?"

"El juego de ajedrez ya no *está,* Piers. Eso debe decirte que otra persona se lo llevó".

"Quizás. O puede ser que Meecham lo vendiera, temiendo que nos viésemos obligados a devolverlo".

"¿Cuándo fue la última vez que lo viste?"

Piers se mordisqueó el labio. Al cabo de un momento, dijo: "Dos, quizás tres días antes del asesinato. No nos fiábamos mucho el uno del otro. Estuvimos de acuerdo en mirar las piezas cada pocos días solo para mantener fuerte esa confianza. Quizás descubrí aquella noche que él lo había vendido. Eso sería suficiente como para matarle".

Freddie ignoró eso último. "¿Pierdes a menudo la memoria cuando bebes?"

"No. Esa fue la única vez. Una vez ha sido suficiente", agregó sombrío.

"¿Dijiste que otras personas vieron el juego de ajedrez?"

Piers asintió. "Meecham y yo lo sacamos una noche, así que la mayoría de los invitados de Wareham lo habría visto".

"¿Y si uno de ellos robó las piezas y lo preparó todo para que tú fueses el sospechoso?"

Él frunció el entrecejo. "¿Uno de ellos mató a Meecham?"

"¿Por qué no?"

"Esos hombres eran todos nobles, Pajarito. Cada uno de ellos pertenecía a los mismos clubes que Wareham, Plimpton y Devonshire. No eran la clase de hombres que se robaran unos a otros".

"¿Y tú sí lo eres?"

Él parpadeó ante eso.

"Me parece a mí que has aceptado tu culpabilidad con muy pocas pruebas, Piers".

"Estaba manchado con la sangre de él y encontraron un maldito cuchillo a mi lado".

"¿Reconociste el cuchillo?"

"No, pero…"

"¿Estás seguro de que era la sangre de él?"

"Pero… ¿cómo?"

"Quizás uno de ellos te drogó, eso explicaría que no recordaras nada".

Él soltó una risa sorprendido. "¿De verdad crees que alguien tramó un plan para hacer que yo pareciese un asesino?"

"Creo esa teoría más que creer que apuñalaste a un hombre hasta matarle. ¿De verdad te crees capaz de hacer algo así?"

Él se derrumbó en su silla, aturdido. "Lo he creído durante más de la mitad de mi vida".

Freddie podía ver que él estaba considerando el evento desde otro ángulo, quizás por primera vez en su vida. ¿Cómo es que se

había permitido creer en su culpabilidad cuando no tenía recuerdos de ello? ¿Era de verdad tan sencillo para él creerse un asesino por un accidente de nacimiento? ¿Porque carecía del mismo pedigrí, o al menos la legitimidad de esos otros hombres que habían estado allí? Piers era, o al menos lo había sido, un joven egoísta, irresponsable, insensato. ¿Pero, asesino?

Freddie se negó a creerlo.

"Maldita sea. ¿De verdad crees que yo podría ser inocente?"

"En mi corazón, sé que sí", dijo Freddie sin titubear. "Pero sé que mi fe en tí no es una prueba. No basta para librarte de la horca. Necesitamos pruebas, aunque lo que podamos encontrar después de tanto tiempo de los hechos, es algo que no puedo imaginarme. Tendremos que examinar a los hombres que estuvieron allí cuando pasó esto. Supongo que quizás lo hiciera uno de los criados, pero realmente creo que podemos tacharlos de la lista. Tiene que haber sido uno de otros invitados el que…"

"¿Quién es *nosotros,* Pajarito?"

"¿No puedes creer que tú puedes rebuscar en las vidas de esta gente sin llamar la atención, verdad?"

"¿Y tú si puedes?" Soltó una risotada. "Si lo que crees es correcto, hay un asesino todavía por ahí". Sacudió la cabeza. "No. Te prohibo que te involucres".

"¿Me *prohibes*?"

"No te alteres, Winifred. Esto es mi problema que tengo que resolver", dijo con seriedad. "Si quiero ayuda; soy un hombre adulto y puedo pedirla".

Ella dio un respingo ante el tono frío de él.

"No me mires así", dijo él.

"¿Mirarte cómo?"

"Como si estoy siendo cruel y poco razonable por negarme a permitirte que arriesgues el cuello. Dame tu palabra de que no vas a inmiscuirte en esto".

"Te doy mi palabra que no haré nada… todavía".

"¿*Todavía*? ¿Qué significa eso?"

"Quiero decir que no haré nada hasta que tú tengas tiempo para pensar en el tema y ver el sentido que tiene lo que yo he ofrecido".

Él parecía rechinar los dientes. "Eso no basta. Quiero que me prometas que no vas a hacer nada sin decírmelo primero".

Freddie se puso en pie, buscó su cuaderno de citas de la mesa y se fue hacia una página en blanco. "Te prometo que no haré nada peligroso. Pero sí que puedo ayudarte a redactar una lista de quién estuvo allí. Y te puedo decir…"

Él barrió el aire con la mano. "Yo ya tengo una lista".

"¿Pero estás seguro de que está completa?"

Él titubeó.

Freddie se aferró a eso. "Puedo enterarme…"

"He dicho que *no,* Pajarito". Ante la expresión dolida de ella, él suspiró. "Te prometo que tú y yo nos sentaremos juntos, pronto, y hablaremos del tema largo y tendido. Pero hoy no".

"¿Por qué no hoy?"

"Porque yo tengo unas cuantas preguntas para tí. ¿Por qué te casaste con Sedgewick?"

Freddie cerró su libro de citas a regañadientes. "¿Qué quieres decir?"

"No intentes usar ese truco conmigo".

"¿Qué truco?"

"Ponerte con los ojos muy abiertos y confusa, como una gatita inofensiva".

Ella no pudo evitar sonreír. "¿Una gatita? Creo que nadie me ha llamado eso todavía".

"Sí, lo te lo han dicho; solo es que no te acuerdas. Wareham y yo nos metíamos contigo por esos ojos enormes que tienes en esa carita. Pero no cambies del maldito tema".

"Vaya, vaya. Tu lenguaje, Piers".

Él se limitó a mirarla.

"Qué te hace pensar que no me casé con Sedgewick sencillamente porque yo quería. Era u hombre muy apuesto, después de todo".

"¡Maldita sea! No juegues conmigo, Pajarito. ¿Por qué te casaste con él? ¿Y, por qué lo permitió Wareham? En cuanto a la apariencia de Sedgewick, soy muy consciente de que había sido un diablo guapo cuando yo correteaba por ahí con él…"

"¿Tú y Sedgewick erais amigos?"

"No he dicho que fuésemos *amigos.* No me gustaba ese canalla ni poco ni mucho; dije que correteaba con él. Era un canalla y un diablo con las mujeres, y sin embargo siempre tenía a más mujeres detrás de él que te puedas imaginar. Pero, ¡era veinte años mayor que tú! Y dada la clase de vida que llevaba, dudo que fuese gran cosa para cuando te casaste con él". La miró evaluándola. "Eres una mujer condenadamente bella, Pajarito. No puedes decirme que no has tenido a docenas de hombres detrás de ti. Así que, ¿por qué él? ¿Por qué Sedgewick? ¡Dime la verdad, maldita sea!"

"¿Por qué te altera tanto esto, Piers? Fue hace mucho ti…"

"¿Fue por dinero?"

Pensar en su terrible matrimonio siempre dejaba a Freddie sin ánimos y esta vez no era ninguna excepción. "Contestaré tu pregunta si tú me das tu palabra de que esta será la última vez que hablemos de ello". Una mirada a sus ojos casi enloquecidos le hizo agregar. "Y también quiero tu palabra de que no te enfrentarás a Wareham sobre esto".

Él tensó la mandíbula mientras la fulminaba con la mirada.

"Prométemelo, o terminaremos esta discusión ahora mismo".

Él dijo una palabra muy vulgar y dijo: "Bien. Lo prometo".

"Tenías razón cuando decías que Sedgewick atraía a las mujeres mucho. Pero te equivocas al pensar que perdiera su apostura". Ella resopló suavemente. "Si hubiera justicia en el mundo, tenía que

haberse parecido a una gárgola, tan feo por fuera como lo era por dentro. Pero yo he aprendido que no hay justicia. Era veinticuatro años mayor que yo, pero seguía siendo un hombre muy atractivo". Freddie se mordió el labio inferior, sin querer compartir lo que iba a decir después, pero Piers había compartido con ella muchas cosas feas de su pasado, ¿no?

"Quería casarme con él porque me atraía. Mucho". Al menos durante el cortejo y durante los primeros pocos meses de su matrimonio.

Piers parecía incómodo con la confesión de ella. Solo pudo decir "Oh".

Atraída era una palabra demasiado blanda; lo que ella había sentido por Sedgewick había bordeado la fascinación. Ahora que Freddie era mayor y tenía más experiencia, sabía que lo que le había atraído y repelido de él había sido la sexualidad de Sedgewick, que ella había percibido aunque él había contenido mucho esa parte de sí durante el cortejo de ellos. Él había dejado escapar un poco cuando se casaron, sin arrancarse la máscara apuesta y exponiéndola a su depravidad hasta que ella le desafió.

Después de eso, Sedgewick no se había molestado en guardar las apariencias de nuevo. Por lo menos no con Freddie.

A pesar de lo mucho que todavía odiaba a su marido fallecido, había florecido durante esas pocas semanas después del matrimonio, cuando él había sido un amante generoso y atento. Ella había adorado la manera en que Sedgewick la hacía sentirse en la cama. Y había disfrutado de los pícaros placeres que él le había enseñado.

Más adelante, cuando las cosas estaban en su peor momento, ella se había castigado a sí misma por haberse dejado llevar por sus deseos más carnales. Durante un tiempo, ella se había odiado a sí misma más de lo que había odiado a Sedgewick.

Pero eso era una historia antigua ahora; habían pasado años desde que odió el rasgo sensual de su propia naturaleza, que le

había guiado a embarcarse en un matrimonio verdaderamente miserable.

Aunque ella no odiaba esa parte de su ser ya, tampoco la fomentaba.

Al menos, no hasta que apareció Plimpton.

"¿Winifred?"

Freddie dejó de pensar en el duque demasiado atractivo. "Oh, ¿por dónde iba? Sí, mi matrimonio. Me sentí halagada por su atención. Aun así, no quería casarme antes de probar los encantos de una Temporada. Pero Sedgewick no quería esperar seis meses, y entonces yo decidí que aceptarle era mejor que perderle".

"¡Tenías diecisiete años! ¿Qué podías saber tú de nada? ¿Por qué no lo mandó Wareham al carajo?", exigió saber Piers. "Nunca debió ser considerado el cortejo de esa víbora. Fue esa maldita esposa suya la que le metió esa idea en la cabeza, ¿no?"

No tenía sentido mentir. La mujer estaba muerta, y también lo estaba el odio de Freddie. "Sophia vino a mí después de que yo le había dicho a Wareham que quería esperarme. Me contó lo endeudado que estaba Wareham con Sedgewick, que el gasto de una Temporaa solo sería una carga financiera más. Dijo que Sedgewick le perdonaría la deuda de Wareham si yo estaba de acuerdo en casarme con él, pero eso…"

Piers se puso en pie de golpe. "¡Esa puta mentirosa!"

Freddie tragó aire. "¡*Piers!"*

Él la miró con una expresión casi enloquecida. "¿Ha habido alguna vez que Wareham apostara siquiera más de unos chelines?"

"No", reconoció ella. "Pero supuse que había aprendido su lección después de…"

"No tenía ninguna lección que aprender, Winifred. ¡Esas malditas deudas eran mías! Y Wareham, con su condenado honor rígido, las asumió y tú eres la que acabó pagando por ellas".

"No… no entiendo. ¿Cómo podían ser tuyas? Para entonces te habías ido hace años".

Pero Piers había dejado de escucharla. Agarró un puñado de su cabello rubio espeso y gimió. "No puedo creer esto", murmuró más para sí mismo que para ella. Daba zancadas por la habitación como un animal enjaulado.

"Piers, por favor, te lo ruego. Siéntate y cálmate", dijo ella, cuando la agitación de él daba señales de empeorar.

Se giró en redondo. "Yo soy la razón por la que te casaste con ese monstruo. Y no intentes decirme que no lo era. Cuando me enteré de que te habías casado, no podía creer que Wareham lo permitiera. Me pregunté si quizás Sedgewick había hecho lo imposible y se había reformado. Así que fui a ese pequeño pueblo a apenas un par de kilómetros de Sedgewick Hall e invité a unas pocas rondas en la taberna local. Más de un criado estaba dispuesto a hablar de su amo muerto y su pobre e inocente novia".

Freddie estaba horrorizada por lo que él debió de haber oído. Más que eso, estaba furiosa porque él hiciera algo así. "¿Cómo te atreves a investigar mi pasado, Piers?"

"Dime que no es verdad, ¿dime que ese hombre no fue una bestia para contigo?". Sus manos se flexionaron en sus costados.

"Esa parte de mi vida está muerta y enterrada. No la voy a exhumar para tí o para nadie". Freddie se puso en pie. "Si vas a dejarte llevar por una orgía de culpabilidad acerca de la parte que te tocó en ella, si es que has tenido algo que ver, entonces puedes hacerlo en otra parte".

Durante un momento, se quedó mirándola. Y luego, para sorpresa de ella, rio. "Oh, te has convertido en una mujer magnífica, Pajarito. Igual que sabía que harías. Estás absolutamente correcta. No tengo derecho a inmiscuirme en tu vida y dejarme llevar por dramas en tu salón". Le tendió una mano. "¿Me perdonas?"

Freddie colocó la mano en la de él. "Por supuesto que te perdono, Piers. Ahora, ¿por qué no te sientas y pediré que nos traigan un poco de té?". Ella sonrió. "Si no quieres hablar conmigo acerca de ese fin de semana de hace tanto tiempo y permitirme que

te ayude a demostrar tu inocencia, por lo menos puedes contarme lo que has estado haciendo estos últimos veintitrés años.”

CAPÍTULO 3

Plimpton miró por la ventanilla de su carruaje mientras un criado bajó la escalerilla y abrió la portezuela.

Levantó la mano para frenar al lacayo cuando abrió la boca, obviamente para preguntarle si ocurría algo; Plimpton tenía la mirada puesta en el hombre que salía de la casa de Winifred.

"Maldición", murmuró. Era ese maldito pirata que trabajaba para Severn, el mismo que de alguna manera había logrado introducirse en el baile de la duquesa de Chorley; el hombre le parecía conocido, pero Plimpton no sabía por qué le sonaba su cara. ¿Qué diablos hacía en casa de Winifred?

Plimpton miró con los ojos estrechados cómo el hombre bajó por la calle deambulando de manera irritante.

Durante un momento, se quedó quieto. ¿Qué diablos hacía ella? ¿El bucanero era amante suyo?

Sintió revulsión en el vientre y todo su cuerpo se aclaró de la ira. Había pensado que ella tenía más sentido común de lo que parecía.

La mujer es una viuda de veintitantos años largos. ¿Con qué derecho te escandalizas?

¡Porque es mía, maldita sea!

Ella no es tuya. Y dado lo mucho que le desagradas; es posible que nunca sea tuya.

Él ignoró ese pronóstico. No solo era muy poco probable; ahora no era el momento para pensar en eso.

Una vez que Plimpton hubiera guardado los restos de su enojo, se bajó de su carruaje y subió por el mismo sendero que el otro hombre había bajado.

Su golpe con los nudillos en la puerta fue contestado rápidamente por la mujer que acababa de despedir al último invitado.

La criada, un ama de llaves, a juzgar por su severo vestido de bombacina negro, reconoció a Plimpton de su única visita anterior, cuando había venido para hablar con Winifred sobre el lanzamiento en sociedad de Becca el año que viene.

"¡Su Excelencia!" Ella hizo una reverencia apresurada y dio un paso atrás, visiblemente azorada mientras le indicaba con la mano el vestíbulo. "Por favor, pase".

"Deseo ver a su señora", dijo él, quitándose los guantes. "Me espero aquí mientras usted averigue si está recibiendo visitas", agregó él con firmeza, por si acaso ella tenía alguna idea de dejarle en un salón para esperar.

"¡Oh! Sí, por supuesto, su Excelencia", dijo ella, aún más azorada ante lo poco convencional de su petición. "Esto, espere aquí mismo, entonces". Se retiró sin darle la espalda hasta que su pie tocó el primer peldaño; luego se dio la vuelta y subió las escaleras a toda prisa.

Plimpton se golpeó la palma de la mano con los guantes y recorrió el vestíbulo, estudiando los cuadros que colgaban allí. En dos paredes había unos grandes paisajes, ambos firmados por el anterior dueño de la casa, Daniel Keyes, el padre fallecido de la cuñada de Plimpton, Honoria. Al igual que su hija, Keyes había sido un afamado retratista, pero evidentemente había aplicado su habilidad considerable a por lo menos unos pocos paisajes en su día. Ambos eran magníficos y Plimpton se había decidido a preguntarle a Honoria si ella consideraría pintar una escena de Whitcombe cuando el ama de llaves bajó ruidosamente las escaleras.

"La condesa le verá ahora, su Excelencia".

Plimpton se quitó el sombrero, metió los guantes dentro y entregó ambas cosas a la criada. "Subo yo mismo", le informó él antes de subir las escaleras.

Winifred se puso en pie cuando él entró en el salón pequeño y lleno de cosas, su cara hermosa igual de fríamente serena como siempre. Como si no hubiera estado entreteniendo a un canalla pirata en su casa escasos minutos antes.

Ella le hizo una reverencia baja y grácil, que él no pudo por menos que admirar, a pesar de su irritación actual. "Qué placer volver a verle, su Excelencia".

Plimpton se podría haber reído de su mentira descarada, si hubiera estado de humor para reír.

"Por favor, tome asiento", dijo ella sentándose en el delicado canapé donde descansaba su cesta de costura y su bastidor de bordado; indicaba claramente que había estado trabajando.

Plimpton se sentó directamente enfrente de ella.

"¿En qué puedo servirle, su Excelencia?"

¿Para qué dar rodeos? "Vi a ese hombre, Gregg, salir de su casa cuando yo llegué".

"¿Perdón?", le preguntó ella con frialdad.

"El acólito de Severn", dijo Plimpton, aunque ella sabía perfectamente a quién se refería él.

Ella ahuecó la nariz delicada levemente, la única indicación externa del desagrado de ella, y le dijo: "¿Y qué ocurre?"

Él levantó las cejas ante el tono seco de ella, un tono que él no estaba acostumbrado a oír. Al menos no dirigido a su persona. "Ya hemos tenido una discusión sobre esto, Winifred. Reconocer a Gregg en una función de alta sociedad es suficiente como para dar pie a rumores desagradables. Entretener al hombre en su casa le hará un daño irreparable a su reputación".

"Sí, recuerdo esa conversación ahora. Parece que mi recuerdo de ella es algo distinto, sin embargo".

"¿Oh?"

"La palabra discusión implica que había por lo menos dos personas involucradas. Lo que yo recuerdo es que usted hablaba y

yo le escuchaba". Se apresuró ella antes de que él pudiera responderle. "Déjeme decirle, una vez más, lo amable que es usted por preocuparse de mi bienestar. Pero a quién yo entretenga y dónde lo haga, no es asunto suyo".

"Lo es si usted está lanzando a mi hija". Como réplica, era poco impresionante.

Ahora ella levantó las cejas. "Si desea cambiar de parecer, por favor, hágamelo saber para que yo pueda…"

"No deseo cambiar de parecer", dijo Plimpton, deseando que su intercambio de frases mordaces no se convirtiera en una discusión grande. "Lo que sí deseo es que usted tenga más cuidado".

"Como ya he dicho, no es…"

"De hecho, milady, su bienestar es mi asunto. Es por eso que estoy aquí hoy".

Ella separó los labios con asombro. "¿Perdón?"

"Tuve una conversación seria con su hermano acerca de usted recientemente".

Ella se erizó de forma visible y abrió la boca.

"Wareham está muy enfermo", dijo él, antes de que ella pudiera discutir, lo cual, a juzgar por el brillo beligerante en sus ojos claros, era lo que ella tenía toda la intención de hacer.

"¿Qué le pasa?" La repentina rigidez de sus hombros le indicó a él que ella se sentía afectada por sus noticias.

"Tuvo un accidente de carruaje donde murió su ayudante de cámara y…"

"¡Cielo santo! ¿Cuándo pasó esto?"

"Hace unos diez días".

"¡Diez días! ¿Cómo es que no me he enterado hasta ahora?"

Plimpton se enojó más ante la pregunta de ella, e hizo intentos por frenar su ira antes de decirle: "Le mandó una carta, que tuvo que dictar en lugar de escribir, de lo mal que estaba. La carta fue devuelta sin abrir".

La garganta de ella se flexionó cuando ella tragó con fuerza, un rubor inundando sus mejillas. Al cabo de un momento, asintió con la cabeza. "Sí, eso es cierto. La devolví. Claro que si hubiera sabido…" Su voz se quebró y un temor se dibujó en su rostro. "Cuénteme qué pasó".

"Viajaba desde Brístol, ¿quizás ha leído sobre la serie de tormentas severas que han ocurrido allí recientemente?"

Ella asintió con la cabeza sin decir nada.

"Wareham se vio atrapado en una de esas tormentas y la sección de camino en que iba se lo llevó el agua, llevándose su carruaje. Se partió el brazo además de dos costillas".

Ella agrandó los ojos, su mirada acusadora. "¿Cómo se atreve a asustarme así, su Excelencia? Unos pocos huesos rotos son una desgracia, pero no son realmente fatales".

"Pueden serlo si uno de esos huesos revienta un pulmón".

"¿Su pulmón? ¿Pero… es posible que una persona sobreviva a una herida como esa?"

"Wareham tuvo la suerte de tener un médico que había pasado una gran parte de su tiempo en el Continente durante la guerra. Gracias a la habilidad del Doctor Madsen con unos instrumentos llamados cánula y trocar, el pronóstico de Wareham fue excelente".

"¿Usted estuvo allí?"

"No durante la cirugía, claro, pero inmediatamente después. Estaba en Londres cuando recibí su mensaje y me fui directamente a Torrance Park. Wareham estaba mejor, pero aún en estado crítico. Naturalmente, estaba ansioso porque hubiera alguién allí en que pudiera confiar si pasara lo peor". Plimpton se sacó una carta del bolsillo interior del abrigo. "Wareham me mandó buscar a mí porque usted no contestó".

De nuevo, la cara de ella registró su mortificación. "No sabía que se había hecho daño; si no, la habría abierto. Pensé que era solo una de sus cartas mensuales".

"Me contó que usted devuelve todas sus cartas sin leer y ha estado haciendo eso todos los meses desde hace *años*". Plimpton se había quedado atónito ante lo que su amigo le había dicho "¿Para qué fines podría servir un comportamiento tan infantil?"

"Eso no es asunto suyo". Las palabras de ella eran frías, pero su rubor le indicó a él que ella no era tan indiferente como deseaba aparentar.

"Lo estoy convirtiendo en asunto mío, Winifred".

"Haga lo que le plazca, *su Excelencia*; eso no me afectará a *mí"*.

El tono despectivo, cortante de ella debería haber sido insultante, y sin embargo, Plimpton lo encontró… entrañable. Sí, esa era la palabra. Ella era tan preciosa, tan delicada y frágil, que era como ser atacado por una mariposa.

Se te está ablandando la sesera.

Era verdad. Y tenía intención de disfrutar con cada paso de ese viaje.

Plimpton dejó de lado ese pensamiento feliz y le extendió la carta. "Tómela y léala".

"Usted no es mi amo, su Excelencia".

No, no lo era. Todavía. Pero lo sería.

Sí, lo sería.

Plimpton dejó caer la carta en la mesilla que había delante del canapé de ella. "Su hermano cometió un grave error en no hacerse cargo de usted después de la muerte de Sedgewick".

Si las miradas fuesen letales, Plimpton estaría expirando en el suelo. "Estoy segura de que eso piensa, su Excelencia".

"Sí que lo pienso". Se sentía divertido por la manera fulminante en que ella le miraba. Plimptoon dudaba que ella supiera lo hermosa que se volvía cuando se enojaba. O lo mucho que le animaban a él los chispazos que ella le lanzaba, en lugar de frenar su deseo por ella.

"Wareham ha sido demasiado suave con las riendas; le ha permitido tener el bocado firmemente entre los dientes. Lo que usted necesita es una mano dura, Winifred". *Y yo tengo intención de ser quien la tenga.*

Ella emitió un ahogado gritito de ira, y a Plimpton le hizo falta toda su disciplina para ahogar su risa. Él se estaba portando muy mal metiéndose con ella… especialmente dada la razón seria de su visita, pero sencillamente no podía resistir una última puya. "Si una hermana mía se comportara con una independencia tan voluntariosa e imprudente, la habría doblado por encima de mis…"

"¡Basta, señor!" Ella se puso en pie bruscamente, temblando de ira.

Plimpton se levantó, mirándola con interés mientras ella dominaba su ira.

"Sus analogías equinas son odiosas e insultantes". Los ojos de ella eran del color gris acerado de un cielo invernal, y su voz era admirablemente fría a pesar de todo su rubor. Desde luego, Plimpton se quedó sorprendido de que no hubiera revuelos de nieve caída en el suelo entre los dos. "Su comparación de mujeres con caballos solo confirma lo que he sospechado desde hace mucho tiempo".

"¿Oh? ¿Qué es eso?"

"Que usted es absolutamente carente de cualquier sensibilidad en cuanto a las mujeres. Me siento profundamente agradecida de no ser su hermana".

Plimpton también lo estaba, pero por razones completamente diferentes a las de ella. Le hubiera gustado hacerla seguir con esa rojez en las mejillas un poco más, pero era el momento de terminar con el asunto que le había llevado a ella.

"Hace unas pocas horas, recibí un mensaje urgente del médico que ha estado tratando a Wareham".

La mirada fija y frígida de ella cambió a confusión. "¿Ya no le trata? Pero pensé que usted había dicho…"

"Wareham ha empeorado".

"No entiendo. Dijo que su pronóstico era excelente".

"Lo era. O al menos entonces. Según el doctor Madsen, la suegra de Wareham, la viuda Lady Telford, llegó a Torrance Park el día después de que yo me marché. La razón de su visita fue hacerse cargo de los hijos de su hermano y llevarlos a su casa".

Ella le miró con incredulidad. "¿Wareham le pidió a ella que se ocupara de los niños?2

"Puedo ver que conoce a la viuda Lady Telford", dijo él con sequedad. "No, él no quería que ella tuviera a los niños. De hecho, yo los llevé al cuñado de Wareham, Lord Telford, que vive a solo una hora de distancia. En lugar de regresar a casa cuando la viuda descubrió que los niños no estaban, decidió quedarse y ocuparse de cuidar a su hermano de usted". El genio de Plimpton se avivó y lo suprimió con gran dificultad antes de agregar: "Y ahora Wareham está mucho peor de cómo estaba".

"La viuda puede que sea… desagradable, pero ha criado a cinco hijos y seguramente es una enfermera competente. Si Wareham está teniendo una recaída, seguramente se debe a la gravedad de su lesión".

"Eso no es lo que opina el doctor Madsen. Dijo que la herida solo se ha infectado hace poco, bajo el cuidado de ella. Ciertamente, por eso ha tenido una desavenencia con ella. La viuda, por lo visto, le despidió por ser impertinente". Miró a los ojos de Winifred directamente. "Me temo que Wareham está en grave peligro, milady. Debe acudir a él".

"¿*Yo*? No tengo ningún poder sobre la situación. Si Lady Telford puede despedir a un médico, no hará ningún caso de lo que yo pueda decir".

"Hará caso de lo que yo tenga que decir", le aseguró Plimpton de manera sombría.

"Entonces a mí no me necesita".

"La necesito porque no sé nada acerca de los cuidados de un enfermo. Y una vez que la despida a ella, voy a necesitar su ayuda".

Ella le miró fijamente, sin saber qué decir.

"Mi carruaje la aguarda para llevarla a su casa".

Las palabras de él, o al menos una de ellas, la hicieron reaccionar. "Torrance Park no es mi casa. Wareham y Sophia me lo hicieron saber hace años".

"Basta de tonterías", le espetó él, perdiendo la paciencia. "Wareham puede morir, no porque tenga que hacerlo, sino porque esta arpía está cuidándole mal. ¿Es así como desea terminar su relación con su único hermano? Si no acude a él ahora, se arrepentirá el resto de su vida. Es mi amigo más antiguo, y yo no quiero tener su muerte en mi conciencia. Usted debería sentirse avergonzada por siquiera titubear en ayudarle".

El rostro de ella, que había estado encendido de la ira, palideció y ella parecía deshincharse. "No… no puedo…" Su mandíbula se tensó y dejó de tartamudear, secándose una lágrima en la mejilla antes de asentir y decir: "Tiene razón, su Excelencia. Ahora no es el momento de nada de… Eso. Claro que acudiré a él".

El alivio que él sintió por las palabras de él casi le hace desmayar. "Bien… excelente", corrigió él. "¿Entonces, cuándo puede viajar?"

"Tomaré la diligencia desde…"

"Tomará mi carruaje".

Ella estrechó los ojos. "Usted no…"

"¡Estas discusiones son una pérdida de tiempo valioso! Mi carruaje será mucho más veloz y cómodo que cualquier cosa que usted pueda conseguir. Si le preocupa estar en deuda conmigo, entonces debería considerar mi ayuda no como un favor para usted, sino para con Wareham".

Los ojos de ella brillaban de manera peligrosa, e inhaló, hinchándose como un reptil exótico preparándose para escupir veneno.

Estaba magnífica en su furia.

Él se preparó para aplastar el siguiente argumento de ella, pero ella dijo entre dientes. "Gracias, su Excelencia. Cuando puede…"

"Cuando esté dispuesta".

"Solo necesito una hora para enviar unos pocos mensajes y empacar mis cosas".

Plimpton se puso en pie. "Entonces volveré a por usted en una hora. No. No se levante", dijo él. "Yo puedo encontrar la puerta".

Pero ella le siguió de todas formas.

Cuando llegaron al vestíbulo, Plimpton se paró un momento después de abrir la puerta, esperando que ella le hubiera acompañado para decir algo. Pero ella miraba a un punto más allá de él, visiblemente conmocionada.

¿Eran los preparativos de su viaje lo que consumía sus pensamientos? ¿O era preocupación por el hermano cuyas cartas ella había rechazado y con quien no había hablado durante ocho años?

¿O es que estaba pensando en ese maldito canalla que él había visto deambulando de su casa antes?

Maldita sea.

Sacarla de Londres, decidió Plimpton, tendría múltiples fines.

CAPÍTULO 4

Freddie estaba con las maletas hechas, vestida con su mejor traje de viaje, y esperando en el vestíbulo cuando el carruaje del duque llegó a su puerta unos minutos antes de la hora acordada.

"Cielos", murmuró ella mientras miraba por la ventana lateral de la puerta del vestíbulo al magnífico carruaje lacado en negro con sus cuatro caballos negros, el jinete guía, cochero y cuatro jinetes acompañantes, uno de los cuales parecía ser el duque, montado en un soberbio caballo negro.

Se bajó de su montura con elegancia, le lanzó las riendas a un criado y luego se dirigió hacia la puerta.

Freddie se apartó de la ventana deprisa y se estaba poniendo los guantes cuando él entró en el vestíbulo, un criado pisándole los talones.

"¿Está lista?", preguntó él de manera abrupta.

"Sí".

Él movió la cabeza en gesto de asentimiento y luego se giró hacia los dos equipajes, uno de tamaño mediano y otro mucho más pequeño que contenía los suministros de enfermería que ella había acumulado a lo largo de los años. "¿Esto es todo lo que trae?"

¿Era él emitiendo un juicio sobre ella lo que escuchó en su tono? Le miró a los ojos fríos y grises, buscando indicios de… algo. Pero los pensamientos del hombre eran, como siempre, un misterio. "Sí, esto es todo lo que traigo", dijo ella con más aspereza de la que quisiera. "Me quedaré todo el tiempo que Wareham me necesite. Pero una vez que esté recuperándose, tendré que regresar. Tengo responsabilidades aquí y no puedo marcharme indefinidamente". ¿Por qué le estaba dando explicaciones?

Para gran alivio suyo, él no discutió. En vez de hacerlo, señaló al criado para que tomara las maletas de ella.

La mano del duque descansó ligeramente en la parte lumbar de la espalda de ella mientras la guiaba hacia el carruaje. Ella estuvo tan distraída por el sutil, dominante tacto de su mano que no se fijó de inmediato en la mujer que estaba en pie al lado del carruaje.

"Esta es la Srta. Denny", dijo el duque.

La mujer, de edad mediana, vestida con la ropa modesta de una acompañante pero bien hecha, le hizo una grácil reverencia. "Buenos días, milady".

Freddie miró al duque con exasperación. "¿Tuvo tiempo para contratar a una chaperona?"

"La Srta. Denny ha aceptado un empleo conmigo hace poco. Estaba esperando para acompañarme a Whitcombe, pero vendrá a Torrance Park primero".

De manera que, *sí*, en otras palabras; había contratado a una chaperona para ella. Qué hombre más irritante.

Freddie no necesitaba una chaperona; ciertamente, ella era una chaperona, pero no era culpa de la mujer, así que inclinó la cabeza con amabilidad.

El duque ayudó a Freddie a subirse al carruaje. "Desgraciadamente, no hay luna esta noche, así que nos veremos obligados a detenernos cuando caiga la noche".

Freddie asintió, sorprendida, pero agradada porque él se había tomado la molestia de informarla del programa, especialmente ya que era la clase de hombre altanero que no daba explicaciones a nadie nunca.

Ante la sorpresa de Freddie, ayudó a la Srta. Denny a subir al criado él mismo, y luego volteó la escalerilla y cerró la portezuela.

La mayor parte de la tensión que se había acumulado en ella se disipó en cuanto no estaba directamente confrontada con el duque.

Ella dejó de pensar en él y se fijó en su entorno. Había pasado mucho, mucho tiempo desde que Freddie hubiera viajado en un

vehículo tan lujoso. No había sido desde que usó el carruaje de su hermano Wareham. Sedgewick había preferido hacer sus viajes en volantín, lo cual hacía que Freddie tuviera que ocupar un viejo carruaje decrépito que seguía usándose desde tiempos del abuelo de él; un pesado vehículo enorme que tenía las ballestas en mal estado que le había sacudido el cuerpo hasta hacerla polvo.

Solo le llevó unos pocos minutos dentro del carruaje del duque, para apreciar la diferencia. No solo era el interior, provisto con asientos de cuero negro con una espesa alfombra y elegantes molduras de madera para las ventanillas, mucho mejor que cualquier otro vehículo en que hubiera viajado antes, sino que la calle de adoquines era como de terciopelo bajo las ruedas del vehículo de buena suspensión.

Ella miró por la ventanilla de la derecha a donde montaba el duque. No se podía negar que era vistoso a caballo. No solo su montura, un caballo lustroso negro como el carbón que hacía juego con los caballos de tiro de manera perfecta, magnífico, sino que montaba como si hubiera nacido para eso. Lo cual, claro está, era la verdad. Freddie decidió que Plimpton solo debería llevar ropas de montar, las cuales mostraban su cuerpo a la perfección. Especialmente esos muslos musculados de él, que se flexionaban de manera seductora bajo sus calzones de cuero color café. Sí, pensó Freddie mientras le estudiaba; prefería mucho más el físico poderoso de Plimpton que la elegancia esbelta.

¿Lo prefieres? Se burló de ella una voz incrédula.

Solo porque le encuentro cargante y dominante, no significa que no pueda admirar su silueta.

Plimpton se giró levemente y miró a Freddie a los ojos, su expresión severa volviéndose levemente más severa, como si la desaprobara.

Como si fueses un caballo que tiene el bocado entre los dientes…

Freddie ardía de ira ante el recuerdo de sus palabras detestables y le miró con los ojos estrechados.

Si él se había fijado en la ira de ella, no dio señales de hacerlo. Ella no quería ser la primera en apartar la mirada, pero algo en su mirada dura le hizo a ella sentir un rubor que empezó en su cara y rápidamente se propagó bajo sus ropas. Su pecho se tensó y se le hizo más difícil respirar…

¡Maldito hombre! Freddie apartó la mirada antes de quedar todavía más en evidencia.

Menos mal él montaba al lado del carruaje en lugar de dentro.

De manera indeseada, la discusión que habían tenido sobre Wareham regresó a su mente. Freddie se encogió al recordar su reacción ante la noticia de la lesión de su hermano. Plimpton se había comportado con una arrogancia abominable, pero el comportamiento petulante e inconsciente de Freddie había sido mucho peor. ¿Cómo podía haber permitido que su antigua ira contra Wareham surgiera en semejante momento? Si lo que el duque decía era verdad, su hermano podía *morir*.

Le dolía reconocerlo, pero se sentía agradecida con el duque por haberla hecho ver las cosas.

Por segunda vez en tantos minutos, Freddie dejó de pensar en ese hombre, sacó su bolsa de costura y extrajo su proyecto actual. Era la cuarta y última funda de cojín de un trabajo de encargo y pagaría muy bien, en comparación con lo que normalmente ganaba por sus esfuerzos, una vez que lo pudiera entregar al hombre que compraba todos sus trabajos de costura.

Había empezado a vender sus trabajos poco después de enviudar. Durante toda su vida, a Freddie la gente había alabado la calidad de sus bordados. No fue hasta la muerte de Sedgewick cuando ella se había dado cuenta de que un pasatiempo tan placentero podía aportar dinero. No era suficiente como para poder vivir, claro, pero sí que bastaba para comprar pequeñas cosas. O al menos lo había sido cuando había trabajado en la Academia Stefani. Desde que había cerrado, se había encontrado haciendo malabarismos para llegar a fin de mes. Ser promotora de mujeres jóvenes no siempre arrojaba dinero. No, semejante intercambio sería

demasiado vulgar. En lugar de eso, le daban *regalos*. A veces estos regalos llegaban en forma de dinero, pero con mayor frecuencia le daban joyas u otros adornos valiosos. Ella había descubierto, este año pasado, que lanzar a las hijas de los industriales era una empresa mucho más rentable que promocionar a las hijas de los nobles. Las gemelas Conroy eran un ejemplo excelente. Sus padres sencillamente habían nombrado una cuantía, deslumbrante, para que ella se ocupara de sus hijas. Había sido incómodo dedicarse a un intercambio tan crudamente comercial, pero también había sido un alivio. Y había generado suficiente dinero como para pagar varias facturas que estaban a punto de convertirse en un problema para ella.

Pensar en dinero le hizo recordar las últimas palabras que le había dicho Piers hoy. "No tienes que preocuparte más por el dinero, Pajarito. Una de las pocas cosas sabias que he hecho en mi vida es asociarme con Severn estos últimos dieciséis años. Como su primer oficial, he ganado una buena suma de recompensas. No tendrás que volver a trabajar nunca".

Ella se había sentido confortada por la oferta bienintencionada de su hermano, pero poco concebida. "No puedo dejar de trabajar, Piers. Ni puedo vivir de tu dinero".

"¿Por qué diantres no puedes? ¡Soy tu hermano, por el amor a la bondad!"

"¿Qué le diría a mis amistades, Piers? ¿Qué iba a pensar el resto de la alta sociedad si yo de repente viviera como una reina y dejara de trabajar?"

"No es de su incumbencia de dónde proviene tu dinero".

"No puedo decirle a la gente que eres mi hermano, ¿verdad? Eso sería como si informara a las autoridades aceptando tu dinero".

Ellos habían discutido brevemente hasta que él aceptó la negativa de ella *pero solo de momento.* "Se me ocurrirá algo que sea la respuesta a eso", le había prometido él.

"Concéntrate en *ocurrírsete* una manera de demostrar tu inocencia primero".

Él había reído y los dos se habían despedido amigablemente cuando ella le acompañó hasta la puerta.

"Estaré ausente varias semanas", le había dicho él antes de darle un beso en la mejilla.

"¿A dónde te vas?"

"No te preocupes de eso, Pajarito".

Ella sonrió ante ese recuerdo mientras terminaba un lado de la funda del cojín y aflojó el bastidor de su costura para empezar otro lado.

Freddie podía no permitirse aceptar regalos financieros de Piers, pero se sentía bien teniendo un hermano dispuesto a defenderla después de tantos años, incluso si no podía reconocerle como tal.

Oh, Wareham le ofrecería ayuda, pero vendría con condiciones.

Miles siempre había estado dispuesto a defenderla de todas las maneras posibles, pero él era un amigo, y aunque le quería, no le amaba como se quiere a la familia. Tampoco le quería de manera romántica, aunque ella sabía que él había sentido interés por ella. Ciertamente, ella se había sentido aliviada cuando él se casó con Mary Barnett. La mujer menuda y puntillosa era perfecta para Miles. La unión de ellos había empezado con dificultades tan grandes como los que ella pudiera haber visto, pero había quedado claro en el baile de la boda hace un año, que su unión se había convertido en un emparejamiento amoroso.

De todas las maestras que habían trabajado en la Academia Stefani, solo Freddie y Lori seguían sin pareja.

Freddie nunca se volvería a casar, pero tenía esperanzas por Lori, quien ella estaba casi segura de que había desarrollado sentimientos tiernos por Lord Stand Fast Severn. Era una pena que hubiera un malentendido tan raro que tenía que ver con Severn y la heredera Demelza Pasco. Era un misterio para Freddie el hecho de que el anuncio de boda se hiciera en el periódico sobre ellos dos. Pero, por lo visto, todo había sido un terrible error y Severn no era el villano que Freddie había temido. Lori había huido de Londres

después de leer el falso anuncio de boda, escapando al campo para relamerse las heridas en casa de su hermano y cuñada. Freddie tenía que escribirle a Lori sobre el lío de Severn y la Srta. Pasco, pero todavía no había decidido cómo comunicarle a su amiga esa noticia sin alentar sus esperanzas.

Bueno, tendría tiempo de sobra para considerar ese asunto en este viaje actual.

***

Plimpton había hecho el viaje de Londres a Dorset innumerables veces a lo largo de los años. Él y Wareham habían sido mejores amigos durante tres cuartas partes de su vida, después de todo. Pero nunca había acompañado a una mujer a la casa de campo del conde.

Cecily había sentido desagrado por la esposa de Wareham la primera y única vez que la condesa había visitado Whitcombe y no había querido visitar o ser anfitriona de los Wareham nunca más.

Como resultado de ello, solo Plimpton y Wareham eran los que viajaban yendo y viniendo a lo largo de los años.

Cecily tampoco había entretenido a muchos otros invitados después de esos pocos años iniciales. Había sido la madre de Plimpton la que había sido su anfitriona durante la mayoría de los años de las últimas dos décadas.

Cecily misma no había salido de Whitcombe desde la muerte del último de sus hijos, Edward. Ella rara vez se había ausentado de sus aposentos. Una vez que ya no tenía que soportar las visitas mensuales a su cama, ella había pedido permiso para mudarse a otro apartamento, más lejos del de él. Whitcombe tenía trescientas sesenta y una habitaciones, así que ella había podido elegir entre muchos.

Después de que ella se mudara de aposentos, semanas, incluso meses habían pasado sin que él la viera siquiera. Plimpton no tenía idea de en qué Cecily había empleado su tiempo. Desde luego que no había pasado ese tiempo con la hija de ellos. Aunque Rebecca era su único vástago superviviente, Cecily siempre había tratado a la

niña como a una desconocida. Desde el principio, no había querido tener nada que ver con su crianza, dejando todo eso en manos de Plimpton y su madre.

La esposa de Wareham, Sophia, había sido el polo opuesto a Cecily. Ella había controlado a sus hijos, sus casas y su marido con un puño de hierro. Ningún detalle era demasiado insignificante para la gestión de la condesa. Había sido una mujer condenadamente agotadora; él nunca pudo entender por qué Wareham había estado tan prendado de ella. Oh, ella había sido hermosa, era cierto. Pero ella había sido dura hasta la médula.

No había habido mucho de dónde elegir entre las esposas de ellos dos en opinión de Plimpton. Y sin embargo, hasta solo hace un año, Wareham había amado a la condesa hasta lo indecible. Sus sentimientos habían cambiado de manera tan repentina que había sido chocante.

En ese punto, igual que hizo Cecily, Wareham se había mudado del dormitorio principal para escapar de las garras de su esposa.

Plimpton nunca le había preguntado a su amigo lo que había pasado. No quería saberlo.

Aunque nunca había sentido envidia por la esposa de Wareham, sí que había sido culpable de sentir una profunda envidia de los hijos del otro. Seis veces la condesa había parido, y los seis habían sobrevivido.

Pero, por otro lado, Lady Wareham había sido una mujer saludable y enérgica que apenas se quedaba quieta durante un momento en el día. Si no hubiera fallecido en un accidente de caza, Plimpton sospechó que ella habría vivido hasta ser una mujer muy anciana.

Cecily, al contrario, había sido siempre etéreamente frágil. Hasta que llevaban cinco años casados, Plimpton no descubrió hasta qué punto su fragilidad, y su belleza, eran debidos a los numerosos viales y polvos que abarrotaban su tocador.

Cerró su puerta mental aprisa ante esos pensamientos desagradables.

Menos mal que Rebecca había sobrevivido su infancia, aunque su salud hasta la fecha no era robusta. No quería imaginarse en lo que su vida se habría convertido si su hija también hubiera fallecido.

Habría seguido cumpliendo sus obligaciones, porque eso es lo que él hacía, y quién era, pero su vida habría sido gris y apenada.

Amaba a su madre y a su hermano, pero no había amor comparable al que sentía una persona por un hijo. Al menos eso había sido su experiencia.

Plimpton se giró hacia la mujer sentada en su carruaje.

Tenía la cabeza inclinada sobre algo, quizás un libro, y estaba de perfil. Era una mujer sin mácula; la clase de mujer que le arrebataba el aliento a un hombre cada vez que la viera. Era tan hermosa como había sido Cecily y tan regia y distante. Especialmente alrededor de Plimpton.

Pero aunque ella llevaba una máscara de cortesía frígida en su presencia, él había observado la manera en que ella interactuaba con Honoria y sus otras amistades. Al contrario que Cecily, había una mujer cálida y amorosa bajo ese barniz de frialdad y control.

Pero nunca hacia Plimpton. Para él, todo lo que Winifred sentía era hostilidad y desconfianza. ¿Sabía ella algo de la parte que había tenido Plimpton en el exilio de su querido medio hermano, un exilio que eventualmente acarreó la muerte de Piers, o había alguna otra razón por la que ella le detestara?

***

Aunque el carruaje de Plimpton no llevaba el blasón de él, estaba claro para cualquiera con un poco de sensatez que quien fuera el propietario de la comitiva impresionante era alguien adinerado y poderoso.

El duque había estado muy seguro de que Freddie le acompañaría en este viaje y había mandado sus caballos de manera anticipada; o de manera habitual guardaba un cambio de caballos en el camino a Dorset porque el grupo de caballos que reemplazó a los cuatro caballos originales era igual de magnífico.

Incluso cuando no se necesitaba cambiar de caballos, Plimpton se detenía para permitir que las dos mujeres estiraran las piernas y se refrescaran.

Freddie descubrió que la Srta. Denny había asumido el cargo de acompañante de la anciana madre del duque, que había sufrido una apoplejía varios meses antes y que ahora requería una atención constante.

Si la Srta. Denny pensó que este viaje a Dorset era extraño, no daba señales de ello, y no era porque fuese poco habladora. Ciertamente, se complacía hablando de manera casi constante desde el momento en que se subieron al carruaje, solo parando cuando ellos se detenían para los descansos de refresco, reanudando sus palabras una vez que el carruaje se ponía en marcha de nuevo.

A Freddie no le importó el parloteo de la mujer. Lo último que quería hacer era quedarse sentada calladamente con sus pensamientos. Pensamientos que daban vueltas como el agua en un cubo que había sido sacudido de mala manera.

Entre su preocupación por Wareham y su preocupación por Piers, Freddie estaba agotada para cuando se detuvieron para esa noche y estaba deseando estar a solas y tener una bandeja de comida en su habitación.

Tenía que haberlo sabido.

"He pedido un salón privado para nosotros, Winifred", dijo el duque mientras la ayudaba a bajar del carruaje cuando llegaron al Knight and Stag, una elegante posada que parecía ser bastante nueva.

Las palabras de él eran una orden disfrazada de petición y eso la picaba el genio como un atizador removiendo brasas apagadas hasta reavivarlas.

"Me alegra cenar en mi habitación". No pudo resistir agregar: "Estoy segura de que a la Srta. Denny le agradaría compartir mesa con usted".

La miró con una mirada calmada y directa que le hizo a ella sentir flechas indeseadas de excitación por todo su cuerpo, haciendo que Freddie quisiera darse un tortazo. ¿Por qué tenía que haber desarrollado una infatuación física por este hombre de todos los cientos de hombres que había conocido a lo largo de los años?

"¿Le dará tiempo suficiente durante una hora para descansar y prepararse?" preguntó él, ignorando tanto el rechazo de ella y su comentario sobre la locuaz acompañante.

Bueno. ¿Qué podía decir una persona, aparte de *sí*?

"Una hora será suficiente. Gracias, su Excelencia".

Él inclinó la cabeza y se alejó.

La Srta. Denny estaba hablando con uno de los mozos de Plimpton y señalando el segundo carruaje, donde un hombre altivo, que solo podía ser el ayudante de cámara de su Excelencia y que daba instrucciones para el descargamiento del equipaje.

Freddie estuvo a punto de reunirse con la otra mujer y buscar su maleta, cuando un hombre alto, apuesto y joven, vistiendo la librea del duque de color plata y azul marino, se acercó a ella, una de sus maletas en cada mano. "Sus habitaciones están listas, milady. Sígame, por favor". Asintió con la cabeza a las puertas dobles que el posadero y su esposa habían abierto de par en par para recibir la comitiva del duque.

"Parece que su Excelencia es bien conocido aquí", dijo ella mientras subían las escaleras.

"Se hospeda aquí a menudo, aunque normalmente es una de sus paradas de regreso de Torrance Park y no camino allí".

Eso tenía sentido, ya que seguramente había salido de Londres mucho más temprano de lo que había hecho hoy.

"¿Cuál es tu nombre?", preguntó ella cuando llegaron al rellano.

"William, milady". Se quedó parado al lado de la segunda puerta y la abrió.

La habitación era mucho más grande y bonita de lo que uno se encontrara en la mayoría de las posadas. Había vigas enormes que

sostenían un techo recién encalado y el suelo de madera brillaba. La cama era una enorme cama con dosel de cortinas de color marfil, almohadas rellenas, y una colcha dorada de brocado.

Así que esto era la clase de lujos que uno disfrutaba si era un duque. O si viajaba con un duque.

"¿Le traigo alguna cosa, milady?"

Ella se giró ante la cama. "No, gracias, William, eso es todo".

Antes de que él pudiera cerrar la puerta, llegó una criada con un jarrón lleno de agua humeante. "Su Excelencia ha dicho que he de ayudarla a vestirse, milady".

"Gracias, pero no necesito ayuda. Puedes dejar eso allí encima del aparador". Metió la mano en el bolsito de mano que todavía colgaba de su muñeca y sacó una moneda, entregándosela a la criada cuando se disponía a marchar.

La chica sonrió y le hizo una reverencia. "¡Gracias, milady!"

Freddie cerró la puerta con llave y luego se quitó los guantes antes de abrir la maleta más grande de las dos que tenía, una que solo tenía cuatro vestidos. Una de las prendas era su mejor vestido de noche. Era también su vestido más nuevo, que había comprado cuando el Sr. Conroy le había dado una bonificación. Había sido una compra imprudente, pero todos sus vestidos habían empezado a parecer viejos. Por suerte, las dos modistas a las que ella traía la mayoría de sus clientas, le habían ofrecido descuentos significativos por sus adquisiciones personales. Este vestido era la primera vez que ella había aprovechado semejante oferta.

Mientras acariciaba el hermoso vestido de color verde menta de seda, se recriminó a sí misma. ¿Por qué había guardado semejante vestido cuando podía haber dispuesto del espacio para algo más útil y práctico?

Lo has traído porque querías que el duque te vea vistiéndolo. Querías que te observara en algo que no fueran los vestidos corrientes y de señora mayor que llevas para hacer de chaperona de tus clientes.

Freddie ignoró esa voz y se desvistió hasta quedar en ropa interior antes de lavarse para retirar la suciedad del viaje de la cara y las extremidades con agua deliciosamente caliente. Se retiró las horquillas del pelo, se lo cepilló hasta que relucía y luego se lo repeinó en un elegante moño.

Los botones del vestido estaban hábilmente ocultos tras un volante lateral, que le permitía vestirse sin criada. El color verde pálido no era una tonalidad que ella creyera halagadora, pero había sido hecho para una mujer que nunca había ido para recogerlo y Madam Therese le había animado a probárselo, ofreciéndole un descuento aún mayor que lo habitual.

"No es un color que favorezca a muchas mujeres", había reconocido la modista cuando miró a Freddie en el espejo de tres paneles. "Pero con su tez y silueta esbelta…" había hecho un gesto con los labios y las puntas de los dedos que era típicamente francés. "Debe llevárselo, milady. Está hecho para usted".

Mientras Freddie se estudiaba ahora, tenía que reconocer que el color verde pálido hacía que su cabello pareciese hilo de oro y sus ojos más plateados que grises. No solo adoraba ese color, sino que la seda fina le acariciaba el cuerpo de una manera positivamente decadente.

"¿Y por qué lo llevas esta noche, Winifred?", se preguntó a sí misma con tono burlón, mirando su silueta antes de sacar el cordón de perlas de pasta que iba con todos los vestidos que tenía, y se lo abrochó a la garganta. Una vez, hace años, había poseído un cordón de perlas auténticas que le había dejado su madre, una mujer que ella no recordaba. El collar, con los pendientes a juego, había sido vendido el día en que había ido al asilo para recoger a Miranda. Había necesitado el dinero para sobornar a la asistente para que mirase hacia otro lado.

Se había consolado con el argumento de que solo eran *cosas…* que la libertad de Miranda y su futuro eran más importantes, pero había sentido una punzada de remordimiento de separarse con el último lazo que la unía a su madre.

Freddie se colocó los pendientes de perlas falsas en las orejas y luego se alisó la seda fina de la falda, sintiendo tanto placer ante el tacto de la prenda como de su aspecto. No tenía sentido mentirse a sí misma; se había traído el vestido con la esperanza de cenar con el duque en algún momento.

Querer impresionar a un hombre, especialmente uno como Plimpton, era… peligroso.

Freddie tendría que no bajar la guardia en torno a él.

CAPÍTULO 5

Es una posada muy agradable", dio Winifred mientras los criados les ponían el segundo plato de la cena. "No recuerdo haberme alojado aquí cuando yo viajaba de Torrance Park y Londres en el pasado".

"Abrió hace cinco o seis años", dijo Plimpton, levantando la botella de vino y rellenando sus vasos.

Ella tensó los labios de la boca ante el gesto de Plimpton. Si estaba disgustada porque pensaba en su altanería o porque desaprobaba que bebieran más de un vaso, era algo que él no podía saber.

Hablaron solo de cosas intranscendentales mientras la habitación estaba llena de criados. Pero él se percataba de cierta tensión bajo la hermosa superficie de ella y sabía que ella tenía preguntas para él. Plimpton tenía unas cuantas para ella, él también.

Mientras tanto, se relajó y disfrutó viéndola. Aunque ella siempre tenía un aspecto elegante, él se fijó en que había cierta calidad gastada en sus ropas, lo cual le sorprendía, ya que había supuesto que lanzar a jóvenes en alta sociedad sería una empresa bastante lucrativa.

El vestido que ella llevaba esta noche era nuevo, o al menos él no lo había visto antes. El vestido, obviamente, había sido diseñado por una modista de gran habilidad. La seda rica era de un color verde tan pálido que tenía que haber dejado que su cabello rubio, piel clara y ojos claros se volvieran anodinos, pero en lugar de hacerlo, su aspecto era vibrante y vivo, como una primavera personificada. Ciertamente, *relucía*, sus ojos grises plateados exhibiendo esos destellos de marrón pálido que parecían volverse más pronunciados dependiendo el color de ropa que llevara.

Ella era la mujer más exquisita que él hubiera visto en años. Posiblemente nunca. Y había una profundidad en ella que trascendía la mera perfección física.

Plimpton tenía sus propios secretos y bastantes decepciones del pasado y normalmente no tenía interés en sondear más allá de las máscaras de amabilidad de otras personas, mujeres u hombres. Pero las ráfagas veloces como relámpagos de pesar que a veces se escapaban del hermoso barniz de Winifred, le fascinaban y atraían. ¿Qué le había pasado a ella durante su matrimonio con Sedgewick? El hombre había sido un canalla, no, peor: un depravado, y Plimpton se había quedado horrorizado cuando Wareham había sancionado ese emparejamiento. Claro que Sedgewick había sido el primo de la esposa de Wareham, así que le habría sido difícil rechazar a un miembro de la familia de ella.

Pero tenía que haberlo hecho.

Esa tristeza que él veía en esos destellos ocasionales venía de su tiempo con Sedgewick; Plimpton estaba seguro.

Y le ponía malo pensar en lo que ella podía haber soportado.

***

Freddie nunca debió beber esa tercera copa de vino. Solo porque el duque lo seguía sirviendo, no significaba que ella tuviera que seguir bebiéndolo. Pero lo había hecho, su mano aparentemente moviéndose de manera automática y su boca siendo su cómplice. Y ahora, de alguna manera, la tercera copa estaba vacía. Usualmente no se tomaba una segunda copa. Aunque su mente no estaba confusa, su lengua se había soltado mientras proseguía la deliciosa cena.

Para ser un hombre que siempre había parecido reservado hasta el punto de ser taciturno, el Duque de Plimpton era un anfitrión y acompañante de cena excelente. Mantenía la conversación fluyendo de manera fluida, evitando temas que fuesen demasiado incómodos o personales mientras los criados revoloteaban por ahí.

De manera muy sorprendente, habló con calidez de su casa, Whitcombe, y era obvio que le gustaba la vida rural. Y sin embargo,

ella sabía que él era escrupuloso cuando se trataba de sus obligaciones parlamentarias y venía a Londres siempre que la Cámara de los Lores estaba en sesión.

También estaba claro, de la manera en que hablaba de su hija, su madre, hermano, Honoria y su nuevo sobrino, que quería mucho a su familia. Era especialmente voluble sobre el tema del bebé de Honey, que Freddie todavía no había conocido.

"Robert es un bebé muy saludable", dijo él, sus palabras recordándole a Freddie que Plimpton había perdido varios hijos suyos.

Ciertamente, el cambio en el duque ante la mención del hijo de su hermano era eléctrico. Sus rasgos, normalmente tan serios, se aligeraron con algo que era casi una sonrisa.

"¿Lo ha conocido ya?", le preguntó él.

"Todavía no", reconoció Freddie. Ella había querido estar allí cuando el niño nació, pero no había podido dejar a su cliente en ese momento. "Honey me dice que le traerá a Londres en la primavera".

Él arrugó el entrecejo, claramente sin sentirse agradado ante la idea de que el bebé viajara. A Freddie le gustaría ser como una mosca en la pared si alguna vez a él se le ocurriera decirle a Honey cómo tenía que criar a su hijo.

"Me alegró que Honoria disfrute tanto del campo", dijo él, evidentemente dejando de lado hasta otro momento el asunto del viaje de primavera. "Sé que pasó la mayor parte de su vida en Londres, así que pensé que echaría de menos la vida en la ciudad".

"Su amor por la vida campestre a mí también me ha sorprendido", admitió Freddie. "Sus cartas están llenas de descripciones de la granja de Everley, la nueva casa sucesoria que está construyendo Lord Simon, los establos nuevos y por supuesto, de Robert". Freddie se terminó lo que le quedaba de las zarzamoras y crema y el duque le hizo un gesto a un criado para que retirara los platos.

"¿Le apetece algo más, milady?", preguntó él.

“No, gracias. Ya he comido demasiado”.

El duque indicó con un gesto de la cabeza que los criados se podían ir y ellos se fueron sin hacer ningún ruido.

Finalmente, estaba a solas y podían hablar libremente.

“Dijo que habló con Wareham acerca de mi futuro”.

Él asintió lentamente con la cabeza, claramente sopesando sus palabras siguientes. “Wareham sentía gran dolor en ese momento, de manera que su pensar no era demasiado claro. Pero una cosa era evidente, y eso era su preocupación por el futuro de usted”.

“No he visto a mi hermano en más de ocho años. La última vez que hablé con él, me dijo que se lavaba las manos de mí si yo elegía dar clases en el colegio”. Sus ojos se estrecharon. “Y durante los últimos ocho años, ha conservado esa promesa. ¿Entonces, por qué le preocupa mi futuro ahora?”

El duque se encogió de hombros levemente. “Eso es algo que tendrá que preguntarle a Wareham”.

“Wareham debería estar más preocupado por sus hijos que por mí. Especialmente de sus hijas. La única mujer más manipuladora y controladora que Sophia era su madre”. Ahora bien, eso era algo que Freddie nunca habría dicho si no hubiera bebido tres copas de vino.

“Creo que es una opinión que comparte Wareham”.

Freddie levantó las cejas, sin molestarse en ocultar su incredulidad.

El duque interpretó con precisión su expresión. “Su hermano ha cambiado, Winifred. En cuanto a los niños, el vizconde Telford sería su guardián si pasara lo peor. Naturalmente, el hijo mayor de Wareham, que tiene casi dieciocho años, asumiría sus obligaciones como conde si su padre falleciese. Pero los demás siguen en el colegio y vivirían con Telford”.

Freddie se estremeció; el pensamiento de la muerte de su hermano por primera vez le parecía una posibilidad. Había sentido desavenencias con Wareham tantos años, que le costaba trabajo recordar el hermano gracioso y protector que había sido alguna vez.

"¿Tiene frío?", le preguntó el duque, malinterpretando su estremecimiento. "¿Le pido a un criado que le busque un chal?"

Freddie sacudió la cabeza. "Me sorprende que los cuñados de Wareham estén dispuestos a hacerse cargo de los cinco hijos pequeños".

"Los Telford no tienen hijos propios".

"Aun así", dijo Freddie, "es una gran responsabilidad. Wareham no era cercano con su cuñado en la época en que yo vivía con él".

"No, tengo entendido que él y Telford solo se han convertido en mejores conocidos en este último año o así". Se aclaró la garganta. "Durante mucho tiempo, Lady Wareham y Lady Telford estaban… distanciadas".

Freddie resopló de manera poco elegante, otra cosa que nunca habría ocurrido si ella no hubiese bebido tanto, y a duras penas logró reprimir unas palabras realmente poco generosas sobre su cuñada fallecida.

La manera en que la miró el duque le indicó a Freddie que él podía adivinar lo que ella se había reprimido. "¿Conoce a la Lady Telford más joven?", preguntó él.

"Solo la vi unas cuantas veces". Titubeó y luego dio rienda suelta a su contención. "Sophia no se llevaba bien con ninguno de sus hermanos o sus esposas. Yo vi a la mayoría de ellos solo en la boda de mi hermano".

El duque asintió; no parecía muy sorprendido.

Las tendencias manipuladoras y francas de Sophia habían alienado a sus hermanos y Freddie se imaginó que toda la familia había suspirado con alivio cuando Sophia se casó con Wareham y se mudó a Torrance Park.

Y entonces fue cuando Sophia se convirtió en el problema de Freddie.

Ella levantó la vista de sus recuerdos desagradables para ver la mirada de complicidad del duque en su persona.

"¿Siguió visitando a Wareham incluso después de su matrimonio?", le preguntó ella.

"Sí".

Ella estaba asombrada de que alguien se expondría a la compañía de Sophia adrede. "Claro que Sophia le habría adorado. O al menos habría adorado su posición". En cuanto las palabras salieron de su boca, se arrepintió. No podía realmente culpar el comentario desagradable en las tres copas de vino. Su ira por su cuñada fallecida se había atenuado desde su muerte, pero pensar en Sophia siempre avivaba las brasas y hacía que su odio volviera a flamear. "Lo siento, eso fue..."

"Bastante preciso", dijo él, un sutil humor brillando en sus ojos. "La condesa de Wareham podía ser una mujer difícil". Las palabras eran un eufemismo tan ridículo que Freddie sentía que debería estar tirada en el suelo riendo. Afortunadamente, fue capaz de contener ese impulso. ¿Quizás la fase de *estar tirada en el suelo riendo* solo empezaba después de que una hubiera consumido cuatro copas de vino?

"No sé si lo sabe, pero Wareham se arrepintió desde hace mucho de no haber frenado el comportamiento de su esposa en lo atañente a usted".

"No, no lo sabía".

"Quizás si hubiera abierto cualquiera de sus cartas, lo habría sabido".

Sus palabras discretamente reprendiéndola eran como yesca en las llamas de su ira. Soltó una risa poco divertida. "Siempre he sabido que el alcance de un duque era amplio, pero nunca soñé que incluyera los asuntos privados de personas que no tienen parentesco con usted o dependen de su generosidad".

El duque ni siquiera pestañeó ante eso. "Wareham se siente especialmente culpable cuando se trata de su matrimonio con Sedgewick. Teme que hubiera razones tras su decisión de casarse con el conde que él no conociera. Se culpa por no haberse dado cuenta en su día".

"*Debería* sentirse culpable. Permitió que su esposa mandara en su hogar sin molestarse siquiera en cuestionar su comportamiento, especialmente cuando se trataba de *mí*". Replicó Freddie, recuerdos indeseados de su vida con la arpía que era la esposa de Wareham saliendo a flote en su memoria como cadáveres hinchados flotando en la superficie de un lago. "Sophia hizo que mi vida fuese un infierno desde el día en que se casó con mi hermano, no, desde antes", corrigió.

El saloncito acogedor pulsaba con un silencio incómodo y Freddie se arrepintió por haber compartido un detalle tan íntimo de su pasado con este desconocido que la juzgaba de manera callada.

Oh, ¿qué importa nada de eso ya? Pasó hace más de una década. Y no hiciste nada de qué avergonzarte en cualquier caso.

Envalentonada por esos pensamientos, Freddie se obligó a mirarle a los ojos.

Para su asombro, ella no vio censura en sus ojos gris oscuro, sino algo que se parecía mucho a empatía.

Tristemente, vio aún más en su mirada cómplice: el duque no solo sospechaba que Sedgewick había sido cruel, también sabía lo depravado que había sido su marido.

Freddie se sintió incómoda ante el conocimiento que leía en los ojos del duque, avergonzada porque el mundo, o al menos un hombre como Plimpton, supiera la verdad sobre su marido fallecido.

Ella estaba aterrorizada porque él le fuese a preguntar algo sobre Sedgewick o su matrimonio, pero tenía que haberlo sabido; él era demasiado amable y circunspecto como para ahondar en ese tema.

En lugar de hacerlo, puso la lupa sobre él mismo. "Cuando un hombre está tan enfermo como lo está su hermano, las transgresiones de su pasado le pesan mucho". Sus labios se retorcieron levemente. "Yo estuve muy enfermo hace unos pocos años, así que recuerdo bien cómo los fracasos de uno pueden atormentarle a uno".

Su amiga Honey le había contado lo de la enfermedad del duque, y aunque no había compartido muchos detalles, solo el hecho de que había estado cerca de morir. Honey también le había mencionado que Lord Simon y Plimpton no se llevaban bien en esa época. Freddie supuso que eso era el *fracaso* del que se había referido.

Plimpton no era la clase de hombre que compartiera un asunto tan privado de una manera ligera y Freddie apreció que él le contara una confidencia. A su manera rígida y autocrática, el duque estaba queriendo ser útil, y era injusto por parte de ella estar constantemente alterándose por él. También era poco típico en ella. Si sus amigos pudieran ver la manera en que ella se había comportado antes en ese día…

Freddie se estremeció. *Hazlo mejor, Winifred.* Ella miró sus ojos inescrutables. "Whitcombe está muy lejos de Torrance Park, su Excelencia. Sé que está poniéndose de manera considerablemente inconveniente para usted trayéndome toda esta distancia. Yo… yo lo aprecio".

Cielos. Eso había sido doloroso.

"Me siento honrado de poder ayudar", dijo él. "He de decirle que muchas de las otras amistades de Wareham se han quedado en el camino a lo largo de los años, Winifred. Su hermano está bastante aislado, así que su presencia en Torrance Park significará mucho para él".

La furia surgió en ella, la emoción tan amarga y potente que tuvo que tensar las mandíbulas para impedir que saliera de ella. Quería gritarle al duque que el aislamiento de Wareham era su propia culpa. Que su hermano había, año tras año, elegido a su esposa por encima de su hermana, su familia y sus amigos.

Pero el hombre sentado en frente de ella no había hecho nada para merecer el rencor de ella. Ciertamente, su lealtad hacia Warehem era elogiable.

"Ha sido un buen amigo con Wareham, su Excelencia".

"Y, él ha sido un buen amigo conmigo".

Freddie le creía.

Qué pena que Wareham no hubiera sido ni la mitad de bueno como hermano.

CAPÍTULO 6

El duque, por lo visto, había mandado un recado a Torrance para que les esperaran allí porque la puerta de entrada se abrió nada más llegar el carruaje y varios lacayos y un hombre que tenía que ser el mayordomo, aunque no era el viejo Friske, a quien Sophia debió de haber despedido, se apresuraron a recibir al carruaje.

Tal como había hecho todas las veces, Plimpton abrió la puerta del carruaje personalmente y ayudó a bajar a Freddie y a la Srta. Denny.

"Esta es Lady Sedgewick, Goodrich, la hermana del lord", dijo el duque al hombre mayor de aspecto grave y decoroso que se había aproximado.

"Es un placer conocerla al fin, milady", dijo el mayordomo, sonando como si lo decía de verdad.

"¿Cómo está el lord?", preguntó el duque.

"El Doctor Finch estuvo aquí hace unas horas y sangró a Lord Wareham después de observar el deterioro de su estado. Teme que la infección haya empeorado, su Excelencia".

El duque arrugó el entrecejo. "¿Y la vizcondesa viuda Telford?"

El rostro del mayordomo se tensó de manera casi imperceptible. "Sigue aquí". Tosió levemente. "Aunque no ha atendido al lord después de que él la despidiera hace dos días".

"Entiendo", dijo Plimpton después de un silencio cargado.

El duque no había levantado la voz, pero Freddie podía sentir la fuerza de su ira irradiando de su persona bien vestida. Los músculos de su mandíbula se flexionaron, sus ojos opacos atravesando con la mirada al pobre mayordomo en lugar de mirarle, que tenía gotas de sudor en la frente.

Freddie pensó que el duque tenía que afeitarse dos veces al día porque su vello había empezado a aparecer en su piel bronceada, y apenas eran las tres de la tarde.

Ella parpadeó ante la extraña observación. ¿Por qué estaba pensando en su vello facial?

El duque se giró hacia ella. "Le gustaría ir a su habitación primero y…"

"Me gustaría ver a mi hermano inmediatamente".

Por primera vez, en la mirada fría de Plimpton se veía aprobación. "Iré con usted".

Freddie estaba más aliviada de lo que quería reconocer por las palabras de él. Había un ambiente extraño y desagradable en la casa, una especie de tensión, y después de la confesión del mayordomo acerca de la viuda, Freddie sospechaba que esa mujer era la fuente.

Mientras los tres subían la gran escalinata de mármol, el mayordomo se dirigió a ella. "He tomado la libertad de preparar sus antiguos aposentos para usted, milady".

Freddie sintió una punzada de placer ante la consideración de él. "Gracias". Qué sorprendente que su cuñada dejara algún rastro de ella en la casa.

Como si hubiera dicho esas palabras en voz alta, el mayordomo carraspeó de manera delicada y dijo: "Esto, la suite fue redecorada hace unos años".

Ah. Tenía que haberlo adivinado.

Torrance Park se había construido hace ciento cincuenta años cuando la estructura original sufrió un incendio devastador. Aunque nada del mobiliario había sido pertenencias antiguas de la familia, la casa había estado, según recordaba Freddie, elegantemente amueblada.

Mientras miraba a su alrededor, podía ver que quedaban pocas cosas de su infancia. Aunque Freddie no habría llamado los cambios

en mobiliario, cortinas y arte, vulgar, la decoración moderna le pareció algo demasiado forzada.

Goodrich se detuvo ante una de las puertas de las habitaciones de los invitados y llamó a la puerta suavemente.

Freddie arrugó el entrecejo. "¿Mi hermano no está en los aposentos del conde?"

"Esto, no, milady. El lord se mudó a esta suite de habitaciones hace algún tiempo".

Ella miró al duque, pero él no dijo nada. Wareham había ocupado los aposentos principales de Torrance Park desde que sus padres habían fallecido. Qué raro que se mudara.

Cuando nadie contestó después de que el mayordomo llamara a la puerta con los nudillos, probó el pomo. "Está cerrada con llave", dijo sorprendido.

Con una expresión que era lo más parecida a un ceño fruncido, el duque llamó con fuerza con los nudillos contra la puerta pesada de madera.

Esperaron. Y esperaron.

Plimpton había levantado la mano para aporrear la puerta con el puño cuando se abrió finalmente.

El fétido olor a enfermedad fue lo primero que ella notó. Justo después, el inconfundible olor a ginebra.

La mujer que había abierto la puerta tenía un aspecto marchito y viejo. Sus ojos reumáticos parpadearon al verles y su voz rasposa resolló. "El lord está durmiendo y no hay que molestarle".

"Esta es Lady Sedgewick, la hermana del lord, Sra. Marley", dijo Goodrich, la voz gélida y cargada con desaprobación.

"La Viuda ha dicho…"

"Apártese, mujer", le dijo escuetamente el duque.

La Sra. Marley les miró con la boca abierta y sus ojos bizqueantes se abrieron mucho mientras se apartó dando tropiezos.

Plimpton hizo un gesto para que Freddie entrara.

Inhalando por la boca, casi tiene arcadas mientras entró en el estudio y luego al dormitorio adyacente. Respirar semejante aire enfermaría a cualquiera, incluso una persona sana.

Se fue hacia la ventana más lejana de la cama, apartó las cortinas y forcejeó con la ventana hasta abrirla de par en par, inundando la habitación con aire muy necesario.

Detrás de ella, la anciana emitió un alarido escandalizado. "La señora dijo…"

"Queda despedida", dijo el duque, su voz tan letal como la hoja de un cuchillo.

"Mire, yo no recibo órdenes de usted. Yo recibo mis…"

Las voces se volvieron insignificantes cuando Freddie miró con horror a la figura inmóvil en la cama. El rostro normalmente esbelto y apuesto de Wareham estaba tan hinchado y rojo que Freddie nunca le habría reconocido como su hermano. Su respiración era estertórea y a ella le dolía en sus pulmones solo de oírle. Se acercó más y su pie golpeó algo, una botella, a juzgar por el ruido mientras rodaba bajo la cama. Unos segundos más tarde, el olor botánico de ginebra, fresco esta vez, en lugar de viejo y amargo, la asaltó.

"Ya se ha ido, Winifred. ¿Qué necesita?"

Freddie dio un respingo y se volvió hacia el duque. Su cara había palidecido y su nariz aquilina de puente alto estaba arrugada del olor.

"Mi valija, la más pequeña, por favor". Su mirada fue hacia la almohada bajo la cabeza grasienta de su hermano. "Lencería de cama fresca, almohadas frescas y mantas nuevas; agua caliente, mucha, paños para lavar y unas toallas". Miró a su alrededor por la habitación en tinieblas. Voy a necesitar más luz, y un biombo para que no moleste a mi hermano".

"También necesitará ayuda", dijo el duque.

Freddie asintió y se volvió hacia el mayordomo que merodeaba y miraba la silueta prona de Wareham con horror.

"Sí. Mande las dos criadas mejores, chicas que puedan tener iniciativa y que sean competentes. Una vez que hayan limpiado y ordenado las habitaciones del lord, les daré instrucciones acerca de sus cuidados".

"Sé justamente a quien…"

"¿Qué significa esto?", exigió una voz estridente desde el umbral de la puerta, que se había quedado abierta cuando huyó la Sra. Marley.

Freddie estuvo a punto de ir y hablarle a la mujer cuando el duque le colocó una mano en el hombro. "Quédese aquí y cuide de Wareham". Sus labios se cerraron en una sonrisa seria. "Yo me ocuparé de la viuda". Se volvió hacia el mayordomo. "Haga lo que le diga Lady Sedgewick".

El criado asintió con la cabeza y se apresuró a irse.

Aliviada porque el asunto de Lady Telford no estaba ya en sus manos, Freddie se volvió hacia su hermano. Tensándose, estiró una mano hacia las sábanas manchadas que descansaban en su pecho.

"No tiene ningún derecho…", empezó a decir la viuda.

"Fuera, Lady Telford. Ahora", agregó el duque de manera amenazadora.

"¡No se haga el amo altanero conmigo, Plimpton! Yo…"

"Usted saldrá por su propio pie, o la levantaré y la sacaré yo mismo, madam".

Los labios de Freddie adoptaron una leve sonrisa ante el alarido escandalizado de la mujer.

Solo cuando la puerta se cerró, y reinó un silencio que agradeció, retiró la manta.

Jadeó y se mordió el labio con los dientes para no exclamar ante la herida purulenta que vio.

El camisón de Wareham era casi transparente del sudor. Manchas sanguinolientas y amarillas se difuminaban tiñendo el lino blanco.

"¡Oh, Dicky! ¿Qué te ha hecho esa bruja?", susurró, llamando a su hermano con su mote por primera vez en casi dos décadas mientras una lágrima rodó por su mejilla. "Menos mal que Plimpton me ha traído aquí a tiempo".

***

"No tiene ningún derecho en…"

"Hablaremos de esto en el estudio del lord en lugar del pasillo, señora", dijo Plimpton, sacando por el brazo a la mujer pasillo abajo.

"¡Suélteme, bruto!" La viuda intentó zafarse de la mano de él, pero él la tenía agarrada con firmeza. Plimpton se tuvo que obligar a caminar lentamente y no apretar la mano, aunque quería hacerlo, recordándose con firmeza que, con todo lo detestable que era, la viuda era una señora, y anciana además.

"¿Vendrá de manera tranquila?", preguntó él con frialdad.

Ella le miró desde abajo con el ceño arrugado. "Sí", dijo ella entre dientes.

Plimpton la soltó y señaló en dirección hacia el estudio de Wareham. "Después de usted, señora".

Hicieron el corto viaje en silencio. En cuanto él cerró la puerta, la viuda se giró hacia él, la expresión en su cara de ira. "Edna Marley ha trabajado para mi familia desde que yo era niña".

"Entonces quizás ha llegado el momento en que le dé una pensión y la permita jubilarse, señora. Por favor, tome asiento", dijo él, señalando una silla.

Ella le ignoró, su boca arrugándose como una hoja de papel retorcida. "No tiene ningún derecho a mandar aquí y yo…"

"Tengo un poder firmado de Wareham para ocuparme de todos los aspectos de su propiedad, sus hijos y su salud".

Ella abrió la boca como si fuera un puente levadizo cuyas sogas hubieran sido cortadas. Tartamudeó: "Eso es… es…"

"Eso es como el lord lo quiere", terminó él de decir por ella, aunque no era lo que ella habría dicho si su cara amoratada fuese

indicativa de algo.

"¿Cómo se atreve a hacerse cargo de los hijos de mi hija y mandarlos a mi hijo y su esposa inútil?"

"Es lo que Wareham quería".

"Esos son mis nietos y deben estar bajo mis cuidados".

Plimpton pensó que los hijos de Wareham, especialmente sus hijas jóvenes, estarían mejor con una manada de lobos que con su abuela. Pero decir eso no sería apropiado para terminar esta conversación. "Yo creo que Wareham estará sano pronto, de manera que sus hijos no van a necesitar los cuidados de Telford o suyos, señora. Ahora, dígame, ¿por qué despidió al Dr. Madsen?"

Ella se cruzó de brazos y le miró ceñuda. "Supongo que él fue el que tuvo la temeridad de escribirle, ¿verdad?"

Y menos mal que lo había hecho. Plimpton ignoró su pregunta y repitió: "¿Por qué le despidió?"

"¡Es un charlatán! Se negó a sangrar a Lord Wareham aunque era obvio que eso es lo que necesitaba".

"¿Obvio para quién?"

"Para el Doctor Finch".

"¿Y él quién es, digame?"

"Finch es un médico excelente. Fue él quien trató a mi hija después de su accidente a caballo".

Plimpton se abstuvo de señalar cuál había sido el resultado de eso para Lady Wareham. En lugar de eso, dijo: "El doctor Madsen es un médico muy respetado que tiene años de experiencia con la clase de lesión que tiene el lord. Cree que sangrar es contraproducente para el proceso de curación en esta situación, y yo… y yo", repitió él en voz más alta para ser escuchado por encima de ella. "Le creo. No solo creo en él, sino que Lord Wareham estaba recuperándose antes de que usted interfiriera en su tratamiento".

Ella se levantó de la silla bruscamente. "¡No me quedaré para ser insultada por usted!"

La cortesía con la que se había criado le hizo ponerse en pie un segundo más tarde. "Afortunadamente no hay razón para que se quede. Me alegraría ofrecerle el uso de mi carruaje y mis criados para que la lleven a donde quiera ir". *Preferiblemente, al Infierno*.

"No quiero nada suyo. Su interferencia en los asuntos de mi familia es descarada. Contactaré a nuestro abogado sobre sus afirmaciones".

"Le ruego que lo haga".

"¡No se quedará impune con esto!" Con eso último, se dio la media vuelta y se fue hacia la puerta.

Plimpton caminó más rápido y llegó a la puerta antes que ella. Colocó una mano en el pomo y se giró hacia ella, obligándola a mirarle a los ojos. "Creo que es una idea excelente que contacte al abogado de su familia. También quiero reiterar, por si no me ha oído, que usted no ha de interferir con el tratamiento del lord más. Ni ha de llevarse a los niños de casa de su hijo". A juzgar por el odio que se avivó en su mirada, eso había sido el siguiente paso que daría. "¿Entendido?", preguntó él cuando ella se limitó a hervir de ira.

Los dos se miraron a los ojos, el silencio puntuado por la respiración alterada de ella.

Plimpton pensó que podría quedarse atrapado en la habitación todo el día con la vieja bruja testaruda cuando al final ella gruñó. "Entiendo. Ahora, apártese de mi camino".

Él abrió la puerta, y ella salió huyendo con la misma rapidez que una rata escapando por una cañería.

Él suspiró y se frotó la mandíbula dolorida, que había estado tensando. Un suave sonido rasposo provino de la palma de su mano, e hizo una mueca; necesitaba afeitarse. Y darse un baño. Y un descanso decente.

Desgraciadamente, pasarían horas antes de que pudiera tener ninguna de esas cosas.

CAPÍTULO 7

Milady. He traído hielo fresco".

La voz sacó a Freddie de su ensimismamiento, y estaba confusa por un momento. La visión de su hermano, en una cama limpia, vistiendo un camisón nuevo, y ya no sudando profusamente o con una violenta tonalidad rojiza y morada, le hizo recordar dónde estaba.

Le sonrió a la criada. *Betsy*, se recordó a sí misma. Una de las mujeres jóvenes de mirada abierta y limpia que Goodrich había mandado para ayudar a cuidar de Wareham.

"Me he debido de quedar dormida", admitió, mientras ahogaba un bostezo, levantándose de la silla antes de tomar el recipiente de trozos de hielo de la chica. "Gracias".

"Su Excelencia dijo que he de ayudarla de la forma en que necesite".

"Esto es suficiente por ahora, Betsy".

La moza titubeó.

"¿Sí?" le apremió Freddie.

"¿Me puedo quedar y ver? Sé solo un poco de enfermería y me gustaría aprender más."

"Por supuesto que puedes quedarte". Freddie virtió una pequeña cantidad de lavanda destilada que había traído consigo dentro del hielo.

"¿Por qué agrega lavanda, milady?", preguntó Betsy de manera callada.

"Algunas personas creen que tiene un efecto limpiador… un astringente. Otras personas creen que su olor aviva el humor de una

persona". Sonrió levemente. "Yo creo que ambas cosas son algo ciertas. ¿Puedes tomar uno de esos paños limpios, mojarlo, estrujarlo y luego bañar la frente del lord, por favor? Yo voy a comprobar sus pies para ver si se han recalentado".

"¿Por qué sus pies están fríos si tiene fiebre, milady?" Preguntó Betsy, las manos ocupadas mientras hablaba.

"Puede ser indicativo de una infección más seria llamada sepsis".

Mientras la criada enfriaba la frente de Wareham, Freddie comprobó el estado de los pies de su hermano, que todavía estaban demasiado fríos para una persona que ardía de fiebre, pero al menos ya no estaban tan fríos como el hielo del recipiente.

Aunque deseaba mucho meter un calientapiés en la cama para caldearlos, no quería enmascarar sus síntomas. Las heridas en su torso recién habían empezado a sucumbir a la infección, algo que le indicó a ella que las atenciones recientes de Lady Telford habían sido el punto de inflexión de su hermano, y no uno que fuera bueno.

Se sintió débil del alivio porque el duque se hubiera llevado a la viuda. Ella solo la había visto una vez antes, en la boda de Wareham y Sophia, y todavía podía recordar lo desagradable que había sido esa mujer. Era tan desagradable que ni siquiera Sophia podía tole…

"¿Winny?"

Freddie giró la cabeza bruscamente al oír la voz de su hermano. Le indicó con un gesto a la chica que retirara el paño y tomó la mano de Wareham, también fría, pero no tanto como antes. Ahora que había abierto los ojos, ella podía ver que estaban amarillentos e inyectados con sangre, pero las pupilas parecían enfocarse y sonreía, aunque algo aturdido. Estaba, entendió ella de repente, bastante intoxicado.

En su pecho se mezcló la ira y el alivio. Ira porque la viuda hubiera aprobado dosis de ginebra para Wareham y alivio de que una gran parte de su recaída podía deberse al alcohol, y no ningún empeoramiento de su herida.

"Viniste". Le apretó la mano tan débilmente que ella apenas podía sentirlo.

"Por supuesto que vine", dijo ella, su visión nublándose.

"Lo siento… lo siento tanto. Nunca debí…"

"*Calla.* Lo sé", dijo ella, dándole un apretón a la mano. "Pero voy a querer una disculpa completa y correcta, así que tendrás que ponerte bien para dármela".

El rio con debilidad, una risa que se convirtió en una tos y su mano voló a su pecho mientras emitía resoplidos y hacía muecas de dolor. "Duele", dijo con la voz rasposa cuando pudo recuperar el aliento.

"No te haré reír si estás de acuerdo en tomar un poco de caldo".

Él asintió con la cabeza.

Antes de que Freddie tuviera que pedirlo, Betsy dijo: "Iré a buscarlo ahora mismo, milady", y salió rápidamente del dormitorio.

Freddie intentó soltar la mano de su hermano, pero él se la agarró con más fuerza. "Quédate".

"Me quedaré. Solo voy a arrimar mi silla".

Él la soltó con desgana evidente.

Una vez que estaba sentada cerca de la cama, tomó la mano de él entre las suyas. "¿Te cuesta trabajo respirar?"

Él sacudió la cabeza. "Solo… duele". Sus ojos recorrieron la habitación a trompicones. "¿La viuda?"

"Se ha ido".

Los músculos de su cara se aflojaron con alivio. "¿Plimpton?"

"Está aquí". Freddie no pudo contener una sonrisa. "El duque fue quién echó a Lady Telford".

Los labios de Wareham asumieron una débil sonrisa. "Me… hubiera gustado verlo".

Freddie rio con suavidad. "A mí también me hubiera gustado".

"Buen… amigo".

"Lo es".

Wareham respiró varias veces y luego abrió la boca. En vez de hablar, tosió.

Freddie le apretó la mano mientras su cuerpo se vio sacudido por paroxismos, las lágrimas surcando sus ojos mientras apretaba los dientes y se agarraba el pecho.

"No intentes hablar, Dicky. Tendremos tiempo para eso más adelante".

En lugar de calmarle, las palabras de ella parecían agitarle más todavía. "No", dijo en un hilo de voz. "Necesito… hablar". Levantó un dedo como diciendo *un momento* y Freddie asintió con la cabeza.

"Tómate todo el tiempo que te haga falta. No voy a ninguna par…"

La puerta se abrió y Freddie se estaba maravillando porque Betsy hubiera vuelto tan pronto cuando vio que era el duque.

Su rostro normalmente inexpresivo adoptó algo lo más parecido a una sonrisa que Freddie hubiera visto todavía. "La criada me dijo que habías despertado y que ya estabas dando órdenes a gritos", le dijo a su amigo, mientras permanecía en el umbral de la puerta. Se volvió hacia Freddie. "¿Puedo quedarme unos minutos?"

"Por supuesto, su Excelencia".

Él cerró la puerta sin hacer ruido y se aproximó a la cama. "Te estabas poniendo tan bien que obedecí tu orden de marcharme y ¿qué me encuentro al volver?" Torpemente dio palmaditas en el hombro del hermano de ella, pero Wareham le agarró la mano. "Gracias… Plimpton".

Freddie se sintió conmovida por el lazo obvio de afecto entre los dos hombres. Emocionada y algo celosa porque Dicky había trabajado para conservar su amistad con el duque, pero no su relación con su hermana.

"Puedes pagármelo poniéndote mejor". Plimpton se giró hacia Freddie. "La cocinera nos ha preparado una cena tardía".

Ella miró de reojo a su hermano. "Realmente no debería…"

"Una de las doncellas puede acompañar a Wareham durante una hora", dijo Plimpton, mirando al conde y levantando una ceja.

Wareham asintió con la cabeza. "Estaré… bien. Id a cenar".

"¿Le dará tiempo una hora?", preguntó el duque, dando por sentado el consentimiento de ella.

Freddie estaba demasiado cansada como para discutir. "Una hora será suficiente, su Excelencia".

Él se inclinó ante ella y salió de la habitación sin hacer ruido.

Un momento más tarde, la puerta se volvió a abrir y esta vez era Betsy.

"Aquí tiene, milady. La cocinera lo ha preparado tal como usted indicó".

"Gracias", dijo ella tomando la pequeña bandeja de las manos de la chica. "Puedes irte ahora, pero por favor regresa dentro de media hora".

"Sí, milady".

Freddie tomó el cuenco de caldo y la cuchara y se volvió hacia su hermano. "Come cinco cucharadas y luego puedes hablar durante un minuto. Y luego otras cuatro o cinco".

Wareham la miró con una mueca algo cansada, pareciéndose más al hermano que ella conocía. "Tirana".

"Sí, y que no se te olvide". Freddie levantó la cuchara a la boca de él. Era un proceso lento, pero él parecía estar sorprendentemente mejor después de tan solo un poco de alimento.

"¿Cuándo fue la última vez en que comiste?"

Él se encogió de hombros. "Hace días".

Freddie torció el gesto. ¿Qué había estado haciendo la viuda, dejarle sin comida y lleno de suciedad? Era casi como si… Dejó de pensar en ese pensamiento desagradable y prestó atención a Wareham.

Una vez que él se había tragado la quinta cucharada, ella le secó la boca y se echó atrás en su silla, con el cuenco todavía entre las

manos. “Ahora puedes hablar durante un minuto, no más”.

“Piers está vivo, Winny… me equivoqué hace todos esos años. No murió. Y… y ha regresado. Está en Inglaterra”.

Era lo último que ella había esperado que dijera y durante un momento no respondió. “Lo sé”, dijo ella finalmente.

Él abrió mucho los ojos e hizo intentos por incorporarse. “¿Cómo lo sabes? Ha…”

Freddie agarró el cuenco con una mano y colocó su mano libre en el hombro de él. “Si te vas a agitar, entonces tendremos que esperar para poder hablar”.

Él abrió la boca y sus cejas se fruncieron, una señal clara de que estaba enojado, pero sus brazos ya habían empezado a temblar bajo su peso. Emitió un gruñido bajo y se dejó caer hacia atrás contra los cojines. “Estoy tan débil como un… gatito”.

“Sí. Tienes que tomar más caldo”.

Él la miró con exasperación, pero obedeció.

“Le prohibí que te metiera en… sus insensateces peligrosas”, dijo Dicky en cuanto tragó la última cucharada.

Freddie torció el gesto. “No me pidió nada, Wareham. Ciertamente, quería darme algo”.

“¿Dinero?” Wareham escupió, como si la palabra fuese sucia.

“No voy a hablar de Piers contigo. Y no voy a abandonarle. Y ninguno de esos temas es algo que quiera hablar. Tenía intención de cuidarte hasta que salgas del peligro, pero si persistes con esto…” No quería terminar ese pensamiento. En vez de eso, hundió la cuchara en el caldo y le dijo: “Abre”.

Esta vez, Freddie no paró hasta que el cuenco se quedó vacío.

“Hay peligro”, dijo Wareham cuando ella colocó el cuenco vacío en la bandeja y tomó el vaso de agua llevándoselo a los labios de él. Se sintió agradada cuando él bebió varios tragos sin tener que ser instado a hacerlo.

Una vez que se hubiera saciado, ella le preguntó. "¿Qué peligro?"

"El asesino de Meecham nunca ha sido encontrado… todavía por ahí". Su voz se había puesto jadeante. Freddie sabía que tenía que hacerle esperar antes de seguir con el asunto, pero era evidente que le preocupaba.

"Si crees eso, entonces nunca creíste que Piers lo hizo, ¿verdad?"

"No importa lo que yo creía. La evidencia era incriminante. Todavía lo es. Si rebusca por ahí… podría causar problemas".

"¿De verdad esperas que se aleje de su casa para siempre cuando es inocente?"

"Encontrar la verdad es demasiado peligroso. Para él… y para quienes le ayuden".

"¿Quién más buscará la verdad?"

"Agente personal de investigación".

Freddie arrugó el entrecejo. "¿Por qué no contrataste uno antes?"

"Lo hice. No encontró nada".

"¿Entonces, por qué iba a ser distinto ahora?"

Él se encogió de hombros y luego hizo una mueca de dolor. "No lo sé".

"Si Piers me pide ayuda, se la daré". Ella hizo una pausa y luego agregó. "De la misma manera en que haría por ti".

Él la miró avergonzado. Y luego bostezó.

"Estás cansado", dijo ella, levantándose de la silla.

Él estiró una mano agarrándola del antebrazo. "Más que decir".

"Puedes decirlo por la mañana. Ahora mismo, tienes que dormir".

Él abrió la boca, como si fuese a discutir, pero se le escapó otro bostezo. Rió con debilidad. "Winny gana". Ya tenía los párpados casi

caídos. En menos de medio minuto estaba dormido.

Freddie le miró dormir, aliviada porque su respiración sonaba pausada y sin obstrucciones.

Unos momentos más tarde la puerta se abrió, y Betsy entró de puntillas en la habitación.

"Se acaba de quedar dormido", susurró Freddie. "Manda a que me llamen de inmediato si se vuelve inquieto, o si su fiebre empeora o… o si hay cualquier otro cambio. Si no, regresaré dentro de dos horas".

Betsy asintió con la cabeza.

Los pies de Freddie la llevaron hacia sus viejos aposentos de manera automática. Cuando abrió la puerta de la habitación, resopló con suavidad. No, no quedaba nada de sus viejas habitaciones, ni siquiera su color. Lo que antes había sido un precioso color azul de Delft era ahora un nauseabundo tono melocotón. Era demasiado floral y abigarrado para el gusto de Freddie, pero, por otro lado, ella no tenía intención de quedarse mucho más de una semana. Aunque Dicky seguía débil y enfermo, ya había mejorado mucho después de que ella le limpiara la herida, alimentado y sacado el aire sucio de la habitación. Estaría aún mejor mañana cuando la ginebra con la que había sido dosificado, se hubiera eliminado de su cuerpo y hubiera comido varios cuencos de caldo y tomado mucha agua.

Una criada trajo agua caliente mientras ella desplegaba su vestido de noche de color lavanda. "El Sr. Goodrich dijo que he de asistirla, milady".

Freddie titubeó.

"Se me da muy bien hacer peinados, milady".

La chica parecía tan esperanzada que Freddie sonrió. "¿Cuál es tu nombre?"

"Jane, señora".

"Muy bien, Jane. Déjame lavarme y luego puedes probar a domeñar este pelo revuelto".

Poco después, Freddie admiró su nuevo peinado en el espejo. "Está muy bien. Gracias, Jane".

La chica se sonrojó. "Tiene un cabello precioso, milady. Ha sido un placer". Miró las perlas que Freddie había sacado antes. "¿Llevará estas?"

No le dijo a Jane que no tenía otra cosa.

Después de despedir a la criada, examinó su aspecto, frunciendo el entrecejo. Como siempre, el añadido de las perlas hacía que el vestido fuese aceptable a duras penas. Le gustara o no, tendría que comprarse ropas nuevas pronto. Estaba empezando a tener un aspecto envejecido.

¿Y de dónde vas a sacar el dinero? ¿Vas a escatimarle a Miranda para tener vestidos nuevos?

Freddie no hizo caso a la voz en su cabeza. En vez de eso, se quedó sentada durante un momento, cerró los ojos y aclaró su mente de todos los pensamientos. Era un truco que había aprendido durante su matrimonio, y lo único que le había salvado de la locura durante esos horribles tres años y medio.

El reloj ya marcaba las ocho cuando Freddie se fue deprisa al comedor.

Recuerdos, largamente olvidados, la inundaron mientras se apresuraba por los pasillos, conocidos que ya no lo eran. Era chocante ver cosas que conocía tan claramente como el dorso de su mano, un Tiziano colgado en el lugar principal en una pared entre las dos escalinatas curvadas, y un segundo más tarde fijándose en que la alfombra preciosa y vieja de Aubusson había sido reemplazada por una de una biliosa tonalidad pastel.

El duque ya estaba en el comedor cuando ella entró. Estaba de pie delante del gran retrato de Sophia que colgaba en un extremo de la habitación. El retrato de Wareham estaba en la pared contraria.

"Siento haberme retrasado", dijo Freddie.

"Yo mismo llegué hace un momento". Se giró hacia uno de los lacayos y señaló la mesa. "Por favor, traiga la vajilla de ese lado de

la mesa a este".

"Sí, su Excelencia", dijo uno de los hombres apresurándose a volver a poner la mesa.

Una vez que terminaron, Plimpton dijo: "Díle a Goodrich que puede servir la cena".

Los hombres salieron y él se volvió hacia Freddie. "La comida es sencilla, así que pensé que podríamos prescindir de criados esta noche para poder hablar libremente".

Freddie asintió con la cabeza.

"Wareham ya tiene un aspecto mucho mejor".

"Parte de eso es sencillamente ropa limpia y cama limpia. Pero me alegra decir que ha tomado un cuenco de caldo y bebido dos vasos de agua. ¿Tiene alguna manera de contactar con el médico que le había estado tratando?"

"Ya he mandado un mensaje a Madsen. Por lo visto, está ayudando en un parto en algún lugar distante, pero su ama de llaves le ha asegurado a mi criado que el médico se presentará en la primera oportunidad que tenga".

"Gracias".

"¿Cuáles son sus impresiones sobre el estado de Wareham?"

"He escuchado su respiración y no he oído señales de congestión en su pecho. La infección es grave, pero no se ha atrincherado, de manera que debe ser reciente". Ella frunció el entrecejo. "Lo peor de su estado parece ser la deshidratación. La anciana le ha debido estar dando ginebra para mantenerle inactivo".

Un breve destello de ira incandescente iluminó los ojos oscuros del duque, la expresión tan vívida y fuerte que la dejó a ella levemente sin aliento.

Desapareció en menos de un segundo. Y cuando habló, sonaba tan suave y desapasionado como siempre. "Uno podría casi pensar que la viuda estaba intentando matar a su yerno".

Freddie se sintió aliviada de no haber tenido que ser la que dijera algo sobre esa sospecha. "¿Por qué querría ella hacer algo semejante?"

"Es algo incomprensible", dijo él, pero Freddie sabía que él tenía más de unas cuantas ideas. "¿Tiene ayuda adecuada? La Srta. Denny ha ofrecido su ayuda".

Freddie se preguntó si la mujer hablaría tanto en la habitación de un enfermo. "Las dos criadas son más que suficientes". Titubeó y luego agregó: "Creo que la Srta. Denny puede completar su viaje, su Excelencia".

Los ojos del duque brillaron con humor ante la sugerencia no demasiado sutil de ella. "Se irá mañana".

"Por ahora, me gustaría que preparasen la cama nido en la habitación de Wareham. Así puedo estar a mano por si me necesita".

Él frunció el entrecejo. "Se agotará si hace eso. ¿No confía en ninguna de las criadas para que se queden con él? Si no, yo puedo acompañarle mientras usted duerme".

Ella se sintió divertida por la idea de él haciendo de enfermero. "No creo que eso será necesario. Aunque, si puede prescindir de su ayudante de cámara, creo que Wareham apreciaría ser afeitado".

"Por supuesto".

Seguía con la frente arrugada, y Freddie sabía que él no estaba contento con la idea de ella durmiendo en una cama nido.

Ella habló antes de que él pudiera decir algo. "Quería darle las gracias por, esto, lidiar con Lady Telford". Le miró apenada. "Dudo que hubiera sido capaz de sacarla de Torrance Park con tanta rapidez y facilidad".

Un humor oscuro brilló en los ojos de él. "Uno de los beneficios de rango, supongo".

CAPÍTULO 8

Freddie no se entretuvo con su cena. Para cuando se había cambiado de ropa y regresado a las habitaciones de Wareham, encontró la cama nido preparada, de manera que el duque debió de dar la orden aunque no había estado de acuerdo con la decisión de ella.

Wareham se despertó dos veces durante la noche, haciéndola alegrarse por su decisión de dormir en su habitación. Su fiebre había subido, y Freddie se preguntó brevemente si había hecho mal en despedir al doctor Finch cuando hizo su visita nocturna para desangrar a Wareham por segunda vez en ese día.

"Lady Telford me advirtió de esto", había dicho enojado cuando ella le había informado de que no iba a sangrar a su hermano. El médico la había fulminado con la mirada mientras guardaba sus implementos médicos en su bolso con más fuerza de la necesaria. "Me lavo las manos de esto. Cuando el lord empeore, usted lo tendrá en su conciencia, milady".

El duque había entrado en la habitación al final de su exabrupto y había agarrado al hombre del brazo. "Discúlpese".

Los ojos de Finch se habían puesto cómicamente redondos ante el gruñido callado y amenazador de Plimpton.

"Lo… Lo siento, milady. Nunca debí haber dicho…"

Siguió disculpándose mientras el duque le sacaba a rastras de la habitación.

Pero su amenaza permaneció, y Freddie se quedó preocupada y nerviosa.

Solo las aseguraciones del duque cuando regresó aliviaron algo de la preocupación de ella. "Madsen se opone al sangrado en el caso

de su hermano, Winifred. Hizo bien en parar a ese carnicero".

En las dos veces en que Wareham se despertó durante la noche, ella le animó a beber toda el agua que quisiera. Cuando volvió a dormir, ella le colocó paños fríos en la frente.

Se despertó una tercera vez casi al amanecer, necesitando ir al servicio. Sin su propio ayudante de cámara para ayudarle, el hombre había muerto en el accidente; Freddie se vio obligada a llamar al ayudante del duque.

Digby vino tan rápidamente que ella supo que el duque le debió de haber advertido ayer. Era tan impasible y taciturno como su amo.

"Yo ayudaré al lord si usted desea desayunar, milady".

"Pero, y si el duque…"

"Su Excelencia no me necesita, señora. Se ha ido a montar. Estoy al servicio del lord mientras me necesite".

Era probable que Wareham quisiera un afeitado y bañarse. Freddie asintió con la cabeza. "Regresaré en dos horas".

Tal como había transcurrido, ella se había terminado de disfrutar de un baño y una bandeja de desayuno en su habitación cuando un criado llamó a su puerta para informarle que el doctor Madsen había llegado.

Ella se vistió aprisa y se fue rápidamente a las habitaciones de su hermano, y no le extrañó ver al duque allí antes de que ella llegara.

Los dos hombres se dieron la vuelta cuando ella entró, y el desconocido, un hombre bajo y fortachón, sonrió y parecía realmente encantado de verla.

"Madsen, esta es Lady Sedgewick, la hermana del lord", dijo el duque.

El doctor tomó la mano de ella y se inclinó por encima. "Ha obrado milagros desde la última vez en que vi a su hermano, milady".

Wareham estaba recostado contra varias almohadas y recién afeitado, el cabello levemente húmedo, prueba de que si no le habían dado un baño, por lo menos le habían lavado el pelo. Tenía una sonrisa avergonzada de ser objeto de un escrutinio tan intenso.

Ella le sonrió al médico. "Creo que es el ayudante de cámara de su Excelencia que ha efectuado el milagro".

"No, no. Me han dicho que es usted quien se puso firme y frenó el sangrado".

Freddie le miró con aprehensión. "Espero que no…"

"Hizo exactamente lo correcto", le aseguró él. "Logré venir aquí hace dos días, antes de que Lady Telford hiciera que me sacaran a la fuerza, y me quedé horrorizado al ver el repentino empeoramiento de la salud del lord". Una mueca de disgusto apareció en sus rasgos de querubín, haciéndole verse bastante feroz. Pareció dominarse con cierto esfuerzo y volvió a sonreír mirando a su paciente. "Me alegro de verle mejorando. Creo que seguirá mejorando si descansa, duerme y se somete a los cuidados de su hermana".

Wareham rió, y luego hizo una mueca de dolor. "No la deje escuchar eso, ya es una tirana".

"Bien". El doctor se dirigió a Freddie. "Si tiene un momento, me gustaría hablar con usted acerca de su tratamiento".

"Por supuesto. Vayamos al salón. Estoy segura de que le gustaría un poco de té".

"Eso sería muy de agradecer. Llevo las dos últimas noches en vela supervisando un parto muy complicado".

"En breve regreso", le dijo Freddie a su hermano.

En lugar de mostrarse molesto porque su médico y su hermana salían para hablar de él en privado, Wareham asintió con la cabeza, repentinamente exhausto, quedándose dormido delante de ellos.

"Me quedaré con él", dijo el duque, acercando una silla a la cama.

"¿Sus esfuerzos fueron exitosos?" Freddie le preguntó al médico mientras caminaban hacia el salón.

"¿Perdón?"

"¿El bebé?"

"Oh, sí, sí. Muy bien. El bebé sobrevivió y es sano. Y la madre está bien, aunque extenuada".

Él abrió la puerta del salón y Freddie le habló en cuanto se sentaron. "¿Cómo está mi hermano, de verdad, Doctor? Por favor, no escatime palabras".

"Ha sufrido una recaída, eso no se puede negar". Torció el gesto. "Ser sangrado dos veces al día es casi tan malo como estar medio ahogado con ginebra. No soy, como usted puede adivinar, un del sangrado. Se emplea demasiado a menudo y se entiende demasiado poco".

Esa opinión seguramente le hacía pasar por una gran cantidad de problemas dentro de la comunidad médica. De hecho, ella no podía recordar haber conocido a un médico que creyera que sangrar a un paciente no era beneficioso.

"No se puede negar que mi hermano tiene mucho mejor aspecto incluso después de un solo día sin que le hagan eso".

Madsen asintió. "Ciertamente. Creo que está de nuevo camino a la recuperación".

"Cuando dice *recuperación*, ¿se refiere a que estará igual a como estaba antes del accidente?"

"A tenor de la rapidez en que se estaba recuperando antes de esta recaída reciente, me atrevo a decir que eventualmente funcionará a niveles de antes del accidente".

"¿Qué puedo hacer para ayudarle a recuperarse?"

"Exactamente lo que ha estado haciendo: mantenerle hidratado y alimentado".

"¿Caldo?"

"Añádale unos huevos revueltos y sopas con más sustancia".

"¿Y cuándo se le debe permitir levantarse de la cama?"

"De eso quería hablarle, milady. El lord debería haber estado caminando hace días ya".

Freddie parpadeó. "¿Ya?"

"Sé que parece pronto, pero necesita fortalecer sus pulmones usándolos. Hágale levantarse por lo menos cinco o seis veces al día. No debe caminar hasta quedarse agotado, claro, pero sí lo suficiente para respirar más deprisa. Aumente el tiempo en incrementos breves. Le agotará, pero eso es bueno, ya que necesita mucho sueño y descanso. Déle distracciones, siempre que no sean demasiado agotadoras. Lo peor para cualquier paciente, sea cual sea su lesión, es la preocupación".

"¿Durante cuánto tiempo necesita una supervisión constante?"

"Si sigue mejorando a la velocidad que va, se puede prescindir de atenciones constantes, en, digamos, dos días. Deberá estar bien fuera de peligro para entonces".

Lo cual quería decir que Freddie seguramente podría marcharse mucho antes de lo que había esperado.

Curiosamente, la idea de regresar a toda prisa a Londres ya no le atraía tanto como antes.

***

Winifred cenó a solas con Wareham esa noche. Pero al día siguiente, Plimpton escuchó a su amigo insistir en que ella disfrutara de una cena normal en el comedor. Con Plimpton.

Winifred llevó el vestido color verde menta de nuevo y Plimpton tuvo trabajo apartando la mirada de ella. Seguramente solo había traído los dos vestidos de noche, sin duda creyendo que no iba a necesitar más, ya que no se quedaría mucho tiempo. Y ahora, según lo que le había dicho el doctor Madsen, ella había estado en lo correcto sobre la breve duración de su visita.

Lo cual quería decir que Plimpton tenía menos tiempo de estar con ella de lo que había esperado.

"El doctor Madsen es un hombre muy competente", dijo Winifred una vez que el lacayo colocara un plato de ostras delante de ella.

"Lo es. Sirvió en el ejército durante casi una década, lo cual significa que ha visto más lesiones severas en un mes de lo que la mayoría de los médicos de Harley Street ven en todas sus vidas".

"¿Cómo es que usted le conoce?"

"Cuidó de mi hermano cuando se lesionó". Y Simon había estado mucho peor que Wareham. "Si no fuese por Madsen, no creo que mi hermano estaría vivo", agregó él, sorprendiéndose a sí mismo por su franco reconocimiento. Y sorprendiéndola a ella también, a tenor de la expresión en su rostro.

Ella asintió con la cabeza. Porque, ¿qué otra cosa podía hacer?

No hay nadie que pueda terminar con una conversación como tú, Wyndham. La voz burlona sonaba como la de Simon y era exactamente la clase de cosa que él habría dicho.

Después de un momento incómodo, Winifred se aclaró la garganta con delicadeza. "Ahora que el Doctor Madsen ha decretado que Wareham está fuera de peligro, he decidido marchar dentro de cuatro días. Las dos criadas que me han estado ayudando son diligentes e inteligentes. Y uno de los lacayos, Jacob es su nombre, ha mostrado interés en ocupar el puesto de ayudante de cámara de Wareham hasta que mi hermano pueda decidir otros arreglos". Ella hizo una pausa y luego agregó: "Me atrevo a decir que se sentirá aliviado de poder recuperar a su ayudante de cámara".

Plimpton trajo a la palestra un tema que era de mayor interés para él que los servicios de Digby. "Mi carruaje habrá vuelto a Torrance Park para entonces. Me ha de permitir que la lleve de vuelta a Londres cuando esté lista para regresar, y yo la acompañaré". Y esta vez, Plimpton se sentaría *dentro* del carruaje. Sin ninguna chaperona parlanchina entre los dos.

Y qué te importa la reputación de Winifred…

"Estoy segura de que mi hermano puede ocuparse de mis necesidades de transporte".

"La verdad es que no".

Ella le miró con incredulidad. "¿Perdón?"

"Lady Telford ha requisado el carruaje de viajes de Wareham con su cochero y jinetes. Por lo visto, no tiene prisa en devolverlos".

Estaba contrariada, pero no derrotada. Abrió la boca.

Antes de que ella pudiera sugerir algún otro método de transporte, carruaje de postas, de correos, globo aerostático, bueyes… Plimpton dijo: "Por favor, Winifred. Permítame ayudarla. Yo también estaré regresando ahora que las circunstancias de Wareham ya no son desesperadas".

Ella flexionó la mandíbula mientras le miraba. Plimpton sabía que a ella no le gustó su manera informal de dirigirse a ella. No le importó. Ella había tenido suerte en que él no la hubiera llamado *Winny*. La única razón por la que no había adoptado su diminutivo era que prefería su nombre completo. Era regio y le iba bien.

"Sería de necios rechazar su oferta", dijo ella, casi como si necesitara escuchar esas palabras ella misma. "Gracias, su Excelencia". Se puso en pie y Plimpton hizo lo mismo. "Debería irme a ver cómo está Wareham".

Él inclinó la cabeza y se vio diciéndole: "Quizás me honraría con un juego de ajedrez, o unas rondas de piquet, una vez que haya acomodado a Wareham para la noche".

Ella se quedó tan atónita como si la hubiera invitado a su habitación, la invitación que realmente quería haberle hecho. ¿Quizás debía hacerlo ahora?

En lugar de decir eso, insistió en su ofensiva mientras ella todavía estaba sin saber qué decir. "Recuerdo que Wareham había dicho alguna vez que ustedes dos jugaban a menudo cuando usted le visitaba durante las vacaciones del colegio. Dijo que usted le daba palizas inmisericordes y que él había perdido miles de libras con usted al piquet".

Ella curvó los labios en una sonrisa de afecto. "Quizás no *miles* de libras, pero sí que era un suplemento generoso para mi dinero de bolsillo. Es cierto que gané más partidas de las que perdí. Pero han pasado años, más de una década, y estoy muy fuera de práctica".

"Bien. Entonces puede que tenga yo una oportunidad".

Ella rió sorprendida, como si le hubiera sorprendido que él poseyera sentido del humor. Bueno, ella no era la única que le creía sin humor.

Ella le miró pensativa con sus ojos plateados y Plimpton no tenía ni idea de lo que ella le iría a decir.

Al cabo de un momento, ella asintió con la cabeza. "Eso me gustaría".

El corazón de él, que había estado dormido durante décadas, dio un salto de alegría. Plimpton se sentía como si hubiera logrado hacer algo de lo que valdría la pena alardear, como dar un discurso enaltecedor en la Cámara de los Lores.

Suprimió el ramalazo de emoción y dijo: "¿Nos vemos dentro de una hora, en la biblioteca? Si Wareham la necesita y usted ve que no puede venir, lo entenderé".

"En una hora", dijo ella con firmeza.

Él se dirigió hacia la puerta para abrirla para ella, y luego miró su silueta esbelta y elegante hasta que ella dobló hacia las escaleras y desapareció de su vista antes de irse él a la biblioteca, donde podría escribir unas cuantas cartas mientras la esperaba.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez en que había conversado con una mujer? No el parloteo vacuo que siempre había tenido con sus amantes, sino un esfuerzo genuino por conocerla. Aparte de su madre, su hija o su cuñada, no podía recordar la última vez, pero sabía que había sido hace mucho, mucho tiempo.

Normalmente, Plimpton no tenía que hacer un gran esfuerzo porque las mujeres hacían todo el trabajo. No se engañaba y sabía que ellas le perseguían porque era tan apuesto, encantador y gracioso. No, era su título y su posición lo que las atraía, aunque el hombre en cuestión era de aspecto corriente, callado hasta el punto de ser taciturno, y a veces tan escueto que parecía maleducado. Al menos le habrían dicho maleducado si no fuera por su título.

Sí, ser duque compensaba una serie de carencias, tanto físicas como personales, y hacían que Plimpton fuese irresistible.

Aunque su esposa le había resistido sin problemas.

Winifred parece estar resistiéndote de manera muy fácil también.

Soltó una risa. Sí, desde luego que sí.

¿Y en cuanto a Cecily? Bueno, Plimpton no quería pensar en su esposa muerta, nunca, pero desde luego que no esta noche.

Encendió varias velas más y luego se sentó ante el gran escritorio de madera de cerezo y empezó a escribir las cartas que quería que salieran en el correo de la mañana.

Plimpton estaba usando papel secante en una lista larga de instrucciones para su administrador en Whitcombe cuando se abrió la puerta y entró Winifred.

Dejó la carta a un lado y se puso en pie, vagamente sorprendido porque la hora hubiera pasado tan pronto. "¿Cómo está?", preguntó él.

"Ha dormido durante la hora de la cena, pero logré conseguir que comiera un poco de caldo cuando despertó, aunque había dicho que no tenía apetito. En cuanto terminó la última cucharada, se volvió a quedar dormido".

"¿Es eso normal?"

"El doctor dijo que ahora se cansaría mucho, ya que ha empezado a caminar con regularidad".

"¿Entonces, está libre para poder jugar?"

"Sí".

Plimpton señaló la mesa de juego. "¿Ajedrez o cartas?"

"Creo que cartas. No tengo la mente dispuesta para el ajedrez ahora mismo".

Él se sintió aliviado al oír eso, ya que él nunca tenía la mente dispuesta para ese juego tedioso. "¿Le apetece tomar algo?"

Ella miró hacia el grupo de botellas. “Si hay algo de vino de Madeira, tomaría un vaso”.

Había una botella. Mientras Plimpton la abría, ella tomó la baraja de cartas y empezó a barajarlas de manera distraída, sus dedos esbeltos ágiles y el movimiento de las cartas fluido.

Plimpton torció el gesto. “Ya puedo ver que me va a dar una paliza”, dijo mientras servía dos copas.

Ella levantó las cejas mirándole.

“Me doy cuenta por la manera en que maneja las cartas que sabe lo que se trae entre manos”. Él colocó sus copas en la mesa. “Le advierto que para mí barajar cartas es soltarlas en una pila y removerlas con ambas manos sobre la mesa”.

Ella rio, una risa genuinamente divertida, y Plimpton no podía recordar escuchar un sonido más bonito.

Oh, cielos. ¿Estás verdaderamente enamorado?

Lo estaba; felizmente.

Plimpton se sentó y tomó una de las copas. “¿Permanece en Londres todo el verano?”

La expresión de ella, que había sido franca, se cerró ahora que el tema se había desplazado de las cartas a su persona. “Sí”.

“¿No lo encuentra desagradablemente caliente y carente de compañía?”

“El clima es fácil de tolerar, ya que estoy ociosa. En cuanto a la compañía”, se encogió de hombros. “Tengo bastante durante la Temporada”. Ella colocó la baraja en medio de la mesa y las cortó para repartir. Plimpton tomó el diez de corazones y ella le ganó con un as.

“Un portento de lo que me espera”, murmuró él, ganándose otra sonrisa. “Entiendo que su compañera de casa, esto, la Srta. Fontenot, ¿ya no vive con usted?”, preguntó él mientras ella barajaba de nuevo.

Ella hizo una pausa y ladeó la cabeza. “¿Cómo es que sabe…”

"Honoria lo mencionó en su última carta".

"¿Honoria le escribe?"

La sorpresa obvia de ella le divirtió. "Sí, lo hace".

Mientras la miraba, un rubor subió por la garganta elegante de ella hasta su cara, recordándole a él un amanecer espectacular. Ella tragó y repartió las cartas. "Le pido perdón. Eso ha debido sonar maleducado. No sabía que ustedes se escribían".

"Soy afortunado porque ella perdona fácilmente y no me guarda rencor por mi comportamiento hacia ella de antes de su matrimonio".

"¿Su comportamiento?", preguntó ella, repartiendo la última carta y luego colocando las cartas sin repartir entre ellos dos antes de tomar las de su mano.

Ahora era Plimpton el sorprendido. ¿No le había contado Honoria a su amiga lo que él había dicho para convencerla a casarse con Simon?

Culpa, una emoción que él rara vez permitía ocupar espacio en sus pensamientos, le acribilló de manera desagradable.

"¿Qué quiere decir?", persistió ella.

Durante un momento, Plimpton se sintió irritado porque su cuñada se había guardado eso. La discreción de Honoria significaba que era él quien tenía que informar a Winifred de su comportamiento altanero y cruel.

Plimpton bebió un trago generoso de su copa.

***

El duque parecía… incómodo.

No, Freddie corrigió unos segundos más tarde; *incómodo* no era la palabra precisa. Normalmente, no mostraba gran cosa. Solo en raras ocasiones veía ella alguna emoción en su rostro y en esos momentos desaparecía en un instante. Esta expresión, sin embargo, se quedó. En la cara de cualquier otro hombre ella habría dicho que la expresión era de estar *avergonzado*.

No era eso seguro.

"¿No sé cuánto le contó Honoria sobre su compromiso de matrimonio con mi hermano?"

"En su día, me contó muy poco", reconoció Freddie. "Pero desde su boda, me confesó cómo ella se había visto comprometida durante su estancia en Whitcombe. Dijo que usted la persuadió a ella y a Lord Simon de que tenían que casarse. Eso es todo lo que sé". Ella no tenía ninguna dificultad en imaginarse *aquella* conversación, y sabiendo lo que ella sabía del duque, la palabra que ella habría usado era *ordenado.*

"Ella es caritativa diciendo que fue *persuasión*", dijo él, como si le leyera el pensamiento. "La verdad es que la amenacé".

"*¿Amenazó?* Seguro que está exagerando".

"No. No lo hago. Le dije que si no obedecía mi exigencia y se casara con mi hermano, yo haría que le costara trabajo encontrar clientes. Por lo menos entre la alta sociedad".

Decepción y algo cercano al asco, surgieron en ella ante su confesión.

"Eso fue… poco amable".

"Lo fue. Honoria me dijo que hiciera lo que quisiera, que ella tenía dinero suficiente de la propiedad de su padre como para poder vivir sin problemas. Contrariado por eso, decidí amenazar los medios de vida de usted, en su lugar".

Freddie no le podía haber escuchado bien. "¿Perdón?"

"Le dije a Honoria que yo le haría difícil a usted seguir patronizando a jóvenes. No creo que ella pensara que lo haría. De manera que, cuando ella no capituló, animé a uno de los clientes de usted a que buscara una patrocinadora en otro lugar".

"¿Quién?", dijo ella con los labios entumecidos por la conmoción.

"Lady Mayfield".

Freddie se dio cuenta de que todavía agarraba las cartas, con tanta fuerza que las estaba doblando. Las colocó cuidadosamente en

la mesa. “Recuerdo cuando Lady Mayfield cambió de parecer”.

“Eso fue culpa mía”, dijo él, sin rastro de emoción en su rostro o en la voz. “No mancillé su nombre de ninguna manera, pero me encargué de que ella contratara los servicios de una amiga de mi madre en vez de usted. Fue entonces cuando Honoria estuvo de acuerdo en casarse con Simon. Entonces le pedí a mi madre que mencionara el nombre de usted a la condesa de Sayle. Tengo entendido que ella se convirtió en cliente suyo”.

“Sí”, dijo ella en un hilo de voz. “Lo hizo”. Y Freddie casi había llorado de alivio, ya que había estado contando con el empleo de Lady Mayfield para pagar facturas largamente desatendidas.

“Sé que eso no es una excusa por lo que…”

“No, lo es”.

“No estoy orgulloso por lo que hice”.

Freddie rió con la voz hueca. “Bueno, menos mal, supongo”. Ella le miró a los ojos. “¿Qué habría hecho si Honey no hubiera cedido?”

Él abrió la boca.

“No importa”, dijo ella. “No quiero oírle decirlo. Dígame, su Excelencia. Sabiendo lo que sabe ahora, cómo yo dependo de comisiones para poder comer y mantener un techo por encima de mi cabeza. ¿Lo volvería a hacer?”

Él la miró durante un momento largo. “Sería mentir decir que no”.

Ella nuevamente rio sin humor. “Por lo menos es sincero”.

Él la miró con su mirada opaca de siempre, un hombre que la podría destruir con unas pocas palabras bien ubicadas.

Freddie sacudió la cabeza. “Solo somos piezas en un tablero para usted, para servir sus propósitos, sea para bien o para mal. ¿Sabe lo que me preocupa casi todos los días de mi vida?”

Él flexionó la mandíbula, pero no habló.

“Déjeme contestarle eso: el dinero. De eso pienso de manera incesante. En los ocho años desde la muerte de Sedgewick no ha

pasado ni un solo día sin que yo no me preocupe de que no tenga dinero suficiente como para poder vivir. Y entonces alguien como *usted…* un hombre que nunca ha tenido que temer perder su casa o elegir entre comprar comida o carbón, o preguntarse qué venderá después de haber llevado a la casa de empeños todas sus pertenencias de valor, tiene la audacia arrogante de jugar con mi futuro sin pensárselo dos veces". Las palabras de ella reverberaron en la habitación cavernosa, haciendo que Freddie se diera cuenta de que había estado gritando.

Sí, gritando. Porque estaba enfadada, merecidamente.

Ella jadeaba, las manos cerradas en puños, y su sangre martilleando en sus oídos.

El duque se quedó sentado sin moverse, en silencio, absorbiendo toda la ira de ella. "Todo lo que ha dicho es correcto. No sopesé el daño hacia otras personas. En mi mente, usted era la mejor herramienta para conseguir mi propósito. Siento haberle causado ansiedad, pero sé que eso es demasiado poco, demasiado tarde".

Freddie buscó alguna prueba de que había un hombre de carne y hueso tras esa mirada opaca suya. No vio nada más que un duque, de cabo a rabo. Un aristócrata que siempre se saldría con la suya.

Exhausta por su explosión de ira, y decepcionada por la manera tan rápida en que una velada que prometía ser placentera se había agriado, se apartó de la mesa y se puso en pie. "Estoy cansada. Le ruego que me disculpe".

El duque inclinó la cabeza. "Por supuesto". Se fue hacia la puerta y se la abrió. "Buenas noches, Winifred".

Freddie hizo una pausa, mortificada por haber gritado. "No debí alzar la voz y…"

"No me debe ninguna disculpa", dijo él, tan sereno como siempre. "Me merezco todo lo que usted ha dicho y más".

De pie tan cerca de él, ella podía ver que sus ojos, que de repente se fijó estaban ligeramente inclinados en las esquinas, no

eran opacos para nada, sino que eran de un color gris frío y translúcido. Abrió la boca para decir… ¿qué?

No había nada que decir. El duque de Plimpton había querido que su hermano se casara, y había hecho todo lo posible con su poder considerable para conseguir lo que quería. Y daba igual a quién le hacía daño para lograrlo.

Freddie cerró la boca y salió sin decir otra palabra.

CAPÍTULO 9

Freddie se movió en el camastro ahogándose un gemido ante el dolor que sentía en la zona lumbar. Incluso antes de abrir los ojos, recordó dónde estaba: en las habitaciones de Wareham, durmiendo en una maldita cama nido.

Había estado demasiado agitada como para poder dormir, así que vino a ver cómo estaba Wareham. Betsy había estado sentada en la silla, durmiéndose, de manera que había despedido a la chica y se había tumbado en la cama. ¿Por qué no? Podía dar vueltas en una cama nido igual de fácilmente que en su propia cama.

Y lo había hecho. Toda. La. Noche.

Freddie bostezó. Antes de poder pestañear para despejarse, una voz sonó por encima de su cabeza. "¡Buenos días, dormilona!"

Freddie se puso boca arriba e inmediatamente se topó con un par de ojos de color avellana conocidos asomándose por el borde de la cama.

"Estás despierto", dijo ella algo tontamente.

"Llevo mucho rato despierto". Wareham sonrió, irritantemente alegre y despejado. Frunció el entrecejo ante el camastro. "No pensé que dormirías aquí de nuevo. No tienes realmente que hacerlo, sabes. No necesito que alguien me vele mientras duermo".

Freddie gruñó, sin querer explicar la verdadera razón por la que estaba allí. "¿Qué hora es?"

"Falta poco para que sean las seis".

Esta vez no se contuvo en su gruñido. "¿Estás seguro de que no vas a volver a dormir?"

Wareham rió. Así que, esa era la contestación a su pregunta.

"¿Tienes hambre? ¿Pido que traigan el desayuno?", preguntó ella, sentándose en la cama y colocando los pies en el borde.

"No, todavía no".

"Necesitas que llame a Jacob para…"

"Ya ha venido a ayudarme. Ni te enteraste".

"Vaya enfermera que estoy hecha".

"Estabas exhausta a causa de todo lo que has estado haciendo. Dormir en ese camastro no te ayuda en nada".

Freddie no le corrigió diciéndole que estaba realmente exhausta debido a toda la ira que había sentido en el cuerpo durante horas y horas. En vez de eso, se puso en pie y enderezó su bata, que había llevado incluso en la cama, mientras fracasaba al ahogar un bostezo.

"¿Winny?"

"¿Sí?" Miró al espejo y se horrorizó al ver su reflejo. Eso le estaba merecido por quedarse dormida sin trenzar el pelo. Había dado vueltas en la cama como el trompo de un niño, una y otra vez, intentando dormir y fracasando después de su enfrentamiento con el duque.

Durante las largas horas de la noche, la ira que había estado ardiendo en ella se había gastado, dejando solo unas brasas humeantes.

Ella no pensaba que lo que él había hecho era correcto, claro, pero sabía por qué el duque había querido que su hermano se casara. Honey podía haberse guardado el método poco ético del duque de presionarla para que se casara, pero ella había compartido muchos otros detalles sobre su nuevo cuñado, especialmente la devastación que él sufrió durante veinte años de matrimonio y la muerte de tres hijos. Cuando otras personas podían haber encontrado consuelo en su pareja para ayudarles a soportar semejante pérdida, el duque y la duquesa se habían apartado el uno de la otra.

Según lo que decía Honey, parecía ser que la duquesa había sido la responsable de su profundo distanciamiento. Pero por otro lado,

Honey solo sabía un lado de la historia, y ese lado venía de Lord Simon, que no querría dejar mal parado a Plimpton.

"¿Winny?"

Ella se giró hacia él al escuchar su voz.

"¿Te quedarías aquí conmigo unos minutos?", le preguntó él, ya no bromeando.

"Sí, claro".

"No te voy a retener mucho rato, pero hay unas cosas que necesito decir".

"Estoy a tu disposición".

"Primero… quería darte las gracias por…"

"Por favor, no me des las gracias. Si se las tienes que dar a alguien, debería ser a Plimpton. Casi me trae aquí a rastras".

"Bueno, pues estoy agradecido porque te permitiste ser arrastrada. Si no lo hubieras hecho, me atrevo a decir que no estaríamos teniendo esta conversación ahora mismo y mi suegra estaría planeando mi entierro".

Freddie no podía discutir con esa evaluación suya.

Wareham le extendió la mano, y después de un breve titubeo, Freddie la tomó.

Él le apretó los dedos. "He sido un hermano terrible para ti. Lo he sabido desde hace mucho tiempo. Pero no ha sido hasta hace catorce meses que me he dado cuenta del daño que te he causado".

"¿Qué pasó hace catorce meses?"

"Piers regresó".

Freddie seguía molesta porque Wareham obligara a Piers a mantenerla ignorante, pero ahora no era el momento de sacar eso a colación. "¿Cómo cambió eso tu manera de pensar?"

Él se mordió el labio, mordisqueando la piel agrietada con tanta fuerza que ella vio los cortes rojos en la piel.

Le dio un apretón en la mano. "Cuéntame qué pasó, Wareham".

"Sophia se enteró de que Piers había regresado". Resopló con amargura. "Digo, *enterarse*. La verdad es que estuvo escuchando tras la puerta de mi estudio. En lugar de sentirse avergonzada por espiar, tuvo la audacia de enfrentarse a mí sobre eso, regañándome por no informar a las autoridades". Miró a Freddie con incredulidad. "¡Ella creía que debía delatar a mi propio hermano! Tuvimos una discusión amarga, y se dijeron cosas feas por ambas partes. Le prohibí que hablara con *nadie* acerca de Piers". Sus labios se cerraron en una línea fina. "En lugar de obedecerme, de inmediato, y de manera anónima, mandó recado al magistrado local. Naturalmente, el hombre me vino a visitar, queriendo saber si era verdad que estaba protegiendo a un asesino; el mismo hombre que yo había insistido que había fallecido hace años". Torció el gesto al recordarlo. "Era más que desagradable".

Freddie se esperó en silencio a que él contara todo lo demás.

Wareham inhaló profundamente, hizo una mueca de dolor, y luego exhaló con cuidado. "La excusa de Sophia por traicionarme era que estaba intentando salvarme de mi familia imprudente y egoísta. Afirmaba que yo no apreciaba todo lo que ella había hecho por mí. Y luego dijo algo que yo no podía creer". Wareham la miró a los ojos. "Reconoció, con… *orgullo,* que tuvo que presionarte para que te casaras con Sedgewick. Cuando yo le exigí saber qué quería decir con eso, ella confesó que se había acercado a ti después de que rechazaras la primera oferta de Sedgewick y te… convenció. Pero eso fue todo lo que pude sacarle; se negó a decirme exactamente lo que te dijo, aunque puedo adivinarlo. ¿Me lo puedes decir, Winny?"

La sensación enfermiza que sentía en el vientre, que había empezado en cuanto Wareham nombró a Sedgewick, se propagó de manera rápida, llenándola de náuseas. "¿Por qué?"

"Por favor", dijo él. "Necesito saberlo".

"Me dijo que le debías mucho dinero a Sedgewick".

Wareham se derrumbó contra sus almohadas, con la cara tan enfermiza como se sentía ella por dentro.

"No deberíamos hablar de esto ahora mismo. Te está alterando".

"Por favor", dijo él, pálido pero firme. "Por favor, cuéntame lo demás. Esto me ha estado carcomiendo durante más de un año. Lo único que lo hará peor es dejarme seguir imaginando y no saber la verdad. *Dímelo".*

"Ella dijo que tú tenías muy pocas posibilidades de pagar la deuda a menos que yo me casara con Sedgewick. Dijo que una Temporada solo sería añadir a la carga que ya soportabas y…"

"¡Esa perra *mentirosa*!"

Freddie dio un respingo ante la furia y el odio que veía en su mirada. "Calla, Dicky. Ahora sé que era una deuda de Piers, no tuya".

"La deuda no importaba, fuese de quien fuese. Nunca estuve tan sin fondos que no pudiera cubrir los compromisos de apuestas de Piers. Y, aunque era verdad que devolverle a Sedgewick el dinero había requerido la venta de una pequeña parcela de terreno, no estaba en bancarrota, Winny". Su rostro se endureció. "Y ya le había devuelto el dinero que le debía antes de que te casaras con él. Sophia lo *sabía*. Mintió deliberadamente para obligarte a casarte con él".

Freddie no discutió.

Dicky tragó con fuerza. "Cuando yo acusé a Sophia de haberte vendido a un monstruo, ella dijo que si tú hubieras sido una esposa más obediente y conformista, podrías haber hecho que Sedgewick cambiara a mejor". Resopló con incredulidad. "Como si tú, o cualquiera, pudiera haber hecho algo para enderezar a un hombre así". Wareham apretó los dedos de ella con tanta fuerza que le dolió. Sus mejillas estaban encendidas y su piel brillaba de sudor. "¡Tenía que haberte protegido, Winny! ¡Oh! ¡Solo tenías diecisiete años! ¿Podrás perdonarme algún día?"

"Ya te he perdonado, Dicky. Yo también he sido culpable de algo. Nunca debí devolver tus cartas sin abrirlas".

Él barrió el aire con la mano. "Tenía que haber ido a ti y rogarte que me perdonaras el año pasado cuando me enteré de la verdad, pero me daba vergüenza. Siempre supe que Sophia a menudo se pasaba de la raya en lo que era aceptable para conseguir sus

propósitos, pero nunca pude adivinar que fuese tan deshonesta y tan… vindicativa hacia ti, sin razón alguna".

A Freddie le costaba creer que su hermano no se había dado cuenta de lo verdaderamente manipuladora y desagradable que había sido su esposa, pero no tenía sentido ahondar en eso ahora.

"Ella era tu esposa, y tú la amabas, Dicky. No hay vergüenza por eso".

"Hay vergüenza en lo que yo le permití hacer, Winny". De nuevo se mordió el labio desollado. "Mi amor hacia ella murió después de lo que ella le hizo a Piers. Y… y cuando me enteré de lo que ella te hizo a ti, la odiaba directamente. Se me cayeron las vendas de los ojos y vi cómo ella retorció no solo mi relación contigo, sino con mis hijos. Y cómo ella les manipulaba a ellos para sus propósitos. Sé que es horrible reconocerlo, pero no puedo sentir luto por ella".

Los ojos de Freddie ardían con lágrimas sin verter. Ella no lamentaba la pérdida de la mujer horrible con la que él se había casado, pero lloraba la pérdida del amor que su hermano había sentido.

"Mi querida Winny… Sabes que me sentiría honrado si consentieras en volver a vivir en Torrance Park".

"Tengo mi propia vida que vivir, Dicky. No quiero abandonarla. Pero vendré de visita a menudo".

"Si no me permites darte un hogar, al menos acepta tu asignación. No es ni por asomo lo que deberías haber tenido por tu matrimonio, pero es tu dinero".

Una sonrisa de amargura curvó los labios de ella. "¿Es de verdad mi dinero, Dicky? ¿Podría retirarlo todo mañana si quisiera?"

"Eso sería una imprudencia muy grande", dijo él, sin darse cuenta de lo que ella le había querido decir.

"Quizás, pero si fuese tu dinero y quisieras hacerlo, lo podrías hacer. Y sin consultar con nadie".

"Sí, eso es cierto. Pero yo soy un hombre y he estado encargado de hacer cosas así toda mi vida, querida. ¿Puedes decir

sinceramente que sabrías cómo gestionar tus propias inversiones? Es mi obligación y honor cuidar de las mujeres en mi familia. Y tú sabes que no sería avaricioso contigo".

Cómo podía explicarle a él que un dinero viniendo de otra persona no era suyo. "No quiero volver a abrir este tema, Wareham".

"¿Sigues enojada porque Sedgewick me nombró tu fiduciario, no?"

"No estoy enojada". La verdad es que se sentía *enfurecida* cuando pensaba en las condiciones del testamento de su marido muerto, que la había dejado pensionista de Wareham a perpetuidad. Cualquier gasto tenía que ser aprobado por él y él era el que fijaría su asignación. Era humillante.

Pero no iba a discutir sobre eso de nuevo.

"Dejé de exigir ese dinero hace ocho años. Y he aprendido a vivir sin él". No es que quisiera hacerlo; era porque tenía que hacerlo.

"Sé que no podías aceptar el dinero entonces porque yo requería que vivieras en mi casa, y entiendo cómo eso habría sido imposible. Pero había esperado que ahora que…" Dejó de hablar, pero Freddie no necesitó que terminara la frase para saber que había querido decir ahora que Sophia ya no estaba.

El dolor reflejado en sus ojos se apagó con el filo de la ira de ella. "Quédate tranquilo, que si necesito ese dinero, te lo pediré. Pero no puedo volver a vivir aquí, y no es por ninguna desavenencia; tengo amistades que me quieren y tengo propósitos en mi vida". Ella sonrió apenada. "Sé que ser chaperón de jovencitas no es el sueño de todo el mundo, pero a mí me soporta bien". Eso no era la verdad, pero compartir la verdad sería la crueldad más grande. No era Dicky que se interponía en ese dinero, sino el orgullo de Freddie.

Él suspiró y ella sospechó que ahora le tocaba a él adoptar una sonrisa forzada. "¿Plimpton dice que has estado de acuerdo en ayudarle con Rebecca?"

Freddie consideró ese arreglo desde la perspectiva de lo que había sabido la noche pasada. Pero la chispa de ira que esperaba no se materializó. "Sí, eso es cierto".

"Me alegro de saberlo. ¿La has conocido ya?"

"Todavía no".

"Es una chica encantadora". Hizo una mueca. "Es quizás desafortunado que se parezca más a Plimpton que a su hermosa madre, pero creo que su temperamento es dulce y acomodaticio". Rió. "En otras palabras, distinta a sus padres totalmente".

"¿Tú conocías a su esposa?" ¿Por qué le había preguntado eso? ¿Por qué le consumía la curiosidad saber de una mujer fallecida?

Wareham adoptó una expresión de desagrado. "Para serte brutalmente sincero, no creo que hubiera gran cosa que conocer tras su hermosa fachada. Ella fue el diamante de esa temporada, y estábamos todos un poco enamorados de ella. Pero todo el mundo sabía que ella elegiría a Plimpton. No porque le quisiera por quien es, claro, pero porque su padre era ambicioso". Wareham sacudió la cabeza. "Nunca le he envidiado que tuviera a Cecily. Tontamente creía que, aunque mi esposa no era tan hermosa, por lo menos me quería". Resopló. "¿A que es asombrosa la capacidad que tiene uno para engañarse a sí mismo, verdad?"

"Sophia te quería, Dicky. Y estoy segura de que amaba a sus hijos".

"No creo en esa clase de amor, revestido como estaba de la necesidad de controlar; no creo que merece tenerse". Suspiró. "Pero nada de eso importa ya".

Alguien llamó a la puerta antes de que se abriera y el duque se quedó parado en el umbral de la puerta, su mirada yendo de Freddie a Wareham y a sus manos unidas, y luego a Wareham de nuevo. "Perdón por interrumpir".

"No interrumpes", dijo Wareham, dándole un apretón a la mano de Freddie. "Mi hermana y yo estábamos hablando solamente".

Freddie de repente se dio cuenta de su aspecto tan horrible. Su Excelencia, naturalmente, estaba tan impecable como siempre.

Y la miraba. "Me preguntaba si quisiera unirse conmigo para dar un paseo a caballo".

Freddie se quedó mirándole. ¿Se había imaginado completamente la discusión que habían tenido la víspera?

No, tú discutiste. Él se quedó sentado escuchándote.

"Qué idea más excelente", dijo Dicky, sonando tan emocionado como si él hubiera sido el que había sido invitado. "Deberías ir, Freddie, estaba a punto de llamar a Jacob, y tu presencia aquí habría sido demasiado".

Freddie dejó de mirar al duque y se volvió hacia su hermano, que le sonreía con un entusiasmo casi inquietante. "Pero dijiste que Jacob ya…"

"Sí, sí", interrumpió deprisa. "Pero ahora necesito su ayuda de nuevo". Carraspeó y la miró.

"Oh", dijo ella sintiéndose tonta. "Esto, claro. Te dejo para que lo hagas". Se volvió hacia el duque. "Me temo que no me he traído un traje de amazona…"

"Toma uno de los de Sophia", dijo Wareham.

Freddie miró a su hermano. "¿Sus ropas siguen aquí?"

"Sí. Me temo que no sabía qué hacer con ellas", reconoció. "Toma un traje de amazona. Tiene que haber docenas de ellas. Te estará holgada, pero sois de talla casi igual".

Freddie estrechó los ojos. ¿Por qué estaba sonriendo de esa manera tan demencial?

Dicky, confundiendo sus titubeos con un deseo de no tomar prestadas las ropas de su esposa muerta, chasqueó la lengua y le dijo: "Toma uno de sus trajes, Winny, cielos, quédate con toda la ropa que quieras. Está allí guardada siendo desperdiciada. Ve y hazlo", le urgió. "Yo mantendré entretenido a Plimpton mientras te vistes. Puede reunirse contigo en los establos en… ¿Digamos tres

cuartos de hora? ¿Eso te va bien a ti, Excelencia?", le preguntó a su amigo sin dejar de mirar a Freddie.

"Tómese el tiempo que le haga falta", dijo el duque mirándole a los ojos a Dicky con un brillo apenado.

Miró a Freddie cuando sintió que su atención estaba en él y las miradas de los dos se cruzaron. Freddie no podía apartar la vista y los dos se miraron durante un momento que parecía una eternidad, aunque no habría durado más de unos pocos segundos, antes de que el hermano de ella hablara, quebrando el vínculo inquietante.

"Date prisa, Winny, se está desperdiciando el día".

Freddie abrió la boca para rechazar la oferta del duque, pero entonces se dio cuenta de que tendrían que hablar sobre lo que había pasado anoche eventualmente. Ir a dar un paseo a caballo sería una oportunidad excelente para hablar con el hombre sin que otros les escucharan o interrumpieran. Lo que ella le diría exactamente al duque era algo que Freddie no sabía a ciencia cierta todavía.

CAPÍTULO 10

Plimpton miró a su amigo con ironía cuando cerró la puerta tras el paso de Winifred. "¿Haciéndote de celestina, Wareham?"

El conde rio. "Quizás".

"Me gustaría que no lo hicieras".

"¿Por qué no?"

"Porque tu hermana me odia". Y los tejemanejes a lo bruto de Wareham no iban a ayudar mucho.

Wareham parecía sorprendido. "Te debes estar equivocando".

"Nunca has sido muy observador", dijo Plimpton secamente.

"¿Por qué iba a odiarte? Ni siquiera te conoce. No creo que los dos os hayáis dirigido la palabra desde que ella era niña".

"La he visto bastantes veces estos últimos años". Demasiadas para el gusto de Winifred y demasiado pocas para el de Plimpton.

"Ah. Ahora lo recuerdo; ella es una conocida de tu cuñada, ¿no es así?"

Plimpton sacudió la cabeza ante la mirada inocente de Wareham. O al menos su intento de parecer inocente; menos mal que no le gustaba hacer apuestas. "Sabes muy bien que son más que meras conocidas, Richard".

De nuevo, Wareham sonrió, pareciéndose tanto a su ser de antaño, y no el cadáver que había sido hace tan solo unos días, que la tensión que Plimpton había estado cargando y de la que no se había dado cuenta, se drenó de sus hombros.

"Mi hermana es perfecta para ti, Plimpton".

No discutió, porque Wareham tenía razón: Winifred sí que era la mujer perfecta para él. Una mujer de talento, con aplomo y buena

crianza. Igual de cómoda con las personas más exigentes de la alta sociedad y con el criado más humilde. Ella presidiría las haciendas de Plimpton como si hubiera nacido para dirigirlas. Porque lo había sido.

Desgraciadamente, *él* no era perfecto para ella.

"No creo que tu hermana tenga interés en volver a casarse". Desde luego que no con Plimpton, y quizás con nadie más tampoco.

"No", Wareham estuvo de acuerdo; su mirada se volvió pensativa. "Me temo que Winny ha desarrollado una abominable tendencia hacia la independencia en este tiempo".

Plimpton se abstuvo de señalar que se había visto obligada a cuidar de sí misma gracias a la incapacidad de Wareham por controlar los tejemanejes de su esposa.

"Tenía que haberte hecho caso hace todos esos años cuando me advertiste acerca de Sedgewick", dijo Wareham, interpretando la crítica silenciosa de Plimpton. "Me sentiré avergonzado hasta mi último aliento por haberle hecho caso a Sophia por encima de ti". Se puso solemne durante un momento, pero luego se animó. "Puedo redimirme por mis errores del pasado haciendo que Winny vea lo bien que encajáis vosotros dos y lo feliz y acomodada que podría estar ella si solo hiciera caso de la razón".

Plimpton ahogó un gemido; lo último que le hacía falta era ayuda de Warehem.

Pero el otro se animó. "Winny es una mujer fuerte y va a necesitar un manejo hábil pero firme, Plimpton. Necesita un marido que la pueda dominar sin quebrar su espíritu. Tú eres el hombre perfecto para eliminar la patada discordante de su galopar y domar la inquietud voluntariosa que la ha aflijido desde la muerte de Sedgewick".

Plimpton no podía dejar de sentirse divertido. "Yo no usaría analogías equinas en presencia de ella si fuese tú, Richard".

Wareham hizo un gesto con la mano. "Las mujeres y los caballos son muy parecidos, y tú lo sabes, Plimpton. Y los hombres son de

tres tipos cuando se trata de esto. Primero, están los que son como tú, jinetes suaves y hábiles que sacan lo mejor de una yegua sin que se dé cuenta siquiera de que ha sido domada".

Plimpton rió. "Cecily habría estado en desacuerdo con eso".

"Quizás, pero por otro lado, ella no era representativa de su género, ¿verdad?" Wareham se apresuró a seguir ante lo que veía en la cara de Plimpton. "Luego están esos patanes de buena intención, pero mano torpe, que causan daños a sus monturas sin haber tenido esa intención. Finalmente, y peor de todo, están esos brutos que disfrutan con la crueldad y arruinan una boca suave con sus maneras crueles. Sedgewick, me temo, era miembro de ese tercer grupo".

Pensar en la boca suave de Winifred y la manera cruel de Sedgewick le envió una sacudida de furia en Plimpton y cambió de tema. "En lugar de buscar un marido para tu hermana, deberías convencerla de que acepte tu ayuda".

Wareham le miró con exasperación. "He hablado con ella repetidamente durante los años, pero ella es testaruda y se niega a aceptar mi ayuda".

Tenía en la punta de la lengua el decirle a su amigo que fuese más persuasivo. Estaba tentado de compartir con él lo que había descubierto recientemente, que era que Winifred llegaba a fin de mes vendiendo sus bordados, como si fuese alguna vieja empobrecida esclavizada haciendo bordados en una buhardilla vil.

Pero no era capaz de contar cuentos, incluso siendo que no le debía ninguna alianza a Winnifred. Ciertamente, si le debía a alguien, ese era Wareham, que era el guardián legal de su hermana, le gustara o no. El hecho de que Wareham nunca había ejercido su autoridad sobre Winifred no significaba que no podía ser animado a hacerlo. Nunca había habido ningún mínimo escándalo asociado con la Condesa de Hielo, pero si le llegara a oídos de Wareham que su hermana se dedicaba al comercio, o peor aún, relacionándose con gentuza como los marineros de Severn… bueno, el conde tenía su genio. También poseía un rígido sentido de la propiedad. Estaba bien

en su mano recortar la libertad de Winifred, o quitársela directamente, si creyese que su comportamiento requería freno.

Como si Wareham le hubiera leído el pensamiento a Plimpton, dijo: "Estoy casi pensando que esta vez voy a ser firme, Plimpton. Winny se enfadaría si yo insistiese en que viva bajo mi techo de nuevo, pero me obedecería". Su mandíbula se tensó. "Vaya, no tendría elección en ese caso. Me atrevo a pensar que pronto superaría su enojo una vez que se volviera a acostumbrar a las comodidades de la gente".

Plimpton dudaba de eso.

Ahora es tu oportunidad de decirle algo al oído de Wareham sobre la relación de su hermana con ese bastardo de Gregg. Podrías sacarla de Londres y lejos de la influencia de ese canalla en un santiamén.

Sí, podría hacerlo. Y ganarse el odio eterno de Winifred al hacerlo.

No, si Plimpton fuese a advertirle a nadie de nada, debería ser a Winifred para advertirla de lo que podría pasar.

Plimpton resopló de manera infeliz. ¿Por qué pensaba que Winifred no le daría las gracias por semejante consideración?

***

El duque miró con arrogante displacer la montura de Freddie. "Esa yegua vieja no es digna de usted, Winifred".

Ella dio una palmadita en el cuello de la yegua vieja. "Old Velvet me vale bien. Han pasado varios años desde que montase". Más de ocho.

"*Hmm.*" Su mirada fría la repasó lentamente con un descaro lento y detenido que daba a entender que tenía todo el derecho del mundo a hacer un inventario completo de su persona cuando quisiera. ¿Alguna mujer se lo había contradicho alguna vez? Freddie lo dudaba; él era un duque y las reglas de etiqueta no eran aplicables para él.

Como de costumbre, su cuerpo respondió a la atención de él como un animal bien entrenado. Su pulso se aceleró, se ruborizó y su piel se humedeció bajo sus ropas, y peor de todo, sus músculos íntimos se apretaron, enviando oleadas de placer distrayentes e indeseadas en todo su cuerpo.

Freddie apretó los dientes hasta que le dolía la mandíbula; el hombre era *insufrible*.

Y tú lo adoras.

"Es una pena que se haya visto privada del placer de montar", dijo él, después de haber destruido por completo su compostura. "Es usted una jinete obviamente hábil y tiene un porte excelente. Sería un privilegio montarla a usted".

Al tiempo que su inspección visual atrevida la había alterado, su leve cumplido y oferta presuntuosa la dejó sin habla.

"Me esperaba que usted me diera un corte directamente después de lo de anoche", dijo él cuando ella permaneció en silencio. "Y me lo habría merecido".

Su franca admisión fue inesperada y suavizó el resentimiento de ella. "Estaba furiosa", admitió ella, como si él no se hubiera dado cuenta.

"Tenía todo el derecho a estarlo".

"Sí, lo tenía". Al cabo de un momento, se sintió obligada a añadir: "Pero ya no estoy enojada".

Él levantó las cejas, su rasgo más expresivo con mucho. "Eso es generoso por su parte".

"Es una generosidad dirigida a mi persona y no hacia usted, su Excelencia. Sería fácil aferrarme a mi sentimiento de ultraje y mal uso, pero solo me haría daño a mí misma con semejante comportamiento".

De nuevo, él hizo una pausa antes de hablar. "Muy pocas personas son capaces de imponer la lógica cuando se trata de emociones fuertes".

Freddie se sintió divertida por su manera tan cuidadosa de hacer la observación. "Lo que realmente quiere decir es que las mujeres carecen de lógica cuando se trata de sus emociones".

Esta vez, el humor en sus ojos era inconfundible, pero sabiamente guardó silencio.

Ella no pudo resistir provocarle un poquito. "Supongo que usted es una de esas raras personas que pueden imponer lógica en sus sentimientos".

"Intento impedir que mi corazón mande en mi cabeza".

"Eso no me habría parecido que fuese un esfuerzo difícil".

Aunque él no se inmutó, Freddie se dio cuenta de que de alguna manera le había hecho daño. "No quería sugerir que usted no tiene corazón", mintió ella al cabo de un momento.

"Si lo hubiera querido decir, no habría sido la primera persona en hacerlo. Por favor, no pida perdón por ser directa y sincera, Winifred. Respaldo ambas cosas. Gracias por venir conmigo esta mañana", dijo él, terminando con el tema de tener o no corazón. "No es que Wareham iba a darle ninguna elección en ese asunto".

"No", dijo ella de acuerdo con él, riendo a su pesar. "No es sutil".

"Solo desea verla feliz".

"¿Y *usted* me haría feliz?" Una vez más, se arrepintió de sus palabras. Freddie *nunca* era maleducada. ¿Qué es lo que tenía Plimpton que la hacía ser tan combativa? ¿De verdad le había perdonado por lo que hizo? Ella lo creía. Pero quizás le había mentido tanto a él como a sí misma.

"¿La haría feliz yo?", preguntó él en un tono pensativo, su pregunta diciéndole a ella que no se sentía ofendido por el comentario que le había hecho ella. O al menos no iba a demostrarlo. Al cabo de un momento, él se encogió de hombros. "No sé si la haría feliz o no".

Su candidez y falta de arrogancia la sorprendieron. Después de todo, era un duque apuesto, adinerado y elegible, una combinación

tan infrecuente como los dientes en una gallina; tenía todo el derecho a ser arrogante.

"Lo que sí sé", siguió diciéndole. "Es que la admiro y la tengo en alta estima y estoy seguro de que usted me podría hacer feliz".

"Eso es gentil por su parte, pero realmente no me conoce, ¿verdad?", dijo ella, aplacando despiadadamente la emoción que sintió ante sus palabras.

"Cierto, pero lo que sí sé de usted me gusta mucho".

"¿Y qué es lo que sabe?", preguntó ella, demasiado curiosa por lo que él pensara de ella como para dejar de hablar del tema.

"Sé lo que Honoria ha dicho acerca de usted, cómo ha sido una amiga fiel y atenta con ella y todas las demás que trabajaban en la escuela. Sé que usted se porta con dignidad aunque Sedgewick no la dejó en una posición sencilla". Sus ojos grises parecían oscurecerse levemente. "Y sé que me siento atraído a usted de manera física e intelectual. No", corrigió él mientras Freddie seguía noqueada ante la revelación de él. "Atraído" no es correcto, o al menos no es preciso. La deseo, Winifred. Más de lo que haya deseado a una mujer en mucho tiempo. Quizás nunca".

La cara de Freddie se había empezado a calentar al final de su primera frase. Para cuando llegó al final, estaba como un tomate.

Su boca, normalmente tan severa, se curvó en una sonrisa pálida pero encantadora. "Le pido perdón; la he azorado. Esa no era mi intención".

Estaba azorada. Pero también estaba profundamente halagada de haber atraído la atención de un hombre semejante.

Pero entonces se le ocurrió un pensamiento menos halagador.

"Su interés por mí parece bastante repentino, su Excelencia. ¿Podría esto tener algo que ver con la promesa que le hizo a mi hermano?"

"Le prometí que la cuidaría si él no pudiera hacerlo. Claramente, esa promesa no es aplicable ahora que él se está recuperando. Debe

aceptar mi palabra de que mi persecución de usted es todo asunto mío".

"¿Es eso de lo que se trata? ¿Persecución?"

Él soltó una risotada breve y el sonido de su diversión, sin mencionar su expresión abiertamente divertida, era tan sin precedentes que Freddie tiró bruscamente de las riendas, haciendo que la pobre Velvet sacudiera la cabeza.

"Si tiene que preguntarlo, entonces es que estoy haciendo una tarea demasiado pobre al hacerlo", dijo él. "Sí, estoy persiguiéndola, Winifred". El humor que había encendido su mirada palideció. "Espero que no me haya vuelto repugnante para usted después de lo que le confesé anoche, ¿o no?"

No había nada repugnante en este hombre a su lado. Ciertamente, si no se hubiera casado ya una vez, su interés declarado la habría arrebatado. Pero había estado casada. Y estarlo una vez le bastó para saber mejor.

¿Cómo había creído que él fuese solo pasablemente atractivo? No era obviamente apuesto como su hermano, pero su dignidad e inteligencia, sin olvidar su aire no estudiado y sin esfuerzos de dominio, le hacían mucho más atractivo que los rasgos dorados como de un dios de Lord Simon a ojos de Freddie.

Él era todo lo que ella hubiera querido en un marido.

Si hubiera estado buscando uno.

"Nunca volveré a casarme, su Excelencia".

En lugar de parecer sorprendido por la afirmación de ella, o peor, ser rechazado, él asintió. "Entonces no la presionaré en un asunto que claramente le desagrada".

Freddie se sintió raramente desinflada por la aceptación veloz y sin emoción del rechazo de ella. Pero, ¿por qué su falta de pasión la sorprendería? Era sabido que su matrimonio había sido carente de amor. Freddie sabía que él no le había sido fiel a su esposa, y tampoco había parecido devoto especialmente con ninguna de las

dos mujeres que habían alardeado de ser sus amantes. Ciertamente, cualquier apego había parecido provenir enteramente de ellas.

Solo de pensar en el duque haciéndole el amor a esas otras mujeres causó un desagradable revuelo en su estómago.

"¿… sucede algo, milady?"

Freddie apartó las imágenes mentales indeseadas a un lado y le miró a los ojos. "No. No pasa nada".

"¿Recuerda si es el sendero a la derecha o a la izquierda el que lleva a las formaciones rocosas raras que su hermano llama las Tres Hermanas? Ha pasado tanto tiempo que ya no lo recuerdo".

"El de la izquierda", dijo Freddie un poco brusca, todavía perpleja porque él hubiera sacado a relucir el tema de quererla como esposa hace tan solo unos instantes y ahora se conformaba con hablar de geología.

Muy bien, así sea; ya no estaba interesado en ella. Desde luego, ¿podía haber sentido gran cosa por ella si su interés se rendía de manera tan rápida y fácil?

¿Por qué ese pensamiento la dejaba deprimida en lugar de aliviada?

***

Plimpton se miró en el espejo fijamente mientras Digby le cortaba las uñas. En vez de ver su reflejo, veía a Winifred como había estado esa mañana; vestida en un bonito traje de amazonas de color chocolate amargo con un sombrerito militar a juego. Le hacía recordar una diosa de nuevo. No Afrodita esta vez, sino Artemis. Era una jinete superlativa, y él nunca habría adivinado que llevaba tanto tiempo sin montar.

Digby soltó la mano de Plimpton y se fue a su otro lado.

Plimpton había cometido el error estratégico de confesar su interés por ella tan pronto. Si él hubiera podido hacerlo a su manera, habría planeado el momento con más cuidado. Pero Wareham y sus torpes tejemanejes, no le habían dejado mucha elección. Frunció el entrecejo; que te libre de amigos que solo querían *ayudar*.

La analogía de Wareham de su hermana como una yegua maltratada puede que fuese cruda, pero era apta.

Sedgewick había tenido varios años más que Plimpton, pero los dos se habían encontrado en sus clubes a menudo, y también en lugares menos apropiados que Plimpton había frecuentado de joven.

Aunque Plimpton no había sido monógamo después de su segundo año de casado, tampoco había visitado burdeles. Usar a prostitutas era una costumbre irresponsable y repelente de hombres jóvenes que no sabían mejor, o al menos debería serlo.

Sedgewick, sin embargo, nunca dejó de frecuentar casas de prostitución. No solo había sido un hombre de costumbres notoriamente lujuriosas, sino que había disfrutado de establecimientos que se especializaban en cumplir perversiones tan extremas que la mayoría de las putas de Covent Garden se negaban a satisfacerlas.

Las manos de Plimpton se cerraron en puños; solo de pensar en ese perro depravado tocando a una mujer sensible como Winifred le hacía arder de ira.

Digby se aclaró la garganta, recordándole a Plimpton que había un hombre adherido a sus dedos. Relajó las manos, pero su imaginación no se podía frenar tan fácilmente.

Fuese lo que fuese que Winifred soportó como esposa de Sedgewick, Plimpton no creía que la había dañado de forma irrevocable. Sí, era huidiza, pero no era que no tuviera interés en él. No era cosa de su vanidad; Plimpton había visto la clara decepción en ella cuando él aparentemente había cedido en el tema del matrimonio tan rápida y fácilmente.

Él se había precipitado esta mañana, y no tenía intención de hacerlo de nuevo. Si era el matrimonio lo que la frenaba a ella, él la haría creer que su interés por ella era de una naturaleza menos permanente.

La alta sociedad era un hervidero de cotilleos y, aunque Plimpton nunca había hecho alarde de sus relaciones con mujeres, tampoco había hecho intentos por ocultarlas. Sabía que las mujeres hablaban

tanto como los hombres de semejantes asuntos, lo que quería decir que Winifred sabría que no era inusual en él tomar a viudas de alta sociedad como sus amantes. Si ella estuviera dispuesta a entretenimientos así, él abriría esa puerta. Si ella no cruzaba, entonces él encontraría alguna otra manera. Y otra. No iba a rendirse.

Digby terminó con sus uñas y Plimpton inspeccionó ambas manos antes de ponerse en pie y señalar su chaqueta para que su ayudante de cámara le ayudase a ponerse la prenda que le ceñía, pero no era ridículamente apretada.

Una vez que se ajustó el corbatín, se puso su sello de oro pesado y ónice, eligió un monóculo de los tres que le ofrecía Digby, eligiendo el más sencillo de los tres, y luego se pasó la cinta negra que sostenía la lente por el cuello y examinó su reflejo. Asegurada ya su presentabilidad, despidió a su ayudante de cámara y caminó la distancia corta hasta el comedor.

Esta noche, no fue el primero en llegar. Winifred miraba por la ventana al jardín que todavía era visible a las siete, dado que el sol no se ponía hasta después de las nueve. Llevaba su vestido más corriente de los dos que tenía. A pesar de su vestimenta sencilla, él contuvo el aliento igual que hacía cada vez que veía su rostro.

"Buenas noches, Winifred". Apartó con un gesto al lacayo y la acomodó en su silla él mismo. "¿Cómo ha transcurrido la tarde?", preguntó él cuando el criado les hubiera llenado las copas a los dos. "Tengo entendido que los dos hijos mayores de Wareham le han visitado hoy".

Ella sonrió y la expresión era tan radiante que Plimpton sintió como si ella le hubiera dado un puñetazo. "Fue encantador. No había visto a Thomas desde que tenía diez años y Robert solo siete. Los dos son unos jóvenes ahora. Su tía y tío vinieron con ellos y han prometido traer a los cuatro más pequeños de visita pasado mañana. Los habrían traído hoy, pero quería asegurarse de que Wareham podía disfrutar de tanta estimulación, primero".

Una vez que los criados dispusieron el primer plato, Plimpton le dijo a Goodrich. "Gracias. Les llamaremos cuando les necesitemos".

"Muy bien, su Excelencia". El mayordomo y los dos lacayos se inclinaron y les dejaron a solas.

Si ella había pensado que su manera de prescindir de los criados era rara, no lo mostró. Normalmente, Plimpton no se habría atrevido tanto, pero el tiempo de ella en Torrance iba a terminar pronto, y él no quería malgastar ninguna oportunidad para llegar a conocerla. Con los criados merodeando, no podían hablar de nada que no fuesen palabras agradables e inconsecuentes.

"Solo he visto a la cuñada de Wareham con los niños unas cuantas veces, pero parecía que ella se llevaba bien con ellos", dijo Plimpton después de probar unas cucharadas del delicioso consomé de langosta frío.

Winifred asintió con la cabeza. "Sí. Parecen estar muy a gusto con su tía y su tío". Ella hizo una pausa, girando su copa una y otra vez, mirando fijamente el diseño que la base hacía en el mantel. Era la primera vez que Plimpton la veía hacer algo así. Al cabo de un momento, ella levantó la mirada. "En cierto momento durante su visita, surgió el nombre de su madre y ninguno de los chicos exhibía señales de echarla de menos".

Plimpton sopesó las posibles respuestas y se decidió por la menos chocante. "Es probable que Lady Wareham no pasara gran tiempo con ninguno de sus hijos, ni siquiera cuando eran pequeños".

"Sí, supongo que eso es verdad. ¿Así era con su madre y usted, que apenas la viese cuando era niño?"

El instinto inicial de Plimpton era ignorar la pregunta íntima de ella y sutilmente cambiar de tema. Pero una voz apenada en él le frenó.

Esta es la manera en que las personas se llegan a conocer y también la razón por la cual has prescindido de los criados.

Se tragó el desagrado ante hablar de un asunto tan privado y le dijo: "No, no es así como me criaron. Vi a mi madre a menudo

cuando era niño y seguimos estando… cercanos. Lo mismo es aplicable a mi hermano". Se aclaró la garganta, sintiéndose torpe de manera desacostumbrada. Nadie le había preguntado nunca sobre sus relaciones familiares. Pero ella quería saberlo, así que…

"Mi padre no era un hombre cercano". Esa era posiblemente la subestimación más grande del siglo. "Fue criado de manera que consideraba señales abiertas de afecto o sentimientos como una debilidad". Y el duque había hecho todo lo posible por eliminar la debilidad en sus dos hijos, pero especialmente en su heredero. "Para crédito de mi madre, ella le desafió muchas veces, expresando su amor cuando creía que nosotros necesitábamos semejante apoyo. Desgraciadamente, siempre tuvo que pagar por sus transgresiones".

Ella le miró con interés. "Quiere decir que él la… esto…"

"No le hacía daño físico". El duque se había reservado el castigo corporal para sus hijos, pero no tenía sentido sacar eso a relucir. De todas formas, no pudo resistir añadir: "Aunque nunca le puso la mano encima enfadado, su desagrado era… un arma poderosa". Y una que había empuñado como un hacha antigua.

Ella evaluó lo que él había dicho en silencio. Y quizás lo que él había dejado de decir además. "Ha tenido suerte con su relación con su madre".

"Sí. Soy muy afortunado". Hala, eso era toda la sinceridad de él sobre ese tema para una noche. A propósito, cambió de tema. "Estuve impresionado por la mejoría de Wareham. Dijo que ha dado seis paseos breves hoy".

"El doctor Madsen dice que pronto podrá dar paseos mucho más largos. De hecho, Wareham está progresando tanto que me siento cómoda marchando dentro de tres días".

"Eso es un día más pronto de lo que hablamos".

"Si eso no encaja con su agenda, entonces estoy segura de que…"

"El día que ha elegido está bien", mintió él. Había querido tener más tiempo con ella, pero sospechaba que discutir sobre el tema

solo la iba a alienar. Tendría que ir a visitarla en Londres, pero no sería lo mismo que estar bajo el mismo tejado. Aquí estaba más relajada. Visitarla abiertamente, cortejarla, sería algo más complicado.

No le quedaba mucho tiempo. Tenía que hacer que cada minuto contase.

"¿Vendrá a la biblioteca a jugar al piquet más tarde?", preguntó él, poniendo en acción su plan de inmediato.

Ella abrió la boca tan rápido que él pensó que iba a rechazar su ofrecimiento. Pero entonces la cerró de nuevo, frunciendo el entrecejo. Unos segundos luego, asintió con la cabeza y dijo: "Gracias. Eso me gustaría. Le veré en la biblioteca en una hora".

Plimpton logró ocultar su sonrisa triunfal, mejor dicho, una leve sonrisa realmente, hasta que la puerta se cerró tras el paso de ella.

CAPÍTULO 11

Freddie alzó la vista de la hoja de puntuaciones y miró a los ojos al duque.

"Me temo que ha perdido… otra vez. Pero esta vez ha sido por menos, su Excelencia".

"Creo que cuenta mentiras para que no me sienta tan mal".

La broma que él le hizo a ella la hizo reír de manera sorprendida. "Bueno, quizás un poquito".

"Es usted muy buena jugadora".

"Gracias". Ella le miró evaluativamente. No parecía estar preocupado porque ella le hubiera dado una paliza soberana en los tres partidos.

"¿Qué sucede?", preguntó él.

"No creo que usted sienta mucho placer por este juego".

Los labios de él se curvaron en lo que Freddie había empezado a considerar una de sus *casi sonrisas*, la expresión tan leve que una persona podría no verla si no observaba de cerca. "Los juegos de cartas no son algo para los que yo disponga tiempo a menudo", reconoció él de manera diplomática. "La verdad es que la última vez en que jugué al piquet fue con su hermano… cuando estábamos en la universidad".

"¿No va a clubes de apuestas?"

"No a menudo. Y cuando voy, no es al piquet a lo que juego".

"¿Prefiere jugar al ajedrez?"

"¿Creerá que soy un tipo terriblemente aburrido si le confieso que tampoco me gusta mucho el ajedrez?"

Freddie no pudo evitar reír. "No creo que jugar al ajedrez se considera generalmente algo emocionante, su Excelencia. ¿Qué le gusta hacer en su tiempo libre?"

"Disfruto con actividades más físicas".

¿Por qué una afirmación tan inocua le hacía sentir humedad en la boca? ¿Y sus ojos se habían vuelto una tonalidad gris más oscura y humeante que hace un momento?

Freddie carraspeó de manera deliberada, liberando su garganta de la obstrucción que había venido de la nada y le dijo: "¿Entiendo que se refiere a ir de caza?"

"Me gusta la caza, pero también me gusta montar por placer, como hoy, o con intenciones prácticas, como inspeccionar mis propiedades. ¿Y usted, Winifred? Aparte de darles palizas a los hombres al piquet, ¿qué actividades de ocio le gustan?"

"Leo mucho, y tengo suerte de que mi casa esté a una distancia cercana de Hyde Park. Disfruto de toda clase de juegos, incluso juegos tontos de salón como Especulación o Charadas. Aunque reconozco cierta parcialidad por los juegos de cartas".

"Y sin embargo rara vez acude a las salas de cartas en los bailes".

"Me asombra. Nunca habría adivinado que usted se fijara en mis acciones en eventos de alta sociedad, su Excelencia".

"¿De veras?"

"Sí, me sorprende".

"*Tsk, tsk.*" Bajó la voz. "Cuenta mentirijillas otra vez, Winifred. Sabe que la he estado viendo esta Temporada pasada porque me ha visto haciéndolo".

Freddie solo podía mirarle a los ojos unos cuantos segundos antes de bajar la mirada a las cartas todavía repartidas encima de la mesa. Contenta de tener algo que hacer, empezó a reunirlas en un montoncito ordenado, esperando desesperadamente que él no se fijara en el leve temblor de sus dedos.

Pero entonces, su mano, grande y cálida, descansó encima de las dos manos de ella, sus dedos cerrándose ligeramente, calmando suavemente los movimientos de las manos de ella.

¿Su boca se había inundado un momento antes? Porque ahora su garganta se sentía como si se acabara de tragar un pedazo de tiza.

No la tenía agarrada con fuerza y Freddie podría haber retirado las manos con facilidad. Y sin embargo… no lo hizo. En vez de eso, disfrutó con el raro placer del contacto de piel con piel. Tocaba a otras personas con tanta infrecuencia que estaba de repente hambrienta por hacerlo. Abrazaba a sus amigos, claro, pero habían pasado años y años desde que hubiera sentido el tacto de un hombre. Y más todavía desde que lo hubiera querido. No desde los primeros días de su matrimonio, cuando ingenuamente había creído la promesa de su marido apuesto, encantador y mundano de querer, amar y protegerla.

"Winifred. Míreme".

Ella se sintió indeseosa de mirar sus ojos fríos cuando estaba tan alterada. "No".

Una risa suave sonó y él trenzó los dedos con los de la mano derecha de ella y se puso en pie. "Acérquese".

Ella se puso en pie, todavía incapaz de mirarle a la cara, sus ojos a solo centímetros de su corbatín perfectamente anudado. El olor agradable de almidón, colonia y un leve olor a oporto le vino a la nariz.

La yema cálida de un dedo alzó su mentón, hasta que no pudo evitar mirarle a los ojos.

En la mirada de él ardían el calor y el deseo. Alguna parte pequeña del cerebro de ella, todavía capaz de pensamiento racional, señaló que esto era una verdadera señal de lo que él sentía, no la indiferencia distante que había exhibido ante ella esa mañana cuando ella había rechazado su interés en el matrimonio.

Él pasó ligeramente un pulgar por el labio inferior de ella, sus ojos sin dejar de mirar los de ella. "La encuentro irresistible". Su voz era más baja ahora y no tan suave como siempre, un tono levemente asombrado en su declaración, como si no pudiera creer lo que estaba diciendo. "Sé que no lanza señuelos; sin embargo, su mera existencia es una llamada de sirena". La mirada de él bajó a sus labios. "La he resistido todo lo más que puedo". Eso fue todo el aviso que ella tuvo antes de que su boca se bajara encima de la de ella.

Las manos de ella, que habían colgado inertes a sus costados cuando se puso en pie, no perdieron el tiempo en deslizarse por la lana lisa de su abrigo ceñido y trenzarse en torno a su cuello.

Él emitió un ronroneo aprobatorio ante la aceptación deseosa de ella y se acercó más, una mano tomándola por la nuca mientras la otra se deslizó hacia la zona lumbar de ella, atrayendo su cuerpo contra el de él, sus pechos aplastados contra el torso de él, su excitación una cordillera larga y dura contra su vientre.

Había pasado tanto tiempo desde que ella besara a un hombre, que Freddie se sintió momentáneamente sin saber, explorándole con las manos, pero cediendo el control del beso de ellos a las administraciones expertas de él. Sin conformarse con solo su boca, Plimpton dejó un rastro de besos ligeros como mariposas de su mejilla hasta su sien, donde su nariz le hurgó suavemente en el cabello. Su pecho se expandió contra el de ella mientras inhalaba, llenando los pulmones hasta que seguramente irían a explotar.

Él exhaló un gruñido bajo con el aire. "Usted huele y se siente todo lo deliciosa que parece". Calor y hambre insuflaban sus palabras y Freddie no habría creído que la voz pertenecía al Duque de Plimpton si no hubiera tenido en ese momento sus brazos alrededor de ella y sus labios en su piel.

Cuando él le mordisqueó la mandíbula, Freddie ladeó la cabeza de manera que él pudiera alcanzar su cuello, tiritando mientras él exploraba la parte inferior de su barbilla, un lugar que ella no hubiera creído tan sensible hasta ese momento.

Él acarició su espalda, hasta que su mano estaba firmemente tomando una de sus nalgas. Freddie se estremeció cuando uno de sus dedos rozó accidentalmente la hendidura de ella. Pero entonces se acomodó en ese lugar, como si le perteneciese estar allí, y ella supo que no había sido accidental.

Envalentonada por la exploración atrevida de él, ella hizo unas investigaciones por su propia cuenta. El cuerpo bajo la prenda exquisitamente hecha era cálido y duro y divinamente musculoso. En privado se alegró de que su Excelencia disfrutara más con actividades físicas y no el piquet.

Freddie usó ambas manos para aprenderse la forma de sus hombros anchos y espalda fuerte, siguiendo la línea tersa de su cuerpo hasta su cintura estrecha. Titubeó solo un segundo antes de permitir que sus manos vagasen más abajo y tomar en las palmas sus nalgas duras como una roca.

El cuerpo de él tembló y ella congeló las manos. Cuando levantó los ojos a los de él, vio debido a su expresión divertida, que era risa silenciosa lo que ella había sentido.

"Pícara Winifred", susurró él aprobándola, acariciando la curva de la espalda de ella, siguiendo los nudos de su columna con una mano mientras la otra se cerraba ligeramente en torno a su garganta en un gesto posesivo que debería haber sentido como amenazador, pero que le hizo temblar de deseo.

Ella se mordió el labio inferior, ahogando un jadeo de placer cuando él tomó un pecho de ella, su pulgar rodeando indolentemente el pezón mientras sus labios regresaron a su boca, su lengua hundiéndose profundamente mientras sus manos y dedos hábiles inundaban el cuerpo de ella con sensaciones. La presión creció en ella, una necesidad dolorosa y hueca que necesitaba ser llenada, y Freddie movió las caderas contra él en una exigencia sin palabras.

Y de la manera tan repentina en que habían empezado los besos y las caricias, se detuvieron.

Freddie parpadeó mirando a ojos que eran dos pozos negros. Sus labios ya no eran una raja severa, sino que eran rosados y mojados, y levemente hinchados, suavizando sus rasgos austeros.

Solo cuando sus dos manos se cerraron ligeramente alrededor de su cintura, Freddie se dio cuenta de que sus dedos seguían agarrándole por las nalgas, como si quisiera mantenerle cerca.

Ella apartó las manos como si él la hubiera quemado y se habría retirado, pero los dedos de él se apretaron en su cintura.

"No." Sacudió la cabeza levemente. "No huya, Winifred".

"Fue usted quien…" Dejó de hablar, indeseosa de decir el resto de las palabras mortificantes y recriminatorias.

"No dejé de besarla porque quisiera. Lo hice para darle una oportunidad para considerar lo que viene después".

Las palabras sosegadas de él la irritaron y ella le replicó: "¿*Yo*? ¿Y usted? ¿O es que no necesita tiempo para considerar?"

"No. Yo ya sé lo que quiero. Lo he sabido desde hace tiempo ya". No hizo una mueca ni alardeó, solo la observó con la mirada relajada y segura de un depredador considerando su próxima comida, sus pulgares ligera y abstraídamente acariciando la carne sensible de su abdomen por encima de la fina muselina de su vestido.

¿Qué le pasaba a ella que podía encontrarle excitante y enfurecedor al mismo tiempo?

"¿Dígame lo que quiere, Winifred?"

"Era verdad lo que dije esta mañana, su Excelencia. No deseo casarme".

Él remetió un mechón suelto de su cabello tras la oreja y luego tomó la mandíbula de ella en la palma de la mano, el gesto haciéndola sentirse atesorada, aunque no tenía idea de por qué. "Lo sé", dijo él, luego besándola ligeramente.

La aceptación callada de él la dejó confusa. "¿Entonces… qué quiere decir esto?"

"¿Qué le gustaría que significara?"

Freddie resopló con exasperación. "¿Qué le gustaría a usted que significase?"

"Me gustaría que significara que usted subirá a mi alcoba y pase la mayor parte de la noche disfrutando de nuestros deseos mutuos", dijo él sin titubear, besándola de nuevo para puntualizar sus palabras chocantes.

Sus palabras chocantes y *atractivas*, corrigió ella.

Mientras ella le miraba estupefacta y con la boca abierta, él masajeó suavemente su cintura, sus ojos repasándola de manera abiertamente hambrienta que hizo que ella sintiera más de esas pulsiones eróticas que desbordaban su pensamiento racional.

Pero, ¿por qué tenía que ser racional? Él sabía que ella no quería el matrimonio, lo cual dejaba solo otra posibilidad. Ella sabía que él había tomado viudas de alta sociedad como amantes. ¿Por qué tenía que ser ella tratada de manera diferente? Y él era quien hizo la sugerencia, así que…

Se le ha olvidado convenientemente que es un caballero ahora mismo, pero ¿qué dirá después de que hayáis consumado vuestra pasión? Entonces es cuando la culpa inundará sus pensamientos. Entonces es cuando se acordará de que tu hermano es su mejor amigo. Entonces es cuando él decidirá que para salvar tu honor, te debes casar.

Las manos de él se apartaron de la cintura de ella y sus ojos volaron a su rostro; su expresión era tan suave que apenas reconocía al arrogante y distante Duque de Plimpton.

"¿Qué ocurre?", preguntó ella, perpleja por el cambio repentino.

Él sacudió la cabeza ligeramente, pasó el dorso de los dedos por su mandíbula, sus ojos oscuros y misteriosos. "Se siente conflictiva. Ha de tener todo el tiempo que necesite para decidirse, para no arrepentirse de nada más tarde. La deseo. Mi mente está decidida y no voy a cambiar de parecer. Acuda a mis habitaciones si la suya cambia". Y entonces se inclinó ante ella y salió de la habitación sin

otra palabra o mirada, dejando a Freddie allí parada, macerándose en su propia indecisión.

CAPÍTULO 12

Plimpton se sintió decepcionado, pero no particularmente sorprendido cuando Winifred no llamó a su puerta esa noche. Ese beso en la biblioteca solo había sido su salva inicial. Se acababa el tiempo, así que hoy lanzaría una ofensiva completa.

Después de lavarse, vestirse y contestar algo de las interminables cartas que recibía cada día, Plimpton le hizo una visita a Wareham a sus aposentos.

Winifred estaba sentada con su hermano, los dos hablando, pero Wareham dejó de hablar y dijo: "¡Pasa! ¡Pasa!" cuando Plimpton titubeó en la entrada de la habitación.

"Te has ido a montar tarde esta mañana", dijo Wareham cuando Winifred empezó a ponerse a hacer cosas por la habitación, negándose a mirar a Plimpton a los ojos.

"Llovía bastante cuando desperté, así que me vi obligado a mirar algo del correo que me enviaron aquí". Miró por la ventana, que se alegró al ver que Winifred había abierto, permitiendo un poco de aire fresco en la habitación. "Parece como que las nubes se han abierto, al menos durante un rato, así que se me ha ocurrido salir ahora. ¿Le gustaría ir conmigo, milady?"

"Sí", contestó Wareham por su hermana. "Lleva aquí desde el amanecer entreteniéndome. Necesita ejercicio y aire fresco".

Winifred miró por la ventana y luego al corbatín de Plimpton. A cualquier lado menos a su rostro, de hecho. "¿Cree que este sol durará?"

"Goodrich está seguro de que disponemos de por lo menos tres horas antes de que se abran los cielos otra vez".

"Solo *ve*, Winny".

Winifred miró a su hermano con exasperación. "Bien. Iré, entonces", dijo ella, todavía sin mirarle a la cara. "Estaré preparada en media hora".

"Estaré en los establos", dijo él, abriéndole la puerta. Apenas la había cerrado cuando Wareham empezó a alardear.

"Le gustas, Plimpton, me doy cuenta por lo nerviosa que se pone en tu presencia. ¡Astuto encantador que eres!"

Plimpton cerró los labios y sacudió la cabeza ante el comportamiento juvenil del otro. "Cuidado con esa sonrisa, Wareham. Si se hace mucho más grande, tu cabeza puede partirse en dos. Diría que se te podrían caer los sesos, pero dudo que haya gran cosa allí dentro".

Wareham ignoró de buen humor su insulto. "Creo que todas estas esperanzas que siento son lo que me están curando. Ahora, dime, ¿cómo lo llevas con mi hermana? Ella dijo que jugaron al piquet anoche".

De manera no sorprendente, a Plimpton se le habían olvidado las cartas, el recuerdo borrado por el agradable interludio que pasó después. "Yo no diría que lo que pasó en la biblioteca fue un juego. Más bien una carnicería sería una descripción mejor".

"Es condenadamente buena". Una sonrisa astuta le retorció los labios. "¿Has jugado con ella al ajedrez todavía?"

"No, pero me temo que eso será lo siguiente. Estoy seguro de que podrás escuchar los aullidos de dolor en tus habitaciones cuando lo hagamos".

Wareham rio. "Puede que seas un tipo estúpido cuando se trata de cartas y juegos, pero luces muy bien a caballo".

"Gracias", dijo Plimpton apenado cuando se puso en pie. "Me voy a ir un poco temprano y echar un vistazo a lo que tienes para ver lo que le iría bien".

"¿A quién montó antes?"

"Velvet".

Wareham emitió un gemido.

"¿Alguna sugerencia?", preguntó Plimpton, colocándose los guantes y tomando su fusta.

"Mischief el travieso".

"¿Perdón?" Se sintió momentáneamente despistado, preguntándose si el otro hombre de alguna manera había sabido lo del beso de anoche.

"Mischief es un caballo travieso", explicó Wareham.

"Ah".

"Deberías pedirle a Goodrich que os prepare un cesto de picnic", sugirió Wareham solicito mientras Plimpton abría la puerta. "Llévate a Winny al lago y pasa la tarde".

"Consideraré tus sugerencias", dijo él cerrando la puerta.

"Si llueve podéis cobijaros en el gazebo en Frog Island", gritó Wareham.

Plimpton no pudo evitar reír. "Por lo visto, hacer de celestina es algo de tu familia".

"No olvides que puedes usar el…"

Plimpton cerró la puerta y se perdió lo demás que había dicho su amigo. Aunque Wareham no había salido y rogado a Plimpton que sedujese a su hermana bajo su propio techo, estaba claro que eso es lo que estaba esperando que sucediera. El otro hombre se aferraba firmemente a la creencia de que una seducción llevaría a un matrimonio.

Plimpton se sentiría muy satisfecho con ese resultado, pero no pasaba por alto la resistencia de Winifred a volver a casarse como creía su hermano.

Ella estaba interesada en Plimpton sexualmente, pero estaba lejos de fiarse de él.

Plimpton la deseaba. Mucho. Pero era un hombre paciente. Lo último que quería hacer era asustarla comportándose como un Lothario de mediana edad. Aunque no había conocido muy bien a Sedgewick, sus canalladas disolutas, apuestas y genio malvado

habían sido legendarios. Era comprensible que ella tuviera miedo a los hombres.

Él podía esperar a satisfacer sus apetitos carnales y disfrutaría conociéndola mejor en el interín. Desde luego, anticipaba saborear una prolongada seducción. Fuese esta noche, o si tardara dos meses, o incluso dos años, Plimpton confiaba en que ella vendría a él.

No era arrogancia lo que le hacía creer eso. Era el hecho de que nunca jamás paraba hasta lograr lo que quería.

Y esa obcecación y propósito te sirvió muy bien con Cecily…

Winifred no era Cecily. Aparte de su belleza, no tenían apenas nada en común.

Cecily había parecido dorada y cálida, su pelo del color de una moneda de oro recién acuñada y sus ojos de color azul como un huevo de petirrojo. Pero esa calidez había sido una ilusión. El colorido de Winifred, por otro lado, parecía frío e intocable, pero desmentía una naturaleza cálida, leal y cariñosa.

Le molestaba lo a menudo que asociaba a Winifred con Cecily, solo porque las dos mujeres habían sido hermosas. Eran personas completamente diferentes, y él quería divorciar a las dos mujeres en sus pensamientos. De manera permanente.

Plimpton no era totalmente inocente cuando se trataba de su matrimonio desastroso. Había sido un insensato egoísta cuando ellos se habían casado, y realmente no había sido culpa de Cecily el no quererle nunca.

Aunque si la culpaba por no haber querido a su hija y nunca la perdonaría por retener su afecto de Rebecca. A lo largo de los años había visto a Cecily rechazar el amor de Rebecca una y otra vez. Llegó a odiarla por eso, y ese odio le había asustado. Porque habría sido demasiado fácil castigar a Cecily por lo que le hizo a su único hijo, usar su poder como marido de ella para hacerla sufrir por su falta de bondad.

Siempre que él se había sentido en peligro de ceder a esos deseos, había huido como un cobarde a Londres, confiando en la distancia como lo único que le impediría buscar venganza.

Plimpton se sacudió los pensamientos indeseados de su mujer fallecida. Esta sería la última vez en que él permitiría que pensamientos de ella contaminasen lo que él estaba intentando construir con Winifred.

***

Winifred llevaba un traje de amazona diferente hoy, este de color azul hielo con bordes negros y una gran pluma de avestruz agraciando un pequeño sombrerito.

La mirada de ella se fue de inmediato al cesto que el mozo de cuadras había fijado a la silla de Plimpton. "¿Un picnic?"

"Vamos a perdernos el almuerzo, así que me pareció que esto puede frenar nuestro hambre". Al menos el hambre de la comida.

Ella miró el cielo. "Pero, ¿y si llueve?"

"Buscaremos cobijo".

El mozo guio su caballo fuera del establo y los ojos de Winifred brillaron de placer. "Qué criatura más hermosa". Extendió la mano para que el animal la inspeccionara.

Plimpton se había preguntado brevemente si el caballo era demasiado vivo cuando el mozo le había llevado al establo donde el caballo había estado comiendo paja felizmente. En cuanto vio al animal, recordó que Wareham lo había montado la última vez en que Plimpton había visitado. Su amigo había estado muy ocupado con el caballo fresco.

Se tenía que haber dado cuenta de que no podía dudar de las habilidades de Winifred. Ella era una jinete mucho mejor que su hermano, su cuerpo flexible moviéndose al unísono con el caballo brioso.

Una vez que la frescura inicial de su caballo ya no ocupaba toda su atención, el silencio entre ellos se volvió incómodo. Una mancha

rosada bonita coloreó la mejilla de ella; le indicó a él que ella sentía la incomodidad.

"Debería disculparme por las libertades que me tomé en la biblioteca anoche", dijo él, una vez que disfrutó de los rubores de ella mucho más de lo que tenía que haber hecho.

Ella giró la cabeza hacia él, y le miró con los ojos estrechados, indicando que estaba bastante disgustada.

Plimpton sentía ganas de reír. En vez de hacerlo, le dijo: "Aunque debería disculparme, sería deshonesto decir que me arrepiento, Winifred. Disfruté besándola. Y lo haría de nuevo si se presenta la ocasión".

***

El corazón de Freddie se aceleró ante el breve pero intenso destello de deseo que calentó la mirada gris de él.

Cálmate. Estás comportándote como una colegiala con su primera infatuación.

El pensamiento era afilado y astringente.

También era correcto.

¿Se habían casado anoche?

Sí.

¿Acababa él de amenazar que lo volvería a hacer si tenía la oportunidad?

También, sí.

¿Corría el peligro de emitir risitas como una colegiala ante un coqueteo tan leve?

Sorprendentemente, la respuesta a eso también era un sí. Por lo menos lo sería si ella no controlaba sus emociones alborotadas.

Freddie *nunca* soltaba risitas. Ni siquiera cuando era niña. Y sin embargo, una risita amenazaba salir de ella, aunque era una viuda desde hace ocho años.

Una viuda que había estado demasiado asustada y marcada después de un matrimonio desastroso como para tener un amante.

Ese pensamiento mató el impulso de soltar una risita.

Gracias a Sedgewick, su vida durante años había sido un páramo carente de pasión, una existencia dedicada a encontrar parejas matrimoniales para otras mujeres. Maridos, pero no necesariamente amantes, porque las mujeres de su clase no anhelaban cosas tan tabú en el matrimonio.

Excepto que Freddie, sí anhelaba pasión e intimidad y lo había estado haciendo desde hacía algún tiempo. Le había llevado tres o cuatro años de distancia de su matrimonio traumático para poder reconocer que Sedgewick, quien ya había destruido tanto de su vida, también le robaría a Freddie su propia sensualidad si ella lo permitiese. Y por lo tanto, había reconocido a sí misma que tenía necesidades físicas y no le pasaba nada malo por querer pasión en su vida.

Ella se había sentido fuertemente tentada en varias ocasiones de dejarse llevar por esas necesidades, especialmente cuando conoció a su amigo Miles, el Conde de Avington. Hace ocho años, Miles había sido un hijo joven sin perspectivas y tan pobre y desesperado buscando trabajo como Freddie y todas sus otras amistades.

Miles, también daba la casualidad de que era el hombre más bello que hubiera visto. No solo era físicamente perfecto, sino que era una persona encantadora, además.

Se habían besado, solo una vez, pero en lugar de avivar el deseo en ella, el breve experimento lo había apagado. Porque besar a Miles era repugnantemente parecido a besar a su propio hermano. Nunca se lo había dicho, por supuesto, pero había hecho que la decisión de no buscar una relación con él fuese muy sencilla de tomar.

Ahora bien, besar al duque, por otro lado, le hacía arder la sangre.

Solo imagínate lo que sería acostarse con él…

Oh, lo había hecho. Durante horas anoche se había preguntado eso. Dos veces, se había levantado de la cama, puesto la bata, y caminado hacia la puerta de su dormitorio.

Dos veces se había quedado parada mirando la oscuridad, su respiración entrecortada, el corazón martilleando.

Y dos veces había regresado a su cama.

"¿Tomamos el otro sendero, el que va hacia el lago?", preguntó él, su pregunta interrumpiendo las imaginaciones de ella cada vez más ardientes.

"Si gusta", dijo ella, agradecida porque no podía escuchar sus pensamientos.

El camino se estrechaba poco después de la bifurcación y se libró de tener que hacer conversación amable. En vez de eso, podía admirar abiertamente sus hombros anchos, cintura estrecha, y porte excelente, sin que nadie se diera cuenta.

Tenías que haber acudido a él anoche.

Sí, tenía que haberlo hecho

Deberías ir a verle esta noche.

Sí, debería hacerlo.

¿Pero lo *haría*?

Freddie, sinceramente, no lo sabía.

Salieron de la arboleda adentrándose en la claridad y el lago; era demasiado grande como para ser un estanque; se mostraba ante ellos, brillando como un zafiro bajo el cielo veraniego. Su color azul llamativo no solo era un reflejo del cielo, sino que era el resultado de la piedra caliza de Devonshire que formaba el subsuelo. La piedra era de un color topo distintivo con vetas no direccionales y no solo mantenía el agua clara y fresca, sino que también contribuía a que hubiera una preciosa sección de playa arenosa, que es donde su tatarabuelo había construido la casa de barcas.

La casa de barcas no hacía justicia a la estructura liviana y elegante que descansaba por encima del agua. Tenía una pequeña dársena tallada en la misma piedra caliza que formaba el lago, haciendo que la casa pareciese como si hubiera surgido de la tierra.

"¿Nos detenemos aquí?" El duque miró el cielo, que directamente por encima de ellos seguía azul, aunque las nubes no estaban lejos. "Si tiene hambre, podemos ver qué nos ha preparado la cocinera".

"Aún no tengo hambre, pero no me importaría echar un vistazo a los alrededores".

El duque se bajó de su silla de manera grácil y se acercó para ayudar a Freddie a bajarse de su montura.

Ella, de manera desvergonzada y atrevida, había esperado que él aprovechase la oportunidad de tenerla en brazos un poco más cerca y más tiempo de lo apropiado y que usase su cuerpo para ayudarla a bajar.

Se llevó una decepción; él se comportó como un perfecto caballero.

Mientras el duque aflojaba las cinchas de los caballos y los soltó para que pastasen, Freddie examinó la caseta de barcas, alegrándose de ver que estaba soportando el paso del tiempo sin desperfectos visibles.

La casita, que es lo que era, parecía algo hecho por hadas. Su abuelo la había construido para su esposa como regalo de bodas. La suya había sido una de las grandes historias de amor de su tiempo. Freddie nunca les conoció porque habían muerto mucho antes de que ella naciera, su abuelo primero y su abuela poco más tarde, del corazón partido.

"Han pasado años desde que viniera aquí", dijo el duque acercándose a ella. "Wareham organizaba fiestas aquí todos los veranos".

"Las recuerdo claramente". Habían sido mágicas. Al menos las primeras.

Ella recordaba a Plimpton, claro que sí, ¿cómo podría olvidarle nadie? Él había sido serio y reservado incluso en aquel entonces; una especie de distanciamiento le rodeaba. Freddie no sabía a qué

edad había accedido al ducado, pero seguro que había sido entrenado desde la cuna para ese cargo.

Al igual que todos los otros chicos que habían venido durante esos veranos de hace tanto tiempo, él había tratado a la hermanita de Wareham, que era traviesa, con tolerancia. Y Freddie había sido traviesa, siguiendo a Wareham y sus amigos siempre que podía escapar del cuarto de los niños, queriendo participar en lo que fuera que hacían ellos. Ella había llorado más de una vez cuando Wareham la había mandado directamente de vuelta al cuarto de los niños.

Alguno de los chicos le había gastado bromas, pero nunca Plimpton. Ciertamente, ella no recordaba haber intercambiado ni una palabra con él.

Él bajó la vista, mirándola a los ojos. "Tu nodriza te trajo aquí una vez; eras pequeña, no tenías más de unos cinco o seis años, porque estaba aterrada de que te pudieras escapar y venir aquí sola y ahogarte. Se negó a irse hasta que Wareham estuviera de acuerdo en enseñarte a nadar".

Recuerdos de hace mucho tiempo acudieron a ella, como viajeros que regresaban de una tierra distante y olvidada.

Freddie asintió. "Sí, lo recuerdo ahora. Nanny me dijo que si aprendía, me permitirían venir a la siguiente fiesta. Así que Wareham me enseñó a nadar. Fue después de que se marchara Piers", agregó ella, sacudiéndose la pena. "Dijo que Wareham daba fiestas aquí; ¿ya no las dá?"

"Dejó de hacerlo poco después de que usted se casara".

Al recordarlo, le sorprendió que Sophia hubiera tolerado las fiestas de playa de Wareham tanto como lo había hecho. Sophia había sido una enemiga de cosas divertidas de cualquier tipo, y había odiado especialmente la casita de barcas y la playa, quejándose de que los dormitorios eran demasiado pequeños y que tenían humedades, y odiando que la gente llenara los suelos de arena de la casita. Nunca participó o Freddie nunca lo recordó y le habría molestado que Dicky disfrutara con una actividad que ella consideraba juvenil.

Freddie apartó de su memoria el espectro indeseado de su cuñada y pensó en esas fiestas de playa de antaño. Se le escapó una risa. "Wareham era tan competitivo en esa carrera de barcas tonta y hacía un mohín cuando perdía".

"Lo que pasaba cada vez que yo competía".

Freddie se burló de las palabras del duque. "Usted solo ganaba porque a mí no me dejaban competir. El *Little Bird* era el barco más veloz en el agua". Sophia había obligado a Freddie a que dejara de participar cuando cumplió los trece años porque desaprobaba el traje de baño de Freddie, un diseño recatado que había creado su bisabuela.

El duque la miró, subiendo una ceja, su mirada especulativa. "Creo recordar oír que usted ganó un año. Un año en que yo no participé", señaló él de manera innecesaria.

La competición había exigido no solo remar, algo que Freddie nunca habría podido ganar contra la fuerza superior de los muchachos, sino el tiro al arco, algo en lo que ella era buena, o lo había sido.

"¿Le apetece una carrera?", preguntó el duque.

Freddie rio. "Gracias, pero no. No solo llevo una década y media sin remar un bote, sino que no he tomado un arco durante ese mismo tiempo".

"Si es demasiado cobarde para aceptar mi desafío, entonces, ¿me permitiría pasearla en barca en torno a la Isla de las Ranas, como recuerdo de antaño?"

A Freddie se le había olvidado el nombre tonto. La isla a la que él se refería estaba justo en el centro del lago y la palabra isla era demasiado grandiosa para esa pequeña mancha de tierra. A Wareham se le había ocurrido ese nombre porque había una gran comunidad de ranas que vivían en un estanque allí, que a lo largo del tiempo había formado una zona de ciénaga.

"Me gustaría ir a la isla", reconoció ella, aunque la nostalgia amenazaba con invadirla. Freddie y Wareham habían pasado ratos

tan felices aquí. Incluso recordaba algunas tardes soleadas con Piers cuando ella no tendría más de unos cuatro años.

Y una mañana mágica en que te trajo aquí para ver los cisnes…

Freddie miró a su alrededor. "Antes había cisnes".

El duque arrugó la frente. "Creo que sí".

Hoy ella no vio ninguno.

"Me pregunto si todavía quedan barcas si Wareham ya no usa este lugar", dijo ella.

"Solo hay una manera de saberlo".

Freddie siguió al duque subiendo los dos peldaños de piedra caliza que llevaban a la dársena. La puerta de madera desvencijada se abrió con un ruido que indicaba que no se habían engrasado las bisagras últimamente.

"¡Mire! ¡Ahí está el *Little Bird!* Exclamó Freddie. "Parece como que le han dado una mano de pintura nueva". Freddie pasó la mano por la proa lista de color azul celeste.

"¿Qué significado tiene ese nombre de *Little Bird?",* preguntó el duque mirando del nombre en la barca lindamente dibujado a Freddie.

"Usted… ¿No conocía a mi hermano Piers?"

"Sí, aunque no mucho".

Freddie no podía ver en su mirada lo que él pensaba del otro hombre. "Piers es el único que me llama Pajarito. En casa había una jaula con pinzones. Por lo visto, a mi madre le gustaba y siempre tenía una pareja, y a mí me molestaba mucho verles viviendo dentro de la casa cuando, para mi mente de tres años, quedaba claro que los pájaros tenían que estar afuera. De cualquier manera, solté a los pájaros un día y me estaban regañando cuando Piers intervino defendiéndome". Freddie sonrió ante el recuerdo, que sin duda había sido agrandado y coloreado con el paso del tiempo, de la manera que a ella le gustaba imaginar; Piers, su valiente protector acudiendo a su rescate. Con desgana dejó atrás el recuerdo. "El

Little Bird se construyó para mí, así que es demasiado pequeño para los dos".

Él señaló a las dos barcas que había además. "Elija".

Creo que me gustaría la *Island Hopper*."

"Muy bien. ¿Nos llevamos la comida, o la dejamos aquí en el fresco hasta que regresemos?"

"Dejémosla aquí. Será su premio por remar duro cuando regresemos".

"Ah, entiendo. He de ser su esclavo de galeras".

"Eso será una experiencia novel y educativa para usted, estoy segura".

Él se limitó a gruñir y se alejó en busca del cesto.

Una vez que él hubiera guardado el cesto en un lugar fresco, los dos empujaron a la barca para que bajara del muelle al agua.

El duque la ayudó a subir, y Freddie eligió el asiento en la proa. Sintió una punzada de culpabilidad cuando él deslizó los remos en sus sitios y apartó la barca del muro de piedra. "No me importaría compartir la tarea".

"Yo nunca me desdigo de mi palabra. Relájese y yo remo".

Freddie observó la manera lisa y poderosa de remar de él durante unos momentos y luego dijo: "Lo hace muy bien".

"Empecé a remar en Eton y seguí cuando estuve en la universidad. Mi hermano y yo a veces hemos remado en el Severn, pero han pasado varios años desde la última vez". Hizo una pausa y luego agregó: "Solo ahora me doy cuenta de lo mucho que lo he echado de menos".

Una vez que estaban más lejos en el agua, ella podía ver la casa de barcas con más claridad, sus muchas ventanas que daban al este brillando en el sol. Aunque Wareham lo mantenía en buen estado, Freddie pensaba que el edificio parecía solitario.

"It is a shame that nobody uses the boats or cottage anymore," she said.

"Estoy de acuerdo. Siempre le he tenido envidia a su hermano por su casa de barcas".

"¿No tiene ni una en sus siete propiedades?", bromeó ella. "Debe corregir ese despiste".

Los ojos de él brillaban con humor. "Tendré que corregir a Honoria, quien supongo que es su informante, en que tengo ocho propiedades".

"Ocho propiedades", repitió ella, sacudiendo la cabeza con asombro. "¿Las visita cada año?" Freddie se sentía fascinada por la idea de poseer ocho casas. Sedgewick había perdido todas sus propiedades menos la casa solariega para cuando ellos se casaron y Wareham tenía tres: esta propiedad, la casa en Londres y una propiedad modesta que había pertenecido a su madre, pero ella sospechaba que las ocho de Plimpton eran mucho más grandiosas.

"La mayoría de los años lo hago, pero nunca me quedo mucho tiempo en tres de ellas, ya que solo tienen unos pocos empleados y mi presencia les coloca en una situación demasiado incómoda".

"Eso es muy considerado por su parte".

Él levantó una ceja mirándola.

"No me burlo de usted. Lo digo en serio". Freddie dejó que una mano cayera por el borde de la barca, arrastrando un dedo por el agua. "Debe ser responsable por una gran cantidad de personas".

"A veces lo siento así".

"¿Solo a veces?"

Él remó un rato antes de contestar. "Al igual que cualquier otra persona, tengo días buenos y días malos".

"¿Cuándo es un día bueno?"

Él remó un poco, la barca deslizándose en silencio, y luego dijo: "Un día bueno es cualquier día en que no haya ninguna calamidad".

"¿Calamidad?"

"Que no haya heladas que matan las cosechas, que no haya inquilinos cayéndose de escaleras y partiéndose las piernas, que no

haya fugas nuevas en el tejado de Whitcome". Se encogió de hombros. "Esos son los días buenos".

"¿Y qué constituye un día malo, si no le importa que lo pregunte? Aparte de las cosas que acaba de enumerar, claro".

De nuevo, sopesó la pregunta de ella. Él era un hombre de precisión que pensaba antes de hablar, y su discurso escueto reflejaba eso. Al igual que sucedía con Freddie, el coqueteo y las ocurrencias no le eran fáciles.

"El año pasado hubo un incendio en una de las granjas de mis inquilinos. Antes de que pudiéramos extinguirlo, destrozó no solo su granero, y su lugar de trillar y los otros edificios, sino que también destrozó su hogar".

"¿Y su familia?"

El duque sacudió la cabeza. "Él, su esposa y sus siete hijos se libraron sin daños, al menos no físicos, pero perder la casa de uno y todas sus pertenencias es…" Dejó de hablar y sacudió la cabeza. "Aunque les pude dar un nuevo hogar y otras necesidades, no pude restituir todo lo que habían perdido. Nadie podría hacerlo".

Ella se sintió emocionada porque él se tomara tan personalmente el dolor de sus inquilinos. No a todos los nobles les importaban sus gentes. Los granjeros inquilinos de Sedgewick habían vivido en casas destartaladas, pagando alquileres altos y apenas subsistían en tierras demasiado explotadas.

El duque hizo una pausa y descansó los remos antes de sacar su pañuelo y secar el sudor de su rostro. El día era caluroso y bochornoso cuando el sol atravesaba las nubes. Ella se sentía incómodamente caliente en su traje de amazona, y ella no era la persona remando.

"No me sentiré ofendida si se quita el abrigo, su Excelencia".

Él levantó la mirada de su pañuelo. "Gracias, creo que lo haré; hace bastante calor".

Freddie no podía apartar la vista mientras sus dedos largos y elegantes se desabrochaban la chaqueta. ¿Se había sentido calurosa

antes? Ahora, estaba sudando de verdad.

Ella miró desde debajo de sus pestañas cómo él movía sus hombros poderosos y se quitaba la prenda elegante, que se puso a hacer una bola y empujar en la borda a su lado.

Freddie extendió una mano. "Démela a mí. Yo se la guardaré".

Él le entregó la chaqueta arrugada. "Gracias".

"Fíjese en cómo la ha arrugado", regañó Freddie mientras tomaba la prenda por los hombros para darle una buena sacudida.

"Cuidado, hay un… ¡Maldición!", gritó el duque mientras algo de color dorado y brillante salió volando en el aire de la prenda.

Freddie se abalanzó para agarrar lo que fuera y se quedó sorprendida cuando su mano se cerró en torno a algo redondo y liso.

Desgraciadamente, el duque también se abalanzó al mismo tiempo.

Era como que se había detenido el tiempo mientras la barca daba la vuelta; más bien era un rodar suave, volcándola a ella y al duque dentro del lago.

CAPÍTULO 13

Plimpton sabía, incluso mientras estiraba el brazo para agarrar el medallón, que nunca llegaría a tiempo. Lo que no sabía era que Winifred también se abalanzaría para agarrarlo y el peso combinado de los dos no solo volcaría la barca, sino que haría que diera la vuelta por completo.

El agua era chocantemente fría, especialmente dado que ese día hacía tanto calor, y se quedó momentáneamente aturdido. Solo cuando escuchó salpicaduras y un ahogado: "¡Socorro!", recobró el sentido y se dio la vuelta en el agua.

No vio… nada.

"¿Winfred?", preguntó él. ¡Oh! ¿Se había hundido ella?

Otro grito amortiguado provino del casco de la barca, que estaba justo a su lado.

Plimpton metió la mano bajo el borde de la barca. "Si puede oírme, tome mi mano", le gritó él.

Al cabo de un momento, unos dedos finos y fríos le apretaron los de él. "¿Puede salir nadando?", preguntó él con la voz alta.

"Mis faldas me pesan demasiado. Me hundiré si suelto la regala".

"Suelte mi mano un momento y yo me meteré debajo con usted y los dos podremos salir juntos".

Hubo una leve pausa antes de que los dedos de ella se escurrieran. Plimpton respiró hondo y se metió bajo la superficie del agua, manteniendo una mano en el borde de la barca para guiarse.

Unos segundos más tarde, llegó a la superficie del agua bajo la luz crepuscular. "¿Winifred?"

"Aquí", dijo ella jadeando.

"¿Se ha hecho daño?"

"No, estoy bien".

"Agarre mi mano y a la de tres deje de moverse bajo el agua y déjeme guiarla para salir". Él estiró la mano, sus dedos topándose con algo duro y mojado, un hombro, quizás, y ella cerró la mano agarrando la de él.

"Respire hondo… uno, dos y *tres".*

Él dio una patada con fuerza para salirse de debajo de la barca y una luz brillante de sol atravesó el agua cristalina. Un momento más tarde su cabeza llegó a la superficie; la de Winifred, un segundo más tarde. Ella escupió agua y sacudió la cabeza, enviando gotas de agua como brillantes por el aire. Plimpton se secó el agua de los ojos, y cuando su visión se aclaró, él vio que ella mantenía una mano cerrada en un puño por encima del agua.

"¿Se ha hecho daño en el brazo?"

"No, tengo su medallón en la mano. Al menos creo que es un medallón".

Plimpton resopló con incredulidad. "Cielos. Eso ha sido asombroso. Y, sí, es un medallón".

"Teniendo en cuenta que yo soy la torpe que lo había enviado volando, parece solo justo que la agarrara al vuelo".

A pesar de la situación actual de ellos, pisando el agua en mangas de camisa en medio de un lago, se sentía divertido por la idea de que ella fuese una torpe.

"¿Puede nadar?", preguntó él, ya adivinando la respuesta.

"No con este peso de plomo alrededor de las piernas". Incluso en el agua fría, sus mejillas se sonrojaron ante la palabra poco digna de una dama de *piernas.*

"Quítese la falda y yo la llevo".

Los ojos de ella y su boca se pusieron redondos como una O.

"Si es demasiado difícil de quitar, yo puedo ayudarla a…"

"No, no, no es eso. Se desabrocha por la cintura, pero…"

"¿Pero qué? Quítesela y podemos nadar hasta la orilla".

"¿No podemos volcar la barca?"

Plimpton ya sabía que darle la vuelta a la barca no iba a ser posible, pero se daba cuenta de que ella no quería quitarse el traje y estaba dispuesta a discutir, así que…

"Puedo intentarlo", dijo él, mirando la mano de ella que descansaba en su brazo. "¿Está segura de que puede mantenerse a flote?"

"Durante un minuto o dos podría", dijo ella sin aliento.

Plimpton agarró los bordes de la barca y levantó. De manera poco sorprendente, él se hundió de inmediato.

"No es posible", dijo volviéndose a ella. "Me temo que vamos a tener que nadar".

Ella miró hacia la isla añorante.

"La isla está más cerca, pero no hay barca para llevarnos de vuelta. Si no quiere quitarse la falda, puede agarrarme por el cuello y dejarme que…"

"Me quitaré la falda". Ella empezó a retorcerse y subir y bajar contorsionándose en el agua.

Plimpton emitió una risa brusca y los ojos de ella se agrandaron. "Perdón, Winifred. No me reía de usted, sino de la situación".

"No pensé que se burlaba de mí. Solo me había quedado aturdida de que usted pueda reír".

Eso le hizo sonreír.

"¡*Y* puede sonreír!"

"Muy gracioso. Le sorprenderá más todavía cuando se entere de que mis dientes pueden castañetear".

"Oh, lo siento". Murmuró ella, aceptando su indirecta poco sutil y haciendo esfuerzos con una sola mano para quitarse la prenda. "Bueno, vaya. ¿Qué estoy pensando?", estiró una mano hacia él. "Tenga, agarre esto".

Plimpton tomó el medallón de la mano de ella. Sospechaba que ahora estaba arruinado, a pesar de los mejores esfuerzos de ella.

"¿Qué es?", preguntó ella, la voz jadeante y los brazos en movimiento bajo el agua.

"Un medallón".

Ella puso los ojos en blanco. "Ya había supuesto que era eso".

"Contiene una miniatura de mi hija que Honoria pintó para mí".

"¡Oh, no! Se arruinará. Siento tanto haber…"

"Realmente no fue culpa suya", dijo él. "Y si se ha arruinado, sospecho que puedo pedirle a Honoria a que me pinte otro. Es uno de los muchos beneficios que tiene tener una pintora en la familia. Ahora, déme su falda".

Ella se ruborizó mientras alzaba la tela empapada del agua. Plimpton la tomó, momentáneamente sorprendido por el peso de la prenda. "Cielo santo. Se la debe elogiar por pisar el agua durante tanto rato". Se colocó la falda alrededor de los hombros. "¿Está preparada?"

Ella asintió y los dos empezaron a nadar.

Sin impedimentos, ella era una excelente nadadora. Nadaron en silencio, el esfuerzo lentamente quemando el frío del agua y permitiéndole apreciar el humor de la situación.

Sí que sabes encantarle a una mujer para que se quite las faldas, Wyndham, le habría dicho su hermano Simon si pudiera verle ahora.

"¿Descansamos un momento?", preguntó él cuando llevaban medio camino nadando.

"Seguimos…"

Plimpton sonrió para sus adentros ante la tozudez de ella. Y luego reanudó su natación.

***

Freddie estaba completamente mortificada. Primero había lanzado una de las pertenencias más queridas de él al agua y luego lo había

volcado al agua a él.

Y ahora estaba medio desnuda.

Al menos es la parte inferior.

Un deseo totalmente inapropiado de reír, más de la histeria que del humor, amenazaba con escapar de sus labios firmemente cerrados. Ella miró la orilla a la que se estaban acercando rápidamente, con trepidación. Su miseria no se había acabado todavía; pronto tendría que hacer esfuerzos colocándose la falda en el agua y luego salir del lago con cada una de sus prendas de vestir pegadas al cuerpo como una segunda piel.

O quizás debería seguir nadando en el lago hasta que anocheciera. Eso eliminaría la vergüenza de salir del agua como una rata medio ahogada.

Pero entonces tendría que regresar a casa a caballo en ropas mojadas en la oscuridad.

A su lado, el duque empezó a caminar y, un momento más tarde, ella también podía sentir el fondo arenoso bajo sus pobres botines arruinados. Cuando pensó en el hermoso calzado del duque, o anteriormente hermoso, sintió un deseo de llorar.

"¿Me podría devolver mi falda?", preguntó ella, los hombros emergiendo del agua.

Él se giró y la miró, el agua llegándole al borde inferior de su chaleco. Ella no podía evitar admirar lo bien que la fina tela de su camisa le ceñía los hombros y los bíceps.

Menos mal que había algo bueno en todo esto.

"¿No irá a ponérsela?", preguntó él.

"Por supuesto que me la pondré", replicó ella. "No deseo volver a casa vistiendo solo mi ca… camisola". Le irritó tropezar con esa palabra.

"¿Quizás hay algo en la casa de barcas que pudiéramos vestir?" Él miró hacia el cielo. "Aunque quizás cambiarnos a ropas secas, si las encontramos, tiene poco sentido".

Freddie miró el cielo y vio que se había llenado de nubes oscuras mientras ellos habían estado nadando. "Antes había ropas de repuesto para accidentes como este. Pero aun así sigo necesitando mi falda por ahora".

Él le entregó la prenda sin decir ni una palabra y amablemente le dio la espalda mientras ella forcejeaba poniéndosela.

"Puede darse la vuelta ahora".

Él lo hizo y le ofreció un codo.

Freddie trenzó el brazo en torno al de él y los dos reanudaron su caminata en el agua hasta la orilla. Cuanto más salían del lago, más tenía ella que apoyarse en él. Solo cuando el agua les llegaba a los tobillos se atrevió a soltarle y caminar torpemente los últimos pasos sola, alzando el dobladillo escandalosamente alto para sacudir todo el agua posible antes de subir por los escalones de piedra caliza que daban a la puerta de la casa de barcas.

El salón, con su muro de ventanales, estaba caliente de estar cerrado firmemente, el aire quieto todavía caliente. Los muebles tenían guardapolvos, pero había poco polvo, así que la casa había estado limpiada no hace demasiado tiempo, seguramente.

"Es algo sofocante aquí dentro. Voy a abrir algunas de estas ventanas para permitir un poco de aire fresco", dijo el duque.

Freddie asintió con la cabeza. "Yo subiré al piso superior y buscaré algo de ropas".

La casita tenía cuatro dormitorios, pero dos estaban completamente vacíos, ni siquiera tenían muebles. El tercero tenía un armario lleno de ropa, pero desgraciadamente era toda para niños pequeños.

La última habitación seguramente había sido usada por sus sobrinas porque contenía ropas adecuadas para niñas.

Freddie había empezado a perder las esperanzas cuando encontró un batín metido en un rincón del armario, la pasamanería dorada pesada y de color burdeos deslavazado, de un estilo de por lo menos cincuenta años antes.

Freddie hizo una mueca imaginándose al duque vistiendo una prenda tan grandiosa y anticuada.

Desgraciadamente, esa fue la única prenda de ropa adulta que pudo encontrar.

Freddie se mordió el labio y su mirada se posó en la cama.

***

Plimpton se quitó el chaleco y lo colocó en el respaldo de una silla que había colocado delante de la ventana.

Le habría gustado quitarse la camisa, que se le pegaba a la piel, pero si Winifred no encontraba ropas, entonces…

Plimpton escuchó una pisada detrás y se giró. Sus ojos casi se le salen de las órbitas y su boca de repente se quedó seca.

"Encontré esto para usted", dijo ella, extendiéndole algo.

Pero Plimptonn no podía dejar de mirarla. Intelectualmente sabía que lo que ella había hecho fue crearse una toga sorprendentemente atractiva usando una sábana. Pero su cuerpo respondió como si ella hubiera estado vistiendo una picardía formada por nada más que unos pedazos de encaje e intenciones pícaras.

Aparte de un rubor que se difuminaba deprisa en ella, su piel era tan pálida como la sábana suave y blanca, un efecto que la hacía parecer como si hubiera estado colocada en el suelo por un haz de sol o, luna mejor dicho.

El hecho de que él estuviera pensando siquiera semejantes tonterías le sacó de su aturdimiento. Apartó la mirada hambrienta de la elegante inclinación de sus hombros desnudos a su cara, que estaba de un bonito color rosado.

Parecía aturdida, casi como si pudiera leer el pensamiento de Plimpton, que estaba en ese momento teniendo visiones de dejarla desnuda y tomarla allí mismo bajo el sol ardiente.

"¿Esto, su Excelencia?"

"¿Perdón?" La voz de él sonaba como si llevara días sin beber agua.

Ella levantó el brazo más alto, y entonces él vio que ella sostenía una tela horrible de color rojo y dorado.

Él estiró la mano para tomarla, más por cortesía que por interés. "Gracias", dijo él luego obligándose a mirar la prenda que tenía en las manos, estudiándola con una mirada dubitativa. La risa de ella le hizo volver a mirar su rostro hermoso.

"Tendría que ver la expresión en su cara".

"¿Horror?", adivinó él.

La sonrisa de ella se ensanchó, la expresión de júbilo más devastadora que su vestimenta griega.

"Si yo puedo vestir una sábana, entonces usted puede llevar un batín del reinado de Jorge I. Si le gusta, incluso hay un par de zapatos con talón rojo con hebillas ornamentadas. Podría buscárselos".

"No lo dirá en serio".

Ella rio. "No, eso me lo he inventado".

"Muy gracioso. "Y esto", dijo levantando la bata colorida, "fue todo lo que pudo encontrar".

"No parece que me crea".

Él resopló ante la mirada inocente de ojos muy abiertos de ella. "Subiré a cambarme".

"¡Oh! Se me han olvidado mis cosas mojadas arriba".

Antes de que Plimpton pudiera decirle que él se las bajaría, ella subió deprisa por las escaleras, dándole a él deliciosas visiones de tobillos elegantes, pies con arco alto y un trasero generosamente redondeado presionándose contra la fina sábana.

Una vez que él subió al segundo piso, ella le señaló la habitación primera. "Puede usar esta habitación, mis ropas están en la otra". Ella hizo una pausa y le miró de arriba abajo. "¿Podrá quitarse esas botas usted solo?"

"No sin gran esfuerzo. Solo voy a secar mi camisa y chaleco".

"Pero debe estar horriblemente incómodo en todo ese cuero mojado".

"No es agradable", reconoció él. "Pero es soportable".

"¿No era usted quien se burlaba de mí por mi falda, su Excelencia?" Antes de que él pudiera decir que no era lo mismo, ella señaló una de las otras habitaciones. "Venga. Siéntese y le ayudo a quitárselas".

Plimpton sabía que no tendría que gustarle la idea de eso tanto.

Debería amablemente, pero con firmeza, rechazarlo.

Ella señaló la única silla de la habitación con una mirada impaciente. "Venga. Pasarán horas hasta que mi traje esté seco como para ponérmelo. Podemos relajarnos y disfrutar de un almuerzo de pícnic mientras se seca todo".

Dicho así, parecía una tontería estar allí con botas mojadas y calzones de ante mojados.

Plimpton se sentó.

"Deme un pie", le ordenó ella.

Él levantó la bota e hizo una mueca. "Está llena de arena".

"La arena se quita". Ella le agarró del tobillo y tiró. De manera no sorprendente, el cuero mojado no se movió. Ella se mordió el labio inferior con los dientes, una acción que no hizo nada por aflojar su calzado, sino que le tensó los calzones, y ella sopesó la bota empapada antes de tirar de nuevo, con más fuerza esta vez.

Eso no funcionó tampoco.

Ella torció el gesto ante la bota de él, como si la estuviera desafiando personalmente.

Aunque Plimpton podía haberse quedado allí sentado viéndola, tocándole cualquier parte de su cuerpo, todo el día, tuvo piedad de ella. "Bueno, gracias por intentarlo, Winifred". Empezó a levantar el pie de las manos de ella, pero ella lo seguía agarrando.

"Usaré la otra manera".

"¿Qué otra manera?"

Ella hizo una mueca con los labios. "*Usted* sabe qué manera".

Plimpton empezaba a disfrutar. "¿Oh, se refiere a la manera que a veces hace un ayudante de cámara?"

"Sí, esa es la manera a la que me refiero".

Plimpton no creyó haberse imaginado el tono levemente peligroso en la voz de ella. "No podría de ninguna manera pedirle que…"

"No me está preguntando. Yo se lo estoy ofreciendo. Pero usted cerrará los ojos".

"¿Lo haré?"

"Sí, lo hará".

"Muy bien, cerraré los ojos". Plimpton hizo eso y escuchó el sonido de telas moviéndose, ella subiéndose la toga, supuso él, y luego sintió carne cálida y firme cerrándose en torno a su rodilla.

Plimpton abrió los ojos; ¿cómo podría resistirse cualquier hombre? Y se encontró con la visión deliciosa de sus piernas desnudas hasta más arriba de las rodillas y su trasero moviéndose y flexionándose bajo la fina sábana mientras forcejeaba con la bota hasta que empezó a moverse un poco.

Demasiado pronto, ella la había aflojado y la dejó caer con un ruido en el suelo.

Plimpton cerró los ojos cuando ella empezó a girarse.

Hubo un silencio pesado, y luego ella se desplazó a su otra pierna. Él abrió los ojos y disfrutó de la segunda mitad del espectáculo demasiado breve, cerrándolos cuando la segunda bota golpeó el suelo.

Ella se apartó, llevándose el placer cálido de su cuerpo. "Puede abrirlos ahora". Su voz venía desde el umbral de la puerta, donde ella titubeaba, las mejillas un color rosa furibundo.

"Gracias, Winifred". Plimpton solo se permitió sonreír después de que ella se apartara corriendo, tragada por las sombras del pasillo.

CAPÍTULO 14

Freddie se empezó a calmar cuando escuchó el sonido de pisadas suaves bajando por las escaleras.

Ella miró desde debajo de sus pestañas bajadas mientras él se iba descalzo hacia la puerta que daba a la ancha balconada de piedra que daba a la dársena abajo. Dejó caer las botas en el suelo antes de colocar sus calzones, medias y camisa por encima de la barandilla gruesa.

Ella señaló la caja al lado de la chimenea cuando él volvió a la habitación. "Hay unos periódicos viejos allí".

Él levantó las cejas.

"Para sus botas", explicó ella.

Él subió las cejas. "Esto… ¿Para pulirlas?"

"Para llenarlas".

"¿Porque…?

"Si no lo hace, se encogerán al secarse y nunca podrá ponérselas de nuevo".

"¿Y el periódico hará que no se encojan, no?"

"Sí, pero ha de llenarlas mucho".

Él asintió. Su aspecto era ridículamente regio en su bata. Una vez que había regresado con sus botas, se sentó en la silla más cercana a la chimenea, metiendo hojas enteras de periódico en la caña de una de las botas.

Freddie suspiró y tomó la hoja siguiente de su mano, arrugándola en una bolsa prieta. "Así".

Él aceptó la sugerencia de ella con un movimiento de cabeza y siguió el ejemplo de ella con la siguiente hoja. "¿Cómo es que sabe

estas cosas?"

"Una vida sin doncella".

"Ah". Él trabajó en silencio hasta que una de las botas estaba llena. "¿Así está bien?"

"Un poco más".

Una vez que terminó, las llevó de vuelta al balcón, dejándolas bajo el sol.

"Hay agua en la jarra si quiere limpiarse la tinta de los periódicos de las manos", dijo ella. "¿Tiene hambre?"

"Sí".

Mientras se lavaba, Freddie dispuso el contenido de la cesta de picnic. No podía evitar pensar en lo doméstica que era esa escena. Aunque no sería un arreglo doméstico común para un duque, que tendría por lo menos una docena de personas haciendo la clase de tareas mundanas que se veía obligado a hacer hoy.

Él se sentó en la silla enfrente de ella y ella se sintió inesperadamente encantada por el aspecto desaliñado de él con el cabello marrón revuelto, su batín ridículo dejando ver una expansión nada ridícula de garganta fornida y pecho. Una mancha de tinta de periódico en su mejilla aportaba un toque final a su desaliñamiento.

"Me mira de una manera extraña", señaló él después de que ella le había mirado demasiado rato.

"Solo me preguntaba cuántas veces ha tenido usted que cuidar sus propias botas o desvestirse".

En lugar de parecer ofendido por la pregunta de ella, había una leve curva en sus labios mientras él estiraba un brazo para tomar la botella de vino sin abrir. "No a menudo", reconoció él. "Me imagino que sería muy parecido para usted antes de que Sedgewick muriese".

"Sí, fue aleccionador".

Él llenó ambas copas y le pasó una a ella.

"Gracias". Ella solo bebió un sorbito pequeño. Hoy iba a beber despacio, en lugar de beberse tres copas rápidamente.

"Cuénteme sobre su tiempo enseñando en ese colegio. ¿Honoria dijo que se trataba de la Academia Stefani?"

"¿Qué desea saber?"

"¿Cómo encontró ese puesto? ¿Qué le hizo decidir ser maestra? ¿Qué clase de cosas enseñaba? Cualquier cosa, realmente. Yo prepararé dos platos de comida mientras usted habla". Hizo una pausa y luego agregó con un brillo en el ojo. "Colocar comida en un plato es uno de mis pocos logros domésticos".

Freddie rio. "Eso es loable".

Él empezó a colocar porciones en los platos mientras Freddie empezó a contarle. "Mi decisión de enseñar surgió de la exigencia. Sin entrar en horribles detalles, Sedgewick de alguna manera logró acceder al dinero apartado para mí en el acuerdo, y se gastó la mayor parte, o seguramente lo perdió en varias salas de juego. La pequeña cantidad que sí dejó estaba en un fideicomiso administrado por Wareham, pero sospecho que usted sabe todo eso".

El duque colocó un plato ante ella, la miró a los ojos y le dijo: "En realidad, no sabía lo que le habían dejado ni cómo".

Seguramente, su hermano sencillamente sentía demasiada vergüenza para dejar que se supiera eso, incluso para su mejor amigo. Freddie siguió: "Sabía que tendría que encontrar alguna manera de mantenerme. Y, sí, antes de que usted lo pregunte, Wareham me ofreció un lugar donde vivir y una asignación generosa. Lo que no entendió fue que vivir bajo el mismo techo con su esposa habría sido miserable". Miró a Plimpton a los ojos y le dijo con franqueza. "Sophía fue la razón por la cual me abalancé al matrimonio en primer lugar".

"Creo que su hermano lo sabe… ahora".

"Sí, se disculpó. Le eché en cara durante años que no viese lo difícil que era vivir con Sophia, pero parte de mí siempre le respetó por mostrar tanta devoción por su mujer". Se encogió de hombros,

sin querer hablar de la mujer más de lo que hiciera falta. "Sea como fuere, sabía que no podía vivir bajo el techo de Wareham. Y no tengo el temperamento para ser una acompañante o institutriz, pero enseñar me atraía, seguramente porque lo pasé tan bien en el colegio. Contacté a la mujer de mi colegio, pero ella no tenía ningún puesto para mí. Sin embargo, me indicó que fuera a la Academia Stefani".

"Honoria mencionó que era Portia Stefani, en lugar de Ivo, su marido famoso, la fuerza tras esa operación".

Freddie torció el gesto ante el recuerdo del pianista caprichoso. "Sí. Aparte de su gran nombre, Ivo era más bien algo que restaba. Odiaba la academia y se consideraba por encima, incluso cuando ya no podía tocar de manera profesional después de lesionarse la mano. La academia funcionaba bien sin su ayuda, pero no podía soportar sus hábitos caros. Trabajé allí cuatro años antes de que las cosas se torcieran".

"¿Lo disfrutó?"

"Lo adoraba, especialmente la camaradería con los otros docentes. Todas excepto Miles, esto, Lord Avington, vivíamos en la academia. Yo era la única que no tenía una carrera previa". Ella le miró apenada. "Yo, claro, había sido criada para considerar el papel de una mujer como decorativo, con mi objetivo primario, mi único cometido, casarme. Usted conoce el trasfondo de Honey y sabe que es una gran artista. Pero las demás son igual de talentosas, cada una a su manera. Portia Stefani podía haber sido una pianista de conciertos, pero sacrificó sus propias ambiciones cuando se casó. Serena Lockheart, Lombard en esa época, fue criada por un prestigioso escultor y él la enseñó a seguir sus pasos. Annis Bowman, ¿la ha conocido ya?"

"Ella es la única de las maestras que no he conocido. Aunque me presentaron brevemente a su marido, Rotherhithe, hace un tiempo".

"Annis habría ido a la universidad para estudiar idiomas si no hubiera sido mujer. Creo que habla siete u ocho idiomas ya". Freddie

no pudo evitar una sonrisa antes de decir: “Y luego está Miles”.

***

Plimpton había estado escuchando con fascinación hasta ese momento. Pero la expresión de afecto, casi amorosa en la cara de ella al mencionar al conde de Avington, hizo que una emoción extraña le tensara el pecho. Sabía lo que era de inmediato, pero había pasado mucho, mucho tiempo desde que sintiera celos tan intensos.

“Miles no es un artista al nivel de las otras, claro, pero es un hombre con mucho talento”.

“¿Oh?” preguntó Plimpton, encogiéndose por dentro ante la hostilidad en su tono de voz. Por suerte, Winifred estaba demasiado entretenida con sus recuerdos como para darse cuenta.

“Empezó a hacer tallas cuando fue prisionero durante la guerra”.

Al instante, los celos de Plimpton se disolvieron. Tener un hermano que había soportado los horrores de la guerra le hacía difícil sentir algo que no fuese simpatía por Avington, por mucho que Winifred pudiera gustarle.

“Se hizo tan bueno que incluso vendía su trabajo”.

“¿Ah, sí?” Ahora había sorpresa en su voz.

La mirada cálida de ella se enfrió. “Puedo escuchar la desaprobación en su voz, su Excelencia”.

“Entonces debe pasarle algo en los oídos, Winifred, porque nunca despreciaría a un hombre intentando mantenerse mientras su familia pasa dificultades. Conocía bastante bien al hermano de Avington, así que sabía las dificultades a las que se enfrentaba el condado. El hecho de que Miles Ingram trabajase en lugar de vivir de una asignación muestra el calibre de hombre que es”.

“Estoy de acuerdo”. Ella hizo una pausa, y luego le miró con una expresión algo desafiante. “Yo también vendo mi trabajo. Fue Miles quien me presentó al hombre que lo compra”.

“¿Usted talla madera?”, bromeó él, por alguna razón indeseoso de admitir que sabía lo de las costuras de ella.

Ella rio. "No. Yo manejo la aguja. El caballero que compra mi trabajo acepta toda clase de cosas".

"¿Lo sabe Wareham?", preguntó él, aunque ya sabía la respuesta.

"No. Y le agradezco que no se lo cuente".

"No le contaré nada de lo que usted me diga en confianza".

Unas manchas rojas como brochazos de un pintor tiñeron sus pómulos esculpidos. "No, claro que no lo haría. Me disculpo por haber atentado contra su honor".

Plimpton, cuya boca estaba llena de queso, asintió con la cabeza.

"La última de mis colegas es Lorelei Fontenot. Creo que Lori un día será una gran novelista. Desgraciadamente, se ha visto obligada a ganarse la vida vendiendo relatos a los periódicos. Puede que la haya conocido en alguno de los bailes que Miles y su mujer Mary organizaron el año pasado".

"Recuerdo a la Srta. Fontenot", dijo Plimpton. "Me hizo sentarme y me explicó por qué la nobleza es… déjeme recordar la palabra que ella usó. Ah, sí, una *sanguijela* de la gente británica".

Winifred soltó una risita. "Oh, cielos. ¿Le dio ese discurso?"

"Sí, y largo y tendido. Encuentro interesante que tenga semejantes opiniones y, sin embargo, vive con una condesa, es amiga de un conde…" Dejó de hablar mientras rebuscaba en su memoria. "De hecho, creo que solo su amiga casada con Gareth Lockheart no es noble".

"Sí, eso es verdad". Suspiró con exageración. "La pobre Lorelei tiene las manos llenas bregando con los seis que somos, me temo. También está vehemente opuesta al matrimonio".

Plimpton había encontrado que la mujer habladora y emocional era cansina y extenuante. Prefería mucho más hablar de la mujer que tenía enfrente. "Y luego está usted, Winifred".

"Sí, la única sin una habilidad concreta, a menos que se considere que ser viuda de un conde un talento. No debería

mofarme de ello. Es lo único de valor que me dejó Sedgewick". Se calló de repente parpadeando. "Cielos, he estado hablando todo el rato". Señaló su plato, todavía lleno, y luego el de él, que estaba casi vacío. "Es su turno de hablar y el mío de comer".

Plimpton torció el gesto levemente.

Ella se fijó en su reticencia diciéndole: "Por favor, yo le he contado mi pasado. Le toca a usted".

"Usted me habló de sus *amistades*", le corrigió él. "Pero aún no me ha hablado de enseñar en la academia".

"¿Ah, no?"

"No".

"Oh. Bien, veamos… enseñé compostura y artes conversacionales".

"Eso parece interesante. Cuénteme cómo se enseña el arte de la conversación".

Ella le miró con escepticismo.

"¿Qué? ¿Por qué me mira con tanta suspicacia?"

"Porque me cuesta trabajo creer que realmente tenga interés en cosas así".

"Créame, porque es cierto. Así que, háble me sobre enseñar conversación".

"Enseñé conversación para *féminas*, así que realmente no tendría interés para usted".

"¿Y en qué sería diferente eso?"

Ella emitió uno de esos sonidos sutiles que emite una dama, algo que no podía ser llamado un resoplido, más bien un sonido elegante hecho con la nariz, supuso él, y le dijo: "Cuando una mujer habla con otra mujer, se comunica realmente. Cuando una mujer habla con un hombre, se desvía y fomenta".

"¿Ah, sí?"

"Así es. Cuando una joven conversa con un hombre, ella le anima a que hable sobre él mismo y desvía cualquier pregunta que

se le dirija, desviando la conversación de nuevo sobre él".

"¿Es eso lo que ha estado intentando hacer conmigo, halagar mi orgullo?"

"Claro que no", dijo ella sin inmutarse.

Él rio bajo. "Hmm, ¿por qué siento como que me está gestionando con cuidado?"

"¿Dos risas en un solo día? Vaya, su Excelencia, ¿qué diría la alta sociedad sobre una disipación tan desbocada?"

"Creo que eso fue un desvío", le contestó Plimpton.

"Qué rápido aprende usted, su Excelencia".

"¿Por qué enseñaría usted a jovencitas algo así?"

"Porque eso es lo que los hombres quieren, hablar y que se reafirmen sus puntos de vista, y no escuchar las opiniones de las mujeres. Cuando una mujer joven entra en el gran mercado matrimonial, necesita entender eso o si no, se quedará sentada sola viendo cómo otras son sacadas a bailar".

"No estoy seguro de estar de acuerdo con usted, pero dejaré ese debate para otro momento. Por ahora, me siento obligado a señalar que usted no está de acuerdo con todo lo que yo digo ni me mira con arrobo como si cada palabra que sale de mi boca fuese una revelación".

"Cierto, pero yo no soy una joven en busca de marido".

"Entiendo", murmuró él.

"Ahora, su Excelencia, es mi turno de hacer preguntas".

***

"¿Qué le gustaría saber?", preguntó Plimpton.

Freddie no podía evitar darse cuenta de la temerosidad en su mirada.

"Primero, me gustaría saber algo de ese medallón suyo".

"Oh". El duque parecía tan aliviado que Freddie casi rió. "Es un retrato de mi hija".

"Eso había dicho antes. ¿Puedo verlo?"

Él se puso en pie, se fue hacia la repisa de la chimenea y regresó con el medallón ovalado, ya abierto.

Freddie la tomó y luego le sonrió. "¡Vaya, parece que está en buen estado!"

"Eso parece. Me atrevo a decir que eso sea porque es un óleo. Lo estoy dejando abierto por si acaso el lienzo esté húmedo".

Ella asintió y escudriñó la miniatura. La chica del medallón tendría unos dieciséis años. No era hermosa; lo más que cualquiera podría decir de ella era que tenía una bonita sonrisa y ojos lindos como los de su padre. Freddie se sintió incomprensiblemente aliviada porque Lady Rebecca no fuese una belleza despampanante como su madre. Aunque la razón de su alivio era algo que no sabía.

Freddie levantó la cabeza y le devolvió el medallón. "Parece encantadora".

La boca seria de Plimpton adoptó una sonrisa de arrobo. "Es lista y amorosa y es una alegría estar a su alrededor".

Freddie se quedó momentáneamente aturdida por la efusividad abrupta de él. Así que había algo, o alguien, más bien, que el distante Duque de Plimpton amaba.

Él colocó el medallón en la repisa de nuevo, todavía abierto, y luego regresó a su asiento, su mirada cauta una vez más mientras esperaba más preguntas.

Freddie decidió hacerle la pregunta antes de perder el valor. "Háble me de esas fiestas pícaras que Wareham daba, las que acabaron cuando se casó con Sophia".

Freddie podía ver que su pregunta le sorprendió. También había una nota de alivio en su mirada. Había estado preocupado porque ella le preguntara algo sobre su matrimonio.

Él se encogió de hombros. "No eran tan pícaras. Eran fiestas de solteros para hombres jóvenes y solteros. Estoy seguro de que una mujer con su experiencia puede imaginarse cómo serían".

Freddie podía imaginarse el comportamiento detestable de hombres jóvenes adinerados y consentidos perfectamente bien. Pero eso no es lo que ella quería realmente. Estaba deseando hablar sobre los invitados de una fiesta en concreto, ya que el recuerdo de Piers de esa noche fatídica era tan fragmentado. Ella tenía que tener cuidado con sus preguntas o la mente afilada del duque se preguntaría qué estaba tramando.

"¿Eran todos compañeros de estudios en estas fiestas?"

Él estrechó la mirada levemente. "En su mayoría sí".

"¿Se relaciona todavía con la mayoría, o se han ido distanciando?"

Él se relajó un poco ante la pregunta. "Veo a la mayoría de ellos en la Cámara de los Lores, pero no puedo decir que haya conservado esas amistades. Excepto su hermano, claro. Creo que Wareham ha seguido en contacto con varios de los demás".

"¿Ah, sí? Eso me sorprende. ¿Cómo quiénes?"

Su copa se quedó a medio camino a su boca y entonces la descansó sin probarla. "¿Por qué estas preguntas no parecen un interés casual?"

"¿Por qué usted tiene una naturaleza suspicaz?", le replicó ella.

Su expresión dura se aflojó levemente. "Normalmente, no es sin motivo".

"Solo siento curiosidad por saber cómo era la vida entonces. Recuerdo algunas de esas fiestas cuando era un poco más mayor, pero Nanny siempre me guardaba bien lejos de ellas".

"Eso seguramente fue una decisión sabia. Nosotros bebíamos bastante y con frecuencia nos embarcábamos en ardides peligrosos y éramos compañía nada apropiada para niños pequeños".

"Me he dado cuenta de que dijo *nosotros*".

"Estoy seguro de que yo era tan estúpido e insensato como cualquier otro noble consentido".

Freddie no pudo permitir que eso pasara por alto. "Le recuerdo, no muy bien, pero suficientemente".

"¿Y qué recuerda?", preguntó él, terminando el contenido de su copa y levantando la botella.

Que esté protejida, pero Freddie asintió la cabeza para tomar más vino. Claramente, era una aprendiz muy lenta.

"Le recuerdo siendo tan callado y serio como es ahora", dijo ella, decidiendo probar un señuelo más para ver si picaba. "También recuerdo a Lord Trendon y a sir Maxwell Weil, que eran muy revoltosos, pero no les recuerdo portándose mal".

"No, ellos eran, en general, decentes".

"Entonces, eso es tres de ustedes que no eran malos. ¿Quiénes eran los chicos salvajes?"

Él frunció el entrecejo, pero esta vez era porque se estaba concentrando; tenía la mirada vaga mientras recordaba. "Elliot Jordan, Sutton…"

"¿El vizconde Sutton?"

"Sí".

"¿Se murió hace poco, no?"

"Sí, un accidente de caza".

Freddie juraría que su mirada se veló. Ella podía adivinar el motivo; se decía que Sutton tenía problemas financieros y podría haberse suicidado para escapar de sus acreedores.

"Puedo creer que Sutton fuese imprudente. ¿Quién más?"

"Conrad y Brandon fueron exiliados al campo por lo menos dos veces. Y… Peregrine Fluke. Bueno…" Dejó de hablar y parecía haberse arrepentido de mencionar ese último nombre. Claramente, el duque decidió que el comportamiento de sir Peregrine no era apropiado para oídos femeninos.

Freddie conoció a los lores Sutton, Conrad y Brandon, pero nunca había oído hablar de Elliot Jordan. De todas formas, no sería difícil de encontrar si frecuentaba ese grupo. Y todo el mundo

conocía a sir Peregrine, que no solo era una persona que vestía de manera muy llamativa, sino que cambiaba de amantes con la misma frecuencia que la mayoría de los hombres cambiaban de medias.

"¿Por qué me pregunta sobre estos hombres… de verdad?"

"Para nada", mintió ella. Un repentino sonido en los cristales de las ventanas le dio la distracción que necesitaba. "¡Diantres! Está lloviendo". Se puso en pie, alegrándose de apartarse de la mirada interrogativa del duque.

"Siéntese y termine de comer", dijo él. "Yo buscaré las ropas".

Freddie iba a resistir su orden autocrática, pero entonces decidió que él le acababa de dar suficiente información como para perdonarle su comportamiento altanero. Además, tenía hambre, tanta que se hundió en su silla, la mente dando vueltas sobre cómo sonsacarle más al duque sin que se diera cuenta.

***

Se terminaron la botella de vino y miraron cómo la lluvia se intensificaba.

"Parece que va a arreciar. Creo que vamos a estar atascados aquí un rato", dijo Plimpton.

Winifred comprobó sus ropas y sacudió la cabeza. "Su camisa está casi seca, pero todo lo demás sigue mojado".

Él se levantó de la silla. "Voy a encender un fuego".

"¿Sabe hacerlo?"

Plimpton se sintió divertido. "¿De verdad cree que soy tan desvalido como un bebé recién nacido? No, no conteste eso", dijo él, haciéndola reír. "Sí, sé encender un fuego".

Cinco minutos más tarde, ante una pila de palitos y troncos pequeños humeando, se giró hacia su público de una sola persona y dijo: "Usted gana. Parece ser que realmente sí que soy tan desvalido como un bebé recién nacido después de todo. ¿Usted lo puede hacer mejor?"

Ella se frotó las manos. "Mire y aprenda de una maestra del arte", dijo ella, su mirada y tonos altaneros haciéndole sonreír a él.

Ella retiró la mitad de los palos y dos de los troncos y luego tomó uno de los periódicos de la pila que él había usado antes y arrugó una hoja antes de meterla con cuidado bajo los palitos y maderas recolocados.

"Eso no es justo", dijo él. "No sabía que se nos permitía usar periódicos".

Ella soltó una risita. "Sí, esa es la regla número cuatro del manual de hacer fuegos".

Plimpton se merecía la burla de ella, pero se negó a premiarla riendo.

Después de unos raspados de pedernal, el papel prendió. Pronto, había un fuego respetable ardiendo. Ella se puso en pie, con una sonrisa de suficiencia, mientras se limpiaba las manos de polvo.

Estaba condenadamente adorable regodeándose, el pelo en una trenza desaliñada por la espalda, con suficientes pelos sueltos en torno a la cara como para parecer que tenía un halo plateado desordenado.

Plimpton dio un paso hacia delante, hasta que su bata llamativa tocó la toga de ella. Ella le miró con sorpresa y separó los labios. "Le mentí, Winifred".

"¿S… sí?"

"Sí. Le dije que esperaría a que usted viniera a mí. Pero me he cansado de esperar". Él bajó la boca sobre la de ella. Solo hubo un segundo de rigidez antes de que ella relajara el cuerpo y le rodeara el cuello con los brazos como había hecho la noche previa, una vez más acercándose para el beso, presionando su cuerpo sin corsé contra el de él.

La respuesta deseosa y confiada de ella fue un flechazo a su verga, que había estado medio dura desde el momento en que ella había bajado por las escaleras vestida con su maldita toga.

Retomaron justo donde lo habían dejado la noche anterior. La boca de ella rozó la de él con un abandono animado, la punta de su lengua encontrándose con la de él cuando se deslizó entre sus labios deliciosos.

Él hundió la lengua de manera agresivamente honda, y ella respondió tomando su lengua entre los labios y chupando.

Plimpton gimió, su posesión de su autocontrol deshaciéndose como una soga muy gastada. La exploró con menos finura que de costumbre, pero, por otro lado, esto no era nada ordinario. Ella no era corriente; ni la reacción de él con ella. La deseaba con un hambre que mandaba necesidad aullante surcando por su cuerpo, las llamas de su deseo avivándose como el fuego que ella acababa de encender.

Él se apartó levemente… antes de perder la capacidad de pensar por completo… y vio la mirada de párpados pesados de ella. "Subamos arriba".

Tal como había temido, las palabras prácticas la hicieron volver al presente. Su rostro, lleno de excitación tan solo un momento antes, se puso tenso. "Necesito que me prometa algo antes de subir con usted".

Lo que quiera. Todo. Ni siquiera tiene que pedírmelo. Lo que quiera, es suyo.

"Lo haré, si está en mi mano hacerlo", le contestó él.

"Prométame que no se sentirá atrapado por un honorable remordimiento después de que hayamos… Bueno, solo *después".*

Le costó mucho no sonreír. Se preguntó brevemente qué haría ella si él aportara su propia palabra para describir lo que quería hacerle a ella.

Sabiamente, mantuvo la boca cerrada.

Ella siguió parloteando. "Tiene que prometerme que no será cansino e insistir en que me case con usted para salvar mi reputación".

"¿Quiere que le prometa no pedirle que se case conmigo?"

"Sí".

Él consideró las palabras de ella un momento antes de sacudir lentamente la cabeza. "Aunque deseo subir arriba con usted ahora mismo, no puedo prometerle que no le pediré que se case conmigo".

Plimpton vio un destello de satisfacción femenina, placer porque él no se hubiera rendido tan rápido o tan fácilmente esta vez, en sus ojos antes de que ella lo pudiera suprimir. "¿Puede al menos prometerme que no me lo pedirá durante un mes?"

"¿Por qué? ¿Qué sucede en un mes?", preguntó él, intrigado.

Ella rio con nerviosismo. "Nada, solo quiero un… un indulto".

"Un indulto", repitió él. "Eso hace pensar en ejecuciones. Debería sentirme insultado". En vez de eso, se sentía divertido.

Ella levantó una mano hacia la mejilla de él, el gesto dulcemente íntimo. "No es mi intención insultarle. Solo… Bueno, quiero disfrutar hoy de esto…" Ella acarició su rostro demostrándole… "Sin tener que sentir culpa después". Inhaló profundamente, como si hiciera acopio de valor. "He permanecido casta desde la muerte de mi marido. Mayormente porque nunca me he sentido realmente tentada, sino porque siempre, siempre, siempre he hecho lo correcto. Lo apropiado. Pero no quiero suprimir el deseo que siento por usted, Plimpton. Por una vez, quiero seguir mi corazón, como cualquier otra viuda sofisticada de alta sociedad. El hombre con el que me casé fue elegido para mí. *Yo* quiero elegir a mi amante".

Plimpton colocó la mano por encima de la de ella y presionó la mejilla contra la palma de la mano de ella. "No es como cualquier otra viuda, de alta sociedad o no. Ciertamente, usted es distinta a cualquier otra mujer que haya conocido, Winifred". Se giró para poder besar la piel tierna de la palma de la mano de ella. "No puedo decirle lo halagado que me siento de ser yo el hombre que ha elegido. Así que le prometo no pedirle que se case conmigo. Por lo menos durante un mes".

La sonrisa de ella era lenta y radiante. "Entonces… ¿A qué está esperando? Lléveme arriba, su Excelencia".

CAPÍTULO 15

Freddie se sentía como si otra mujer se hubiera puesto su piel y usara su cuerpo para cumplir su fantasía más profundamente enterrada.

Ya se había comportado de la manera más abierta y libre con el duque de lo que había hecho nunca con cualquier hombre, o incluso con la mayoría de sus amigas, pero ahora estaba a punto de ir mucho más allá de nada que hubiera hecho en el pasado.

Había algo en el aire reservado del duque que le hacía a ella querer sacudirlo, causar una grieta o una fisura en su capa lisa y luego abrirla para ver qué había dentro. Es que él era tan… tan autosuficiente que era irresistible.

Nunca en su vida se había sentido de esa manera por nadie; era… excitante.

El duque tomó su mano, como si temiera que ella cambiase de parecer, y la guió escaleras arriba.

Cuando iba a girar hacia la habitación con la cama sin sábanas, ella dijo: "No, no esa, esta".

Él cambió de dirección, soltó la mano de ella y la guió para que pasara dentro antes de cerrar la puerta tras su paso.

Freddie se quedó parada en medio de la habitación; los dedos trenzados para no juguetear.

Plimpton tomó su cara entre las dos manos, sosteniéndola con suavidad pero firmeza mientras la besaba, no de manera profunda y hambrienta como había hecho abajo, sino lentamente, como si ella fuese un helado de Gunter's, algo precioso y delicioso para ser saboreado.

El beso fue tranquilo y no era un preludio a otra cosa, sino una celebración por si mismo, como si ellos tuvieran todo el tiempo del mundo para explorarse.

Al principio de su matrimonio, Freddie había disfrutado con los besos de Sedgewick. Pero incluso en aquel entonces, antes de que cualquier cosa entre ellos dos se volviera repugnante, nunca se había tomado su tiempo como hacía Plimpton. El duque lanzaba señuelos y cebos animándola a la pura sensualidad, como un flautista de Hamelín de los besos.

Ella descendió en un ritmo erótico, aceptando lo que él le daba y dándole cuando él le quitaba. Abajo, sus lenguas habían estado luchando. Esto era más un baile en el cual ambos se turnaban en llevar la delantera. Él le enseñó pasos nuevos, mordisqueándole el labio inferior y luego calmándola con una ligera caricia. Él la desarmó con movimientos penetrantes y suaves de su lengua, hasta que Freddie se rindió por completo, el pensamiento racional sometiéndose a la sensación pura.

"Winifred", murmuró él, trayéndola a la realidad, recordándole que el hombre que la estaba convirtiendo en gelatina era el tedioso… no, no tedioso, apropiado, Duque de Plimpton.

"¿Sí?", dijo ella con una voz espesa que no sonaba como si fuera suya.

"Quiero ver su cabello libre, cariño".

Un estremecimiento de placer la recorrió ante la palabra cariñosa. ¿Quién iba a adivinar que un hombre tan serio podía sonar tan afectuoso y tierno?

"Por favor", agregó él, confundiendo la ensoñación de ella con incertidumbre. Acarició los cabellos en espiral a sus sienes, esos latiguillos de pelo molestos que siempre se escapan de los confines de su peinado, no importa cuán severamente los constreñía.

Él la olisqueó con la nariz fría. La acción inesperada hizo que ella riera. "Se burla de mí", murmuró él, su aliento caliente en la oreja de ella, la voz divertida y no ofendida.

"Su nariz está fría, igual que la de un perro".

"Pero no mojada y babosa, espero".

De nuevo, ella rio. ¿Era posible que este fuese el envarado duque de Plimpton bromeando con ella? Freddie nunca había reído mientras hacía actos eróticos. Nunca habría creído que eso se sentiría tan íntimo y encantador.

"No. No mojada y babosa", le aseguró ella, besando suavemente la arista recta de su mandíbula.

"Suéltese el pelo", dijo de nuevo, mordisqueándole el lóbulo de la oreja con suficiente fuerza como para hacer que ella jadeara con suavidad.

Freddie le soltó la cintura con reticencia, que había estado masajeando como una gata lánguida, y tomó su trenza gruesa, pasándosela por encima del hombro.

La atención fija de él era desconcertante y a la vez halagadora; tenía las pupilas agrandadas y los labios flojos de expectación sensual, como si ella fuese Salomé en medio de su baile notorio, en lugar de una mujer desaliñada vestida con una sábana, y olía a agua de lago.

Freddie ágilmente deshizo las tres gruesas partes de la trenza y luego sacudió la cabeza ligeramente.

Un sonido bajo, completamente masculino y aprobatorio provino de él y hundió los dedos en el velo pesado de cabello y alzó un puño lleno de cabello por encima del hombro de ella, su expresión tensa suavizándose mientras peinaba los rizos revueltos con los dedos. "Nunca habría sospechado que fuese tan rizado. Siempre parece tan liso".

¿Siempre? ¿Cuántas veces la había estudiado? El hecho de que él se hubiera fijado en su pelo, no una vez, sino, *siempre,* era…

"Sí. Me he fijado en su cabello. Me he fijado en todo lo que tiene que ver con usted, Winifred", dijo él, haciéndola preguntarse si había dicho en voz alta sus pensamientos. "¿Cómo no fijarme en usted cuando atrae toda la luz en cualquier habitación en la que esté?" Sus

manos se desplazaron de su cabello a su garganta y luego a sus hombros desnudos, su mirada siguiéndolas todo el rato. Tiró del lugar donde ella había anudado la sábana en su hombro. "¿Cómo le quito esto?"

Todavía conmocionada por sus palabras románticas, Freddie alzó las manos, que temblaban un poco, al lugar donde las puntas de la sábana se unían bajo su cabello.

Él colocó las manos en torno a sus muñecas. "No, ahora lo veo. Yo lo haré". Sus labios empezaron a subir por los bordes, sin detenerse hasta que Freddie vio un destello blanco, ¡Quién se iba a imaginar que el duque tenía dientes! "Necesito demostrarle que no soy un inútil total cuando se trata de vestir y desnudar".

Freddie rio. "No estoy segura de que desatar un sencillo nudo me convencerá de eso".

"Un hombre necesita empezar en alguna parte". Deslizó las manos bajo el manto pesado de su cabello, separó la cortina por la mitad y luego pasó las dos mitades por encima de los hombros de ella, de manera que los rizos espesos tapaban cada pecho. Freddie sospechó que había hecho eso por modestia para ella, y nuevamente, se sintió sorprendida por la consideración de él.

Sus dedos se movieron suavemente en el cuello de ella mientras él miró hacia el techo, adoptando una expresión de extrema concentración. "Hmm, sí… creo que podré ser capaz de hacer esto…" El peso de la tela se aflojó, y los ojos de él bajaron a los de ella mientras él llevó ambos extremos de la sábana entre ellos. "Éxito". Hizo una pausa y levantó las cejas, como si le pidiera permiso.

Freddie titubeó. ¿Por qué le estaba dando una oportunidad para pararle? ¿Era eso lo que él quería? Sedgewick ni una sola vez había…

Frenó firmemente ese tren de pensamiento; no tenía tiempo para pensar en su marido muerto hoy.

Freddie deseaba a Plimpton, y eso bastaba para mirarle a los ojos y asentir dándole permiso.

La sábana cayó en silencio al suelo en torno a los pies de ella. El deseo de taparse el cuerpo con las manos era fuerte, pero ella *quería* que él la viera, aunque unas leves briznas de mortificación amenazaban con ahogar su deseo atrevido.

Él bajó los ojos lentamente y ella lo hizo también. Ella valoró por una vez sus rizos rebeldes que tapaban mucho más de su cuerpo que el pelo liso que ella siempre había querido tener.

El duque chupó aire bruscamente ante la visión de los pezones de ella, que se habían endurecido hasta estar puntiagudos y asomaban de entre los rizos.

Él alzó las manos, los movimientos lentos y medidos como si se estuviera acercando a una criatura tímida del bosque. Su mirada se fue a la de ella, y cuando sus palmas, lisas y cálidas, le rodearon los pechos pequeños, fue el turno de ella de chupar aire. Ella pestañeó mientras él acaricciaba las puntas sensibles, enviando estremecimientos de placer directamente al útero de ella.

Los rizos de ella fueron apartados, dejándola completamente visible mientras la acariciaba. "Exquisita", murmuró justo antes de que sus labios calientes y mojados se cerraran en torno a la punta dolorida de ella.

Las rodillas de Freddie amenazaban con ceder y ella se agarró a los hombros de él para sostenerse, su cabeza cayendo hacia atrás y un gemido escapando de sus labios abiertos mientras él chupaba un pezón primero y luego el otro, alternando entre los dos hasta que ella tembló del esfuerzo por contener sus gritos.

Él paró su tortura lo justo para murmurar algo y apartar el cabello de ella por completo. Evidentemente agradado por el resultado, reanudó su asalto sensual, sus manos intensificando la campaña ya devastadora y acariciando la parte inferior de sus pechos, que eran sensibles, mientras chupaba cada pezón para endurecerlos.

Los dedos de Freddie se clavaron en los brazos de él, el grueso brocado que cubría sus bíceps duros recordándole a ella que estaba desnuda mientras que él todavía vestía su batín. Había pasado

mucho tiempo desde que ella viera un cuerpo masculino, y ella sospechaba que el duque tenía un cuerpo bastante bonito bajo el batín ridículo.

Ella tiró de la solapa dorada. "Fuera", fue todo lo que logró decir.

Él levantó la boca del pezón que estaba atormentando, sus labios brillantes. "¿*Hmm*?" Parecía irritado al ser apartado de su tarea.

"Quítate la bata".

Él emitió un gruñido bajo, pero sus manos desaparecieron del cuerpo de ella y tiraron del cinto para abrir la prenda. Hizo un movimiento con los hombros, enviando la bata al mismo lugar que la sábana.

Antes de que Freddie pudiera verle siquiera, él tomó la mano de ella y la guio hacia la cama. "Arriba", ordenó él de manera ruda, tomándola por la cintura y alzándola sin esfuerzo aparente.

Y entonces ella logró un buen vistazo del cuerpo de su amante y gimió.

Parecía más fornido sin ropas, las caderas más anchas y sus muslos potentes con músculos marcados. Eran las piernas de un hombre que pasaba una gran parte de su tiempo a lomos de un caballo, las partes superiores de los muslos, sin vello debido a la fricción de calzones ceñidos de cuero.

La excitación de él salía directamente de entre una madeja de rizos de color marrón claro; la verga gruesa mojada con su deseo. Una fina línea de vello iba de su entrepierna hasta su vientre plano y musculoso, hasta su pecho, donde crecía como una ligera pelusa que se difuminaba rodeando sus pezones pequeños y marrones.

Su pecho y abdomen se movieron y flexionaron de repente, y Freddie levantó la mirada para encontrar que él la miraba. El rostro de ella se puso rojo al haber sido pillada sometiéndole a un escrutinio tan íntimo.

Dos dedos cálidos se deslizaron bajo la barbilla de ella, y él levantó su rostro, que ella había bajado azorada, hasta que ella se

vio obligada a mirarle a los ojos. "No tienes por qué sentir timidez, Winifred; me gusta que me mires. Túmbate en la cama", agregó con más suavidad, recogiéndole el cabello y apartándolo a un lado mientras Freddie le obedecía sin decir nada.

Él flexionó la mandíbula mientras la miraba desde arriba. No había una cortina de rizos protegiéndola esta vez y ella se movió intentando ocultarse, pero suprimió ese deseo; él no se había escondido ante la inspección de ella, ¿verdad?

Los ojos de él se oscurecieron hasta volverse negros, con una fina anilla de color gris cuando finalmente se posaron en la cara de ella. "Quiero darte placer con la boca".

Ella separó los labios chocada mientras hacía intentos por aceptar que un hombre correcto como el duque se dedicara a una actividad tan descaradamente carnal.

"¿Sabes lo que quiero decir?" preguntó él, confundiendo la razón del titubeo de ella.

"Sé lo que quieres decir. Solo es que… solo es que no pensé que aprobarías esto…" Ella dejó de hablar y se mordió el labio, sintiéndose algo estúpida, mientras él dejó de mirarla con preocupación y la miraba divertido.

Él se unió con ella en la cama, encerrando el torso de ella entre las manos y las rodillas, y luego mirándola desde arriba, consumiéndola con los ojos. "Oh, sí, Winifred, lo apruebo totalmente". Y luego tomó los labios separados de ella en un beso profundo y caliente que prometía lo que vendría después.

***

Plimpton se preguntó qué tenía él que hiciera que Winifred se esperara un amante tan aburrido y poco imaginativo. ¿Era porque no era guapo, sino corriente y aburrido? O quizás era la la acusación que le hacía su hermano de que Plimpton era frío e inhumano, cosa que Simon normalmente le gritaba cuando estaba enfadado con él; ¿era algo que pensaban todos?

Pero Winifred no era la única en ser malentendida. Plimpton estaba más que aliviado de lo que podía pensar ante el hecho de que ella no se hubiera apartado de sus toques íntimos o su sugerencia poco convencional. Le había preocupado que Sedgewick la hubiera arruinado de manera que no pudiera sentir placeres sensuales. Pero de momento ella no había exhibido revulsión, solo la leve vergüenza de una mujer que había estado sin un amante desde hacía mucho tiempo.

Se besaron hasta que la tensión en su silueta fina se hubiera disipado. Aunque ardía en ganas de saborearla y hacerla retorcerse de placer, era difícil prescindir de sus labios suaves y lengua deseosa y empezar a bajar por su cuerpo a base de besos.

Los pechos de ella fueron otra dulce distracción, sus puntas arrugadas como zarzamoras oscuras. Él la lamió y mordisqueó hasta que ella flexionó la espalda enarcándose, sus manos agarrádole la cabeza para mantenerle en el sitio que ella quería.

Sonriendo para sus adentros, él reanudó su camino erótico, encantado cuando los dedos de ella se tensaron e intentó traerle de vuelta al sitio donde había estado.

Pero Plimpton se mantuvo firme en sus intenciones, permaneciendo solo un momento en su vientre para besar la suave curva de su estómago antes de desplazarse hacia los rizos de color rubio oscuro que ocultaban su destino final.

Él apartó los muslos de ella, bebiéndose la visión de su cuerpo rosado y tembloroso mientras él apartaba sus piernas fácilmente venciendo su tímida resistencia y sin dejar de hacerlo hasta que ella estaba expuesta y vulnerable.

Ella se movió de manera incómoda bajo la mirada de él.

"¿No te gusta que te mire?", preguntó él, subiendo una mano por un muslo, acariciando firmemente el músculo tenso y trazando el tendón prominente que apuntaba el camino hasta su púbis.

"Me hace sentirme inmodesta y licenciosa".

"Bien".

Ella soltó una risa sorprendida y luego miró directamente a las caderas de él y dijo con cierta acidez. "Puedo ver que tú no tienes esas mismas reservas".

Plimpton bajó la vista a su verga que apuntaba hacia delante con la punta mojada y rió. "No, tienes razón en eso".

"Deberías reír y sonreír más; te queda bien".

"¿Ah, sí?", bromeó él, acariciando con un dedo la costura de los labios inferiores de ella, cuya silueta era visible bajo el vello pálido de ella. Una y otra vez acarició, presionando con un poco más de fuerza cada vez, hasta separar sus labios hinchados y mojados con la yema del dedo.

Ella gimió y levantó las caderas cuando él se detuvo en sus caricias.

"Sonreiré más si haces ese ruido más", prometió él.

Ella soltó una risita jadeante que se convirtió en otro jadeo más raposo después de la siguiente caricia de él.

"Estás tan mojada", se maravilló él, acariciándola con dos dedos, separando los labios de su sexo para dejar ver la punta hinchada y mojada. "Oh". Plimpton colocó el torso entre los muslos de ella con más prisas que elegancia, y bajó la boca por encima de ella.

Un grito suave y ahogado se escapó entre sus labios y sus caderas se alzaron para recibir más mientras él la lamía desde la entrada prieta de ella hasta su capullito hinchado con movimientos rítmicos y firmes. Solo cuando los dedos de ella se hundieron en su cabello y le tiraba con suavidad pero con firmeza haciéndole subir, rió y chupó el pequeño bultito de nervios entre los labios, dándole a ella lo que necesitaba.

***

El clímax de Freddie creció lenta e inexorablemente como una avalancha mientras el duque la provocaba y atormentaba, llevándola al borde del orgasmo, sus labios y lengua, instrumentos del diablo.

Incluso en medio de su placer, no podía evitar sentirse divertida porque no era la idea de ella despatarrada, las caderas corcoveando,

y las manos hundidas en el cabello de él lo que hacía que su cara se calentara. No, desvergonzada buscona que era, su comportamiento licencioso no le hacía sonrojarse. En vez de eso, eran los sonidos que el duque hacía mientras se daba un banquete en ella con un abandono carnal.

Sedgewick en su mejor momento había sido entusiasta, pero siempre con prisas. El duque no solo se regodeaba en su posesión de ella, sino que parecía contento con quedarse todo el día donde estaba, provocándola hasta el borde de su clímax y luego, enloquecedoramente, apartándose de ella justo en el momento crucial.

La primera vez en que la trajo al borde y luego desvió su atención, ella pensó que él había calculado mal y con suavidad le hizo volver. La tercera vez que pasó, ella supo que estaba jugando con ella. Y, a juzgar por la manera en que sus labios se curvaban contra sus carnes sensibles, estaba disfrutando mucho.

Freddie apretó los dedos en su cabello la siguiente vez en que él hizo su truco y ladeó su cabeza de manera que ellos se miraron a los ojos. "Excelencia", dijo ella, forzando las palabras entre dientes.

"¿*Hmm*?" Sus hombros se movieron levemente y Freddie se dio cuenta de que el irredento provocador se estaba *riendo.*

"Estás siendo… cruel, Plimpton".

Esta vez, no se molestó en ocultar su risa. La miró con una mirada inocente que no la convenció ni un momento, y la soltó con un lametazo lento antes de decirle. "¿Ah, sí?"

"Sabes que sí".

"Perdón… ¿Quizás es esto lo que querías?" Bajó la boca.

Freddie emitió un grito, la cabeza echada hacia atrás y cerrando los ojos. "Sí", dijo jadeando mientras él le daba exactamente lo que ella necesitaba. "¡Sí… sí, eso!"

Esta vez, cuando ella se abalanzaba hacia su clímax, en lugar de abandonarla, él deslizó dos dedos en ella, bombeándola con

movimientos firmes y profundos mientras la ola subía y finalmente rompía.

"¡Sí!", gritó ella, enarcándose encima de la cama, cada músculo de su cuerpo tenso mientras temblaba con la fuerza de su orgasmo.

***

Winifred estaba llena de sorpresas. ¿Una Condesa de Hielo? Más bien una condesa de fuego.

Plimpton sacó suavemente los dedos de su funda prieta y le dio un último besito en su capullito hinchado antes de ponerse de rodillas para evaluar lo que había hecho. No solo sus mejillas estaban rojas, sino que la piel de su pecho estaba roja de pasión y había una mancha rosada en su vientre. Era una lisa y delicada perfección, rodeada por una algarabía de rizos rubios pálidos, los párpados pesados y su expresión de saciedad haciendo que su rostro, ya de por sí hermoso, fuese deslumbrante.

Ella curvó los labios levemente mientras le miraba a los ojos, y él se quedó emocionado, sin habla porque ella parecía estar disfrutando de su sensualidad en lugar de sentir arrepentimiento.

Ella levantó las manos hacia él, y entonces, para gozo de él, separó los muslos más todavía, la invitación inconfundible.

Los huevos de Plimpton se tensaron con la fuerza de su necesidad, haciendo que su vergag diera una sacudida, goteando más todavía.

La sonrisa vaga de ella se puso divertida.

"¿Estás disfrutando viéndome sufrir, verdad?"

"Sí", reconoció ella sin dudarlo.

Él soltó una risotada, pero rápidamente se convirtió en un jadeo cuando ella cerró la mano en torno a su verga y le apretó, sus dedos hábiles ordeñando el líquido de su raja de pre-eyaculación con una pericia que le habría hecho caer de rodillas si no hubiera estado arrodillado ya.

"No eres el único que sabe hacer trucos, su Excelencia".

"Eso parece", dijo él, teniendo que forzar las palabras entre dientes mientras ella tocaba con el pulgar un sitio bajo la corona de él que le volvía un tonto sin remedio. Él cerró los ojos y empujó las caderas más cerca, aunque ella no necesitaba instrucciones suyas. Su mano esbelta le trabajó con movimientos firmes, sus dedos apretándole hasta casi hacerle sentir dolor mientras le bombeaba hasta sentir el clímax. Él quería parar, apartarse, pero la sensación era demasiado placentera.

El orgasmo se intensificó lentamente, las caricias de ella lo suficientemente lentas como para que él pudiera saborear la sensación, pero con rapidez suficiente, haciendo que este interludio iba a acabar demasiado pronto.

Todavía estaba intentando conseguir la voluntad para frenarla cuando ella paró.

Él sentía la cabeza como si estuviera llena de plomo y le llevó mucho más tiempo del debido para poder abrir los ojos y recomponerse.

Ella le miraba desde abajo con una sonrisita. "Donde las dan, las toman…"

Ah. Así que eso era su juego.

"Creo que no, querida". Tomó la mano de ella apartándola de su verga y aprisionó las muñecas de ella al lado de su cabeza en la cama mientras él bajaba las caderas.

"Me has provocado antes. Esto no es justo", dijo ella haciendo un mohín.

"Nunca dije que pelearía de manera justa". Presionó la punta de su verga contra la carne caliente y mojada de ella, separando los muslos de ella más todavía con las rodillas. Ella se estremeció, basculando las caderas para tomarle. El gesto silencioso y anhelante de su sumisión le hizo sentir una cegadora oleada de lujuria, y la llenó con una embestida dura y profunda, sin detenerse hasta llenarla por completo.

Ella gimoteó ante el estiramiento repentino, mordiéndose el labio inferior con los dientes mientras se estiraba lentamente para acomodarle. Y entonces sus ojos se abrieron una fina rendija y levantó las caderas para tomarle aún más profundamente, sus músculos internos contrayéndose con tanta fuerza que los ojos de él casi se ponen en blanco.

Cielo santo. Esta mujer podría matarle.

Y Plimpton podría desear semejante muerte.

***

Encajamos como una llave en una cerradura.

Freddie se sintió avergonzada por ese pensamiento, pero solo porque había descrito la perfección de la sensación con palabras tan manidas. La verdad es que estaba demasiado sumida en el placer como para que se le ocurriera algo mejor. ¿Y a quién le importaban las palabras que usara? Era la *sensación* lo que importaba. Y la sensación era gloriosa.

Él se retiró lentamente y la llenó de nuevo con una embestida salvaje.

"Perdón", dijo él con la voz tensa, confundiendo el jadeo de placer de ella con otra cosa. "¿Estás…?

"Perfecto", fue todo lo que ella logró decir. A juzgar por el ardor en sus ojos, esa fue la respuesta exactamente correcta.

De nuevo, se retiró, pero en lugar de hundirse de nuevo en ella, movió las caderas, su punta gruesa ante la entrada de ella mientras la miraba a los ojos fijamente, preguntas en su mirada en el borde de su deseo.

"¿Qué te pasa?", preguntó ella.

"Ya que esta es la primera vez en que te adentras en este… placer ilícito…"

"No puedo quedarme embarazada".

Él la miró pensativo y luego le preguntó: "¿Estás segura?"

"La primera esposa de Sedgewick se quedó embarazada cuatro veces; yo nunca he podido concebir".

Él titubeó, y luego abrió la boca, sin duda para señalar lo obvio, que quizás la primera esposa de Sedgewick había estado dispuesta a meter cucos en el nido de su marido, pero Freddie no quería repasar el doloroso tema de su infertilidad. Nunca. Pero desde luego que no *ahora*.

Ella levantó las caderas, obligándole a hundirse más, y apretó los músculos internos.

Él gimió, y parpadeó, como si hiciera esfuerzos por resistir.

Freddie movió las caderas, y Plimpton se rindió con un gruñido gutural, hundiéndose mucho, hasta que ella estaba casi incómodamente llenada y estirada.

Se quedó así, manteniéndola apresada tanto con su mirada profunda como con su excitación rígida.

"No puedo hundirme lo suficiente", dijo él con una voz tensa, su verga flexionándose dentro de ella.

Algo en ese movimiento sutil le llamó vívidamente la atención a Freddie: había un hombre dentro de su cuerpo.

Era una tontería estar sorprendida por algo tan obvio, pero el pensamiento erótico hizo que cada músculo de su cuerpo se apretara.

Plimpton gimió. "Oh", murmuró él, empezando a mover las caderas con una lentitud agónica.

"Por favor… Plimpton", le rogó ella con la voz ronca, la necesidad de ser tomada de manera dura y rápida, haciéndola rogarle con desesperación.

Él adoptó una sonrisita, claramente agradado y divertido por la manera de rogar de ella. Pero su mandíbula tensa y narices ahuecadas indicándole a ella que no era la única apenas aferrada al control.

"¿Quieres más?"

"Sí, por favor".

Las pupilas de él se agrandaron, indicándole a ella que a él le había gustado su respuesta recatada, y sus caderas se movieron con más rapidez, sus embestidas más profundas y duras, cayendo en un ritmo que le daba a ella cada centímetro de él.

Freddie tiró de sus muñecas, que seguían aprisionadas por él.

Él subió una ceja arrogante, las caderas sin desfallecer mientras la llenaba de manera lisa y completa una y otra vez.

"Quiero tocarte", susurró ella, su cara poniéndose roja ante su propio atrevimiento.

Sosteniéndole la mirada, él deliberadamente soltó una de sus manos y luego la otra.

Freddie subió deseosa los dedos a la piel dura y rugosa de su cintura, descansando las palmas de las manos ligeramente en los músculos fascinantes que se tensaban y alargaban con cada embestida grácil.

Él bajó los párpados en una expresión de placer animal mientras ella deslizó las manos tras sus caderas bombeantes y tomaba una nalga prieta en cada cuenco de sus manos. Ella le había sentido la víspera, pero las ropas les separaban. ¿Quién podría haber adivinado que se sentirían aún mejor, lisos como el raso y cálidas y duras, contra las palmas de sus manos desnudas? Ella apretó, hundiendo los dedos en las estrías flexionantes.

"Eso da tanto gusto", le alabó él, bajando el torso hasta el codo y luego deslizando una mano entre sus cuerpos, la yema suave de su dedo inequívocamente localizando su clítoris. Freddie había estado demasiado sensible hacía unos momentos, pero ahora le gustó su tacto.

"Córrete conmigo esta vez, Winifred", dijo él en una voz tensa, sus caderas bombeando con más fuerza y más hondo mientras su dedo mojado comenzó a realizar la misma magia de antes, pero sin jugar con ella esta vez.

Freddie exploró su trasero tentador a su cintura breve, yendo hacia su espalda grande y sus brazos. Le rodeó con las manos, o al menos lo intentó, el bíceps de él mientras él trabajaba para llevarles los dos hasta la cumbre del placer.

Las caderas de él empezaron a flaquear, el ritmo quebrándose. "¿Estás cerca?", preguntó él con la voz jadeante y tensa.

Freddie separó los muslos más todavía, ofreciéndose a él en respuesta.

Él gimió y sus caderas empezaron a coger ritmo, las embestidas feroces cada vez más descontroladas.

"Sí", gimió ella mientras explotaba, convulsionándose en torno a su verga pulsante mientras él se hundía hasta el fondo, el flujo cálido de su orgasmo causando un estallido de placer en ella como respuesta en el cuerpo de ella. Sus contracciones parecían multiplicarse, el orgasmo durando mucho más que el primero.

Los brazos de él se sacudieron en un leve temblor antes de que bajara su cuerpo sobre el de ella. Freddie le abrazo mientras sus espasmos se hacían cada vez menos violentos, el tiempo entre cada paroxismo aumentando hasta que se relajó con un suspiro. Estaba caliente, pesado y olía a sudor limpio masculino con vestigios de olor a agua de lago en su cabello revuelto.

Él regresó después de su pequeña muerte de manera rápida y ella sintió que le invadía la conciencia. En lugar de dejarla, les rodó a los dos con suavidad hasta quedar los dos de lado, los cuerpos todavía unidos.

"Así, ahora puedes respirar", dijo con una voz espesa de sueño.

Freddie sonrió ante esta reacción muy varonil ante la eyaculación. Ella no quería hablar… nada bueno saldría de ello, eso era seguro… así que se arrebujó entre sus brazos descansando la cabeza en su bíceps. "Necesito descansar", mintió ella.

"Muy bien", dijo él, la segunda palabra casi irreconocible debido a un gran bostezo. "Solo un ratito". Apenas había terminado de

hablar cuando sus músculos se relajaron y su respiración se hizo más profunda.

Hombres. ¿Cómo podían quedarse dormidos en un momento como este?

Eso fue lo último que Freddie pensó antes de que una negrura cálida y aterciopelada la invadiera.

***

Plimpton se sentía tan bien que hacía esfuerzos por no despertar. Este sueño era delicioso… Su verga estaba dura y pulsante y ahora mismo estaba alojada en algún sitio caliente, mojado y apretado.

Algo blando y cálido se movió a su lado y se obligó a abrir los párpados. Rizos, hermosos de color rubio ceniza, le tapaban la visión. Levantó una mano apartándolos con cuidado. Winifred estaba acurrucada a su lado, sus pechos suaves aplastados contra el pecho de él, su cabeza en su brazo, que se le había dormido, y mejor todavía, una pierna esbelta colocada por encima de su cadera, una pose que hacía que su verga estuviera profundamente alojada dentro de ella.

La erección que le había despertado pulsaba felizmente al darse cuenta de que no había sido un sueño para nada. Plimpton no pudo resistirse a flexionarse dentro de ella, pero el resto de su cuerpo seguía inmóvil para no despertarla.

Pero ella se movió igualmente, su cabeza rodando levemente a un lado y sus ojos plateados soñolientos mirándole a los suyos. Y luego sus labios llenos de color coral se curvaron en una sonrisa. "¿Hemos dormido mucho?"

"No estoy seguro; me desperté unos pocos segundos antes que tú". Miró hacia la ventana. Todavía se escuchaba el ruido de la lluvia golpeando con suavidad el cristal, y afuera había luz aunque estaba apagada. "Puede ser cualquier hora del día allí fuera". Bajó la mirada para verla, deslizando su mano libre por su cintura, arrimándola más cerca todavía, hasta que ella emitió un suave gruñido de placer, su sonrisa aumentando cuando él pulsionó las caderas. "¿Estás demasiado dolida como para tomarme otra vez?"

Ella soltó una risa soñolienta. "Estrictamente hablando, no he dejado de tenerte, Excelencia".

"*Mmm*", murmuró él, arrimándola para robarle un beso. "Voy a asumir que eso es permiso para darme gusto".

Ella flexionó también para demostrar su aprobación.

Plimpton tomó el muslo de ella en la mano acercándola más a su cuerpo, follándola con embestidas poco profundas y juguetonas.

Ella llevó los dedos a los labios de él, trazando una sonrisa que él no había sabido que tenía.

"¿Sonrío tan rara vez?", preguntó él, sin detenerse en sus embestidas suaves.

"No puedo recordar que lo hicieras hasta hoy".

"Es todo culpa tuya", le acusó él.

"Puedo aceptar la culpa de eso… *uff.*" Ella movió los párpados cuando él alteró sus embestidas de manera que la rozaba en la punta de su sexo ligeramente.

"¿Te gusta esto? ¿O quieres que lo haga con más fuerza?", preguntó él con la voz tensa, sorprendido de que estuviera tan próximo a eyacular otra vez.

Ella movió la cabeza murmurando: "Mm".

Plimpton sonrió ante la respuesta que no era una respuesta. Su cabello era una nube rubia liada y había una arruga de sueño en su mejilla de la sábana que se había quedado atrapada entre su cara y el brazo de él, pero él pensó que ella nunca le había parecido más preciosa.

Un afecto potente le atravesó, inmediatamente seguido por un temor crudo y una impotencia desgarradora. Las tres emociones eran raras y poco familiares, pero la última era especialmente indeseada. En el pasado, había sentido impotencia después de ocasiones profundamente desagradables, como su noche de bodas o las enfermedades de sus hijos, esos momentos en su vida en los que nada bueno había pasado.

Le preocupaba sentir eso ahora con Winifred.

La acercó de manera que ella no pudiera ver su rostro y leer sus pensamientos. Ella era flexible en sus brazos, su pierna apretándose contra él, como si le quisiera meter más profundamente en ella.

Y, aun así, Plimpton necesitaba *más*. La rodó hasta que quedó boca arriba, una vez más aprisionando sus manos contra la cama mientras se hundía en ella con fuerza, trabajándola con embestidas salvajes. Cuanto más duro la follaba, más se retorcía ella debajo de él, tomando todo lo que él le daba y abriéndose para más, invitándole dentro de su cuerpo hasta donde pudiera llegar.

"Mírame", le ordenó él con la voz ruda, una satisfacción primitiva inundándole cuando ella abrió los ojos de golpe; al menos había una manera en la que él podía obligarla a obedecerle.

Plimpton la miró con más tiempo y dureza de lo que había mirado a nadie en toda su vida. Incluso ahora, en su pasión, había muros que él no podía escalar o ver más allá, barreras que ella había erigido para mantener fuera a tipos como él.

Tenerla hoy no iba a purgarle de su ser, solo la haría estar más profundamente en él, como una astilla que se enterraba en la piel cuanto más se hacía por sacarla. Quererla era algo que se había apoderado de su sangre, como una fiebre baja, y él temía que solo iría empeorando en los días y semanas venideros.

Pero por lo menos puedo hacerle sentir esto, pensó mientras el orgasmo la alcanzó y sus ojos se volvieron grandes y sin velo en su pasión.

Menos mal que su propio clímax llegó y el placer físico se llevó el lío de emociones indeseadas.

CAPÍTULO 16

Freddie apenas se había recuperado de la ferocidad del acto de amor de Plimpton cuando él se retiró de su cuerpo lentamente y rodó de su lado, sus pies golpeando el suelo con dos sonidos amortiguados.

Se inclinó para agarrar su bata del suelo, poniéndosela, atándose el cinto con unos breves movimientos hábiles y luego salió de la habitación.

Ella arrugó la frente ante la salida repentina de él. ¿Había hecho ella algo malo? Él había tenido una expresión aún más intensa que de costumbre mientras les había llevado a los dos al placer. ¿Estaba… enojado? ¿Asqueado?

¿O era esto comportamiento normal después de relaciones carnales con un amante?

En las noches buenas, Sedgewick perdía el conocimiento durante unos momentos después de su orgasmo, y luego le deseaba buenas noches y regresaba a sus habitaciones.

¿Podría ser esto el equivalente a ello?

Se dijo a sí misma que no debía sentir dolor por lo que percibía como un abandono. Después de todo, ella era la que seguía insistiendo sobre…

"Ponte boca arriba".

Ella dio un respingo ante la voz de él. "No te escuché regresar", dijo ella estúpidamente, su cuerpo obedeciendo su orden dada en voz baja.

Él se arrodilló en la cama y estiró una mano para agarrar la sábana que ella había subido hasta taparse los pechos.

Cuando ella se aferró a las sábanas con más fuerza, él levantó una tela para que la viera. "He traído esto para limpiarte, Winifred".

"Oh". Ella se quedó mirándole, sorprendida por algo que no tenía precedente en su vida. "Esto… yo puedo…"

"Permíteme", dijo él en voz baja. Su amante sonriente había desaparecido; en su lugar estaba el aristócrata serio e inescrutable.

Le daba vergüenza pensar en él haciendo algo tan íntimo, pero soltó las sábanas que agarraba con fuerza y separó las piernas.

Para ser un hombre que había sido atendido por criados toda la vida, era sorprendentemente preciso y suave. Su expresión no era de lascivia, sino de… atención.

"Hala", dijo cuando terminó, levantando la vista para mirarla a la cara. "Te prepararía un baño, pero soy un incompetente, y no tengo ni idea de cómo hacer para calentar tanta agua".

Freddie rió, aliviada porque la firmeza de su boca se había suavizado, restando algo de su severidad. "Tardaría demasiado tiempo y deberíamos estar yendo a casa".

"Sí, apenas llueve ahora. Bajaré a buscar tus ropas. Hay más agua, fría desgraciadamente, en ese jarrón". Señaló el aparador y se levantó de la cama.

Freddie esperó a que él saliera del dormitorio y luego se ató la sábana deprisa alrededor del cuerpo, aunque esta vez solo la llevaba puesta de cualquier manera y no como una prenda de vestir de la Grecia clásica.

Al rebuscar rápidamente en los cajones del tocador, encontró un buen peine de marfil y un cepillo. Sabía que no podía peinar todos los nudos que tenía en el pelo, pero por lo menos pudo domar su cabello lo suficiente como para dividirlo en tres secciones y trenzarlo.

Una vez que ató la trenza con un lazo viejo que encontró al lado del cepillo, se hizo una especie de corona con la trenza y utilizó un puñado de horquillas oxidadas para fijar el peinado que se había hecho.

Dio un paso hacia atrás y torció el gesto al mirar su reflejo; parecía una mujer que había caído dentro de un lago, nadado durante un cuarto de hora y luego dedicado a dos rondas de vigoroso deporte de cama.

Unas pisadas en los escalones, con botas esta vez, le hicieron darse la vuelta.

Rió y luego se mordió el labio.

Él la miró con una expresión de regañina. "¿Te burlas de mis ropas?"

"Solo de tu camisa", dijo ella, y luego se rió otra vez al ver su corbatín arrugado y mangas muy arrugadas. "Y tu corbatín". Miró las botas de él que ahora estaban sin brillo y deformadas. "Pero no puedo reírme de tus botas. Eran hermosas y ahora están destrozadas".

Él se encogió de hombros.

"¿Te costó trabajo ponértelas?"

"No, pero me las he podido poner porque siguen húmedas".

"¿Dónde están mis cosas?"

"Las dejé delante del fuego, ya que todo sigue un poco húmedo". Sonrió con pesar. "Encontré una tetera, averigué cómo llenarla de agua y milagrosamente la he puesto a hervir. Se me ocurrió que podríamos tomar té. Para cuando hayamos terminado, tus cosas deberían estar casi secas".

"Me encantaría un poco de té. Pero primero déjame reparar mi toga". Le hizo un gesto con los brazos para que él se fuera. "Bajaré en un momento".

Una vez que arregló su *traje* y alisó los nudos más rebeldes de su pelo con un peine húmedo, decidió que estaba lo mejor posible y bajó por las escaleras.

"Has llegado justo a tiempo", dijo él, señalando la tetera y el contenedor de té que seguramente había encontrado en la cocina. "El agua está hirviendo. Dime: "¿Echo primero el agua o el té?"

"¡Debería darte vergüenza, Excelencia!", le regañó ella. "Siempre es té y después agua".

Él la miró sumiso y ella no le creyó ni un momento. "Considérame debidamente regañado".

Mientras el té reposaba, ella examinó la bandeja que él había cargado y traído de la pequeña cocina. Tomó un cuchillo de cortar carne y lo alzó. "¿Para qué es esto?"

Él la miró con timidez. "Se me ocurrió que debería colocar un poco de todo en la bandeja". Ella rio y sacudió la cabeza. "Siéntate y ponte cómodo y yo realizaré el ritual. ¿Cómo te gusta?"

"Sin leche y fuerte".

Una vez que el té había reposado lo suficiente para ella, se sirvió una taza, añadió un terrón de azúcar y dejó la tetera a un lado para que reposara un poco más. Una sensación optimista se había estado acrecentando en ella desde que él regresó al dormitorio con la tela. Quizás era realmente posible tener una relación sin que el hombre fuese cansino. Quizás podría confiar en que Plimpton no se volviera altivo y dictatorial.

Quizás podrías realmente preguntarle unas cuantas preguntas más acerca de ese fin de semana fatídico…

Freddie levantó la mirada para encontrarla mirándola con una expresión pensativa pero relajada.

¿Quizás ahora era un buen momento?

"¿Qué pasa?", preguntó él. "¿Tengo algo en la cara?" Se miró las manos, que tenían manchas de hollín de la tetera.

Por alguna razón, fue esa reacción normal, en lugar de ducal, lo que le hizo decidirse.

"Quiero preguntarte algo".

De inmediato pareció receloso. "¿Sí?"

"Tienes que darme tu palabra de que no vas a insistir en por qué te lo estoy preguntando".

Él se cruzó de brazos, el gesto haciendo que su chaleco muy arrugado y encogido se tensara con los botones casi saltando. ¿Cómo era posible que su aspecto no solo fuera bueno, sino delicioso?

"¿De qué se trata, Winifred?"

Ella levantó la cabeza bruscamente ante el tono severo de él y vio que sus cejas, que eran unas cuantas tonalidades más oscuras que su cabello de color marrón claro, se habían fruncido por el puente de su nariz, formando una V severa.

"No es una pregunta personal sobre ti, Excelencia. Es solo que quiero tu opinión acerca de algo".

Las cejas de él volvieron lentamente a su posición normal, pero sus hombros seguían tensos. "Muy bien, no voy a indagar nada".

Ella sirvió un poco de té, vio que estaba suficientemente oscuro y llenó la taza antes de pasársela.

"Gracias".

Ella asintió con la cabeza distraída, preguntándose cómo hacer su pregunta. Ir al grano sería lo mejor. "Mi pregunta es acerca de esa fiesta que Wareham celebró la semana en que mi hermano Piers desapareció". Cuando Freddie le miró a los ojos, era como si escuchase puertas y contraventanas cerrándose de golpe.

"¿Qué quieres saber?", preguntó él con el tono menos animoso imaginable.

"¿Recuerdas algo extraño en esa semana? Aparte del asesinato", agregó ella deprisa.

"¿Por qué?"

Freddie levantó las manos. "¡Acabas de *prometerme* que no ibas a indagar!"

"Eso no es indagar. Solo estoy… preguntándome".

"Bueno, no te preguntes nada".

Él flexionó la mandíbula mientras la miraba, los ojos una vez más, opacados. Inhaló profundamente, contuvo el aliento y luego

exhaló antes de decir: "Me temo que ese asesinato borró todo lo demás de mi memoria".

Bueno. "¿Y puedes recordar a alguna otra persona aparte de los que me contaste antes?"

"No recuerdo a quién mencioné antes".

"Sutton, Weil, Fluke, Jordan, Conrad, Brandon, Wareham, Piers, tú y Meecham".

Él arrugó la frente ante la lista rápida que le dijo ella.

"¿Nadie más?", indagó ella.

Él la miró durante un momento largo e incómodo. "Esos son los únicos que recuerdo. Si quieres una lista más amplia, pregúntale a Wareham".

Así que esto era todo. Le quedó completamente claro a Freddie que no iba a conseguir nada más del duque.

"Gracias". Se acabó el resto de su té y empezó a colocar los platos y tazas sucios en la bandeja.

La mano de él se posó encima de la de ella. "No deberías estar hurgando en esto, Winifred".

"No sé lo que quieres decir".

"Eres una mentirosa terrible, lo cual dice mucho de ti, de paso, pero no deberías haberte molestado. Wareham me contó anoche que Piers regresó hace un año. Sé que está haciéndose pasar por un amigo tuyo, Gregg". Sonrió, pero no estaba divertido. "Creí que no habría nada más molesto que creer que Gregg fuese tu amante. Parece que me he equivocado".

Ella retiró la mano bruscamente. "Si sabías todo eso, entonces, ¿por qué me has preguntado el porqué?"

"Tenía esperanzas de que no fuera cierto".

"¿Estabas esperando que mi hermano no viniera a verme?"

"Sí. Debes saber que relacionarte con un asesino…"

"Un *acusado* como asesino".

Él flexionó la mandíbula. "Si te pillan asociándote con un *fugitivo* acusado de asesinato, irás al presidio, Winifred. Habría esperado que Cantrell tuviera más cuidado con tu seguridad y futuro que la de meterte en una investigación aloca…"

"¿Alocada? ¿Qué quieres decir con eso? ¿No tiene derecho a demostrar su inocencia?"

Él torció el gesto ante la voz fuerte de ella, que solo la enojó más todavía.

"Oh, ¿no te gusta que te griten?", gritó ella.

"No, no me gusta".

"Bueno, a mí no me gusta que me regañe alguien sin derecho a hacerlo, pero parece ser que no tengo opción en el asunto. Para que lo sepas, Excelencia, Pier no me incluyó en nada. De hecho, me rogó específicamente que no me involucrara".

"Y sin embargo, aquí estás indagando en el asunto con la finura de un toro. Al menos me alegra saber que los deseos de Cantrell tienen el mismo poco impacto en tu comportamiento que los de cualquier otra persona".

La mano de ella se cerró alrededor de la taza vacía que tenía delante.

El duque vio ese gesto y sacudió la cabeza. "Si me lanzas eso, te daré un azote en el trasero".

Freddie estaba casi tan enfurecida consigo misma a causa del graznido idiota que emitió como por la amenaza de él.

Se puso en pie, erguiéndose todo lo alta que era, desesperadamente deseando que no llevara una sábana como vestimenta.

El duque, naturalmente, también se levantó, robándola a ella incluso la leve ventaja de ella fulminándole con la mirada desde arriba.

"Si esperas a que me sienta culpable por investigar en lo que es evidentemente un error de justicia grave involucrando a alguien a quien quiero mucho, entonces me alegro de decepcionarte".

"¿Un error de justicia grave? ¿Te refieres a que Piers Cantrell se escapó de la horca? Porque tienes toda la razón en eso".

"Eres… eres…"

"Sí, ¿qué soy?"

"Soy demasiado amable para decirlo", le espetó ella. "Seguramente estaba allí con todos los demás acusándole, ¿verdad?".

Él se inclinó hacia delante, estrechando los ojos. "Para que lo sepas, *allí* cuando se trataba de ayudarle a escapar de Inglaterra y de la justicia. Y eso, Winifred, es algo de lo que me he arrepentido desde entonces".

Todas las palabras iracundas y dolorosas que ella quería lanzarle, se atascaron en su cabeza, que ella sentía a punto de empezar a arder, así de furiosa estaba.

"No estabas allí", siguió diciendo él, la voz fría como siempre, aunque había chispas en sus ojos grises. "No entiendes la cantidad de evidencias que hay contra Cantrell", dijo él, claramente abordando el tema, la cara dura e imperdonable.

"¿Qué evidencias? ¿Te refieres a Piers despertando en una zanja con un cuchillo ensangrentado? Podría haber sido el cuchillo de cualquiera, y la sangre de cualquiera, incluso la de un animal de granja. Piers dijo que nunca perdió el conocimiento de la bebida antes de ese momento o después. Me parece a mí, Excelencia, que mi hermano fue drogado y la única prueba de él luchando con Meecham fue la palabra de un criado que…"

"*Yo* escuché la discusión, Winifred".

Ella parpadeó. "Pero…"

"Meecham y tu hermano se habían estado comportando como un par de villanos en una pantomima mala desde el momento en que aparecieron en Torrance Park, alternando entre celebraciones por su buena fortuna y discutiendo acerca de cómo repartirse sus beneficios mal conseguidos. Era una olla de agua hirviendo que iba a derramarse en cualquier momento. Y se derramó cuando Wareham

le informó a Cantrell que las piezas habían sido robadas de la colección de Devonshire. Le dijo a tu querido Piers que ni pensara en vender ni una sola pieza porque se los estaría devolviendo al duque. Cantrell se alejó furibundo, sus palabras de despedida alguna tontería sobre la doctrina de los hallazgos de tesoros y cómo le pertenecía a él solo y que no lo iba a entregar a Devonshire ni compartir los beneficios con Meecham. Wareham quería ir a por él esa noche y recuperar las piezas de inmediato. Yo siempre me he arrepentido de haber hablado con él para disuadirle de hacerlo, aconsejándole esperar a que Cantrell se apaciguara y que estuviera sobrio".

Plimpton hizo memoria y su expresión de culpa era inconfundible. "Si yo hubiera ido con Wareham esa noche, podríamos haberles dado una paliza a los dos para conseguir el maldito juego de piezas de ajedrez, y los dos se habrían despertado al día siguiente sin nada más grave que la cabeza dolida y unos cuantos cardenales. En ese momento, yo le dije a Wareham que seguiría a Piers hasta que volviera a casa para asegurarme de que no sufriera ningún percance. Le escuché discutir con Meecham, los dos obviamente ebrios. Me pareció que los dos iban a perder el conocimiento pronto, así que les dejé después de advertirle al criado que les vigilara. No tienes ni idea de lo mucho que deseé quedarme allí, Winifred. Pero no tengo ninguna duda de que Cantrell peleó con Meecham y luego le mató, aunque sospecho que fue un accidente y no intencional. Desgraciadamente, Piers no recordó nada de lo que pasó aquella noche, así que nunca lo vamos a saber".

El temor de que Plimpton pudiera tener razón solo enojó a Freddie aún más.

Apartó su silla, volcándola en sus prisas por alejarse tanto del duque como de lo que bien pudiera ser la verdad.

"¡Te *equivocas*! Lo sé".

"¿No te parece que me gustaría estar equivocado, Winifred? ¿No crees que no he visto cómo esto le ha pesado en la conciencia de mi

mejor amigo durante años? ¿Corroyéndole, una fuente constante de vergüenza y dudas?"

Su tono de voz era cansado en lugar de hostil, y eso, más que nada, era persuasivo.

¡Oh! ¿Y si tenía razón? Después de todo, Piers había dicho lo mismo, ¿no? ¿Quizás había juzgado injustamente a Wareham todos estos años? Quizás realmente le había salvado la vida a Piers sacándole del país.

Menos mal que el duque abrió la boca y paró a Freddie antes de que ella pudiera reconocer sus dudas traicioneras. "Cantrell debería haberse quedado lejos, y se merece lo que le pase por haber regresado. Wareham se tomó muchas molestias y gastos en frenar cualquier investigación sobre el asunto y el hombre ha vuelto a Inglaterra, creando dificultades. Una vez más".

"¿Supongo que crees que Sophia hizo lo correcto en decirle al condestable que Piers había vuelto? ¿Beckam te contó eso también, verdad?"

"Sí, él me lo contó anoche, además. Claro que no estoy de acuerdo con lo que hizo Lady Wareham. Tu hermano le prohibió que hablara del tema y eso debería haber bastado para que callara".

Ella soltó una risa amarga. "Oh. Ya veo. No fue algo malo por parte de ella porque era moralmente reprensible, vindicativo y mezquino, sino porque desobedeció a su señor y amo".

Él la miró con exasperación. "Si uno no puede confiar en su pareja, entonces en quién puede confiar?"

La pregunta paró a Freddie como un muro de piedra. Y solo la enfureció más todavía porque estaba de acuerdo con él. Le costó un gran esfuerzo mirarle con una mueca de desprecio. "Qué pena que esa obligación no funcione en ambas direcciones y no solo del marido a su esposa".

"Claro que funciona en ambas direcciones".

¡Era casi imposible discutir con este hombre! "¿Por qué me parece tan difícil de creer?"

"¿Una falta de imaginación?", replicó él con frialdad y luego arruinando un corte espléndido añadiendo. "Me disculpo. Eso fue maleducado, combativo y poco útil".

Esto era menos satisfactorio que discutir consigo misma.

Freddie empujó la bandeja del té por la mesa con un estrépito". Iba a limpiar nuestro desorden, pero deberías seguir con tu viaje de autodescubrimiento y añadir limpiar vajilla a tu lista emocionante de proezas". Se dio la media vuelta y agarró sus ropas de los respaldos de las sillas donde él las había colocado con consideración para que se secaran. En sus prisas, tiró de una de las sillas y al volcar le dio en un dedo del pie.

"¡Maldita sea!", dijo ella dando un alarido mientras daba saltitos poco elegantes en un pie.

El duque se acercó a ella, solícito. "Ven. Déjame echar un vistazo", dijo él poniéndose de cuclillas y estirando una mano para tomar el pie de ella.

Freddie le fulminó con la mirada. "No me toques", le dijo, contenta cuando él reculó. Ella agarró sus botines y medias y subió enojada las escaleras.

No satisfecha con todo, cerró la puerta del dormitorio de un portazo.

***

Wareham descansó su taza de café, su frente alta fruncida. "Ojalá no te fueras mañana, Winny".

Freddie estaba desayunando con su hermano que, con permiso del doctor Madsen, se había unido a ella en el salón de los desayunos para tomar su primera comida que no era caldo o huevos revueltos.

"Tenía que haberme ido hoy, o incluso ayer, cuando se vio claramente que ya no necesitas cuidados constantes. O cuidados en general, realmente".

"Podría tener una recaída".

Ella rió. "No vas a tener una recaída. El Doctor Madsen dijo que tu recuperación es tan sorprendente que está considerando escribir un artículo médico sobre ti".

"Eso es gracias a tus cuidados, Winny. Si te vas…"

"Estarás bien. Y Jane y Bessy han aprendido todo lo que sé sobre el tema de la enfermería. Ya he estado aquí más tiempo del que debería. Tengo una vida… Hay cosas que tengo que hacer".

Él suspiró, estiró una mano por la mesa y tomó la mano de ella. "Solo estoy bromeando contigo; espero que lo sepas. Es solo que no me gusta verte marchar después de haber superado nuestras diferencias". Ladeó la cabeza. "¿Las hemos superado, verdad?"

"En lo que a mí respecta, lo hemos hecho".

"Excelente. Entonces tú…"

"No me mudaré a vivir bajo tu techo, ni aceptaré tu dinero, Dicky. Por favor", dijo ella cuando él abrió la boca para discutir con ella. "Disfrutemos de este último día sin discutir".

Él cerró los labios y asintió con la cabeza. "Muy bien. Tú ganas, esta vez. Pero no dejaré de hacerte ofertas".

"Y eso es tu derecho", dijo ella, untando un pedazo de pan con mermelada y mirando los platos calientes, contemplando servirse un poco más de huevos.

"¿Winny?"

"¿*Hmm*?" dijo ella, saboreando el rico sabor de la mermelada, que estaba hecha de naranjas de la propiedad de Wareham.

"¿Tú y Plimton habéis tenido alguna desavenencia?"

Ella miró a su hermano. "¿Desavenencia? ¿Cómo habríamos haberlo hecho cuando no hemos tenido una, esto, conveniencia".

Él sonrió brevemente ante el intento humorístico de ella. "No has ido a montar con él desde el día en que os pilló la lluvia. Y entonces de repente decidiste cenar conmigo en mis habitaciones… lo cual disfruté enormemente, claro… en lugar de comer con él en el

comedor. En cuanto a las cartas, has jugado al piquet conmigo todas las noches, ignorando al pobre Plimpton por completo".

"Vine a verte a tí, Dicky, no al duque".

"Cierto, pero pensé…"

"Sé lo que pensaste. Y esa es la razón principal por la cual he frenado mis actividades con él. ¿Cuándo vas a entender que yo no quiero un marido, Dicky? Tú y yo vamos a tener una discusión si sigues lanzándome a la cabeza todos los hombres solteros a la redonda".

"Prometo no hacer eso. Pero Plimpton no es cualquier hombre, Winny. ¿Cualquier hombre habría sido capaz de traerte a mi lado? No solo eso, sino que estuvo firme asegurándose de que yo tuviera un médico que no me matara. Plimpton es un hombre de entre mil, cinco mil incluso, honorable y generoso y…"

"Wareham, *para".*

Él levantó las manos rindiéndose. "Quiero que sepas que me duele profundamente ver a dos personas tan perfectas la una para la otra y una de ellas se niega a aceptar la sabiduría de semejante emparejamiento".

"Tomo nota", dijo ella. "Ahora, ¿podems hablar de mis sobrinos y sobrinas? Si estás suficientemente bien, ¿por qué no vemos si ellos pueden acudir esta noche?"

Pero mientras su hermano charlaba con ella, y aprobaba el plan de ella de una velada de juegos adolescentes y ejecuciones al piano de sus sobrinas, la mente voluntariosa de Freddie volvió a pensar en el hombre a quién ella le había dicho a Dicky que no mencionara.

Los días desde el incidente de la casa de barcas habían sido incómodos como poco. Pero ella tuvo que alabar a Plimpton por evitarla cuando ella y Wareham estaban juntos. Al menos de esa manera el hermano de ellan no podía avergonzarles al intentar constantemente que estuvieran juntos.

Ella dudó que Wareham hubiera dejado sus tejemanejes cuando hablaba con el duque al igual que hacía hablando con ella, pero por

lo menos ella no tenía que estar con Plimpton mientras lo soportaba.

Se habría ido hace dos días si no fuera por el hecho de que el carruaje de Dicky todavía no había regresado y lo último que quería ella era aceptar otro favor de Plimpton.

Esa tarde al lado del lago había sido encantadora, al menos el primer tercio, pero había sido esa última media hora lo que selló su futuro. Freddie nunca podría querer a un hombre que pudiera condenar a su querido hermano sin considerar siquiera la posibilidad de que fuera inocente.

Aunque había disfrutado de su encuentro con él, eso sería todo lo que tendrían.

Y si el pensamiento de nunca pasar tiempo con él de nuevo, le hacía sentir un pesar en el pecho, lo superaría. Lo superaría como superaba todas las cosas dolorosas en su vida.

CAPÍTULO 17

Casada?" Repitió Freddie algo estúpidamente.

Lori sonrió llena de júbilo. "Sí, casada". Extendió la mano, donde llevaba un anillo de oro en el dedo anular. "Ante ti, ves a la Vizcondesa de Severn".

Freddie se quedó estupefacta.

Lori no pareció darse cuenta de su estupefacción y siguió parloteando feliz. "Siento no haberte invitado a la boda, Freddie, pero fue un evento muy pequeño. De hecho, estuvimos solo Severn, yo, mi hermano y su familia".

Finalmente Freddie reaccionó para decirle: "Me alegra tanto por tí, Lori". Tomó las manos de la otra y los apretó con suavidad. "No tengo que preguntarte si eres feliz ya que estás radiante. Y estilosa". Miró el conjunto que llevaba Lori que era de color azul pavo real.

Lori sonrió. "Gracias. Y no, no lo elegí yo. Es cosa de Severn".

"Ah… de manera que era el vizconde tu admirador secreto el que te compró esos otros vestidos".

Lori rió. "*Admirador secreto.* Qué palabras más pintorescas. Me gusta. Y sí, mi marido tiene mucho mejor gusto para las ropas del que yo pueda tener nunca. Me compró algunas prendas personalmente, pero me ha ordenado que llene mi enorme vestidor en Severn House sin demoras".

Ahora le tocó a Freddie reir. "¿Por qué me cuesta trabajo imaginarte obedeciendo la orden de cualquier hombre?"

"Me he espabilado ya. He aprendido que si finjo obedecer sin discusión usualmente se puede hacer lo que una quiera".

Freddie hizo una mueca con los labios y sacudió la cabeza. "Preveo tiempos tormentosos aguardando al pobre Lord Severn".

"Es lo que más le gusta", le aseguró Lori, haciéndola reír de nuevo. "En cuanto a ir de compras y gastar montones de su dinero, eso no es una orden difícil de obedecer". Su expresión se volvió ansiosa. "Por lo menos si me ayudas. Si no me ayudas, acabaré con un vestuario lamenable".

"Sería un placer para mí", dijo ella, diciendo la verdad. Freddie había estado deseando ver a la otra vistiendo ropas favorecedoras desde hacía *años.*

"¡Excelente! ¿Cuándo estás libre?"

Freddie fue en busca de su agenda. Mañana ella y Piers iban al Museo Británico para hablar con uno de los comisarios sobre las piezas de ajedrez. Como había sido idea de Freddie, su hermano había estado de acuerdo, con reticencia, en permitirle ir con él.

"Pero solo para ver a este tipo del museo", había advertido Piers. "Que no se te meta en la cabeza hacer de investigadora y perseguir al asesino por tu cuenta, Pajarito".

"¿Freddie?"

Levantó la mirada de su agenda al oir la voz de su amiga, y le sonrió. "Pasado mañana puedo estar a tu disposición".

"Estupendo". La expresión de júbilo de Lori cambió a especulativa. "No es mi intención indagar…" dejó de hablar y frunció el entrecejo ante la risa de incredulidad de Freddie. "Muy bien. Así que sí tengo intención de indagar. Estaba preocupada cuando desapareciste durante más de una semana y la Sra. Brinkley ni nadie más sabía a dónde te habías ido". En sus preciosos ojos verdes había una nota de preocupación. "¿Pasó algo?"

"Qué dramática eres", le regañó Freddie. "Fui a Brighton para un poco de descanso". No tenía ni idea de por qué había mentido sobre ir a ver a Wareham, las palabras salieron de su boca sin freno. Mentir, por lo visto, se podía convertir fácilmente en una costumbre, por lo visto.

"Oh. Qué hiciste… no, no voy a indagar. Solo me alegro de saber que te tomaste un tiempo libre, aunque quizás la próxima vez que lo

hagas, deberías decírselo a la Sra. Brinkley ya que me preocupé… y estoy segura de que los demás se preguntaban por qué tus cartas dejaron de recibirse tan de repente también".

"Tienes razón. Daré aviso si vuelvo a hacer algo tan impulsivo otra vez".

"Es la primera vez que recuerdo… aparte de las pocas tardes cada mes en que desapareces a quién sabe dónde durante unas horas". Hizo una pausa, la mirada expectante. "Como me has hecho la confidencia acerca de la verdad de tus vacaciones improvisadas, quizás podrías iluminarme acerca de lo que haces esos días". Arrugó la frente. "Siempre son un miércoles ahora que lo pienso".

"No puedo confesar todos mis secretos o seré bastante aburrida".

Lori encontró que eso era gracioso. "Qué manera más amable de decirme que no me meta en lo que no me importa".

"¿Qué vais a hacer tú y Lord Severn este verano? ¿No os quedaréis en la ciudad?" preguntó Freddie, cambiando de tema mientras podía.

Lori torció el gesto. "Nos vamos a quedar con su abuelo en el Castillo de Granton. ¿Has estado allí alguna vez?"

"La verdad es que no. Pero he leído sobre él en libros de viajes, y se dice que es magnífico. Estoy segura de que te encantará".

Lori no parecía convencida. "Oh, eso me hace recordar otra pregunta que tengo para ti. ¿Cuándo es el mejor momento para tener una fiesta en el castillo?"

"¿Una fiesta en el castillo?"

"Sí. Quiero reunir a todos ya que no tuve una gran ceremonia. Eres mucho mejor corresponsal que yo… normalmente", bromeó ella. "¿Tienes alguna idea de cuando sería un buen momento para invitar a todos?"

He aquí un tema en el que Freddie podría ahondar. También era considerablemente más seguro que el de su *misteriosa* visita a Torrance Park y la presencia del Duque de Plimpton allí. Lori sería

imposible si alguna vez descubría que Freddie había pasado tiempo con él. Ella había descrito a Plimpton una vez como *severo pero delicioso.*

Freddie podría ahora confirmar que esa era una descripción devastadoramente precisa.

"¿Freddie?"

Ella levantó la mirada dejando de pensar, irritada cuando sintió que su cara se ponía caliente.

Lori estrechó los ojos. "¡Vaya, Freddie! ¡Te estás sonrojando!"

"Hace calor aquí dentro".

Lori miró el ligero vestido de día de Freddie y luego su propio traje de sarga, completo con pelliza abrochada hasta el cuello. "¿Por qué estás tan abstraída hoy?" persistió ella.

"No estoy abstraída", Freddie mintió por tercera o cuarta vez en la última media hora. "Solo estaba considerando tu fiesta. Debes evitar Agosto… por lo menos las primeras semanas".

Como una gatita ante una bola de cuerda, Lori se distrajo del tema. "¿Por qué?"

Freddie sacudió la cabeza fingiendo estar decepcionada. "¡Mi queridísima Lori! Estoy empezando a preguntarme si deberías contratar mis servicios para organizarte las cosas".

"¿Por qué? ¿Qué he dicho?" preguntó la otra, desconcertada.

"¿Nunca has oído del Glorioso Doce de Agosto?"

"Me suena de algo".

"Ya lo creo. Es el comienzo de la temporada de caza del faisán".

Lori arrugó la nariz. "Uff. Qué deporte más salvaje, aunque titubeo en llamarlo deporte… no lo haré hasta que los faisanes estén armados con pistolas propias".

Freddie rió. "No puedo imaginarme que tu marido esté de acuerdo con eso".

"La verdad es que Severn odia la caza de cualquier tipo".

"Oh. Bueno, está en una minoría cuando se trata de hombres de su clase".

"Sí", dijo Lori con amargura. "Soy consciente de la fascinación varonil aristocrática con deportes de sangre de toda clase". Hizo una mueca. "Así que, ¿Agosto no? ¿Y septiembre?"

"Déjame ver mis cartas más recientes. Annis está esperando un evento interesante en…"

"¿Annis está embarazada?"

Freddie hizo una mueca ante la frase poco moderada de su amiga y voz alzada. No había estado bromeando completamente cuando mencionó ofrecerle a Lori sus servicios. La otra iba a tener que lidiar con el abuelo de Severn, el Marqués de Granton, un hombre muy exigente.

"¿Freddie?" insistió Lori.

"Sí", dijo Freddie. "Annis está encinta. Déjame confirmar con ella si va a querer viajar desde Yorkshire en Septiembre".

Lori barrió el aire con la mano. "¿Te dejo que fijes la fecha si no te importa?"

"No me importa para nada. ¿Hay alguna fecha que deba evitar?"

"No. Severn me dijo que hiciera lo que quisieera". Sonrió con suficiencia. "Está demostrando ser un marido muy maleable".

Freddie rió.

Lori miró el reloj en la repisa e hizo una mueca. "¡Oh, cielos! Fíjate en la hora. Le dije al cochero que viniera a buscarme en una hora". Se puso en pie de un salto y se colocó un par de guantes elegantes de color azul oscuro que hacían juego con su traje. "¿Por qué sonríes así?" le preguntó cuando Freddie se fue hacia la puerta con ella.

"Porque me alegro por tí, Lori". Era la verdad, aunque no era toda la verdad. También estaba divertida al ver que Lori se estaba adaptando tan bien a tener un carruaje y criados a su disposición. Era encantador ver su belleza acentuada por vestimenta exquisita y las hermosas esmeraldas que llevaba en las orejas.

"Gracias, amiga mía", dijo Lori, sus ojos de repente nublados. "¿Estás segura de que podrás seguir aquí sin que yo contribuya mi pequeña cuantía de mantenimiento?"

"Te prohíbo a que te preocupes por mí. Estaré bien", le aseguró Freddie, abriendo la puerta y acompañando a Lori bajando las escaleras.

"Ojalá algún caballero inteligente, apuesto… preferiblemente un duque, pero no uno de esos odiosos de ojos saltones reales… llegara y te arrebatase".

Freddie rió. "¡Hay qué ver! Tú te has opuesto al matrimonio desde que te conozco y ahora, novia de menos de un mes, ya estás tramando y maquinando para engatusar a otros en la misma trampa".

Lori se sonrojó. "¿Debería avergonzarme por eso, verdad?" Se detuvo en el vestíbulo y se giró hacia Freddie, impulsivamente rodeándola con los brazos y besándola en la mejilla antes de separarse de Freddie diciéndole. "Solo quiero que seas tan feliz como yo, mi queridísima Freddie". Dicho eso, se secó una lágrima de la mejilla y se apresuró a salir dando zancadas poroc femeninas hasta un elegante carruaje negro que la aguardaba.

Freddie miró hasta que el carruaje de su amiga desapareció y luego cerró la puerta calladamente derrumbándose contra la puerta con un suspiro.

Lori nunca podría enterarse de la tarde poco aconsejable de Freddie pero memorable en la casa de barcas con Plimpton. Asediaría a Freddie hasta los confines de la tierra si alguna vez descubriera que un inteligente, apuesto, pero digno duque sí que había aparecido y le había propuesto matrimonio.

Y Freddie le había apartado.

CAPÍTULO 18

El miércoles siguiente

En las afueras de Londres

El breve paseo desde la posada de carruajes hasta la casita del Sr. y la Sra. Morrison normalmente era algo agradable para Freddie. Pero hoy sentía inquietud por Miranda y en qué estado ánimico estaría. Aunque normalmente era una niña feliz, cuando Miranda se desequilibraba, podía quedarse así durante días o incluso semanas.

Los Morrison ocupaban una alegre casa de ladrillo visto lo suficientemente grande como para acojerles cómodamente a ellos y a sus tres protegidos. La Sra. Morrison era una mujer amorosa que pasaba más tiempo con la gente que en las tareas de la casa y su marido era igual con la jardinería.

Como resultado de ello, el jardín era un alboroto de flores y numerosas ventanas seguían mostrando copos de nieve de papel torcidos de las navidades pasadas.

Freddie escuchó voces de féminas jugando antes de ver a Miranda y sus dos compañeras de casa, Cynthia y Laura, las dos mucho mayores que Miranda que tenía trece años.

Freddie hizo una pausa para mirar por un hueco en el seto desarreglado. Estaban jugando a la rayuela.

La voz infantil de Miranda flotó en el aire bochornoso de verano, mientras cantaba una cancioncilla.

"*Uno para pena,*

Dos para alegría,

Tres para niña,

Cuatro para niño,

Cinco para plata,

Seis para oro,

Siete para un secreto que nunca se debe contar".

Risas y una discusión entre amigas surgió antes de que Laura, una mujer de treinta y pocos, tomó su turno.

Freddie abrió la verja desvencijada, cuyas bisagras chirriaron y tres pares de ojos se posaron en ella.

"¡*Mama!*" exclamó Miranda, corriendo directamente hacia Freddie sin molestarse a rodear la zona de juego y casi derribando a la pobre Laura al hacerlo.

Freddie abrió los brazos para recibir el proyectil femenino que se abalanzaba hacia ella, descansando el peso de su pie trasero para evitar ser derribada al suelo.

"¿Dónde estabas?" lloró Miranda. "¡Me preocupé! ¡Estaba tan preocupada! Mamá Morrison dijo que estabas ocupada con algo importante. Pero ¿demasiado preocupada para mí, Mamá? ¡Yo no soy importante!" Su cuerpo menudo tembló mientras se derrumbaba en un mar de lágrimas.

Freddie acarició sus hombros estrechos con caricias calmadas y firmes. "Calla, Miranda. No hay nada más importante que tú, mi amor. Pero verás, mi hermano estaba enfermo y…"

Miranda levantó la cabeza, su cara bañada en lágrimas y sus ojos de color azul celeste ya enrojecidos. "¿Mi hermano?" repitió ella, la idea fascinante borrando su pena de momento.

"Bueno, él sería tu tío ya que yo soy tu Mamá", señaló Freddie.

Miranda dejó de agarrarla con fuerza lo justo como para mirar por detrásde Freddie. "¿Ha venido mi hermano a verme?"

Freddie sonrió mientras peinaba el cabello de color marrón claro con la mano. Ahora que Miranda había escuchado la palabra *hermano* y la tenía en su mente, pasarían semanas o incluso meses, antes de que Freddie pudiera lograr que recordara que Wareham era su *tío*, y no su hermano.

Su hermano no sabía de la existencia de la niña ni lo sabría nunca, claro.

"… y Gilly me dio las galletas partidas y yo las guardé en un calcetín hasta que un ratoncito las encontró y entonces Mamá Morrison me regañó por…"

Freddie escuchó el monólogo frenético de la vida cotidiana de Miranda, que salía de ella sin pausas. Vio que la Sra. Morrison había salido a saludarla y le sonrió a la mujer más mayor.

"Miranda", regañó la Sra. Morrison con suavidad, levantando la voz lo justo como para ser escuchada por encima del discurso cada vez más rápido de Miranda. "Tienes que permitir que la Sra. Torrance entre en casa como una buena invitada. Ha viajado mucho y querrá merendar".

Cuando eso no detuvo a Miranda, que rápidamente estaba empezando a excitarse y agitarse, hablando cada vez más alto y deprisa para ser escuchada por encima de la voz de la otra mujer, Freddie levantó la bolsa que había traído y dijo: "¿No quieres ver tus regalos, Miranda?"

Eso funcionó como por encanto.

"¿Regalos par mí?" preguntó Miranda dando saltitos y tocando la correa de la bolsa de Freddie.

Freddie miró a las otras mujeres, le costaba demasiado trabajo llamar a dos mujeres de treinta y pico *niñas…* las dos se acercaron como gallinas tímidas pero curiosas. "Tengo regalos para tí y tambíen para Laura y Cynthia".

Miranda arrugó el entrecejo, claramente sin estar segura de que le gustaba la idea de que *todas* recibieran regalos. Pero la Sra. Morrison trabajó deprisa. "Entremos, niñas. En cuanto antes os lavéis las manos y os arregléis, antes podréis tomar té y galletas".

"¿Y regalos?" preguntó Cynthia esperanzada, su vocecita de niña extrañamente conmovedora cuando se emparejaba con su rostro lleno de arrugas.

"Y regalos", dijo la Sra. Morrison de acuerdo con ella, adentrando a sus tres protegidas en la casa donde una criada aguardaba para ayudarlas con la tarea.

Una vez que subieron todas por las escaleras haciendo ruido, la Sra. Morrison se giró hacia Freddie. "Déjeme tomar su abrigo y sombrero, señora. La pobre Miranda estaba tan emocionada de recibir su mensaje de que vendría hoy", dijo ella, hablando sin parar tanto como había hecho Miranda, sin detenerse para respirar hasta haber acomodado a Freddie en lo que se conocía como el *Asiento de los Invitados* en el pequeño salón.

Freddie sacó las cosas que tenía en su bolso mientras la Sra. Morrison habló. Las visitas eran iguales cada vez ya que la regularidad era importante no solo para Miranda sino para las otras dos mujeres que cuidaban los Morrison. Freddie les repartiría regalos y merendar con ellas, hablar en privado con Miranda luego, y después regresar a la posada, todo en un plazo de tres horas.

"… y ha aprendido a hacer croché y está trabajando en un regalo para usted estas Navidades", siguió diciendo la mujer mayor, su mirada yendo hacia los tres paquetes de envueltos y todos del mismo tamaño que Freddie colocó encima de la mesa. Chasqueó la lengua. "Usted es tan bondadosa trayendo algo para cada una", dijo la Sra. Morrison, como decía cada vez que venía Freddie. "Nadie viene ya para la pobre Cynthia". Su boca se torció. "Ciertamente, no hemos recibido su paga trimestral en medio año. El Sr. Morrison y yo la hemos tenido tanto tiempo que es como si fuera nuestra hija, así que nunca la mandaríamos a su casa. Pero sin dinero para su

manutención entrando, la pobre Cynthia tiene que prescindir de los pequeños caprichos".

Freddie nunca les había preguntado sobre la familia de Cynthia, pero sabía que sus parientes debían de ser adinerados porque sus ropas siempre habían sido de la mejor calidad, aunque se había fijado en que llevaba bastante tiempo sin llevar algo nuevo. Le dolía el corazón de pensar en que la familia de Cynthia la había abandonado.

Pensar en Cynthia naturalmente llevó sus pensamientos hacia Miranda, y qué le pasaría a ella si Freddie ya no pudiera mantenerla. Freddie tenía un testamento, claro, pero tenía muy poco que dejarle. Se preguntaba cada vez más si debería tragarse su orgullo y aceptar la pensión de Wareham y todas las ataduras que venían con eso. Si lo hacía, entonces a Miranda nunca le faltaría de nada.

Pero si Freddie hacía eso, nunca la volvería a ver tampoco.

No había respuesta sencilla. Su sueño había sido una vez llevarse a Miranda a vivir con ella, pero sencillamente no podía darle el nivel de cuidados que le daban los Morrison. Más aún, después de vivir con los Morrison y las otras dos mujeres durante la mayor parte de su vida, sería cruel llevársela de allí.

"… no está mejorando, así que el Sr. Morrison y yo queríamos preguntarle si debemos seguir con la tutoría privada…

Freddie se dio una sacudida. "Perdón, Sra. Morrison, pero me temo que no me he enterado de lo primero que había dicho".

"No se preocupe, señora. Estoy aquí parloteando cuando me doy cuenta de que tiene asuntos importantes en los que pensar. Solo quería saber si usted quiere seguir pagando por las lecciones de lectura de Miranda".

A Freddi se le vino el alma a los pies. "¿No ha habido mejorías?"

"Me temo que no, Sra. Torrance. La pobre Miranda vuelve a casa después de las lecciones tan triste y frustrada".

Freddie le pagaba a la maestra local una pequeña suma para que fuera tutora de Miranda tres veces a la semana, esperando que

le enseñaran a leer y escribir. Las clases eran un esfuerzo para los pocos recursos de Freddie, pero no podía dejar de pensar en toda la alegría que se perdería Miranda si nunca aprendiese a leer, por lo menos hasta llegar al nivel en que pudiera disfrutar de los libros para niños que Freddie le había leído cientos de veces y que Miranda seguramente podría recitar de memoria ya.

Freddie odiaba abandonar las lecciones, pero… "supongo que tres años es tiempo suficiente como para reconocer que nunca aprenderá".

"Usted ha hecho lo mejor que ha podido, señora. La tutoría hace que Miranda sienta como si no fuese tan lista como los otros niños. Niños y niñas pequeños que empezaron a leer años después de ella y que ahora pueden leer y…"

"Entiendo", dijo Freddie.

La Sra. Morrison se animó: "Pero sus acuarelas son otra cosa totalmente diferente, Sra. Torrance. Eso es notable. Y van mejorando con cada semana que pasa". Bajó la voz aunque solo estaban las dos. "Ha pintado una especial para usted… el Sr. Morrison la ha enmarcado… y se la quiere dar para su cumpleaños".

Freddie sonrió. "Eso será mi segundo cumpleaños este año. Estoy envejeciendo alarmantemente deprisa".

La Sra. Morrison rió.

Un sonido como de caballos galopando sonó tras la puerta del salón y Miranda y las dos mujeres irrumpieron en la habitación.

Ellas sabían qué regalo correspondía a quién de ellas sin que Freddie tuviera que decírselo. El paquete envuelto en papel de seda rosa siempre era para Miranda, el azul para Cynthia y el verde para Laura.

"¿Qué se dice, chicas?" preguntó la Sra. Morrison, elevando la voz para ser oída por encima del ruido de papel rasgándose y parloteos animados.

Tres pares de ojos miraron a Freddie. "Gracias, Sra. Torrance", dijeron Cynthia y Laura al unisono. "Gracias, *Mama*," dijo Miranda

con una sonrisita, feliz de que Freddie fuese solo suya.

"De nada a las tres", dijo ella, aunque dudaba que la oyesen ya que estaban absortas con sus regalos.

Freddie siempre sentía ganas de llorar al ver con qué poco eran felices las tres. Bastaba unos pocos lazos para el cabello, paquetitos de caramelos, y un libro de cuentos para Cynthia y Miranda, ninguna de las dos sabiendo leer, y un libro con un relato muy simple para Laura, que leía al nivel de un niño de seis o siete años.

Ella tenía otro regalo para Miranda en su bolso: tres pinceles nuevos y una latita con pinturas nuevas, pero le daría eso cuando estuvieran a solas.

La merienda era un alboroto, que se hacía más ruidoso cuando se unió a ellas el Sr. Morrison y entonces las tres chicas le rodearon para enseñarles sus regalos nuevos.

Una vez que alabó los libros, admiró las cintas para el pelo y bondadosamente rechazara la oferta de caramelos, se giró hacia Miranda y le preguntó: "¿Dónde está esa sorpresa que has hecho para la Sra. Torrance?"

Miranda le miró sin comprender durante un momento, emitió un gritito y se puso en pie de un brinco, saliendo corriendo de la habitación.

"No se puede correr dentro de la casa", le dijo la Sra. Morrison sin que le hiciera caso.

"Ha trabajado en este cuadro durante casi una semana", dijo el Sr. Morrison con un aspecto tan orgulloso como si Miranda fuese su propia hija.

"No creo que haya estado ocupada en ningún proyecto durante tanto tiempo como con este", agregó la esposa de él.

Freddie sabía que la mujer tenía razón; el tiempo de atención de Miranda para hacer algo normalmente no duraba más que el momento. Para que ella estuviera trabajando en algo durante días, mostraba crecimiento. Se sentía tentada de cambiar de parecer sobre las tutorías y seguir mandando a la niña, pero le partía el

corazón obligarla a hacer algo que le disgustaba, aunque fuese algo bueno para ella.

Cuando Miranda regresó agarrando un paquete torpemente envuelto, el Sr. y la Sra. Morrison tuvieron la consideración de llevarse a Cynthia y Laura con algún pretexto para darle a Freddie un poco de tiempo para estar a solas con Miranda.

La niña se sentó en el canapé a su lado y le metió el paquete en las manos. "Feliz cumpleaños, Mamá".

"Gracias, Miranda. Esto es muy considerado por tu parte y…"

"Ábrelo", le ordenó Miranda, señalando el papel de color marrón en que estaba envuelto, con un dedo pegajoso y lleno de glaseado rosa.

Freddie no pudo evitar una risa ante el entusiasmo de la niña. Pero su gesto de asombro cuando desenvolvió el regalo, fue totalmente espontáneo.

"Oh, cielos", dijo con un tono de voz callado y reverencial mientras miraba el cuadro magnífico.

"Es el cielo, Mamá", dijo Miranda cuando Freddie solo podía quedarse mirando con asombro. "Es una cons… conste…" gruñó, frustrada por su incapacidad para recordar la palabra.

"Son constelaciones", dijo Freddie.

"Papá Morrison dijo que era un ci… cignus", sonrió triunfal al haber producido la palabra y señalando las estrellas que conformaban el cisne. "Y…y…una cosa que pica". Hizo una mueca mientras hacía pinzas con los dedos.

"Escorpio", le dijo Freddie, sorprendida por el realismo del cuadro y la manera en que las pequeñas pinceladas de pintura parecían iguales que la luz de estrellas brillando en el cielo de color azul casi negro aterciopelado. "¿Viste esto en un dibujo, Miranda?"

"No. Es del cielo".

Freddie rió. "Si… pero después de verlo, ¿cómo pudiste recordar los lugares donde estaban todas las estrellas?"

Miranda se encogió de hombros, ya aburrida con el tema y el cuadro, sus ojos yendo hacia el bolso de Freddie.

"Lo adoro, Miranda", dijo Freddie tomando la mano de la niña y apretándosela con suavidad para hacerla volver a prestar atención y dejar de mirar los regalos que le esperaban. "Gracias".

Miranda asintió con la cabeza, sus pupilas moviéndose deprisa, sin detenerse en nada más de unos pocos segundos. El doctor había dicho que era nistagmo y que seguramente empeoraría con su crecimiento. Había recomendado lentes, pero Miranda había llorado cuando les hicieron ponérselas, de manera que las lentes delicadas se habían guardado en un cajón hasta el día en que serían necesarias. A juzgar por el cuadro sorprendente que Miranda había producido, su visión seguía tan aguda como para que las lentes fuesen innecesarias todavía.

"Siento no haber venido la última vez", dijo soltando la mano de Miranda cuando la niña empezó a distraerse. Aunque la niña abrazó a Freddie cuando llegó, no era cariñosa a menos que fuese ella la que empezaba.

"Tenías cosas im… por…tentes".

"Si. Tu tío estaba enfermo", dijo ella, esperando corregir a la niña sobre la relación de parentesco que ella tenía con Wareham.

"Mi hermano estaba enfermo", corrigió Miranda, haciendo que Freddie sonriera con dolor. A veces, era mejor dejarla estar.

"Mamá Morrison dice que no te gustan tus clases con la Srta. Franks".

Miranda torció el gesto como si acabara de chupar un limón. "No me gusta".

"Estás segura de que no te gustaría…2

"No me *gusta*", repitió, pero más alto esta vez.

"Calla, niña. No hay que gritar. Solo quería asegurarme. Ya no vas a tener que ir".

Las arrugas en la frente de Miranda se borraron al instante y su mirada inquieta volvió al bolso.

Freddie tomó su mano una vez más y se la apretó. "¿Te gustaría más tener una tutora de pintura, Miranda? Alguien que pudiera…"

"No. No me gusta".

"Muy bien", dijo Freddie al cabo de un momento. Hablar de una tutora diferente justo entonces, tan pronto después de hablar sobre la Srta. Franks, seguramente había confundido a la niña. "¿Te gustaría ver lo que tengo en el bolso?"

Miranda dio saltitos en el canapé viejo, haciendo que rechinaran los muelles.

Freddie rió. "Voy a tomarme eso como un *si".*

CAPÍTULO 19

Habían pasado casi ocho semanas exactas desde su día mágico en ell ago con Plimpton, cuando Freddie descubrió que estaba embarazada.

Desgraciadamente, ella no fue la única en enterarse de la verdad ese día.

Acababa de empezar un nuevo proyecto de costura cuando sintió el deseo de vomitar. Soltó su bastidor de bordado y rebuscó deprisa la pequeña palangana de metal que guardaba al lado del canapé que usaba para recoger los hilos sueltos que generaba. Hubo un golpe en la puerta que se abrió antes de que ella pudiera gritar a que se esperaran. Aunque no habría podido gritar nada porque estaba encorvada encima del contenedor y vomitando el contenido de su estómago. Por suerte había comido un desayuno ligero ya que se había sentido nauseada al despertar esa mañana.

Desgraciadamente, no solo entró la Sra. Brinkley sino que Piers le pisaba los talones. Los dos se apresuraron a entrar, sus voces llegándole cómo una marea subiendo.

Freddie cerró los ojos e intentó aclarar su mente. Pero ese truco, normalmente tan útil, no funcionó hoy.

Ella tuvo una arcada una vez más, pero sin vomitar nada. Solo entonces fue cuando se dio cuenta de que había un silencio sepulcral en la habitación. Abrió los ojos para encontrarse a Piers y su ama de llaves inclinados, mirando fijamente con los ojos muy abiertos.

Freddie no pudo evitar una risa ronca. Miró la palangana y luego a la Sra. Brinkley titubeando. “Siento mucho pedirle que…”

La Sra. Brinkley emitió un sonido indicándole que no era problema y tomó la palangana. "No se preocupe. Yo me lo llevo. Usted quédese sentada y regreso con algo para su pobre estómago, milady". Se giró mirando a Piers con los ojos estrechados. "Quizás deba…"

"Está todo bien, Sra. Brinkley. El Sr. Gregg puede quedarse".

El ama de llaves, con una expresión de escepticismo, salió de la habitación.

Piers, que sostenía un vaso de agua en una mano y estaba cerca de ella, se lo ofreció apresuradamente. "Toma. Bébete esto".

Freddie bebió con cuidado al principio, y luego bebió más cuando vio que no iba a vomitar inmediatamente.

"Gracias", dijo, descansando el vaso medio lleno.

"Estás enferma".

Ella se obligó a sonreír. "Voy a estar bien".

"Debería llamar a un médico. No es normal que…"

"Por favor, no lo hagas, Piers".

"Si te preocupa el dinero, insisto en pagar al…"

"Estoy bien".

Él hizo un gesto de impotencia con las manos. "Tu aspecto es terrible, y vomitar no es normal". Se fue hacia el cordel de llamada. "Le diré a tu ama de llaves que llame a tu médico de inmediato".

"No quiero un médico".

Él se giró acercándose a ella. "¡Maldición, Winifred! Eres testaruda e independiente más allá de la sensatez. No estoy intentando controlarte; estoy intentando…"

"Por favor no me alces la voz y me digas juramentos".

Él tensó los labios. "Lo siento. Solo estoy preocupado por ti. Por qué no me dejas…"

"Voy a tener un niño".

Los ojos de color marrón oscuro de Pierrs, tan distintos a los de Freddie y Wareham, se agrandaron con la conmoción. "Pero… *cómo*".

Freddie rió.

El rostro de Piers se puso rojo. "¡Sabes lo que quiero decir, maldita sea! Sé que no te dedicas a relaciones ligeras".

Ella frunció el entrecejo. "¿Cómo sabes eso? ¿Me has estado espiando?"

"No últimamente. Quiero decir… ¡Maldición! No quiero quiero hablar de eso. Quiero el nombre del bastardo que…"

"*Piers".*

"No me importa mi habla. Quién es, Winifred. Dímelo o empezaré a espiar. Y entonces mataré a quién quiera que fuese". Sus manos se flexionaron en puños, como si anticipase ese evento.

"No veo cómo nada de esto es asunto tuyo".

"¡Soy tu hermano!"

Ella se puso en pie dirigiéndose hacia la puerta.

"¿A dónde vas?"

"Hasta que puedas hablarme de una manera ecuánime y controlaada, no tengo intención de estar sometida a tu presencia".

"¡Me disculpo!" gritó él y luego se hundió las manos en el pelo, comportándose como un personaje de una obra de teatro. "Lo siento, no quise gritar eso, tampoco. Por favor, quédate".

Freddie titubeó.

"Te lo ruego".

Freddie exhaló y se sentó.

"Gracias". Él se aclaró la garganta y se sentó en la silla enfrente de ella. "¿Qué vas a hacer?"

"No lo sé todavía. Me acabo de enterar". Aunque ella había tenido sus sospechas durante semanas. Había pasado mucho tiempo desde que se le había cortado la regla, y no desde su matrimonio

cuando había estado enferma con preocupación y tan desnutrida que había estado gravemente enferma.

Al principio, había pensado que quizás su ansiedad por la enfermedad de Wareham, y el altercado con Plimpton, habían alterado el ritmo de su cuerpo. Pero se había sentido nauseada cada vez más durante estas dos semanas pasadas. Había tenido la esperanza de tener una gripe, pero no había habido fiebre u otros síntomas. Aunque había estado más cansada de lo habitual.

Pero hoy… Bueno, hoy *supo.*

Piers abrió la boca.

"No más preguntas".

"Por favor, solo una".

Freddie le fulminó con la mirada. "¿Qué?"

¿Es Plimpton?"

Sintió una sacudida mental ante la pregunta de él. ¿Cómo diantres lo había adivinado?

"Te lo he contado todo", dijo él al no contestar ella. "Todos los detalles sórdidos de mi pasado".

"No realmente *todos* los detalles".

"Bueno, quizás no fueron *todos,* pero desde luego los más relevantes y peores. Al hacerlo, te he demostrado que yo…"

"Sí", dijo ella, demasiado cansada como para discutir. También sentía como que podría vomitar de nuevo.

Él frunció el entrecejo, visiblemente confuso. "¿Perdón?"

"Dije que *sí,* el niño es de Plimpton".

Antes de que él pudiera hablar, se abrió la puerta y entró la Sra. Brinkley con la bandeja de la merienda. Mientras ella se ocupaba de las cosas, Freddie no podía evitar sentirse aliviada por la interrupción. Ya se estaba arrepintiendo de haberle contado la verdad a su hermano. Nunca debió de abrir la boca. Los hombres, incluso los que eran hermanos, no eran de fiar.

***

Los siguientes ocho días fueron de los peores de su vida. Por suerte, Piers había empezado a realizar sus investigaciones sobre los hombres que habían estado presente en esa fatídica fiesta en casa, y estaba demasiado ocupado como para verla a ella, y mirarla cada vez que ella tenía ganas de vomitar.

La Sra. Brinkley, por otra parte…

Freddie no había sido tan afortunada de escapar de la mirada penetrante de su ama de llaves. O de su cocinera, Una. Por primera vez desde que Freddie había conocido a las dos mujeres rivales, se habían unido en sus esfuerzos.

Esos esfuerzos incluían alternar entre mimarla hasta casi volverla loca y mirarla con miradas de incredulidad y desaprobación cuando pensaban que ella no se daría cuenta.

Sus chasquidos y ajetreos en torno a ella eran como para desgastarla por completo. Solo estaba agradecida porque ninguna de sus amigas estaban en Londres para perseguirla también. Ciertamente, toda la gente había huido de la ciudad hacía semanas ya. Lori y su nuevo marido habían sido de los últimos en marchar, Lori pidiéndole y rogándole a Freddie que se fuera con ellos.

"No puedo creer que prefieras estar aquí en Agosto, *sola* que conmigo en Granton, Freddie. Hará fresco y será tranquilo y un alivio después de esta pesadilla de calor infernal".

La verdad es que era excepcionalmente caluroso para ser principios de agosto, el mes de agosto más cálido que recordara nadie, pero lo último que quería Freddie era pasar más tiempo sometida a la mirada de halcón de Lori.

Lo cierto era que estaba disfrutando de su soledad.

No tenía clientes a los que attender y no había compañeras de casa distrayéndola. Por primera vez en años, Freddie tenía toda la casa para ella sola. Las únicas veces que se apartaba de su nido cómodo era para ir a ver a Miranda o acudir a la biblioteca. De manera que pasaba la mayor parte del día acurrucada en la cama, leyendo y durmiendo.

Los días y las noches de Freddie asumieron una especie de cálida languidez ensoñadora. Volvió a leer libros que había disfrutado de joven, historias suaves y felices que no requerían gran esfuerzo. De manera poco sorprendente, una gran parte de sus pensamientos giraban en torno al ser que crecía dentro de ella. Un niño. *Su* hijo. Alquien a quién querer de su propia sangre.

Amaba a Miranda mucho, pero nunca había podido criarla y cuidar de ella adecuadamente. ¿Cómo sería anunciar libremente su hijo o su hija? Sería apartada de la sociedad para siempre, pero si aceptaba la oferta de Wareham, entonces…

Dentro de ella revoloteaban planes y sueños durante esos días calurosos y ensoñadores, los problemas de la vida apartados hasta… más adelante.

No le importaba si la criatura fuese niño o niña. Tener un niño a quién querer sería una experiencia diferente. ¿Se parecería a su padre?

Freddie huuó de pensamientos sobre el duque, que cada vez más le hacía sentir vergüenza. Si acudía a Wareham en busca de ayuda, tendría que mentir acerca del padre del niño. Porque Freddie sabía lo que pasaría si Plimpton descubriera alguna vez que ella llevaba su hijo en su vientre. Ya de por sí tenía gran deseo de hacerla su esposa. No solo debido a su conexión con Wareham, sino porque él consideraba que Freddie era la encarnación de todo lo que él esperaba de su duquesa.

Si se enteraba del embarazo de ella, no daría un paso al lado como había hecho hace todas eesas semanas en Torrance Park. Si supiera lo del bebé, la obligaría a casarse con él.

Y, entonces se vería de nuevo poseída por un hombre que no la amaba a ella por ella misma sino que la quería por lo que representaba. Freddie sabía que Plimpton no sería cruel o peligroso como Sedgewick. No tendría necesidad de esconderse en su habitación durante semanas para ocultar los cardenales y los moratones en sus ojos, incluso los huesos rotos en dos ocasiones.

Plimpton nunca le haría daño. Al menos no físico. Pero tampoco la amaría.

Freddie se burló de sí misma. ¿Cómo podía seguir creyendo en el amor después de lo que sabía de lo que eran capaces los hombres?

O por lo menos, cómo podía creer en el amor hacia ella. Porque sabía que eso existía para algunas personas. Después de todo, sus amigas de la Academia Stefani habían encontrado el amor, aunque solo Serena y Lori se habían casado por amor mientras que las demás se habían casado circunstancialmente y tuvieron la buena fortuna de llegar a amarse.

Pero Plimpton, con todo lo apasionado que había estado en la alcoba, no era la clase de hombre que se enamorara, por lo menos no durante mucho tiempo. Él quería una esposa y una duquesa. Con el ducado asegurado gracias al nacimiento del hijo de su hermano, había aceptado que Freddie no podía tener hijos. ¿Pero y si se enteraba de que ella no solo podía quedarse embarazada sino que ahora mismo llevaba su hijo? Entonces él se la llevaría al campo y la envolvería en algodones. Si, si él supiera que ella era capaz de criar hijos, la consideraría de manera muy distinta a como hacía antes. Ella no craía que él estuviera empecinado en tener un hijo propio como había estado Sedgewick, pero desde luego que querría más hijos de ella si supiera que ella era capaz de dárselos.

Ese pensamiento no la preocupaba, después de todo, a Freddie le encantaría un cuarto de niños lleno de pequeños, pero no quería compartir una familia con un hombre que no la amase. El hecho de que llevaba la miniatura de su hija en el bolsillo le indicaba a ella que el duque era capaz de afecto profundo por su hija, pero ella sospechaba que ese amor solo se extendía a los que eran de su propia sangre.

Freddie suspiró con incomodidad ante las sacudidas del carruaje y se obligó a apartar los pensamientos del duque, y en su lugar, se giró para mirar por la ventanilla del carruaje. Se sentía fatal y deseó

desesperadamente que su viaje regular cada dos semanas fuese más corto hoy.

El movimiento de fuera de la ventanilla suscitó las náuseas ya conocidas para ella en su vientre y Freddie apartó la mirada de inmediato, cerrando los ojos y usando la fuerza de voluntad para apaciguar sus entrañas.

Se tenía que haber quedado en casa. Sería mortificante vomitar en los confines del carruaje, sin olvidar lo horrible que sería para las otras cinco personas que viajaban con ella allí dentro en ese espacio tan reducido.

Freddie había considerado cancelar su visita para ir a ver a Miranda, pero ya se había saltado un miércoles cuando fue a Torrance Park, así que no podía faltar otro de manera tan seguida.

Sintió un tacto suave en sus dedos apretados y abrió los ojos para ver a la mujer sentada enfrente de ella, una mujer de aspecto bondadoso y mayor, una abuela, mirándola con una sonrisa de complicidad. "De menta".

Freddie parpadéo. "¿Perdón?"

La mujer levantó la mano y Freddie vio que había una pastilla blanca alargada en la palma de su mano enguantada.

"Tómela", le instó la mujer, y luego se inclinó hacia ella y dijo en un susurro alto que seguramente todos los otros ocupantes podían oír. "Calmará su estómago".

Con la cara roja, Freddie tomó la pastilla de menta y se obligó a sonreír. "Gracias".

Asintió con la cabeza indicándole a Freddie que se la metiera en la boca. "Cómaselo y mastique".

Freddie le obedeció, su lengua y nariz asaltados inmediatamente por el fuerte sabor a menta.

"Gracias", dijo de nuevo, llenándo los confines estrechos del carruaje de menta. "Cómprese un paquetito y llévelos en su persona durante los primeros pocos meses". Le brindó a Freddie una sonrisa

cómplice divertida. "Yo los comía a puñados durante el tiempo que llevé a mis siete hijos, a veces durante tres meses".

Freddie miró a la mujer de aspecto remilgado sentada al lado de su benefactora, que se había ruborizado hasta el nacimiento del cabello por escuchar una conversación semejante.

Cuando Freddie se tragó lo que le quedó de la pastilla pulverizada, se dio cuenta que sus naúseas se habían aplacado un poco.

Un vistazo al resto de los ocupantes del carruaje le indicó que ahora Piers, la Sra. Brinkley y Una no eran las únicas personas que conocían el estado *interesante* de Freddie.

***

Para cuando se acabó la visita de Freddie tres horas más tarde, tuvo que acudir al baño dos veces y jurar comprar mentas antes de subir al carruaje para volver a casa.

El día no solo fue agotador para ella, sino para Miranda también. La niña había estado más inquieta que de costumbre, y se había quedado adormilada y aletargada después de abrir su regalo.

Miranda toleró el beso de Freddie, murmuró sus gracias por el nuevo cuaderno de dibujo y colores pastel cuando la Sra. Morrison la instó a decirlas, y subió cansada por las escaleras.

Freddie la miró hasta que desapareció y luego, parpadeando para no verter las lágrimas que se acumulaban en sus ojos cada vez que tenía que despedirse, se giró hacia la Sra. Morrison. "Gracias por permitirme visitarla. Sé que cuando vengo eso altera su rutina".

"Siempre es un placer verla, Sra. Torrance. Y las tres se alegran cuando usted viene", le aseguró la Sra. Morrison con una sonrisa.

Freddie le entregó a la mujer un paquetito. "Hay un poco extra incluido para este trimestre".

La Sra. Morrison se ruborizó al tomar el dinero. "Muchísimas gracias, Sra. Torrance. Espero que sepa que nosotros acogeríamos a Miranda sin pagar si…"

"Calle, claro que lo sé".

"¿Está segura de que no aceptaría que la lleváramos hoy? Esta tormenta caerá en breve", dijo la Sra. Morrison mirando el cielo cada vez más oscuro.

Después de rechazar amablemente un viaje en el carruaje de los Morrison, tres veces, permitieron que Freddie se marchara a pie, doliéndole el corazón como siempre pasaba cuando dejaba atrás a Miranda. El dinero que le había dado a la Sra. Morrison era poco más que una miseria, pero seguía le causaba aprietos en su prespuesto. No habría azúcar para el té y el té mismo tendría que ser racionado con más cuidado.

Empezó a llover, interrumpiendo sus pensamientos desagradables, y un repentino golpe de viento le revolvió el bonete.

Freddie torció el gesto, más por si misma que por el clima, y abrió su viejo paraguas.

Las gotas de lluvia se hicieron más grandes, y la brisa tiró del frágil paraguas, casi arrebatándoselo varias veces.

"¡Oh, vaya!" exclamó mientras un golpe de viento tiró con fuerza suficiente como para doblar su delicada estructura.

Freddie forcejeaba con el paraguas cuando la lluvia se paró de repente.

"Buenas tardes, milady".

Ella dio un alarido sorprendida, girando la cabeza al escuchar la voz del Duque de Plimpton.

Él, de alguna manera, había logrado llegar a su lado sin que se diera cuenta, y sostenía un gran paraguas negro por encima de la cabeza de ella.

"¿Qué… qué hace aquí?" exigió ella, su mirada repasándole rápidamente, viéndole exquisitamente vestido en ropas de montar, y luego mirándole a la cara.

"Esperándote. Ven, tu paraguas ya no se puede salvar", lo tomó de los dedos de ella que no se resistían. "No podemos seguir aquío en pie sin empaparnos y llamando la atención". Le ofreció el codo y ella enlazó el brazo con el suyo sin pensar.

Irritada consigo misma por obedecerle sin titubear, Freddie intentó zafarse solo para descubrir que él la tenía agarrada de manera suave, pero con firmeza.

"No seas insensata, Winifred". Su voz era fría y abrupta.

Por no llamar la atención, Freddie dejó de forcejear y caminó a su lado, asintiendo con la cabeza en un saludo al pasar por el lado de la Sra. Corbin, la dueña del comercio de la ciudad. La mujer no solo gestionaba un comercio sino que era también la encargada de los cotilleos. Sin duda todas las personas en un radio de cincuenta kilómetros pronto sabrían que la *Sra. Torrance* había estado caminando cogida del brazo con un hombre desconocido.

"¿Cómo me has encontrado?" preguntó ella con la voz tensa.

"Te seguí". En lugar de sonar arrepentido, su tono era aún más arrogante que de costumbre.

"¿Por qué harías algo semejante?2

"Para ver a dónde ibas".

Ella se quedó muda ante la audacia de él. "¿Qué te da derecho a invadir mi intimidad de semejante manera?" dijo al fin, sin esperar la respuesta de él. "Seguirme es asqueroso y ofensivo de por sí solo. Pero tu manera de reconocerlo es… ¡indecible!"

"Claramente no es indecible, ya que acabas de hablar del tema", replicó él con frialdad. Los músculos de su rostro cambiaron sutilmente bajo su piel y la lluvia cálida de verano de antes, ahora parecía fría.

Aunque deseaba decirle cuatro cosas, apretó los dientes hasta que le dolían y forzó sus palabras siguientes entre labios rígidamente sonrientes. "¿Cómo te *atreves* a espiarme?" dijo ella siseando a la vez que asentía amablemente saludando con la cabeza a cada vez más personas de repente decidiendo salir de sus casas para ver la lluvia.

"No estoy seguro de poder hablar de *atrevimiento,* si fuese tú, milady".

¿Cómo podían sonar la palabra *milady* tan… acusadora? Freddie decidió que en ese momento no le habría molestado que dijera su nombre de pila.

"No sé qué quieres decir con todo esto", mintió ella, sospechando que lo hacía malamente.

Él la miró con una mirada fría y desairada que era el equivalente verbal de lanzar aceite de candil a su genio abrasante. Freddie abrió la boca para decir algo lacerante, pero él no había terminado.

"Mi carruaje se había detenido ante tu casa cuando te ví subiendo a un carruaje de pago. Quería hablar contigo, así que te seguí. Cuando tu carruaje te dejó en el Green Man, sentí curiosidad".

Freddie pensó en diversas respuestas, pero tenía suficiente sentido común de contener palabras que sin duda se arrepentiría luego de haber dicho. Lo que eventualmente dijo fue: "¿Qué te parecería si yo te siguiera y te espiara a ti?"

"No oculto nada, así que no me molestaría".

Ella emitió un sonido maleducado y burlón que nunca había emitido antes. "¿Ah sí? Ya me puedo imaginar lo encantado que estarías si yo te siguiera hasta la casa de una de tus amantes".

Él levantó las cejas levemente, y la miró desde arriba con una expresión altanera, vagamente divertida que hizo que Freddie quisiera pegarle. "Me quedaría aturdido si hicieras eso".

"¿Por qué? ¿Es porque las damas no hacen cosas así?"

"No, porque no tengo amantes a las que visitar".

Ella sintió una fuerte decepción abrasadora atravesarla. Había creído muchas cosas del duque, pero nunca que fuera un mentiroso. "Estoy segura de que la Sra. Palfrey se sentíría decepcionada al oír eso".

¿Qué le había llevado a decir algo así? ¡Desde luego, este impulso de soltar todo lo que le venía a la cabeza era tan poco típico en ella que ya no se reconocía a sí misma!

Pero el duque ni siquiera pestañeó al oir sus palabras. "Lo dudo. Ella y yo seguimos nuestros caminos separados hace meses". Hizo

una pausa, agregando luego: "Y yo me despedí de mis otras amantes nada más volver a Londres de Torrance Park".

¿Amantes? Freddie sabía que la expresión en su cara, que era la de una carpa aturdida, no era atractiva, pero no podía evitar su ultraje o decepción. ¿Qué tenían los hombres con que una mujer nunca les bastaba? ¿Por qué necesitaban tantos tener *múltiples* amantes para satisfacer sus necesidades? Pareceía ser que en este sentido, Plimpton no era tan distinto a Sedgewick después de todo.

El duque puso un dedo enguantado bajo la mandíbula de ella, presionándola levemente para que ella cerrara la boca. "No estoy seguro de a qué viene esa mirada, Winifred. ¿Cómo habría podido querer a cualquier otra mujer después de haberte tenido a ti?"

Freddie se tragó el nudo en la garganta, esta vez de placer en lugar de ira, y le dijo: "¿Terminaste esas relaciones por *mí*?"

"Solo en parte. También las terminé porque ya no me atraían". La guió alrededor de un lugar especialmente embarrado en el camino, ladeando el paraguas para protegerla mejor. "Tú eres la única mujer que deseo, Winifred".

Una niebla parecía estar empezando a inundarle la cabeza y Freddie la apartó deprisa. *No dejes que te encante,* le advirtió la voz de prevención.

¿Y dónde estabas tú en la casa de barcas de Torrance Park?, Le exigió Freddie a esa voz.

Pero la voz ya había salido corriendo.

"Eso no indica porqué terminaste esas, esto, relaciones", dijo ella en una voz mojigata que odiaba. "No tengo intención de reanudar niguna… ninguna…" dejó de hablar fulminándole con la mirada cuando él la miraba con leve interés en lugar de ayudarla encontrar una palabra aceptable. "Sabes lo que quiero decir".

"Lo sé".

Freddie estrechó los ojos mirándole. ¿Eso era una sonrisa que se le asomaba a los labios?

Él le devolvió la mirada, sin indicios de nada, humorístico o de otro tipo, en sus ojos fríos grises.

"Ese episodio en Torrance, esto, en la casa de barcas, fue la primera y única vez", dijo ella, queriendo darse una patada: como si hubiera alguna duda acerca de a qué *episodio* se refería.

"Ya, eso has dicho. Varias veces y en detalle".

Sí, estaba sonriendo sin duda alguna.

Mirar sus labios severos y rosados le recordó lo mucho que podían cambiar. De cómo se habían puesto rojos, mojados e hinchados esa tarde.

Freddie tragó ante un repentino y vívido recuerdo de lo que él había *hecho* con su boca severa…

"Winifred". La palabra callada tenía tintes exasperadamente humorísticos.

Ella le miró a los ojos. "¿Qué?" exigió ella maleducadamente.

"Si me miras así, no puedo prometer controlarme en el viaje a Londres".

La mente de ella pareció partirse en dos. Un lado se fue hacia la tentadora fantasia del duque perdiendo el control. La otra parte, mucho más cansina, se quedó atrapada en el aspecto mucho menos divertido de su amenaza. "¡No puedes volver conmigo en el carruaje colectivo!"

"Vuelves conmigo en mi carruaje".

"¿Tu carruaje? Pero estás vestido para ir a montar". Como si eso tuviera algo que ver.

"Te lo explicaré por qué voy vestido así cuando estemos regresando a Londres".

"¿Qué te hace pensar que te voy a acompañar?"

"Puedes ir conmigo, o compraré un billete para ir en carruaje colectivo y podemos tener nuestra conversación delante de un público sin duda fascinado".

"No te atreverías".

La mirada de él era ecuánime y suave. “Siempre hago lo que digo que haré, Winifred”.

La respiración de Freddie se volvió entrecortada mientras las pupilas de él se encogieron hasta quedar en dos puntitos negros, haciendo que sus ojos grises pareciesen más claros y mucho más acerados que de costumbre. “¿Qu.. qué conversación?”

“Creo que sabes exactamente de qué quiero hablar”.

***

Plimpton podía ver que estaba enojada. Muy bien; él también estaba enojado. En realidad estaba furioso. Su genio se había atemperado un poco en el camino de regreso de su casa desde Grosvernor Square hasta la de Winifred. Pero se había calentado de nuevo cuando la siguió en su carruaje hasta el maldito Green Man.

Había estado humeante de ira todo el camino desde la posada ajetreada hasta el Spotted Sou en el pueblecito de Spenham. Se había disgustado aún más al descubrir que Winifred era bien conocida, al igual que la razón de su recado, por todo el mundo en el pueblecito, mientras él había estado completamente a oscuras. La *Sra. Torrance* había estado viniendo a visitar a su hija en la casa de los Morrison, en el primer y tercer miércoles de cada mes, desde hacía casi nueve años.

Durante nueve años, había estado ocultando de alguna manera a su hija y Wareham no lo sabía ni el resto del mundo.

Plimpton no sabía qué le decepcionaba más. El hecho de que ella tuviera una hija de nueve años que había estado ocultando durante casi una década, o que ella le había mentido acerca de su incapacidad de tener hijos.

Esos pensamientos le llevaron directamente a un tercer pensamiento, algo que no solo le decepcionaba, sino que le enfurecía: la Condesa de Sedgewick llevaba en su vientre su hijo. Un hijo que había tenido toda la intención de ocultarle.

Plimpton no había estado así de enojado en… vaya, no podía recordar haberse sentido tan furioso. O tan condenadamente *herido.*

Incluso su hermano Simon, uno de los hombres más obstinados y discutidores del mundo, le había provocado de esta manera, aunque no fuese porque no lo intentara.

Como si el secreto que ella guardaba no fuera bastante, el mensajero lo había empeorado. Plimpton ahora se sentía en deuda con Piers Cantrell, un hombre por el que no sentía más que la sospecha más profunda. Así que, otra queja más que podía colocar a los pies de esta mujer.

Con todo lo furioso, y sí, dolido, que estaba, se negó a ceder a sus emociones básicas y recriminarla. Así que con su fría cortesía de siempre, ignoró las muecas de ella y la ayudó a subir a su carruaje antes de entregar su paraguas y el de ella a uno de sus criados. El hombre, Albert, miró el paraguas destrozado. "Esto qué haco con…"

"Deshazte de eso", dijo Plimpton y luego se subió al vehículo tomando el asiento que iba en contra del sentido de la marcha.

Una vez que Albert cerró la portezuela, él llamó con los nudillos en el techo y el carruaje avanzó lisamente.

Winifred le fulminó con la mirada, los brazos cruzados ante el pecho y la barbilla apuntando de manera desafiante. "Quizás ahora puedes explicar por qué era tan importante que me espiaste, seguiste y te entrometiste en…"

"¿Es que nunca me ibas a contar lo de *nuestro* hijo?" Aunque lo intentó, Plimpton no pudo mantener todos los vestigios de ira y dolor de su voz.

Como había pasado antes, la mandíbula de ella se quedó abierta, como una puerta con una bisagra defectuosa. Esta vez, la expresión aturdida de ella no le divirtió en lo más mínimo. Más bien al contrario; le reavivó las brasas de su ira.

Plimpton se inclinó hacia delante de manera abrupta, los codos descansando en las rodillas mientras se acercaba a ella. "¿Te ha comido la lengua el gato, Winifred?"

Ella movió la mandíbula de lado a lado, una expresión combativa en sus rasgos delicados. "¿Quién te lo ha dicho?"

Él levantó las manos en el aire. "¿Es eso lo que tienes para decir?"

"Quiero saber quién ha contado mi secreto".

"¿Cuánta gente lo sabe?"

¿Estaba mal que él sintiera placer ante la manera de ella de recular ante la amenaza desnuda en su tono de voz.

"Yo… solo hay tres personas", reconoció ella.

"¿Quienes son?"

"Mis dos criadas conocen mi estado, pero no quién es el…" dejó de hablar y se mordió el labio inferior con los dientes.

"¿Es *padre* la palabra que buscas? Venga ya, sé que la puede decir si lo intentas. ¿O prefieres que te la *defina*?"

Los labios llenos de ella se afilaron ante el sarcasmo de él. "Me disulpo por mi pregunta estúpida. Fue Piers, claro. Es el único que sabe la verdad completa". Incredulidad, furia y traición pasaron por la cara de ella y Plimpton sintió una punzada aguda de culpa por ser la persona que le había causado su malestar. Se sintió poseído por un poderoso deseo de tomarla entre los brazos y consolarla, borrar las arrugas de su frente y besarla para que no estuviera así.

Pero entonces recordó que ella acababa de regresar de visitar su hija escondida y por lo visto planeaba hacer lo mismo con el hijo de *él*.

"Dime, milady, ¿tenías intención de ocultar así a mi hijo o mi hija como has hecho con la niña? ¿Era tu intención visitar a él o a ella dos veces al mes mientras seguías con tu vida? ¿Es tu hija la razón por la que te niegas a aceptar la ayuda de Wareham? ¿Porque sabes lo que él haría si se entera?"

Plimpton no había sabido exactamente qué esperar de ella ante esa acusación, pero desde luego que no era una gracia burlona. "¿Por qué te molestas en hacerme preguntas cuando crees que ya sabes la verdad?"

La manera cuidadosa de ella de hablarle penetró la niebla de ira a su alrededor. "¿Qué es lo que no sé?"

Ella se giró y miró por la ventanilla, su perfil dibujando líneas tan obstinadas que él se maravillo; ¿quién habría creído que esta mujer elegante y sofisticada fuese capaz siquiera de adoptar un mohín tan infantil?"

"¿Qué es lo que no sé, Winifred?" repitió él en una voz cuidadosamente carente de toda emoción.

Ella se limitó a alzar un hombro.

La mujer enfurecedora.

"¿No me ibas a contar nunca lo del bebé?"

"No lo sé", reconoció ella al cabo de una pausa larga, todavía negándose a mirarle a los ojos.

Plimpton se sintió agradecido por la sinceridad de ella, aunque su respuesta casi le había eviscerado. ¿Encontraba ella de verdad que la idea de un hijo con él, un futuro juntos, era algo tan repelente que ella le habría ocultado su propio hijo?

El pensamiento hizo que cualquier pena o remordimiento que sintiera se evaporara. En su lugar una firme decisión. "Nos casaremos en esta semana".

Ella se giró hacia él, los ojos como plata derretida. "Tu arrogancia, tu creencia de que lo que dices ha de ser obedecida sin rechistar, es precisamente por qué no te conté nada de mi bebé".

"Si por *arrogancia* te refieres al deseo de un padre por asegurarse que su hijo nazca dentro del matrimonio, entonces me parece bien aceptar tu acusación".

"Oh, entiendo perfectamente tu *deseo* por asegurar la legitimidad de tu hijo. Pero no te quedas en un mero *deseo*. *Exiges,* y no se me permite tener palabra en nada de ello, como si ya hubieras decidido para los dos cómo será el futuro".

Plimpton se echó atrás en su asiento, sorprendido. "Por favor, aclárame qué otro futuro posible contemplas?" ¿Criarías a este hijo tu misma y hacer que él o ella viviera en una pobreza gentil? ¿Cómo ibas a mantenerte? ¿Crees que la alta sociedad iba a tolerar tu presencia, o entregarte sus hijas para que tú las custodies, si tienes

un hijo ilegítimo? ¿Cómo ibas a alimantar, vestir y alojar a nuestro hijo si fueses una paria?" Sus ojos se estrecharon y permitió un filo cruel y cortante en sus palabras siquientes. "O supongo que actuarías según tu comportamiento actual y entregar a nuestro hijo a una pareja mayor que vive en la miseria rural para que…"

"*¡Nunca* haría eso con mi hijo!" Los ojos de ella ardían con furia indignada.

Plimpton sacudió la cabeza confuso. "¿Por qué iba a ser este hijo distinto para ti que…"

"¡Miranda no es mi hija, Excelencia!"

"So es tuyo, entonces quién…"

"No voy a decirte de quién es hija. Baste decir que la saqué de un asilo donde se moría de hambre y estaba encadenada a la pared, forzada a estar sentada entre sus propios desechos corporales mientras la gente pagaba unos peniques por mirarla. No tiene madre ni padre. Yo soy lo que tiene". Sus ojos plateados eran más claros que nunca y le fulminó con una mirada feroz.

Plimpton estaba completamente perplejo. ¿Qué diablos quería decir ella? ¿Había elegido a una niña de manera aleatoria de alguna institución horrible? Pero qué le había hecho…

Él frenó sus suposiciones sin fundamento. La identidad de la niña, siempre y cuando no fuese de ella, era de poco interés para él. Por ahora, todo lo que importaba es que ella no había tenido intención de condenar a su propio hijo a ser criado por desconocidos. No era gran cosa, pero era mejor de lo que él había pensado hace media hora.

Prestó su atención al asunto más importante. "Sabes que tenemos que casarnos".

Ella cerró los ojos, un estremecimiento recorriéndole el cuerpo, una expresión de profunda tristeza apoderándose de sus rasgos delicados.

Asi que, me casaré con otra esposa que me odia hasta la médula.

El pensamiento helador le afectó como una patada en el pecho.

Plimpton dejó de lado el dolor, algo que hacía con tanta habilidad que se había convertido en algo tan natural como respirar.

Ella abrió los ojos y le miró de frente. "Sí, lo sé".

***

Freddie estaba tan cansada. No solo por el viaje de ese día y la tensión emocional por haberse encontrado con el duque, sino de los años y años de ocultar tantas cosas de su vida de *todos.*

Ella miró a los ojos del hombre del que había sospechado durante semanas, incluso más quizas, desde el momento en que de manera renuente, casi indeseada, con quién había de manera renuente, casi indeseosa, bailado un vals en el baile de matrimonio de Miles hace más de un año, y que se iba a convertir en su marido.

La furia que había hecho que las pupilas de él se encogiesen en puntos negros había desaparecido y era una vez más el frío e intocable aristócrata. "Todavía nos queda un mes o así antes de que tengamos que casarnos. Si tu estado actual te deja demasiado cansada, mi secretario puede redactar la lista de invitados, mandar invitaciones y ocuparse de todas las…"

"No quiero ninguna ceremonia grande". Ella sintió que su rostro se torcía en un gesto burlón y de su boca salieron las palabras como veneno: "*Si se hiciere cuando se hijo, entonces sería mejor que se hiciera pronto".*

Una mancha roja se dibujó sobre los rasgos austeros de él, como si ella le hubiera golpeado.

Ella sintió remordimiento inundándola ante sus crueles palabras. "Me… me disculpo. Eso fue…"

"¿Dramático?" sugirió él, su expresión de arrogancia gélida algo extraña en su rostro encendido.

"Iba a decir cruel e innecesario".

"Pero fue sincero", replicó él en un tono sin inflección. "Deberíamos saber al menos lo que tenemos el uno en la otra, ¿verdad?"

La cara de ella se calentó ante la vergüenza merecida, tanto por su crueldad además del doloroso reconocimiento de que apartarle de su hijo había sido extremadamente monstruoso. Si hubiera sido al revés, y que él le hiciera lo mismo a ella, Freddie no estaba segura de haber podido perdonarle nunca.

"Puedo respetar una honestidad brutal", dijo él. "Y puedo darla yo". Sus ojos grises eran tan opacos y pétreos como la pizarra. "Aunque me temo que mis conocimientos de Shakespeare no son tan impresionantes como los tuyos, de manera que me veo relegado a usar mis propias palabras". Una emoción que ella no pudo interpretar apareció en su rostro y le dijo: "Si tienes alguna intención de escaparte de mi y huir de este matrimonio, quiero que sepas que no hay lugar donde puedas esconderte donde no pueda encontrarte".

Helada hasta la médula, Freddie movió la cabeza con rigidez. "Te doy mi palabra que no intentaré marcharme o intentar apartar a tu hijo de ti". *De nuevo.*

Él flexionó la mandíbula mientras la miraba, como si buscara confirmar la veracidad de las palabras de ella. Fuese lo que fuese que vio eso le debió de satisfacer porque abruptammente dejó de mirarla para mirar por la ventanilla.

No intercambiaron otra palabra hasta encontrarse delante de la puerta de ella después de lo que parecía una eternidad más tarde.

Él hizo una pasua, la mano descansando en el pomo de la puerta. "Vendré a verte mañana para que podamos hablar de…"

"No necesito hablar de nada, Excelencia. Dejaré en tus manos la planificación. Yo prefiero que la ceremonia sea lo más pequeña posible. Y me gustaría pedirte que retrasaras hacer un anuncio público hasta que yo tenga una oportunidad para hablar con Wareham y mis amistades".

"Yo también, quisiera hablar con mi familia antes de comunicar ninguna palabra sobre nuestra boda a los periódicos. Sin embargo, que sepas que no puedo conservar que el asunto sea privado durante mucho tiempo". Debió ver el escepticismo en la mirada de

ella, porque dijo: "Tendré que conseguir una licencia especial, lo que quiere decir que el arzobispo sabrá de mis planes y transmitirá esa información a quien crea que deba saberlo. Una de esas personas será el Regente".

Freddie sabía que lo que decía era la verdad. Un duque casándose con una licencia especial era algo muy irregular. Y el Regente no era famoso por conservar secretos. Eso significaba que ella solo tenía unos pocos días como mucho para escribir sus cartas.

Él hizo una mueca. "Normalmente, el príncipe estaría en Brighton ahora mismo y yo podría tener una excusa por no pedir su bendición. Pero ha vuelto esta semana pasada dado el revuelo que hay en el norte. Puede ser quisquilloso si cree que no se le ha brindado un homenaje correcto, así que se lo voy a tener que decir".

"Entiendo, Excelencia".

Flexionó la mandíbula, una sutil acción que Freddie estaba empezando a descubrir que era el equivalente a lo que en otro hombre, menos reservado, sería una mueca, mientras la miraba desde arriba. Después de un silencio incómodo, dijo: "Regresaré dentro de siete días, ¿será tiempo suficiente para tus preparativos?"

¿Siete días? Cien años no serían suficientes como para reconciliarla con la idea de volver a casarse. Pero ya había vertido suficiente bilis ante el hombre que pronto sería dueño de su cuerpo y alma durante lo que durasen los dos. Así que inclinó la cabeza y le dijo amablemente: "Gracias. Siete días serán suficientes".

Él abrió la puerta, esperó a que ella entrase en el vestíbulo, y luego la cerró sin decir otra palabra.

Freddie se derrumbó contra la madera fría de la puerta y cerró los ojos. Siete días. Estaría casada *otra vez* en siete días. Sería la propiedad de otro hombre *otra vez* en siete días. Una posesión para ser enviada a donde quisiera su marido. Un peón de ajedrez a ser desplazada de aquí para allá de la manera que su amo considerase, a ser mandada y ordenada. Y si desobedecía, sería pegada y encerrada…

Plimpton no es para nada como Sedgewick y tú lo sabes.

Freddie quería gritar y lamentarse contra la voz fría de la razón que normalmente guiaba sus pensamientos, no importa lo correcta que podía…

"¿Pajarito?"

Ella abrió los ojos volando al oír la voz de Piers. Él estaba en las escaleras, mirándola desde arriba, con una expresión de preocupación arrugando la piel de su cara bronceada.

"¡Tú!" Freddie levantó el brazo para lanzarle su bolso. Solo en el último momento recordó que el cuadro enmarcado de Miranda estaba dentro y bajó el bolso. "Tú… tú…"

"¿Bastardo?" surgirió él con una sonrisa triste.

"¿Por qué, Piers? Solo… *por qué*?"

"¿Por qué crees, Winifred? Porque no podía dejarte hacer esto, no a ti misma, y especialmente no a tu hijo".

"¿Qué te da el derecho a tomar esa decisión por mí?" gritó ella, demasiado furiosa como para importarle que estuviera comportándose como una verdulera. "¿Tú, que has estado ausente durante la mayor parte de mi vida? Cómo puedes…"

"¿Milady? ¿Sucede algo?"

Freddie giró la cabeza bruscamente, y se topó con la mirada horrorizada de su ama de llaves. Forzó una sonrisa calmada. "No sucede nada, Sra. Brinkley. Llamaré si necesito su ayuda". Era lo más cerca que Freddie estuvo de echar a una mujer de una habitación.

"Por supuesto, milady", dijo el ama de llaves con rigidez, saliendo apresuradamente.

Freddie lamentó tener que despedirla de esa manera y sabía que tendría que disculparse con la mujer bondadosa más tarde.

De momento, sin embargo…

Se giró hacia Piers y su ira regresó multiplicada.

Se arrancó las cintas del bonete y lanzó el sombrero a la mesa cercana con una fuerza punitiva antes de subir las escaleras y clavarle un dedo en el pecho a su hermano. "No era tu secreto para

compartir, Piers. Ni era tu problema a resolver. ¿Qué te parecería si yo decidiese tomar decisiones así en tú vida? Me pediste que mantuviera las narices fuera de tus asuntos, no entrometerme y seguí tus deseos". Sintió una punzada de culpa ante el recuerdo de su suave sondeo en el asunto aquel día en la casa de barcas con el duque, pero pasó del tema brutalmente. "¿Por qué no merezco esa misma consideración?"

"No es lo mismo, Paja…"

"¡No te *atrevas* a usar ese apelativo para manipularme ahora mismo! ¿Cómo es que no es lo mismo? ¿Porque soy una mera mujer, y tú eres un hombre que naturalmente sabe lo que es mejor para mí? Me robaste mis elecciones, Piers… todas ellas, no solo del niño, sino de con quién me casaría. Ahora me tengo que casar. Me robaste mi *futuro*".

Los ojos oscuros de él de repente se animaron, y él acercó la cara a la de ella, sorprendiéndola tanto que ella dio un paso hacia atrás y habría caído si él no la hubiera agarrado por los brazos.

"¡*Tus* elecciones?" La cara de él se torció de la ira. "¿Y la elección de tu hijo, Winifred?"

"Eso es algo que yo habría decidido después de sopesar el asunto sí hubiera podido…"

"Tú eres una mujer lista y sin embargo me preguntas el por qué. ¿Por qué diablos crees? ¿Qué había para considerar? El tiempo para considerar era antes de que te abrieras de…"

Ella se zafó de él. "¿Cómo te *atreves*? ¿Quién eres para juzgarme? ¡Tú que seguramente has ido de mujer en mujer la vuelta al mundo!"

Sus ojos negros brillaron con diversión oscura. "Tienes cierta razón en eso, hermana. Por favor perdóname; mi acusación no solo era maleducada, sino que era hipócrita. Y además era algo al margen del tema, que es el futuro de tu hijo. Estoy seguro de que no tengo que explicarte la pobre posibilidad que tiene una hija ilegítima de lograr un matrimonio decente. ¿Pero quizás disfrutas ahorrando y pasando sin cosas tanto que no tienes reparos en

condenar a una hija a una existencia similar?" preguntó él de manera sarcástica. "¿Pero has pensado sobre lo que pasaría si te niegas a casarte y luego das a luz a un hijo? ¿Cómo se sentiría él cuando tenga edad de entender que algún hijo más joven, pero *legítimo* de Plimpton ha heredado lo que debería haber sido *suyo*?"

Asustada por su ira, Freddie intentó retroceder, pero él la mantuvo inmóvil. "¿Cómo se sentirá viéndose obligado a luchar por migajas de respeto y amor de todos los que le rodean, todas esas personas que saben que es un bastardo, mientras que algún otro hijo más joven, se convierte en un maldito duque? ¿Dime, qué pensarás entonces, Winifred?" gritó él, sacudiéndola hasta que le casteñeteaban los dientes.

"¡Piers!" dijo ella mientras miraba la cara de un desconocido.

Él se quedó helado, sus manos todavía aferrándola con fuerza, respirando con fuerza. "Tienes razón en una cosa, Winifred, sí que te quité tu elección. Y lo volvería a hacer sin duda. Puede que sea injusto, pero tengo mucho más conocimiento de lo que significa ser un bastardo de lo que puedas saber tú nunca. Puedo vivir con lo que hice. Tú puede que nunca puedas perdonar mi traición, pero un día tu hijo o tu hija me darán las gracias por haberme entrometido". La colocó con firmeza a un lado antes de bajar los escalones de dos en dos. Agarró su sombrero y sus guantes de la mesa, sin molestarse a ponérselos antes de abrir la puerta y cerrarla tras su paso de un portazo.

Dejando a Freddie aturdida y a solas con sus pensamientos indeseados.

CAPÍTULO 20

Freddie estudió su reflejo en el espejo, preguntándose qué iba a pensar Plimpton cuando viniera a recogerla en menos de una hora.

Una novia resplandeciente no era.

Freddie suspiró y abrió el cajón inferior de su tocador y sacó un pequeño bolso de cosméticos que solo había usado en emergencias.

"*Esto* es una emergencia", le dijo a su reflejo.

Un ligero espolvoreo de polvo de arroz bajo los ojos ocultó lo peor de las ojeras.

Antes de pensárselo dos veces, se pintó una mancha de carmín en ambos pómulos y se lo frotó hasta que solo permanecía una leve y saludable sombra.

Hala. Eso sería todo lo que haría.

La preocupación por el futuro solo era parte de lo que le había hecho tener ojeras. Ayer había sido el primer día en que fue capaz de no vomitar su desayuno de tostadas, té y media manzana.

"Si tiene un día bueno, habrá más", le había asegurado la Sra. Brinkley. "Las que están enfermas todo el embarazo normalmente no tienen indulto, milady".

Freddie se había aferrado con ganas a la predicción de la señora mayor, rezando porque fuera verdad. Estar enferma todos los días durante los siguientes seis meses no parecía algo agradable en el mejor de los casos. Vomitar todos los días mientras intentaba adaptarse al matrimonio y a un nuevo esposo que ahora la odiaba, sería una pesadilla.

Con todo lo demacrada que parecía, por lo menos sus ropas eran elegantes y a la moda. Le había dolido usar tanto dinero de sus

pequeños ahorros en un vestido cuando prefería dárselos a los Morrison para Miranda, pero se había rebelado contra la idea de ir a Plimpton vestida como una mendiga.

Además, sus pequeños ahorros ahora apenas tenían significado cuando iba a casarse. Wareham, que estaba afortunadamente, recuperado pero no tanto como para insistir en hacer el viaje para asistir a la boda que seguramente sería una ceremonia sobria, le había escrito para felicitarla por sus nupcias. Su alegría por el matrimonio de su única hermana con su mejor amigo, era algo palpable en la carta.

Freddie le había escrito, pero Plimpton le había visto antes de que llegara su carta. Evidentemente el duque había partido el mismo día en que la recogió en Spenham. Había ido a negociar los detalles del contrato de matrimonio. A juzgar por la carta jubilosa de su hermano, el duque no había compartido con él la razón de la boda repentina. Freddie se había sentido aliviada porque Plimpton no le había dicho a nadie más que ella estaba encinta. Ella tenía que haberse dado cuenta de que él no lanzaría a los cuatro vientos una información tan privada.

Todavía no se había decidido a contar o no su estado a sus amigas más cercanas. Una buena parte de su reticencia era orgullo. Freddie siempre había sido la calmada, práctica y sensate del grupo de siete. Ya había renunciado a todas esas características con Plimpton, pero eso no signficaba que estuviera dispuesta a admitirlo a sus seres más cercanos y queridos.

Ahora mismo, toda sus fuerzas estaban dedicadas a enfrentarse al hombre que sería su amo y señor.

Apartó la mirada de su reflejo, mirando los dos baúles y dos maletas. Sorprendentemente, esto era todo lo que Freddie tenía de sus últimos ocho años de su vida: unas ropas, unos cuantos libros, tesoros personales que no tenían valor para nadie excepto ella misma… cuadros que Miranda le había dado, cartas de sus amistades, una talla de un cisne que Miles le había hecho para su cumpleaños, y otras menudencias sentimentales.

La casa y todos sus muebles pertenecía a su amiga Honey, que primero había sido su compañera de casa y luego su casera generosa y ausente.

Honey había sido la primera persona a la que había escrito sobre su boda inminente. Había sido una carta difícil ya que no solo tenía que anunciar su intención de dejar la casa, sino su compromiso de matrimonio con el cuñado de Honey.

La respuesta de Honey había llegado por mensajero y había rivalizado con la de Wareham en cuanto a emoción y entusiasmo.

Le aseguraba a Freddie que la casa seguiría como estaba, los cuatro criados, la Sra. Brinkley, Una, Sarah, y John Bowman, seguirían como empleados de Honey después de que Freddie les pagara sus sueldos por última vez. Aunque nunca volvería a ocupar la casa encantadora pero humilde, Honey no quería venderla.

"*Es todo lo que me queda de mi padre",* había explicado en su carta. "*La conservaré para que lo ocupen amigos cuando visiten Londres. Incluso puede que use el viejo estudio de mi padre cuando Simon y yo empecemos a pasar Temporadas en la ciudad. No te preocupes por las cosas relacionadas con la casa, queridísima amiga, estoy segura de que tienes muchas cosas en las que pensar.*

¿en cuanto a tu elección de Plimpton? ¿Qué te puedo decir? Sois perfectos el uno para la otra. Simon está tan encantado que se pensaría que es NUESTRO matrimonio que está celebrando. Ojalá tuvieras una gran ceremonia de boda al que pudiéramos asistir todos, pero estoy encantaada de que tú y Plimpton estéis tan ansiosos por casaros que no queréis esperar".

Freddie había reído en voz alta al leer esa parte.

Se había emocionado porque las respuestas de sus otras amistades, Portia, Serena, Annis, Miles y Lori, también le habían llegado antes de hoy, la última, la de Annis, llegando ayer. Sus cartas habían estado rebosantes con parabienes y placer de que Freddie, la última del grupo, no se quedaría sola. Y si había una corriente submarina de confusión y muchas preguntas sin hacer en cada carta, Freddie sabía que sus amigos eran demasiado amables,

además de demasiado acostumbrados a su intensa privacidad, como para atosigarla sobre su matrimonio inesperado.

Bueno, todos excepto Lori, cuya carta, una misiva irónicamente breve para ser de una mujer que era novelista, prometía o más bien amenazaba, con sacarle todos los detalles jugosos de Freddie cuando se viesen en su fiesta en casa. "*Ahora es una fiesta para celebrar no solo mi matrimonio, sino el tuyo también, querida Freddie".*

Freddie había gemido ante el pensamiento de tener que lidiar con todas sus amistades al mismo tiempo, pero finalmente decidió que un bautizo de fuego era seguramente la mejor manera de enfocarlo. Además, no podía evitar una fiesta cuando ella había sido la que aconsejara a Lori acerca de la fecha.

Escribir cartas y empacar sus cosas no fue todo lo que había hecho esta última semana. Había hecho también una visita no programada para ver a Miranda.

Los Morrison habían estado embarazosamente agradecidos por el dinero que ella les había traído.

"Pero ya ha pagado este próximo trimestre, Sra. Torrance", había dicho la Sra. Morrison.

"Esto es algo extra, para las tres, esto, niñas".

El Sr. Morrison había recibido el paquete, sus ojos agrandándose ante su grosor. Y entonces se le abrieron aún más cuando lo abrió y miró dentro. "Esto es demasiado generoso, Sra. Torrance. Demasiado generoso", había protestado.

"No, no lo es", ella le aseguró. "Ni va a ser la última cuantía. A partir de ahora, habrá suficiente como para no solo lo más mínimo esencial, sino suficiente para aportarles a todos más comodidad".

"Pero, por favor, perdóneme si me entrometo, ¿cómo es todo esto posible?"

Ella había odiado hacerlo, pero sería imposible mantener en secreto su identidad en el futuro. Quizás si Plimpton no lo hubiera sabido…pero sí que lo sabía.

"¡Una condesa!" La Sra. Morrison se puso pálida después de que Freddie le confesó su identidad.

"Quizás debería sentarse para esta parte siguiente", dijo Freddie, aterrada por si la mujer fuese a desmayarse.

"¿Hay *más*?" había dicho ella dando un alarido y apoyándose pesadamente en su marido que la guió hacia una silla.

Los dos Morrison se quedaron más que asombrados y profundamente alarmados ante la noticia que escucharon después.

"¿Una *duquesa*?" La Sra. Morrison susurró, como si la palabra fuese de alguna manera sagrada.

Freddie supuso que lo sería para la gente común. Había duques y luego estaba el rey. Era como el firmamento y las estrellas, y todo igualmente fuera del alcance de la mayoría de la gente.

"No estoy segura de poder venir aquí a menudo", les confesó.

"No, por supuesto que no puede venir aquí", la Sra. Morrison había dicho de acuerdo con ella.

"No me ha entendido, Sra. Morrison. No dejaré de venir aquí completamente". Al menos esperaba que Plimpton no prohibiese sus visitas. Ella había sido una estúpida por no insistir en ello cuando le había pedido hablar de su matrimonio, pero era demasiado tarde para eso ahora." "Aunque no sé cuándo podré venir ni la frecuencia de mis visitas".

"Pero… una *duquesa*, ¿de visita aquí? ¿Es… su marido, esto, el duque, se lo permitirá?" había preguntado el Sr. Morrison.

Freddie se había erizado ante la pregunta del anciano pero no pudo negarlo. "Ahora mismo, no puedo hacer promesas en firme. Y sé que eso alterará a Miranda". Solo venir un solo día que no fuese un miércoles ya alarmaba a la niña, que estaba arriba en su cama descansando después de la sorpesa confusa para ella.

"No, no le gustará ese cambio", estuvo de acuerdo la Sra. Morrison, de manera dudosa. "Quizás…" se calló, mordiéndose el labio.

Freddie había sentido la pesadez en la expresión de la mujer. “Adelante, Sra. Morrison, hable con franqueza”.

La Sra. Morrison miró de reojo a su marido. Él asintió con la cabeza, los dos comunicándose sin palabras como hacen parejas casadas. “Lo que mi esposa iba a sugerir es que quizás sería mejor si no, esto, viene usted de, esto, visita”.

Freddie había estado enfadada, no, furiosa, y se debió de notar.

“Solo durante un tiempo”, agregó él corriendo.

“Es solo una sugerencia”, se apresuró ella a asegurarle, ahora pálida y aterrorizada.

Después de respirar hondo varias veces y pensar durante un momento, se quedó convencida de que tenían razón. “¿Qué les dirán?”

“Nada de momento. No le diremos nada hasta el miércoles. Ya sabe lo difícil que es hablarle de cosas que no tiene directamente delante”.

Freddie asintió porque la Sra. Morrison tenía razón. Para Miranda había un primer miércoles y un tercer miércoles. Y luego había otros días, el día de la lavandería era todos los lunes, el día del mercado era los jueves, y cambiar eso en su mente sería una tarea hercúlea.

Pero no se podía remediar. El duque no querría vivir en Londres durante el verano, y ella dudaba que él quisiera que ella viniera a la ciudad durante la próxima Temporada ahora que ella estaba cada vez más encinta.

No, no podía hacer planes para el primer y tercer miércoles. Ya no.

Una lágrima caliente rodó por una de sus mejillas sacando a Freddie de sus pensamientos tristes. Un vistazo en el espejo le confirmó que iba camino a tener los ojos rojos y la nariz hinchada.

“Vaya”, murmuró, rápidamente sacando el bolsito y reparando los daños lo mejor que pudo.

Freddie estaba inspeccionando los resultados cuando alguien llamó suavemente con los nudillos en la puerta. Guardó deprisa el polvo de arroz en el bolsito como si fuese un vil contrabando antes de decir: "Adelante".

La Sra. Brinkley abrió la puerta una rendija y luego un poco más cuando vio que Freddie estaba vestida y esperando. "Está hermosa, milady", dijo, la expresión en su rostro subrayando su cumplido.

Ah, las maravillas que hacen los cosméticos.

"Gracias, Sra. Brinkley".

"Ha llegado un carruaje con un lacayo para recoger sus cosas, milady. Su Excelencia llegará dentro de un cuarto de hora".

Freddie asintió con la cabeza, su corazón acelerándose ante el pensamiento de volver a verle. Era una tonta monumental. Solo podía esperar que él no lo adivinara.

"Esto es de nosotros, milady". El ama de llaves le sonrió con cierta timidez poco típica en ella mientras le ofrecía un paquete envuelto de manera muy bonita.

Freddie sintió que las lágrimas empezaban a acumularse en sus ojos. ¿Por qué era tan llorona? "Oh, Sra. Brinkley, no tenía que hacerlo".

"Tonterías. Ha sido una ama maravillosa, y la echaremos mucho de menos. Espero que nos visitará algún día".

"Claro que lo haré". Freddie miró el paquete. "¿Lo abro ahora?"

"Sí, es para hoy".

Freddie desenvolvió la caja y sonrió ante lo que vio dentro. "Esto es precioso", dijo, tomando el lino fino y frotando con un dedo la herradura azul bordada en una esquina.

"No es para nada tan bonito como lo que hace usted, pero dicen que no lo hago del todo mal".

"Son preciosos", le aseguró a la mujer, conmovida.

"Mire debajo", le ordenó la Sra. Brinkley, secándose una lágrima de la mejilla.

Los ojos de Freddie se agrandaron cuando vio el crucifijo de filigrana encima del algodón en rama. "¡Esto es demasiado hermoso, nunca podría…"

La Sra. Brinkley rió. "No se preocupe, Una solo se lo está prestando".

"Esto…"

"*Algo viejo, algo nuevo, algo prestado, algo azul, un penique en el zapato".*

Freddie rio. "Ah, sí, claro. Por favor dígale a Una que lo devolveré sin percances".

"Por supuesto, milady. Pero hay algo más, entre los algodones para protegerlo".

Freddie contuvo el aliento cuando vio el huevo azul pequeñito. "Vaya, es el huevo más pequeño que haya visto".

"Es un huevo de acentor, milady. Lo hizo Sarah".

"¿Lo hizo?"

"¿Sí, ve el cordel de colores? Tómelo".

Freddie cuidadosamente tomó el hilo de color rojo y vió que atravesaba el huevo que ha´bia estado vaciado hábilmente. Se sintió triste por el ave que había dado su vida por el adorno, pero era bonito.

"Es hermoso".

"Sarah dijo que le contara que los huevos se habían abandonado para pudrirse en el nido, milady. Dijo: *"Sé que milady ama a todas las criaturas, asegúrate de decirle que ninguna ha sido dañada, Sra. Brinkley".*

"Bueno, dele las gracias por eso. Sí que me alegra más".

"No lo puede llevar encima, claro, pero tiene el pañuelo para lo del objeto azul".

Freddie rió. "Ah".

"Hay una cosa más debajo del algodón".

Debajo del último pedazo de algodón en el fondo de la cajita, había un lustroso penique nuevo.

Freddie rió.

La Sra. Brinkley puso los ojos en blanco. "Eso es de John Bowman. Vago indolente. Esto, perdón, milady".

"Les ha de dar las gracias de mi parte".

"Les habrían dado las cosas personalmente si usted no les hubiera dado el día libre".

"También era para usted, Sra. Brinkley".

"No es correcto que usted se esté preparando a solas el día de su boda, milady".

Antes de que Freddie pudiera contestar, alguien llamó a la puerta.

La Sra. Brinkley la abrió y uno de los lacayos de Su Excelencia, Freddie recordó que su nombre era William, se inclinó y dijo: "Perdón milady, pero Su Excelencia la aguarda".

Freddie abrió la boca, pero la otra mujer habló primero. "Llévate las cosas de tu nueva ama abajo. La condesa bajará cuando esté lista y preparada".

El hombre joven la miró con humor, pero inclinó la cabeza respetuosamente ante la mujer mayor y le dijo: "Por supuesto, señora. ¿Es esto todo?" preguntó, fácilmente alzando las cuatro maletas en ambas manos, haciendo que las pertenencias de toda su vida pareciesen aún más escasas todavía.

"Sí", dijo la Sra. Brinkley. "Vete ya".

Una vez que se fue el criado, se giró hacia Freddie, la mirada expectante.

"¿Sí?"

El ama de llaves señaló la cajita. "Le ayudaré con el collar y el penique, milady".

Freddie rió ante la manera en que la mujer quería cumplir con la superstición, pero le entregó la cajita y se sentó.

“Que el hombre se quede esperando un poco no hace daño”, murmuró la Sra. Brinkley, abrochando el cierre del bonito crucifijo alrededor del cuello de Freddie. “Incluso si ese hombre es un duque”.

***

En la mañana de su segunda boda, Plimpton se encontró deseando los consejos de su hermano Simon. Plimpton rara vez hacía confidencias y prefería fiarse de su propio juicio cuando se trataba de decisiones importantes. Solo que ahora, ante algo que le iba a cambiar la vida mucho, reconoció lo mucho que le hubiera gustado hablar en confianza con otro hombre, uno en que pudiera confiar.

Plimpton siempre había valorado las opiniones de su hermano en lo concerniente a las mujeres. Hace un tiempo, cuando Simon era joven, soltero y despreocupado, Plimpton le había envidiado mucho. Y entonces Simon había vuelto de la Guerra, un cascarón de lo que había sido antes y eso le recordó por qué no era bueno envidiar a otro hombre.

No envidiaba a Simon ahora; se alegraba de que su hermano hubiera encontrado la felicidad. Al hacerlo, sin embargo, la relación de ellos se había vuelto menos importante para Simon. Plimpton le veía cada vez menos ahora que tenía esposa e hijo. Había pasado mucho tiempo desde que pasara tiempo con su único hermano, ellos dos a solas.

Luego estaba Wareham, claro, pero Plimpton no podía contarle al hermano de Winifred como había corromido a su heramana bajo su propio techo, dejarla impregnada, y luego amenazarla para que aceptara su oferta de matrimonio.

Plimpton torció el gesto. Vaya, había sido una oferta, había sido una exigencia de matrimonio. Una orden.

“Maldita sea”, murmuró. Tenía que haberlo hecho mejor. Tenía que haber controlado su genio.

Digby hizo una pausa, la cuchilla de rasurar casi tocando la barbilla de Plimpton. “¿Su Excelencia?”

"No es nada", dijo, sintiéndose como un tonto por murmurar en voz alta.

Su ayudante de cámara se ahogó un bostezo mientras siguió hábilmente afeitándole y luego colocando una toalla humeante en torno al rostro de Plimpton.

El pobre hombre estaba extenuado y Plimpton también. Y sin embargo, el día apenas había empezado.

Los dos había pasado los últimos seis días y medio de viaje, yendo muy brevemente a Whitcombe para informar a su madre y su hija de la noticia, y luego yendo a Torrance Park, llegando de vuelta a Londres tarde anoche.

Solo había tenido tiempo para ver a su madre y su hija en Whitcombe, las dos se habían alegrado, aunque se habían sorprendido por su anuncio, y ellas fueron a compartir esa noticia con Simon y Honoria.

Wareham se había quedado encantado con su visita sorpresa, su felicidad llegando hasta niveles casi insoportables cuando Plimpton le confesó la razón de la visita.

"¿Te casas con Winny?" Wareham exclamó, su cara saludable pero todavía demacrada con una sonrisa. "Cielos, sabía que la encantarías, Plimpton. Si hay un hombre que pudiera convencer a mi hermana testaruda, ese hombre eres tú".

Plimpton se había quedado oscuramente divertido por esa evaluación optimista de su amigo. Sabía que él y Winifred no podrían ocultar la verdad tras su repentina boda para siempre, pero para cuando llegara el niño, nadie haría comentarios sobre el hecho de que el bebé había llegado dos meses temprano.

Al menos no se atreverían a hacer comentarios delante de Plimpton o su esposa.

Le había preocupado que Wareham pudiera cavilar sobre la premura de la boda. Tenía que haber sabido mejor.

"¡Cielo santo, Plimpton! No me esperes a mi o a nadie, llévate a mi hermana testaruda al altar con toda la rapidez posible". Le había

ordenado Wareham cuando Plimpton se disculpó porque ellos no iban a esperar hasta que el conde estuviera en condiciones para viajar. "Es el segundo matrimonio para los dos, puedo entender por qué no queréis todos esos detalles y tonterías".

El suave carraspeo de una garganta hizo que Plimpton volviera al presente.

"¿Qué sucede, Digby", preguntó Plimpton abrochándose el chaleco.

"Creo que Su Excelencia ha decidido llevar el chaleco azul y plata para ir parejo con el vestido de milady".

Plimpton parpadeó mirando a su ayudante de cámara. "¿Qué tonterías dices?"

Digby alzó un chaleco de color azul y gris. "Creo que Su Excelencia preferirá este chaleco".

"¿Ah sí?" preguntó peligrosamente.

Digby se mantuvo firme. "Sí, Su Excelencia".

Plimpton resopló y empezó a desabrocharse el chaleco. No le importó que Digby pareciese satisfecho por su pronta capitulación. Discutir con su ayudante de cámara era como discutir con la marea.

"¿Supongo que ha hecho gestiones para la doncella de Lady Sedgewick?" preguntó estrechando los ojos mirando a su criado que parecía ir a ajustarle el corbatín. Puede que cediera en el tema del chaleco, pero que le zurzan si iba a permitir que su criado le atara el corbatín como si fuera un niño.

"Sí, Su Excelencia. He entrevistado a diez candidatas de la agencia, pero al final, decidí que Mary Compton era la mejor elección".

Plimpton frunció el entrecejo mientras Digby le ayudaba a ponerse el abrigo. "¿Compton? ¿La hija de Frank Compton?"

"Sí, Su Excelencia. Es la más joven de sus ocho hijas".

A Plimpton se le escapó un gruñido de asombro. Sabía que su inquilino tenía un gran número de hijas, pero no tantas. "La más

joven, dices. ¿No es demasiado joven?"

"Tiene dieciocho años, Su Excelencia, pero ha sido una buena doncella de salón desde hace dos años ya. Me he quedado impresionado con su madurez y dedicación".

"Bueno, si te ha impresionado a tí, estoy seguro de que es una elección excelente".

"Me siento agradecido por su confianza en mí, Su Excelencia".

Plimpton resopló y eligió un alfiler de corbata con una perla gris de los que Digby le mostraba en una bandeja.

Su ayudante de cámara carraspeó.

"Oh, por el amor a la bondad. ¿Por qué no este?" preguntó él antes de pensar.

"Milady viste plateado, Su Excelencia".

Plimpton gruñó, disgustado porque Winifred no tenía más que perlas de bisutería y joyas de plata. Devolvió el alfiler con la perla a la bandeja. "¿Y bien?" dijo cuando Digby se quedó parado en silencio como un totem. "¿Cuál entonces?"

"Creo que el alfiler de zafiro sería el mejor, Su Excelencia".

Plimpton se metió el alfiler de zafiro en los pliegues de su corbatín y se puso su sello en el dedo antes de girarse para inspeccionar su aspecto en el espejo. Vio el hombre de aspecto anodino que había visto toda la vida. La única diferencia entre su reflejo a los veinte años y el de ahora de casi cuarenta y tres eran las arrugas en torno a sus ojos de color pizarra apagados y la cantidad de canas en su cabello marrón corriente.

Miró a Digby en el espejo. "¿Confio en que haya hecho las gestiones en el Bird in Hand para esta noche?" preguntó, nombrando la posada donde pasaría su primera noche con su nueva esposa.

"He reservado sus mejores aposentos además de habitaciones adyacentes para Compton y yo".

Plimpton asintió y estiró la mano para tomar los guantes y el sombrero que Digby le ofrecía. "Os veo allí".

"Muy bien, Su Excelencia".

Diez minutos más tarde Plimpton se bajó de su carruaje de viajes, el que tenía su blasón dibujado en las puertas en lugar del carruaje sin marcas que usaba normalmente, delante de la casa de Winifred. Su carruaje de maletas ya estaba allí esperándole. De hecho, la puerta de la casa fue abierta por uno de sus propios lacayos, William.

"¿Dónde están los criados?" le preguntó al hombre joven.

"El ama de llaves dijo que milady les ha dado el día libre, Su Excelencia".

"¿Dónde está el ama de llaves?"

"Arriba con milady".

"Por favor, avisa que ya he llegado"

"Ahora mismo, Su Excelencia".

Plimpton examinó el pequeño vestíbulo mientras esperaba, recordando bien la última vez en que había estado en esta casa.

Mientras daba vueltas allí, se preguntó, no por primera vez, si debía de haber hablado con Winifred antes de hoy y consultado su opinión sobre algunos asuntos, aunque ella le había pedido que él se encargara de ello. Si no el lugar y hora de la ceremonia, quizás el viaje de novios.

Se encogió de hombros; era demasiado tarde para cambiar cosas ahora. Si a ella no le gustaba Sweet Clover Manor, podrían descansar unos días e ir a un lugar que sí le gustara.

¿Crees que hay un lugar así si vas a estar tú con ella?

Plimpton resopló; seguramente no.

Se giró al oir pisadas y vio a William bajando las escaleras con dos bolsas bajo los brazos y otras dos en las manos.

"Milady bajará de inmediato, Su Excelencia".

Plimpton movió la cabeza. "Quizás deberías traerte a alguien que te ayude en el siguiente viaje", sugirió al ver al hombre forcejeando con las bolsas.

"Esto… es el único viaje, señor".

"¿Esto es todo el equipaje de la condesa?"

"Sí, Su Excelencia".

Movió la cabeza para indicar que el otro se podía ir, y esperó, de nuevo solo con sus pensamientos. Su mente se fue hacia las cartas que había recibido de su familia cuando regresó ayer a Plimpton House.

Su visita breve a Whitcombe había sorprendido a su madre y su hija de manera que ninguna de las dos había hecho muchas preguntas. Pero habían tenido cinco días para recobrarse y sus cartas habían, en grados diversos de sutileza, expresado su curiosidad.

Había recibido una de Honoria, con un añadido de Simon declarando que era un viejo zorro, una cara mucho más larga de su madre y una misiva breve de Rebecca.

Movió los labios en una mueca mientras pensaba en la carta de su hija, que había empezado con una pregunta graciosa: "*¿Te casas con Lady Sedgewick para evitar los gastos de pagarla para que me lance en sociedad, Papá?* Pero su sonrisa se borró cuando pensó en la pena que le dio a ella no poder participar en la boda.

La carta de su madre decía algo muy parecido, aunque no la broma del gasto, claro, sino que lamentaba la rapidez de la boda. Aunque no lo decía en tantas palabras. Él sabía lo que ella estaba pensando, que se casaba deprisa y corriendo y que se arrepentería luego. Ella se estaría preocupando porque él había elegido otra esposa solo en base a su aspecto físico. Lo que había podido empezar así, se había modificado mucho luego. Aunque era verdad que Winifred sería una duquesa perfecta, ya no eran esas cualidades lo que él apreciaba más en ella.

Pero no le contó a su madre eso. Lo descubriría cuando conociera a Winifred y se daría cuenta de que él no había caído en la misma trampa dos veces. Plimpton estaba seguro de que tanto su madre como su hija les gustaría mucho su nueva esposa.

Se giró al oír pisadas y no pudo eviar sonreír ante la visión que tenía delante. Con razón Digby había insistido en lo del chaleco. El vestido azul de Winifred era del mismo color exacto a las sutiles rayas de su propia prenda. ¿Qué color había dicho Digby? ¿Celestial? No, cerúleo.

Plimpton pensó que celestial era una palabra mejor para su prometida, que con su delicada belleza rubia parecía exactamente la clase de ser que uno podría esperar reclinando en una nube tocando un arpa. Sí, parecía un ángel, al menos a la idea de Plimpton de cómo debería ser uno.

"Estás preciosa, Winifred", dijo él cuando ella se quedó parada delante de él.

Sus mejillas, ya de un color rosado atractivo, se oscurecieron aún más y ella le hizo una reverencia profunda y grácil. "Gracias, Excelencia".

Plimpton miró fijamente sus ojos magníficos pero velados. "¿Estás lista?"

Ella tragó, respiró hondo y asintió con la cabeza. "Sí, estoy lista".

CAPÍTULO 21

Freddie había pensado que el primer carruaje del duque era el colmo del lujo, pero se había confundido. Este carruaje no solo era más grande y mucho más opulento dentro, sino que el exterior llevaba el escudo ducal de su nuevo marido. El escudo de ella ahora.

Quizás la diferencia más grande entre el último carruaje y este era el hecho de que el duque estaba dentro del mismo y no la parlanchina Srta. Denny.

Freddie levantó la mirada desde debajo de sus pestañas para mirar a su marido de hacía apenas una hora. Él ocupaba el asiento que daba hacia atrás recostado elegantemente en su asiento de manera completamente masculina. Su perfil estaba ante ella mientras él miraba por la ventanilla el día de finales de verano perfecto.

Objectivamente, ella sabía que él no era apuesto. Pero destellos de él aquel día en la casa de barcas aparecían en su mente. Ahora sabía que había un hombre profundamente sensual bajo su dignidad reposada. Puede que no fuera capaz de amar, pero había demostrado ser un maestro del placer sexual, tanto dando como recibiendo. Freddie sabía que era afortunada en ese aspecto. Muchos hombres de su clase nunca compartían con sus esposas una fracción de la sensualidad que tenían con sus amantes.

Teniendo en cuenta la historia de Plimpton con su primera esposa, Freddie sabía que eventualmente se cansaría de ella y tomaría amantes. El hecho de que hubiera prescindido de sus amantes, en plural, después del encuentro de los dos en la casa de barcas, no quería decir que la atracción que sentía por ella duraría para siempre, o siquiera fuese duradera.

Sedgewick había vuelto a ver a sus amantes mucho antes de que Freddie y él se distanciaran. No había ocultado sus relaciones y descaradamente le había contado lo de sus mujeres tan solo unos pocos meses después de la noche de bodas.

Freddie recordaba bien aquella noche. Él había estado tumbado a su lado, desnudo y enrojecido después de lo que ella había creído una relación sexual satisfactoria. De repente, él le había dicho que aunque ella le había agradado esa noche, generalmente prefería dos o incluso tres mujeres al mismo tiempo.

Freddie se había sentido como si él le hubiera echado un cubo de agua helada por encima.

Él se había reído de la revulsión de Freddie. "Vaya mojigata que estás resultando ser, Winifred. ¿Cómo puedes rechazar algo que ni siquiera has probado primero?"

Pero ella lo había rechazado, esa noche y cada vez que él lo había sugerido luego.

Él no se había reído mucho tiempo, sino que se había vuelto desagradable con ella especialmente hacia el final de su matrimonio.

¿Era eso lo que Plimpton había querido decir con *amamtes*? ¿Él también esperaría algo semejante de ella?

La idea de eso hizo que Freddie se sintiera indeciblemente cansada.

"¿Has estado mucho tiempo en Sussex?" preguntó el duque, frenando ese tren de pensamientos de ella afortunadamente.

"Solo de paso. ¿A dónde vamos?" se sintió obligada a añadir, después de que su primer comentario le pareció demasiado abrupto.

"A mi propiedad más pequeña. Se me ocurrió que podríamos disfrutar de un poco de intimidad". Hizo una pausa y luego agregó: "La casa se llama Sweet Clover. La propiedad llegó a manos de mi familia a través de una tía de mi familia materna. La Tía Horatia era algo excéntrica y tenía predilección por las abejas. Puedes encontrar pruebas de esa pasión en toda la casa además de la propiedad. La zona entorno a la mansión es una de las zonas productoras de miel

más grandes de Sussex. Otra razón es que se me ocurrió para disfrutar de Sweet Clover es la feria anual de la miel, cuando la gente de todos los alrededores viene a vender sus productos, muchos de los cuales tienen algo que ver con la abejas o con la miel".

"Eso suena encantador", dijo Freddie, deseando no sonar tan rígida. La verdad era que sería bueno salir de Londres y el calor y la gente. Amaba el campo, pero se había sentido incómoda en Torrance Park debido al peso de su pasado. Estaría bien estar en algún lugar completamente… fresco.

Sin aviso, el duque de repente cambió de asiento y se colocó en el asiento al lado de ella. Ella se desplazó sutilmente hacia la puerta del carruaje, pero seguían en contacto desde los muslos hasta los hombros.

Él se giró hacia ella, sus rodillas rozando las piernas de ella, y le tendió una mano al que le había quitado el guante en algún momento desde su ceremonia felizmente breve.

Freddie titubeó unos segundos antes de colocar la mano en la de él. Todavía llevaba los guantes de cabritilla de color celeste que había comprado para hacer juego con su traje de novia, pero de inmediato sintió la calidez de él a través de la fina barrera de cuero.

"Me gustaría no tener esta incomodidad entre nosotros, Winifred. Sé que este matrimonio no es lo que deseas, y yo tampoco he ayudado mucho cuando perdí los estribos contigo la última vez que hablamos. Me arrepiento de no haber mostrado más tacto y bondad y me disculpo por mi ira y las palabras dañinas que dije aquel día.

Freddie se quedó sorprendida y avergonzada por la disculpa de él. Pero estaba más avergonzada por su propia intransigencia. Porque no muy dentro de ella, sabía que ella era la que había estado mal. Lo que ellos habían hecho en la casa de barcas había sido algo mutuo y sin embargo ella trató el desenlace, el bebé de los dos, como si fuera solo suyo.

Ella se obligó a levantar la mirada de sus manos entrelazadas. Aunque la mirada de él era reservada, ella vio un destello del hombre que había sido ese día en la casa de barcas.

Estaba intentando poner la mejor cara ante una triste, pero inevitable situación, Winifred.

Sí, eso es lo que estaba haciendo.

Freddie suspiró y le dijo: "Piers me esperaba cuando llegué a casa después de estar en Spenham".

El duque asintió con la cabeza.

"Dadas sus circunstancias, fue especialmente elocuente en lo egoísta de mi comportamiento. Y argumentó por mi, nuestro", se corrigió ella con una leve sonrisa, "hijo por nacer. Fue muy persuasivo. Lo que estoy intentando decir, de manera no muy clara, es que repaso mis pensamientos de apenas hace una semana, y me siento horrorizada al contemplar privarte de tu hijo. Nunca te lo habría perdonado si la situación hubiera sido a la inversa. Me siento humilde por tu perdón y lamento profundamente no haberte informado. Me gusta pensar que habría viso el error de mi comportamiento pronto que tarde, pero eso no es ninguna excusa".

Algo de la tensión en su rostro se disipó. "Creo que me lo habrías contado en su debido momento". Frotó con suavidad el dorso de la mano de ella con el pulgar, el gesto distraído extrañamente afectándola, como si incluso cuando no era consciente de ello, su naturaleza fuera de consolar, proteger y calmar. "Creo que ninguno de los dos nos mostramos de la mejor manera en ese viaje de vuelta de Spenham". Levantó la mano de ella y la sostuvo entre sus palmas, el gesto suplicante y esperanzador. "Ahora somos marido y mujer, Winifred, y quiero que este sea un buen matrimonio". Su boca seria adoptó esa sonrisa encantadora y juvenil que ella había visto solo ese día mágico. "Incluso si la boda no fue exactamente auspiciosa".

Freddie sonrió. "Sí que fue bastante sombría, verdad?"

"Habría sido un evento sombrío incluso con solo nosotros dos, pero el vicario no ayudó con sus malditos mocos".

Parecía tan ofendido que Freddie rió. "Los dos tendremos suerte si no contraemos un resfriado de él".

Él soltó una carcajada. "El mejor regalo para recién casados".

Los dos rieron juntos un momento. Cuando pararon, el duque parecía por lo menos cinco años más joven. "Una boda es solo una ceremonia breve, Winifred. Un matrimonio, por otro lado… Bueno, entre sus mocos, hay algo de los votos que me llamó la atención: lo de nuestra unión durando el tiempo que los dos vivamos. Yo espero que eso sea muchos, muchos años. Y no deseo vivir esos años distante de mi esposa y amante". Hizo una pausa, y luego la sorprendió al agregar: "Esta vez no. Media vida pasada con una mujer que no podía soportarme es demasiada media vida".

***

Plimpton no había tenido la intención de añadir eso último, pero no parecía tener sentido mentir sobre su pasado.

Winifred movió los dedos en las manos de él hasta trenzarlos en la mano de él. Apretó con firmeza, los ojos vidriosos de la emoción. "Gracias por dar el primer paso, Excelencia. Estoy de acuerdo con lo que has dicho. Mi matrimonio, como debe saber toda la alta sociedad, no acabó feliz. Pero esto es una segunda oportunidad". Rió un poco y luego le explicó a Plimpton, que la miraba de manera interrogativa. "Me rio porque recuerdo una frase que me contó una amiga hace años. No has conocido a Annis todavía, ella es ahora Lady Rotherhithe, pero tiene un dicho, en un idioma u otro, para cada ocasión. Este, creo, es chino: *El mejor momento para plantar un árbol es hace veinte años. El segundo mejor momento es hoy".* Su expresión se volvió triste. "En otras palabras; ninguno de los dos somos jóvenes y no deberíamos desperdiciar ni un solo día más".

Plimpton levantó la mano de ella hasta los labios y besó el dorso. "La jardinería es una actividad más, además de la lavandería de ropas, fregar platos y muchos otros asuntos prácticos de los que no tengo experiencia. Pero estoy deseoso de aprender, Winifred".

"Soy una jardinera excelente", le aseguró ella. "No he cultivado nada útil como un árbol, pero tengo mano de santo con los rosales".

"Pero mis nabos estarán abandonados", bromeó él, ganándose una risa encantadora de ella. Plimpton no quería estropear el ambiente desenfadado, pero había preguntas que necesitaban respuestas. Y en cuanto antes se abordasen, antes podrían seguir adelante con sus vidas.

"Tienes la cara seria", dijo ella, la sonrisa en su cara difuminándose.

"Quiero hacerte algunas preguntas, pero no quiero que te sientas… perseguida".

"Quieres saber acerca de Miranda".

Él asintió con la cabeza. "¿Ese es el nombre de la niña a la que visitas?"

Los labios de ella se torcieron en una sonrisa, pero era triste. "Sí. Ese es su nombre: Miranda de Montfort".

Plimpton arrugó el entrecejo. "¿De Montfort? Pero… ese es el apellido del Conde de Sedgewick".

"Sí".

Él sacudió la cabeza, confuso. "Me dijiste que ella no era…"

"Ella *no* es mía. Es hija de Sedgewick de su primera esposa". Ella le miró a los ojos, la barbilla temblando levemente. "Dijiste una vez que confiar en que tu pareja te guarde un secreto, funciona de dos maneras, para maridos al igual que esposas; lo que te acabo de contar es el secreto más valioso, potencialmente devastador que poseo. Te estoy pidiendo ahora que, por favor, no le cuentes a nadie de quién es hija".

"¿Me estás diciendo que *robaste* la hija de Sedgewick?"

"¡No! Al menos… no la robé de Sedgewick". Su voz subió, y Plimpton se dio cuenta de que ella hacía intentos por mantenerse calmada. "Nunca quiso a Miranda, y me ordenó a fingir que había muerto".

"¿*Qué*?"

Ella asintió con la cabeza, una lágrima rodando por su mejilla pálida. "Cuando nos casamos, Miranda apenas tenía nueve meses. Esa es parte de la razón de por qué Sedgewick quería casarse tan pronto, incluso antes de que su tiempo de guardar luto hubiera transcurrido: tener una madre para su hijo". Tragó dos veces; su voz temblando. "Quise a Miranda nada más verla. Fue una de las principales razones por las que acepté su petición de mano".

"La otra siendo evitar vivir bajo el techo de Wareham. Con la esposa de Wareham".

"Esa fue la razón principal", reconoció ella. "Pero tengo que reconocer que me habría casado con él solo por Miranda". Sonrió, sus pensamientos recordando, obviamente. "No solo porque fuera un bebé bonito. Ciertamente, era escuchimizada, sin pelo y lloraba incesantemente. Ninguna de las criadas era capaz de calmarla cuando se enfurecía". Su sonrisa se hizo más grande. "Pero yo podía. Al principio, Sedgewick estaba encantado porque ella se encariñara conmigo. Me alabó cuando ella ganó peso y se hizo más saludable". Su sonrisa se borró. "Pero no le gustaba que yo pasara tanto tiempo en el cuarto de los niños". Miró directamente a los ojos de Plimpton. "Te diré ahora, Excelencia, que me niego a tener mi tiempo racionado cuando se trata de pasar tiempo con mi hijo. Y en cuanto a mandarla a una nodriza durante su primer año, como hizo mi madre conmigo, me niego en absoluto a…"

Plimpton le apretó la mano. "Calla, cariño. Te estás alterando sin motivo".

Ella intentó zafarse de la mano de él, pero él no se lo permitió. "¿Estás diciendo que no tengo derecho a pasar el tiempo que quiera con mi propio hijo?"

Él sonrió ante la ferocidad de ella. "Eso no es lo que estoy diciendo para nada. He visto a Honoria con Robert, y a Simon también, y no se avergüenzan de pasar tiempo con su hijo. Mi madre fue perseguida igual que tú porque mi padre creía que era degradante que su duquesa amamantara a sus hijos. Lo prohibió y tanto Simon como yo fuimos enviados a estar con una nodriza, no

solo durante el primer año, sino durante tres años". Seguía sin creer la crueldad del hombre. "Se mantuvo firme en que cualquier tipo de afecto por parte de ella haría que su heredero, y su segundón, sí, así es como se refería a nosotros, fuésemos débiles y blandos. Superficialmente, mi madre parece ser de las personas que ceden siempre, pero su núcleo es de acero puro, y ella se escapaba para visitarnos a los dos. Algunas personas dirían que ella hizo mal en desobedecer a mi padre, pero creo que Simon y yo nos habríamos rebelado violentamente contra el control estrangulante si no fuese por ella. Lo que él veía como una influencia femenizante, debilitante, en realidad nos hizo más fuertes". Plimpton la miró directamente a los ojos. "No soy el hijo de mi padre en ese sentido, Winifred. No creo que los más indefensos de entre nosotros sean abandonados para hacerles fuertes. Te honra amar a la hija de Sedgewick, una niña que no es de tu sangre siquiera, y actuar como valedora de ella cuando no pudo defenderse. Ahora", dijo él, sacándose el pañuelo del bolsillo de la chaqueta y secando las lágrimas de ella. "Cuéntame cómo es que acabó viviendo con esa pareja".

***

La Sra. Brinkley le había asegurado a Freddie que las emociones que se revolvían dentro de ella se empezarían a calmar un día.

Desgraciadamente, hoy no era ese día.

No sabía si quería llorar en el hombro del duque y rogarle que la sostuviera y consolara, o subirse a su regazo y besarle hasta que él tomara el control y les hiciera sentir a los dos el placer que habían experimentado el día en que su hijo fue concebido.

"¿Winifred?" Había bajado las cejas, una profunda muesca de preocupación entre ellas. "¿No quieres contármelo?"

"No, no es eso. Es solo que… estoy tan aliviada de que no pienses que pasar tiempo con un bebé es un ridículo malgasto de tiempo para una madre".

"Simon te corregiría y diría que no es malgastar el tiempo para un padre tampoco".

"Sí. Honey dice que mima a Robert con su amor".

"¿Es posible dar demasiado amor a un niño?"

La pregunta le robó el aliento. ¿Podía ser este realmente el distante, implacable duque de Plimpton? ¿El mismo hombre que había amenazado con destruir los medios de vida de Freddie para forzar a Honey a ceder a su voluntad?

"¿Por qué me miras así, Winifred?"

"Por nada", mintió ella, y luego carraspeó ligeramente. "Para contestar a tu pregunta, Sedgewick era…" Se mordisqueó el labio, buscando las palabras correctas.

"¿Infantilmente egoísta?", ofreció Plimpton con una sonrisa amarga.

"Sí. Eso le describe perfectamente". Freddie consideró las diversas perversiones de su marido muerto y corrigió. "Al menos eso describe su actitud en lo concerniente a conseguir lo que quería. Nunca estuvimos enamorados, pero durante los primeros días de nuestro matrimonio, antes de que yo le desafiase con respecto a Miranda, fueron placenteros". Freddie se mordió el labio pensativa. Compartir lo que iba a decir ahora iba a ser incómodo, pero tenía que decirlo.

"Sé que mucha gente sabe de las… esto… tendencias de Sedgewick, así que déjame hablar del tema. Al principio, tuvimos una… relación física satisfactoria y él era considerado y suave". Ella carraspeó y su cara se calentó. "Por lo menos yo lo pensaba. No fue hasta más tarde cuando me enteré de sus gustos más… poco comunes. Yo creo que intentó ser un buen marido, al menos al principio, pero dejó de intentarlo cuando yo me mantuve firme acerca de Miranda. Cuanto más me obstinaba con ella, más me castigaba él".

"Con castigar, te refieres a…"

"Sí, se volvió violento, pero no fue hasta el final. Al principio, encontró maneras más retorcidas de hacerme ceder a su voluntad. Se llevó cosas pequeñas".

"¿Tales cómo?", preguntó él, inexpresivo de nuevo.

Freddie encontró que hablar de esta parte de su relación con Sedgewick era embarazoso más que alterante. Decir las palabras en voz alta le hizo darse cuenta de lo mezquino que había sido su primer marido.

"Me prohibió montar a caballo. Y luego hizo que los criados negasen a mis amigos a verme cuando venían de visita. Ocultó mi correspondencia y no me permitió visitar a mi hermano".

"En otras palabras", dijo él con la voz seria. "Estaba construyendo una jaula a tu alrededor".

Ella se sentía aliviada al ver que él entendía. "Se enojó cuando nada de eso me hizo cambiar de parecer en lo concerniente a Miranda". Tragó. "Finalmente, él… él trajo un médico, un hombre que dependía de él para ganarse la vida y necesitaba hacerle favores, y el hombre me contó que Miranda estaba mortalmente enferma. Que era algo contagioso y que yo arriesgaría la vida atendiéndola. No me importó… le rogué a Sedgewick que me dejara cuidar de ella. Eso fue lo peor que podía haber hecho. Era lo que él quería todo el tiempo: hacerme reaccionar. Ver pruebas de mi sufrimiento. Si tan solo hubiera sido menos… menos…"

"No puedes culparte por no jugar a cosas con un hombre trastornado, Winifred".

"Lo sé, pero…" Un sollozo interrumpió lo que iba a decir, y Freddie hizo una pausa, tomándose un momento para calmar sus emociones alteradas. "Mucho antes de que las cosas llegaran a ese punto, yo no había querido que él se me acercara. Yo… yo le odiaba para entonces, y luché contra él con cada gramo de mi ser. Pero… mi resistencia solo le excitaba más".

Plimpton cerró los ojos brevemente. "Con razón no querías volver a casarte".

Freddie se relamió los labios repentinamente secos. "Sedgewick también, esto, instaló a dos de sus mujeres en el ala este". Una ira antigua burbujeó en ella. "En mi propia casa. Era humillante, pero me alegré si eso hacía que estuviera apartado de mí. Pero de nuevo, me equivoqué. Él quería que yo me diera cuenta de lo que hacía,

como me humillaba, y cuando no lo hice, venía a mi cama y… se las traía consigo".

"Oh". El duque sacudió la cabeza, su expresión una de asco. "Lo que Sedgewick te hizo no era normal, Winifred".

"¿Entonces, tú… tú no esperarías hacer algo así?"

Plimpton se quedó con la boca abierta. "*¿Qué?"*

"Solo quería decir, bueno, mencionaste tus amantes antes, así que…"

"¡Oh, no!" Él se llevó una mano al cabello, su expresión rígida. "Me disculpo por eso, Winifred. Solo lo dije para…"

"¿Provocarme?", adivinó ella, demasiado aliviada como para estar enfadada.

"Sí. Lo siento. Y espero que creas que yo nunca…"

"Te creo". Y era verdad.

Él titubeó, como si fuese a seguir con el tema, pero luego asintió con la cabeza y dijo: "¿Qué pasó con la niña?"

Freddie se sintió agradecida porque él desviara el relato de su matrimonio repugnante. "Has de saber que esto duró varios años, era como una olla hirviendo lentamente. Solo fue durante el último año en que se volvió insoportable. En parte eso fue debido a mi resistencia, pero había otra razón: Miranda misma".

"¿Quieres decir porque es simple?"

"¿Te lo contaron en el Spotted Sow, supongo?"

"Sí. Dijeron que esta pareja de personas mayores tenía tres chicas, ninguna bien de la cabeza".

Freddie frunció el entrecejo. "Odio esa manera de describirlas, pero no se puede negar que Miranda, Cynthia y Laura no son como otras personas. Nunca podrían vivir por su cuenta, ya que son niñas en muchos aspectos. Miranda es solo una niña, pero las otras dos tienen treinta y tantos años".

"¿Supongo que el estado de Miranda no era evidente hasta que se hizo más grande?"

"Sí. Sedgewick estaba devastado cuando el médico le contó que ella nunca sería como otros niños. No estaba mal por Miranda, sino por él mismo. Estaba consumido por el temor de que alguien se enteraría que él había sido padre de una idiota, su palabra para describir a su propia hija, no la mía. Así que decidió que Miranda tenía que morir, oh, no realmente, pero para mí y para todos los que sabían de su existencia. Con la ayuda de su médico mascota, Sedgewick fue capaz de persuadirme de que estaba muerta. No… quiero entrar en…"

"No tienes que hacerlo", le aseguró el duque.

Ella tragó saliva y asintió con la cabeza. "Sedgewick supuso que yo volvería a ser su esposa y condesa, ya que no tenía la presencia de ella que me distrajera. En vez de eso, me sumí en una profunda depresión. Era inconsolable, y… y a decir verdad, habría deseado la muerte. Sedgewick se lavó las manos de mí. Yo creo que él también, deseó que yo muriese y dejarle libre para casarse de nuevo, con alguien que le pudiera dar un heredero. Habíamos sido marido y mujer durante más de tres años y habíamos… habíamos tenido relaciones conyugales regularmente incluso en la última parte de nuestro matrimonio, y aún así, yo no había concebido".

"¿Has considerado alguna vez la posibilidad de que Miranda no sea realmente hija de Sedgewick?"

"Eso no se me ocurrió hasta que me enteré de que estaba encinta". Le miró con amargura. "Supongo que eso me hace parecer una tonta".

"Te hace parecer una persona confiada, y eso no es un crimen".

"No es un crimen, quizás, pero si hubiera sabido la verdad, nunca habría…" Freddie dejó de hablar y se llevó una mano al vientre, que todavía no sentía diferente. "Estaba a punto de decir que retrocedería y cambiaría lo que pasó aquel día en la casa de barcas, pero eso no es cierto. No me puedo arrepentir de este hijo. Durante años creí que nunca tendría uno. Si no hubiéramos estado juntos, nunca habría podido saberlo. Así que, no, no me arrepiento de lo que hicimos".

"Bueno. Yo tampoco. No has terminado tu relato".

"No hay mucho más que contar. Sedgewick era cada vez más imprudente, no solo en lo de beber y las mujeres, sino en las mesas de juego. Estaba acabado".

"¿Crees que su accidente de caza no fue un accidente?" adivinió el duque.

Ella asintió con la cabeza.

"Así que… te quedaste libre".

"Sí, estaba libre", dijo ella. "Pero tenía el corazón partido, no por Sedgewick, sino por Miranda".

"¿Cómo te enteraste de que estaba viva?"

"Sedgewick le había dado una pensión a su nodriza y le dio una casita a la mujer; más bien era una choza realmente, en la propiedad. Era vieja y moribunda y consumida por la culpa. Fue ella quién me contó que Sedgewick había entregado a Miranda a un hospital para personas mentalmente dementes". Freddie se sentía enferma cuando pensó en aquel lugar. No solo por el estado de Miranda, sino el de docenas de otras personas a las que ella no pudo salvar. "Era horrible, Plimpton. Absolutamente denigrante. Incluso los cerdos se cuidan mejor".

"Así que la robaste de allí".

"Así que la robé de allí", dijo Freddie mirándole testaruda.

Pero en lugar de regañarla por robar un niño que no era suyo, el duque le dijo: "Aplaudo lo que hiciste, Winifred".

"¿Sí?"

"Sí. Cualquier persona decente lo habría hecho. Lo que no entiendo es por qué has guardado todo esto en secreto".

"¿Has conocido al nuevo conde de Sedgewick, el primo de mi marido?"

Una mirada de desagrado apareció en los ojos del duque. "Sí, desgraciadamente".

"Es exactamente la clase de hombre egoísta, inseguro que devolvería a Miranda a ese lugar sin otra razón que no habría querido que nadie pensara que no cuidaba de los suyos. Y su idea de cuidar de los suyos significa condenar a Miranda a una vida corta, bruta y fea".

El duque asintió, pero parecía abstraído.

Freddie sentía inquietud en el vientre al ver la expresión pensativa de él. "¿En qué piensas?"

"Que ella es Lady Miranda de Montfort".

"¿Y qué?"

"¿No crees que se merece algo mejor que estar escondida en un lugar como un sucio secreto?"

"Pero Sedgewick no le daría más. La encerrará en algún lugar horrible".

"No hará nada semejante si yo soy su protector".

Freddie se quedó mirándole. "¿Tú… tú harías eso? ¿Oponerte a él?"

"Dudo que tuviera que hacer gran cosa; el hombre no solo parece una comadreja físicamente, tiene las características de una. No querría convertirme en un enemigo, entregará voluntariamente su cuidado a mi persona".

"Yo… eso es mucho para considerar", reconoció Freddie una vez que superó la conmoción por la oferta de él. "No deseo parecer desagradecida, pero no estoy segura de que traer a Miranda a vivir con nosotros fuese lo mejor para ella. Verás, ha vivido la mayor parte de su vida, al menos lo que ella pueda recordar, con los Morrison y las dos mujeres que viven allí. Tendrías que conocer a Miranda para poder entender lo importantes que son para ella la rutina y los rituales. Para la mayoría de las niñas huérfanas a los trece años vivir en un castillo como ahijadas de un duque, sería un cuento de hadas hecho realidad".

"¿Pero no para Miranda?"

"No, no para Miranda".

"¿Qué deseas hacer entonces?"

Ella suspiró. "No lo sé. Lo he estado pensando de manera constante, pero…"

"¿Te preocupaba lo que yo haría o diría?"

"Sí", reconoció ella. "Pero ahora que sé que defenderías a Miranda, puedo decidir en base a lo que es mejor para ella en lugar de tener miedo. Gracias, Excelencia, estoy… extremadamente agradecida".

"Es un placer", dijo él, alzando las manos de los dos todavía entrelazadas y besándola en la muñeca desnuda. Sus labios se curvaron levemente. "De paso te diré que ya es hora que me llames Wyndham".

Por alguna razón, la invitación de usar su nombre de pila era casi tan íntima como lo que habían hecho esa tarde lluviosa en la casa de barcas.

Freddie sonrió con timidez. "Gracias por lo que te has ofrecido a hacer por Miranda… Wyndham".

CAPÍTULO 22

La distancia hasta Sweet Clover Manor no era tan grande como la de Torrance Park, pero Plimpton había decidido hacer el viaje en dos etapas cómodas en lugar de todo el recorrido en un solo día como hacía normalmente.

Se sintió aliviado por haber decidido partir el viaje en dos. Porque aunque se habían detenido bastante antes del anochecer, las ojeras en los ojos de Winifred, que solo eran leves más temprano ese día, se habían vuelto considerablemente más marcadas.

Ella había mencionado antes, después de muchas indagaciones suaves, que había estado enferma la mayoría de las mañanas hasta hacía tan solo unos días. Eso explicaría su pérdida de peso, que él había notado de inmediato hoy.

Plimpton experimentó una sensación conocida e indeseada de inquietud cuando le preuntó a Winifred sobre su embarazo. Porque siempre que le había preguntado por la salud de Cecily, ella lo había percibido como una preocupación de él por el bebé en vez de un interés real por ella.

Para cuando llegó el tercer embarazo de Cecily, Plimpton había aprendido a no preguntarle nada, confiando solo en lo que le contaba el médico.

Winifred había parecido estar azorada por las preguntas de él, pero no enojada. Pero es que ella era una mujer completamente distinta a cómo había sido su mujer fallecida. Eso quedaba claro al ver lo mucho que quería a su hijastra Miranda, al empezar a deteriorarse cuando pensó que la niña había muerto.

Cecily…

Plimpton frenó el pensamiento antes de formarlo completamente. Cecily era sup asado; Winifred era su futuro. Se le había dado una nueva oportunidad y tenía que dejar atrás a su esposa fallecida.

Pero solo porque se olvidase de Cecily, eso no significaba que podía olvidar lo frágiles que se volvían algunas mujeres durante el embarazo. Esta no era una noche de bodas normal; su novia ya llevaba su hijo así que no había prisas por consumirla.

Eso es lo que él se dijo.

También se dijo que iba a dejar que Winifred descansara esta noche, no importaba lo mucho que la deseara.

Plimpton pensó que no iba a tener la fuerza de voluntad para cumplir con su resolución hasta que Winifred casi se había quedado dormida durante los postres.

"Ven", dijo cuando ella bostezó por tercera vez en tres minutos. "Te acompañaré a tu habitación. Debes acostarte temprano ya que vamos a partir al alba mañana".

Ella le miró parpadeando, claramente perpleja porque él no iba a insistir en sus derechos conyugales. Plimpton también se sentía perplejo. Y decepcionado por ejercer tanta contención. ¿Qué clase de hombre no se acostaba con su nueva esposa en su noche de bodas, a pesar de que estuviera preñada?

Pero mientras la guiaba escaleras arriba, podía ver que sus pies le pesaban tanto que apenas podía levantarlos. No, no podía inoportunarla esta noche.

"Oh, de paso", dijo ella entre bostezos una vez más. "Quería darte las gracias por lo de Compton. Creo que vamos a poder trabajar muy bien juntas".

"No me tienes que dar las gracias a mí por tu nueva doncella; eso es todo cosa de Digby".

"Por favor, dale las gracias de mi parte".

"Por supuesto". Justo lo que su ayudante de cámara ya arrogante y engreído necesitaba: alabanzas de la nueva esposa de

Plimpton. "He pedido que te preparen un baño mientras cenabas. Un buen remojón aliviará algo de los dolores causados por el viaje".

"¡Qué considerado por tu parte! Gracias". Ella subió las pestañas y la sonrisa que le brindó era radiante y borraba mucho las señales de su cansancio.

También borraba una buena parte de la contención de él.

"De nada", dijo él apresuradamente, dándole un beso casto en la frente cuando se quedaron parados delante de la puerta de la habitación que Digby había reservado para ella, la mejor de la posada. "Esto es un establecimiento de buena reputación y seguro, pero de todas formas debe cerrar la puerta con llave una vez dentro. Dudo que su doncella lo sepa ya que es nueva". Titubeó y agregó, "Cierre la puerta con llave que da a la de ella una vez que ella se haya ido, solo para estar segura".

Ella le miró con una sonrisa algo provocative y soñolienta que le puso duro de inmediato. O más duro, mejor dicho. "¿Y la puerta entre mi habitación y la tuya?"

"Esa debe ser la primera puerta que cierres con llave. Me quedaré aquí hasta que oiga la cerradura".

Ella rio. "Buenas noches, Excelencia".

"Duerme bien, Winifred."

Plimpton se quedó hasta escuchar el cerrojo echado antes de bajar a la taberna. Iba a ser una noche muy muy larga. No había razón por la cual afrontarla completamente sobrio.

***

Para cuando Plimpton subió las escaleras un poco mareado tres horas más tarde, estaba un poco asqueado y todavía tan excitado como había estado antes pensando en su esposa dormida arriba. Mezclado con su deseo había una sensación de virtud por su propio sacrificio personal.

A pesar de sentirse tan virtuoso, no podía evitar desear no haber sido tan virtuoso. Desde luego, una cantidad mucho menor de virtud, tomarla solo una vez esta noche, en lugar de las tres o cuatro

veces que había imaginado, habría sido suficiente. Pero él nunca había dejado las cosas a la mitad, ¿verdad?

Plimpton forcejeó con torpeza con la llave, apuntándola de manera inútil en la cerradura varias veces antes de meterla por fin. El simbolismo de sus embestidas torpres no se le escapó. Quizás era mejor no haberle hecho el amor a Winifred esta noche.

Riendo para sus adentros, abrió la puerta. Y luego se quedó helado, como un perro de caza avistando un pájaro. Winifred estaba encima de la cama de costado curvada con una almohada colocada en el vientre.

Cerró la puerta con cuidado, haciendo una mueca cuando chirriaron las bisagras. Pero ella no se movió.

Plimpton dio las gracias mentalmente por su previsión en despedir a Digby más temprando esa noche. Pensando en su ayudante de cámara atento hizo que su mirada se fuera hacia la puerta que daba a las habitaciones adyacentes, no las de Winifred, sino las de Digby. Torció el gesto cuando vio que ella no había echado el pestillo, y un disgusto posesivo y primitivo se difuminó en su vientre ante el pensamiento de que cualquier otro hombre, incluso su criado fiel, pudiera observar a su esposa mientras dormía. Dio un paso para corregir ese despiste, helándose de nuevo cuando una tabla del suelo chirrió bajo su bota.

Diantres.

Pero cuando miró a la cama, estaba claro que Winifred no se había movido. Parecía ser que su nueva esposa dormía proundamente.

Para cuando cerró el pestillo de la puerta y se quitó las botas y el abrigo, pensó que ella no solo dormía bien, sino que dormía como una muerta. Ella no se había inmutado durante todos los golpecitos y ruiditos que él había creado aunque se había movido con más cuidado que un hombre atrapado en una cueva con un tigre dormido.

Arriesgandose a hacer un poco más de ruido, se sirvió una copa de coñac que Digby siempre tenía para él cuando viajaban, completo

con decantador de cristal tallado y vasos, y luego alzó uno de los sillones orejeros y lo llevó más cerca de la cama.

Con el vaso en la mano, se sentó con cuidado de no hacer ruido en el sillón sentándose con un suave suspiro sorbiendo su bebida mientras miraba a su esposa dormida.

Ella llevaba la clase de camisón de cuello alto recatado blanco que él no había visto desde hacía años. Cecily había llevado algo similar para las raras visitas que él hacía a sus aposentos. Solo lo supo porque había cometido el desafortunado error de encender las velas en su habitación en la noche de su boda deseoso de ver a su hermosa novia, una mujer que él no tan secretamente había estado deseando durante casi un año antes de que ella aceptara su oferta.

Esa noche había sido la primera y la última en que él quisiera luz en el dormitorio.

Esa había sido la última noche para una gran cantidad de cosas.

El padre de Plimpton y el de ella habían sido amigos desde la cuna y habían hecho los arreglos de esa unión entre ellos. Había sido la madre de Cecily la que insistió en que su hija tuviera una Temporada antes de casarse.

Plimpton, muy obediente normalmente con los deseos de su padre, se había negado inicialmente con casarse con una mujer elegida por él.

Hasta que vio a Cecily.

El amor a primera vista era un concepto común. Durante esa Temporada y hasta la misma noche de su boda, había creído que eso era lo que le afligía.

Solo después de haber aceptado que había una mujer tras el rostro hermoso de Cecily y su cuerpo deseable, había descubierto la verdad: había estado infatuado. Y, ni siquiera de ella, sino de su aspecto. Lo que él había creído que era amor, había sido algo poco profundo y fugaz, un producto de sus testículos en lugar de su mente o su corazón. Retrospectivamente, no podía culpar a Cecily por odiarle; él no había sido mejor que un perro en celo.

La historia de Cecily, descubrió él aquella primera noche, era bastante común. Ella había estado enamorada de otro hombre, el hijo de un terrateniente que no tenía ni rango ni fortuna para tentar al padre de ella para que cambiara de parecer. En vez de hacerlo, el padre de Cecily había vendido a su hija, sin importarle que ella nunca había querido casarse con Plimpton.

Como Cecily no podía vaciar su furia en su padre, Plimpton se convirtió, hasta su último suspiro, en una diana conveniente para toda su ira y odio.

Estudió a la segunda mujer a la que había forzado a casarse con él. Sus labios estaban levemente separados, y su pecho subía y bajaba en un ritmo suave y regular. La conversación que habían tenido en el carruaje ese día le había dejado casi mareado del alivio. Porque habría sido muy fácil que hubiera acabado en enemistad en lugar de amistad.

Ella no solo había sido generosa con su aceptación de las disculpas de él, sino que le había gratificado con una disculpa propia. Él no había necesitado que ella reconociera el error de sus acciones, pero eso había calmado un poco del dolor que había estado sintiendo.

Hoy, por primera vez en años, décadas incluso, se sentía esperanzador con el futuro. Si, parte de esas esperanzas eran debidas al niño en el vientre de ella. Pero la mayor parte con mucho, era debido gracias a *Winifred*. No solo por su rostro hermoso y su cuerpo deseable. Y ni siquiera porque ella era todod lo que él quería en su duquesa. No, estaba lleno de emoción y optimismo porque ella era todo y más cuando se trataba de lo que él siempre había querido en una esposa, una compañera y amante.

Plimpton tomó un sorbo de su coñac y saboreó el ardor agradable que le calentaba la garganta. Las palabras de Winifred de antes, las de su amiga, Lady Rotherhithe, le vinieron a la mente. Hoy, él y su nueva esposa habían plantado un árbol, el primero de muchos, esperaba él. Y quizás, solo quizás, ese árbol enraizaría y florecería.

***

Cierta conciencia en la mente dormida de Freddie la hizo abrir los ojos.

Lo primero que sus ojos soñolientos vieron fue a un hombre, sin abrigo ni corbatín, desparramado en un sillón al lado de la cama.

No cualquier hombre; su marido.

Plimpton sonrió. "La bella durmiente se ha despertado", dijo él, su voz callada teñida de diversión.

Freddie se frotó los ojos y se incorporó hasta quedar sentada. Lo que antes le había parecido una buena idea, venir a la habitación de su marido, ahora parecía… una torpeza. "¿Llevas mucho rato aquí?"

"No mucho".

Freddie vio su garganta desnuda, su pecho ancho, el vaso, vacío que sostenía de manera intolente. Su mirada volvió a su rostro.

"No estoy ebrio, si es eso lo que te estás preguntando".

Eso había sido. Y se sintió aliviada al saber que él no lo estaba. Sedgewick había sido desagradable en el mejor de los casos, pero la bebida había exacerbado su propensión por la crueldad.

Ella vio que el dobladillo de su camisón se le había subido y cuidadosamente lo bajó, intentando ocultar la acción.

A tenor de la manera en que sus ojos sonreían, ella había fracasado en su intento de ocultar su intento de ser modesta.

Dejó de lado la almohada a la que había estado aferrada y se rodeó las piernas con los brazos, descansando el mentón en las rodillas. "¿Qué estabas haciendo?"

"Verte dormir". Sus ojos, normalmente tan penetrantes, tenían los párpados caídos, su expresión relajada y casi indolente.

Freddie tenía que haber tenido un plan de acción en lugar de solo venir a su cuarto y esperarle. Pero por otra parte, no había esperado quedarse dormida y…

Él se puso en pie de manera elegante y fluida y descansó el vaso en la mesilla de noche. "¿Por qué estás aquí, Winifred?"

No era la pregunta que ella había esperado; ciertamente, no había anticipado que hubiera preguntas, así que carraspeó. "Esto, dijiste, en Torrance, que yo debía venir a tus aposentos cuando estuviera lista". Freddie sintió que su rubor se difuminaba por todo su cuerpo, no solo su cara.

Él la miró sombrío.

"Lo siento", dijo ella, yendo hacia el borde de la cama.

"Quédate", dijo él calladamente.

Ella se detuvo, sintiéndose como una tonta.

Él estiró la mano para tocarle la cara y ella dio un respingo.

"*Tranquila*", murmuró él, trazando la línea de su mandíbula con un dedo. "Mírame".

Ella inhaló profundamente y levantó la vista, sin siquiera intentar ocultar su confusión y azoramiento.

"Estaba intentando ser un marido considerado dejándote en paz esta noche".

Ella asintió con la cabeza, presa de su mirada como estaba tantas veces. "Lo sé".

"Me había apartado de la tentación". Su dedo se deslizó por el mentón de ella y descansó en su labio inferior. "Pero la tentación ha venido a mí".

"¿Quieres… debo irme?"

Él ladeó la cabeza. "Sabes una cosa, Winifred, no creo que puedas irte a estas alturas. Medio gesto de sacrificio personal al día es mi límite".

A ella se le escapó una risita nerviosa. "Eso es algo bueno que debe saber una esposa".

Él le extendió las manos. "Ven aquí", le instó cuando ella titubeó.

Una vez que la tenía en pie, acarició la trenza gruesa de su cabello que tenía por encima del hombro en su pecho derecho. "Quiero verlo suelto. ¿Te molesta eso?"

"No, para nada". Le había llevado un buen rato cepillárselo, pero Freddie sospechó que él haría que valiera la pena.

"Yo lo hago", dijo él cuando ella estiró una mano para agarrar su trenza.

Él desató el lazo que Compton había usado para asegurar el extremo, sus ojos siguiendo los movimientos de sus dedos, como si su tarea mereciese toda su atención. La suavidad que mostraba rara vez de nuevo atemperó sus rasgos escuetos cuando la trenza se deshizo y los rizos saltaron libres como prisioneros liberados de sus grilletes.

La misma expresión de absorción que ella había visto esa vez que habían estado juntos, se difuminó lentamente por su rostro. Una vez que liberó el cabello de ella, peinó con los dedos hasta que era una cortina espesa y pesada que le colgaba a ella hasta la cintura. "Todavía está húmedo".

"Sí. Tarda horas en secarse, y yo estaba demasiado impaciente como para quedarme sentada al lado del fuego".

"Yo también estoy impaciente". Sus dedos se movieron hacia la fila de botones que bajaban por la parte delantera de su mejor camisón.

A Freddie se le aceleró la respiración; iba a dejarla desnuda, como había hecho la última vez. Ella lo había anhelado y lo había temido, estar desnuda delante de él, su piel hormigueando de excitación cuando sus dedos rozaron la fina muselina.

Una vez que llegó al botón de abajo, levantó la mirada. "¿Por encima de tu cabeza o por encima de tus caderas?"

"Solo me encaja por encima de la cabeza", le confesó ella, sonrojándose furiosamente al reconocer que sus caderas eran demasiado anchas.

"¿Ah, sí? Qué hombre más afortunado que soy", murmuró él, lentamente tomando la tela entre los dedos pero sin quitar la mirada de la de ella.

Freddie era muy consciente de su respiración, su velocidad y dureza, y se alegró al ver que el pecho de él subía y bajaba más aprisa que antes.

Ella cerró los ojos cuando él levantó el camisón por encima de su cabeza, manteniéndolos cerrados cuando retiró la prenda.

"¿Eres tímida, Excelencia?"

Ella abrió los ojos bruscamente, y le encontró mirándola con diversión indolente. También le vio completamente vestido.

Ahogando su cobardía, estiró una mano para agarrar la camisa de él. "Ahora es mi turno".

Él parecía agradado por la premura de ella, mirándola intensamente mientras ella tiraba del largo dobladillo de su camisa sacándolo de sus pantalones. Él levantó los brazos sin que ella se lo pidiera y Freddie se inclinó cerca de él, poniéndose de puntillas para levantarle la prenda por encima de la cabeza.

Ella sintió su olor. Esta vez no era agua de lago, sino almidón limpio, colonia, y el olor a frutos secos, y el olor a frutos secos y levemente dulzón del coñac.

Ella se apartó con desgana y le lanzó la camisa al sillón que él acababa de dejar. Cuando le miró, vio que sus ojos estaban puestos en el cuerpo de ella, el rostro duro de deseo. Se deleitó con una inspección a su vez, agradada porque su recuerdo no había exagerado sus músculos o sus… proporciones.

Ella se tragó la humedad que tenía en la boca mientras su mirada repasaba el grueso saliente que distorsionaba sus pantalones ceñidos. A Freddie le encantaban las ropas buenas y las telas que tenían, viendo, sintiendo e incluso leyendo acerca de cómo se hacían.

Los pantalones, por ejemplo, se cortaban al bies, un procedimiento que creaba el efecto de estiramiento que aportaba un aspecto favorecedor. O al menos eso era cuando se estiraba sobre un cuerpo bonito.

Y el duque tenía muslos y pantorrillas excepcionalmente magníficos.

Ella se inclinó más hacia él para estirar las manos para deshacer el escudete que hacían que sus pantalones le ciñeran aún más.

Él siseó cuando los pezones erectos de ella rozaron la piel fina de su torso y sus brazos se cerraron en torno a ella. "¿Me estás intentando castrar?" le preguntó él en voz baja, rozando su sien y su oreja con la nariz.

"Estoy intentando desnudarte", le corrigió ella, su voz tan tensa como la de él.

Sus dedos finalmente localizaron los extremos de la cinta y tiró. La tela cedió ligeramente y Freddie deslizó los dedos entre el lino fino y su piel sedosa y caliente y bajó la prenda por encima de sus caderas estrechas.

El duque gimió y sus dientes le mordisquearon la oreja, provocándola a soltar una risita.

Ella se mordió el labio inferior, mortificada por haberlo hecho.

"¿Una risita? Vaya, su Excelencia, nunca te habría creído capaz de emitir semejante sonido". La mano de él se deslizó por su columna y tomó su nuca en el cuenco de la mano, girándola levemente para poder besarla en los labios. El beso era lento, profundo y tan intenso que Freddie se olvidó de sus pantalones.

Él se apartó después de un momento largo. "Estoy encantado de que hayas venido a mí, Winifred".

Ella tragó y asintió con la cabeza.

Él señaló sus pantalones, que se habían bajado lo justo como para dejar asomar la punta de su erecció, como un soldado con casco asomado por encima de una tapia.

"Oh", dijo ella, absorta por la imagen erótica.

Las manos del duque descansaron justo por encima de la cinturilla de su pantalón, el gesto haciendo que los músculos por su abdomen y pecho se flexionasen. Carraspeó y Freddie levantó la cabeza bruscamente.

“Pasan hacia abajo por mis caderas y no arriba por mi cabeza”, señaló él ayudándola.

Freddie no pudo evitar reír. “Y yo pensando que no podías vestirte o desvestirte solo”.

Él levantó las cejas, su mirada regia y arrogante, totalmente al contrario que el brillo en sus ojos grises y su verga enhiesta.

Ella apenas le había empujado los pantalones por los muslos cuando él la tomó entre los brazos de nuevo, atrapando la brasa caliente de su erección contra el vientre de ella.

“Súbete a la cama”, le dijo él, la voz rasposa, sin risa ya en sus ojos calientes.

Freddie se fue hacia atrás subiéndose a la cama con más rapidez que elegancia, queriendo un buen lugar para ver lo que iba a hacer el duque. Colocó los brazos y las piernas para estar lo más modestamente tapada posible. Pero el duque no la estaba mirando en ese momento. Se había bajado los pantalones y la ropa interior deprisa y ahora decía tacos en voz baja cuando no podía tirar de las prendas por encima de los pies.

Freddie no pudo resistir emitir un sonido reprobatorio. “Veo que fui prematura con mis alabanzas. Tienes que desabrochar los botones de los tobillos, Excelencia”. Ella enarcó una ceja. “¿No sabías que había botones, verdad?”

“Calla, mujer”, replicó él de manera imperiosa. “Claro que sabía que tienen botones”. Un leve rubor le tiñó las mejillas y una sonrisa apenada se dibujó en su boca. “He visto a Digby abrochar y desabrocharlos infinidad de veces”.

Freddie rió, y actuando de manera impulsiva, deshizo su pose modesta y tiró de él hacialacama. “Siéntate”, le ordenó ella, y luego, antes de perder el valor, se deslizó de lacama y se puso de rodillas.

Hasta que no levantó la mirada y vio la expresión conmocionada en la cara de Plimpton mientras la miraba, se dio cuenta de la audacia de sus actos y lo expuesta que la habían dejado.

Pero era demasiado tarde para cambiar de parcer, así que se puso de cuclillas e inclinó la cabeza mientras tomaba el dobladillo de la pierna de él más cercana. En lugar de tener botones corrientes forradas de tela, los del duque eran de nácar; una hermosa tonalidad gris que hacía juego con el color de sus pantalones y sus ojos de manera perfecta. La inesperada elegancia de los botones la sorprendió. La ropa del duque siempre era de la mejor hechura y tela, pero su estilo era de una pureza casi puritana. Estos botones no eran típicos de él.

"¿Qué haces ahí abajo?" preguntó él malhumorado.

"Examinando estos hermosos botones de nácar".

"¿Nácar?" repitió él, visiblemente perplejo.

"El nácar es una clase de…"

"Sé lo que es el nácar", replicó él.

Sí estaba *definitivamente* malhumorado.

"¿Son estos pantalones especiales, Excelencia?"

"¿Qué me quieres decir con eso, duquesa?"

"¿Te compró Digby estos pantalones para el día de hoy?"

Él estrechó los ojos cuando se dio cuenta de que ella se estaba burlando de él. "Crees que carezco del estilo necesario como para elegir botones nácar".

Ella se mordió el labio. "Para nada".

La mirada de él bajó de su cara a su pecho, que ella había olvidado y que estaba desnudo.

Ella jadeó alzando un brazo para cubrirse.

"No vas a poder desabrochar esos botones de *nácar* con una sola mano", dijo él socarrón.

Ella sintió gran placer demostrándole que se equivocaba, desabrochando cuatro rápidamente y luego tirando del dobladillo con fuerza como para pasar la tela por encima del pie de él. "¿Decías?"

"*Hmm*", fue todo lo que él contestó mientras ella cambió el brazo que le tapaba el pecho con el otro y desabrochando el otro lado con la misma habilidad. "Impresionante".

"Estoy segura de que un hombre con tus habilidades podría aprender a hacerlo con tiempo suficiente y práctica".

Él soltó una risa. "Bruja descarada". Se apartó los pantalones y se sacó los pies de las prendas liadas. Moviéndose con velocidad, tomó las manos de ella y la alzó de las rodillas. "Súbete a mí a horcajadas", dijo él, sus ojos puestos en los de ella.

"Pero…"

"No hay peros que valgan". Empujó los muslos de ella con una rodilla. "Házlo, Winifred. Te prometo que valdrá la pena".

Su mirada era tan apremiante mandándola que ella separó las piernas sin que se lo tuviera que pregunar de nuevo. Él asintió con la cabeza, los ojos todavía puestos en los de ella. "Bien. Ahora, coloca las rodillas al lado de mis caderas. Venga", dijo él cuando ella se frenó.

Como si estuviera en trance, ella cumplió con su orden escandalosa y él inmediatamente deslizó las manos hacia arriba en el lado exterior de los muslos de ella llegando hasta sus nalgas, tirando de ella con suavidad pero firmeza y separándola aún más al hacerlo.

Él bajó la mirada y los músculos de su mandíbula se flexionaron bajo la piel tensa de su mandíbula. "Míranos, Winifred".

***

El cuerpo de su esposa tembló bajo sus manos. Plimpton sabía que parte era de la vergüenza que ella sentía ante la vulnerabilidad de su postura. Pero parte, se dio cuenta él al ver el latir rápido de su pulso en la clavícula, era de pura excitación.

La frente de ella rozó su cara mientras bajó la mirada hacia donde ellos dos se tocaban. Su gruñido casi inaudible de excitación era más erótico que el sonido de ella gritando su nombre.

Aunque Plimpton iba a tener eso de ella también, antes de que se acabara la noche.

Bajó la mano hacia donde sus verga asomaba de entre los rizos de color rubio oscuro de ella y los labios de su sexo separados por su verga. Con cuidado, dejó descubierta la punta mojada e hinchada de su sexo, hundiendo un dedo en su calor escurridizo y usando la copiosa humedad de ella que su cuerpo producía para acariciar la puntita respingona de carne.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y una de sus manos se colocó en el hombro de él, su tacto tan ligero y tentativo como el de una mariposa posándose en una flor.

Su otra mano se cerró alrededor de su verga.

"Oh, sí"´, susurró él mientras los dedos finos y fríos de ella se apretaron entorno a su largura caliente y ella le bombeó con firmeza de la raíz hasta la punta.

Odiaba reconocerlo, pero Sedgewick la había enseñado bien. Igual que la últimaa vez que ella le había tocado; ella sabía cuanta fuerza ejercer y exactamente donde hacerlo, acariciando por debajo de la corona cada vez.

Plimpton deslizó un dedo entre los pétalos hinchados de su sexo hasta alcanzar su apertura prieta y se hundió hasta el tercer nudillo, trabajándola hasta quedar mojado con su excitación y luego añadiendo un segundo dedo.

Al principio, los únicos sonidos en la habitación eran sus respiraciones entrecortadas y ocasionales gruñidos o gemidos. Pronto, el sonido de carne mojada se unió a la sinfonia erótica.

Rara vez, si acaso alguna vez, había sido traído al punto del clímax tan velozmente y tembló con el esfuerzo de contener su orgasmo. Entre la mano hábil de ella y su cuerpo prieto y mojado, su control se deshizo tan deprisa como habían hecho sus intenciones virtuosas antes.

Antes de que pudiera correrse, el bombeo de su mano empezó a flaquear, así que él intensificó sus propios esfuerzos y fue premiado cuando el cuerpo de ella de repente se puso rígido quedándose helado.

"*Wyndham*", jadeó ella, un estremecimiento sacudiendo su silueta esbelta mientras su vagina apretaba los dedos de él, una oleada convulsiva tras otra, cada una menos poderosa que la anterior.

Hasta que desapareció la última, Plimpton no salió de ella cerrando la mano en torno a la de ella que ahora descansaba ligeramente en su verga. Usó el puño de ella para acariciarse, apretando la mano de ella con fuerza. Solo hicieron falta media docena de bombeos de sus manos unidas hasta que él explotó, vaciando sus huevos dolidos contra la suave curva de los pechos de ella, regándola con su simiente.

Plimpton se derrumbó contra ella, sin energías, su mano cayendo a un lado mientras Winifred le ordeñaba hasta que ya no quedaba nada.

Él se inclinó hacia atrás lo justo como para poder admirar su trabajo, deslizando los dedos en la eyaculación que empezaba a enfriarse y repartiéndolo por encima de sus pechos y vientre hasta quedar liberalmente recubierta.

En lugar de sentirse repelida, ella enarcó la espalda para darle mejor acceso. Plimpton rara vez había visto una visión tan excitante como la de su mano acariciando el pecho pequeño de ella, perfecto con su punta erecta y rosada, la pálida órbita brillando mojada.

Pero entonces levantó la vista y se encontró con una visión aún más satisfactoria: Winifred con los párpados pesados de saciedad, los labios curvados en una sonrisa pequeña y suficiente.

Un hombre, decidió Plimpton, se podría acostumbrar mucho a ver esa expresión. Ciertamente, podría volverse rápidamente adicto a ella.

CAPÍTULO 23

Cuando el carruaje empezó a subir una ladera suave, Plimpton reunió sus documentos, se quitó los anteojos y colocó ambas cosas en el cajón de su escritorio portátil antes de dejarlo a un lado y cruzar para sentarse al lado de Winifred.

Ella levantó la vista de su libro cuando el cuerpo de él se deslizó al lado de ella.

"Mira", dijo él en el momento perfecto cuando el carruaje había subido la pequeña loma.

Él la miró a ella en lugar de la visión que tenían delante y no se quedó decepcionado.

Los labios de ella se separaron y sus ojos se agrandaron con asombro cuando vio por primera vez a Sweet Clover Manor. "¡Es *adorable,* Plimpton! No dijiste que era de estilo Tudor; el entramado y lucido es mi favorito, y ese piso superior saliente y las ventanas con montantes y las y… oh, me encanta totalmente. ¿Cuándo fue construido?"

"Me han dicho que es un ejemplo clásico del período isabelino. En lugar de tener forma de E, Sweet Clover tiene forma de H, con un salón central que conecta ambas alas. Tiene muchos rasgos típicos de esa época, tales como suelos de piedra en vez de madera, y paredes y techos revestidos de roble. También hay un vertedero, y mi parte favorita, una chimenea con bancos adosados en la biblioteca".

"¿Un vertedero?" Ella arrugó la frente. "No he oído hablar de ello".

"Es una sección de suelo en el segundo piso que puede moverse para que se puedan subir y bajar cosas grandes. La escalera, como

verás, es en espiral y es demasiado estrecha para poder subir o bajar algo grande".

"Qué interesante camino de entrada. ¿Hay alguna razón por la cual se haya diseñado así?"

Aunque el terreno era llano y no había muchos árboles, el sendero estrecho de gravilla se trenzaba de un lado al otro en zigzag irregular.

"Un antepasado, no recuerdo su nombre, creía que semejantes irregularidades serían un impedimento para que los espíritus malignos no pudieran llegar hasta la casa".

Ella rió. "Porque los espíritus solo viajan por caminos de gravilla bien hechos".

"Precisamente", dijo él, de acuerdo con ella. Cuando se fueron aproximando a la casa, él vio que los Benson, la pareja que cuidaba de la casa, habían alineado a los criados, que no eran más de veinte que realizaban las tareas dentro y fuera de la casa.

Plimpton había elegido deliberadamente a Sweet Clover porque era la casa más pequeña de las casas de Plimpton en orden de magnitud. No tenía interés en asombrarla con grandeza; quería ayudarla a acomodarse en su vida nueva. Para hacer eso, necesitaban intimidad. A juzgar por la sensación acogedora de su casa en Londres, él pensó que Sweet Clover sería más acogedor para ella.

Nunca había visitado la propiedad lo suficiente como para fomentar visitas, así que no les iban a molestar los vecinos. Sería el lugar perfecto en que pudieran conocerse.

Plimpton la miró de reojo mientras ella veía el edificio al que se estaban acercando. Esperó que ella no se sintiera atrapada o aburrida con solo su compañía.

Si era ese el caso… Bueno, era mejor saberlo antes que tarde.

***

Freddie se enamoró de Sweet Clover Manor a primera vista, y su afecto por la encantadora casa vieja solo se hizo más patente en

días sucesivos.

Era suficientemente acogedora para ellos dos, mientras que al mismo tiempo les daba espacio suficiente para sus necesidades individuales. Había muy pocos criados a los que gestionar, y el Sr. y la Sra. Benson hicieron un trabajo admirable de procurar la comodidad de Freddie y Plimpton sin desbordarles con atenciones.

Plimpton había elegido bien; era el lugar perfecto para unas vacaciones de novios.

Los Benson eran un matrimonio de edad avanzada que habían gestionado la propiedad desde la época del padre de Plimpton y quedó claro que los dos estaban encantados porque el duque se había vuelto a casar, y que su Excelencia había elegido traer a su nueva esposa a Sweet Clover antes de ninguna de sus otras propiedades, antes de llevarla incluso a Whitcombe.

La Sra. Benson, que acompañó a Freddie a su habitación, estaba que no cabía en sí de gozo. "Benson y yo nos quedamos encantados porque el duque eligió Sweet Clover para su viaje de novios, su Excelencia".

"Yo también, Sra. Benson. Ya estoy encantada con la casa"."

La mujer mayor se quedó encantada con las alabanzas de Freddie, como si Sweet Clover fuese suya. Freddie sospechó que se podía sentir así cuando solo veía al dueño una vez al año durante una semana o dos.

El ama de llaves la llevó hasta una puerta muy tallada cerca del final del pasillo. "Estas son las dependencias de la señora de la casa".

Freddie entró en la habitación decorada en rojo y dorado y sonrió al ver los muebles antiguos pero apropiados para la época de la casa y los cortinones pesados de terciopelo. "Es preciosa. Y son adecuados para el carácter de la casa".

La Sra. Benson parecía contenta con las alabanzas de Freddie. "Lo he refrescado durante los años subsiguientes. La madre de Su Excelencia, la última en ocupar las habitaciones, hace unos treinta

años, pidió que las conservara como cuando ella vino de recién casada".

"No podría estar más de acuerdo", dijo Freddie.

El ama de llaves la miró con alivio. Señaló una puerta en la pared este. "Esta puerta se añadió mucho más tarde que la original para formar cámaras conectadas. Este es el apartamento de su Excelencia". La habitación tenía tamaño y disposición casi idénticos a la de ella. La Sra. Benson cerró la puerta y cruzó la habitación hacia la última puerta, en la pared opuesta. "No había vestidores en el diseño original, de manera que se desmanteló un dormitorio entero para crear un cómodo salón-vestidor".

"Precioso", murmuró Freddie.

"He alojado a su doncella en el ático. Solo hay cinco habitaciones, de manera que comparte alcoba con Bessie, una de las doncellas de salón". Miró a Freddie con un poco de aprehensión, sin duda preocupada por no ofender a su nueva ama por menospreciar a su criada personal.

"Estoy segura de que eso estará bien. Compton era una doncella de salón en la casa de su Excelencia en Londres y aún no tiene las expectativas que tendría una doncella personal más experimentada".

La Sra. Benson rió cuando vio que Freddie sonreía.

"Si necesita algo, su Excelencia, por favor no dude en hacérmelo saber de inmediato".

"Gracias, Sra. Benson. Todo es precioso".

Después de que la criada se marchara, Freddie se fue hacia las ventanas, que daban a un encantador jardín trasero que zumbaba, literalmente, de vida de finales del verano. Las colmenas que Plimpton había mencionado se repartían por doquier. La zona claramente estaba dedicada a la agricultura. En lugar de bosques, había abundantes huertos. Y en lugar de elementos decorativos de agua y lagos artificiales, había un río, o riachuelo más bien, que bordeaba campos y huertos, suministrando irrigación decorativa y práctica.

Mientras daba vueltas y repasaba con la mirada la habitación que iba a tener durante este mes, el periodo que el duque había sugerido que pasaran en el campo antes de viajar hasta Whitcombe para empezar su vida de casados, ella no podía evitar sentir que el entorno que su nuevo marido había elegido era encantadoramente… íntimo. Sweet Clover, con todo lo seductor que era, seguramente debía ser una de sus posesiones más pequeñas, y seguramente con mucho.

Su mensaje al elegir semejante ubicación para las primeras semanas de su vida de casados estaba claro: iban a tener tiempo y ocasión, si la deseaban aprovechar, para llegar a conocerse mejor.

Una oleada de calor le recorrió el cuerpo cuando miró hacia la antigua cama con dosel que le recordó la noche anterior en la posada.

Se llevó las manos a las mejillas calientes al recordar su atrevimiento.

Su nuevo marido, tan distante en general, había demostrado por segunda vez, que en el dormitorio, él de manera voluntariosa y deseosa, se volvía cercano.

Freddie sintió una sonrisa de esperanza en los labios. Aunque todavía tenía razones por lamentar la necesidad de su matrimonio tan apresurado, se estaba enterando rápidamente de que había muchas cosas que lo hacían recomendable.

***

Cenaron en una habitación pequeña que Plimpton había convertido en sala de desayunos hacía años.

"No te fijarías seguramente en tu rápido recorrido de la gran sala, que históricamente también era el comedor principal, pero que no tiene fuente de calor".

Ella hizo una pausa en el acto de llevarse un bocado de trucha, recién pescado en su propiedad, a la boca. "¿Ninguna?"

"Ninguna", confirmó él. "No es tan terrible en el verano, pero en el invierno el viento silba por las numerosas grietas y sacude las

ventanas hasta en el ático". Hizo una mueca. "Un atrio sin de dos pisos sin calefacción es visualmente deslumbrante, pero poco cómodo para cenas. Ahora la sala solo se usa para cenas con invitados, de manera que comeremos todas nuestras comidas aquí dentro".

"¿Y tienes muchas de esas… cenas con invitados?"

"No ha habido una fiesta en Sweet Clover desde que Simon y yo éramos mozos. Mi madre y mi padre nos trajeron aquí solo una vez. No recuerdo la ocasión de ese viaje familiar, pero sí que recuerdo que la gran mesa de roble en la sala estaba llena por lo menos en dos ocasiones"..

"¿Y esa es la única ocasión en la que viajásteis en familia juntos?"

"La única vez", le confirm él. No le contó que esa ocasión desagradable estaba grabada en su memoria. Su padre, una persona de trato difícil en el mejor de los casos, había sufrido una inflamación de gota durante el viaje. Viajar con él en el carruaje debió ser tan agradable como viajar con un nido de avispas iracundas para su madre.

Plimpton y Simon habían ido en el segundo carruaje. Plimpton tendría once años, demasiado pequeño como para ir a caballo al lado del carruaje, desgraciadamente, y Simon tendría cinco o seis años. Su hermano había sido un viajero horrible y su nodriza pasó el largo viaje tanto de ida como de vuelta, limpiando vómitos.

Levantó la vista de su triste recuerdo para encontrarse a Winifred mirándole. Se le ocurrió a él que ella nunca habría viajado con sus padres ya que ellos perecieron en un accidente de carruaje cuando ella tenía cuatro o cinco años.

"¿Tu primera esposa nunca visitó Sweet Clover?"

Él parpadeó ante la pregunta inesperada. "No". Esa sola sílaba sonó demasiado abrupta, así que agregó: "Al comienzo de nuestro matrimonio a Cecily no le gustaba mucho viajar. Y más adelante, su estado de salud le prohibió todos los viajes salvo los más cortos". Una respuesta más sincera habría sido decir que ella no había

querido ir a ninguna parte con él, o estar en cualquier lado donde estuviera Plimpton, pero no se sintió obligado a ser tan sincero con su nueva esposa.

Cambió de tema para hablar de los paseos y las cosas que se podían ver en el entorno y la cena pasó sin más indagaciones acerca de su primer matrimonio que fue tan triste.

***

"Gracias, Compton. Eso es todo de momento", dijo Freddie. Su nueva criada era muy entusiasta en su trabajo y se habría tirado una hora arreglándole el pelo a Freddie si se lo hubieran permitido. "Intenta poder dormir esta noche", agregó en un tono bromista. Anoche la pobre chica se había desvelado media noche remendando el pobre vestuario de Freddie. "Su Excelencia me dice que hay una modista excelente en el pueblo de manera que podemos reabastecer mi vestuario durante las próximas semanas".

"Muy bien, su Excelencia", dijo la chica con tanta emoción como si fuese ella la que iba a tener ropas nuevas.

Cuando la criada cerró la puerta tras su paso, Freddie se miró en el espejo y empezó a cepillarse el pelo dándole los cincuenta repasos, una costumbre que tenía desde que era niña.

De manera no muy sorprendente, sus pensamientos se fueron hacia Plimpton

Anoche en la posada fue algo como un sueño febril. Puede que el duque no estuviera ebrio, pero desde luego que había estado… suelto. Nunca antes había sonreído, reído o bromeado tanto.

Se había quedado dormido pronto después de limpiarla con suavidad, unacto que había sido más sorprendente que vaciarse en sus senos, lo cual era algo que ella había soportado con frecuencia ya que Sedgewick lo había encontrado algo terriblemente excitante. Freddie nunca había entendido la atracción o el eroticismo de ese acto hasta anoche. Algo en ver a su marido serio disfrutar con marcarla de una manera tan primitiva había hecho que su propio clímax fuese más intenso.

Freddie había regresado a su habitación después de que Plimpton se quedó dormido y había yacido despierta hasta una hora antes del amanecer, su mente dando vueltas.

Dos horas más tarde, había tenido los ojos rojos y la cabeza embotada mientras desayunaba enfrente de su marido, que había estado tan reservado y cortés como siempre a pesar de sun oche de excesos con la bebida, y Freddie se preguntó si es que se lo había imaginado todo anoche. ¿Quién era este hombre que podía ser dos personas tan completamente diferentes?

Todo el día en el carruaje habían leído, se habían relajado y hablado de manera inconsecuente sobre trivialidades. Era como si el día antes, tanto la conversación intensamente personal que habían tenido después de la boda además de su tórrida noche de pasión, les hubiera dejado exhaustos a los dos.

Esta noche durante la cena Plimpton había continuado su conversación cortés pero impersonal durante toda la comida, como si hubiera estado entreteniendo a una invitada, y luego se había reunido con ella en la biblioteca después de disfrutar de su oporto y puro de después de cenar.

Durante dos horas, ella había trabajado en su nuevo diseño de bordado mientras él repasaba el correo que se había traído desde Londres.

Todo era muy doméstico.

Y entonces, de repente hace media hora, había guardado sus cartas, quitado los anteojos, y de manera amable pero firme, le informó que era hora de acostarse. Si. La había *informado*, no pedido.

Cuando la dejó ante la puerta de sus aposentos, le dijo que vendría a buscarla en media hora.

De nuevo, la había *informado*.

No se parecía en *nada* al amante ardiente y fiero de anoche. No vió ni un destello del hombre que le había pintado el vientre, los

pechos e incluso la barbilla con eyaculación y luego repartido por su piel, admirando su trabajo antes de limpiarla tiernamente.

Freddie sentía como que había dos Plimpton, y ninguno de los dos sabía nada del otro, los dos viviendo vidas completamente independientes.

Se miró en el espejo iracunda mientras una confusión de emociones se avivaba en ella. No se podía negar que le deseaba con una intensidad que hacía que pensar claramente fuese difícil.

No era el hombre más apuesto que hubiera conocido, y desde luego que no era el más ecuánime ni encantador. Ciertamente, a menudo era taciturno, frío y tan distante como para resultar antisocial. Pero también era físicamente soberbio, totalmente masculino, listo y ocurrente y su frío aura de poder, incluso su intocabilidad y exclusividad, se combinaban todos para hacerle irresistible.

Desde luego, si Freddie pudiera haber creado un hombre ella misma, sería Plimpton.

Pero *ese* Plimpton solo aparecía en el dormitorio. Solo cuando se desnudaban le permitía ver que él la deseaba. Pero ese era el *único* momento en que hacía que su deseo fuese evidente.

¿Era porque deseo sexual era *todo* lo que sentía por ella? ¿Así había sido en su primer matrimonio? ¿Sería esto la manera en que progresaría el matrimonio de ellos dos? Bueno, pero con la notable excepción de que ella bien podría darle al duque lo que él siempre había querido: un hijo.

Independientemente de si lo hacía o no, él viviría como quisiera; Freddie sabía que eso significaba que volvería a tomar amantes. Si ella le daba el heredero y segundón obligatorios, ¿le permitiría a ella también tomar amantes?

¿Por qué la llenaba de pena semejante futuro?

El ruido de una puerta abriéndose le hizo descansar su cepillo y darse la vuelta.

El duque, vestido en una bata de seda de color gris oscuro, se quedó parado en el umbral de la puerta, su mirada deteniéndose en su cabello antes de mirarla a los ojos. "Es hermoso. Me agrada verlo sin recoger".

Freddie apreció la manera en que daba sus órdenes en forma de cumplidos. Era otro comportamiento que Sedgewick nunca había aprendido. O al menos nunca empleó con ella.

El duque se aproximó a ella, sin detenerse hasta quedar a centímetros de ella. Hundió los dedos en su cabello, su mirada en los rizos pálidos mientras pasaba los mechones por los dedos, sus ojos oscureciéndose de deseo.

"Te siento tensa", observó él.

Freddie sí que estaba tensa.

"¿Te debo dejar y regresar en tres horas como hice anoche?"

¿El Duque de Plimpton sobrio *y* bromeando? No, eso no era posible.

Él la miró a los ojos de nuevo cuando ella no contestó, y sus labios se curvaron en una sonrisa que se hizo cada vez más grande.

Un hoyuelo que ella nunca podría haber adivinado, apareció en su mejilla derecha. Las arrugas siempre visibles en los bordes de sus ojos se profundizaron al igual que el paréntesis que le abarcaba los labios. Sus pestañas, la única parte suave de él, eran espesas pero tenían puntas rubias y su espesor no era aparente hasta que se vieran de cerca.

"Una sonrisa auténtica", no pudo ella resistir decirle.

"Pareces tan sorprendida", murmuró él, su sonrisa encantadora disipándose mientras movió sus dedos a los cabellos finos de la sien de ella y suavemente peinó los rizos sueltos con la mano. "Creo recordar que estaba sonriendo ese día en la casa de barcas".

"Eso era una sonrisa normal, esto es una sonrisa graciosa".

"Ah. Bueno, espero sonreír más en adelante. Y espero que tú también lo hagas. Quiero hacerte feliz, Winifred".

Era una velada de conmociones.

"Prometo que haré todo lo que esté en mi mano para hacer que nunca te arrepientas de nuestra unión", dijo él, acariciando su pelo hasta dejarla casi vibrando de placer. Había pasado mucho tiempo desde que alguien la hubiera tocado de una manera tan… amorosa. Incluso ese día al lado del lago Plimpton no había estado tan tierno. Sí, se había tomado su tiempo con ella, pero había sido el deseo lo que le guió. Ahora veía deseo, pero también afecto.

Algo en su mirada quieta hizo que los ojos de ella le picaran y llenado de lágrimas tan rápidamente que una se deslizó por su mejilla.

El horror, como un relámpago apareció en la cara de él. "¡Winifred, ay! … qué te pasa?"

"No es nada".

"Sí es algo".

"Últimamente me emociono a menudo. Me han dicho que eso es porque estoy en mi… esto… estado". Se sentía como una boba por la incapacidad de decir la palabra *embarazada*.

"Ah". La besó en la mejilla, y cuando se retiró, ella vio que sus labios estaban mojados. Deslizó los dedos por su cabello de nuevo, pero esta vez con menos cuidado, y en lugar de peinar los rizos, agarró un puñado lleno de rizos y se lo llevó a la cara, la nube de color rubio ceniza ocultando todo excepto sus ojos; unos ojos que ardían con puro deseo carnal mientras inhalaba. "¿Por qué hueles tan bien?"

"Yo, esto…"

Soltó la masa sedosa sin esperar una respuesta, bajando la boca sobre la de ella, sus ojos ardientes manteniéndola en su sitio mientras la devoraba.

El calor se difuminó por el cuerpo de ella mientras él bajó los párpados y tomaba la nuca de ella en la palma de la mano, posicionándola de manera que pudiera devorarla con un beso

profundo y anhelante que la dejó sin aliento cuando finalmente se separó de ella.

"Tan mágica como fue anoche", empezó a decir él, sus ojos brillando con humor cuando la cara de ella se inundó de calor. "Ah, ¿lo recuerdas, verdad? Pensé que quizás lo habrías olvidado".

"Pensé que *tú* lo habías olvidado", le acusó ella con la voz tomada. "Tú… tú bajaste a desayunar esta mañana y me miraste como si nunca nos hubiéramos conocido".

"¿Eso hice?" La besó en la punta de la nariz seguramente roja. "Tan mágica como fue anoche", repitió él, "había planeado algo un poco menos egoísta para nuestra noche de bodas".

"¿Eso era egoista? ¿Para tí? ¿O para mí?"

"Eres dulce", murmuró él, besándola de nuevo antes de estudiar la bata que llevaba, una de las prendas nuevas que había compradro para su pequeño ajuar. Era de color rosa pálido de tafetán moaré con encaje de blonda y botones hasta el cuello. "¿Puedo?" preguntó él.

Ella movió la cabeza bruscamente ganándose una mirada curiosa de él.

Pero entonces él llegó al quinto o sexto botón y vio lo que había bajo el tafetán y Freddie vio que la nuez de su garganta subió y bajó.

Él dejó de desabrocharla y lentamente separó los bordes de la bata. "Oh". Su garganta se flexionó de nuevo, y ligeramente trazó un dedo por la apertura estrecha, su piel caliente por encima de la tela fina.

Levantó la vista mirando los ojos de ella y una de sus cejas se enarcó. "Me siento como que me he portado muy, muy bien para merecer esto".

Ella soltó una risa sorprendida.

Él acarició el encaje de nuevo, con más fuerza. "¿Esto es para mí, verdad?"

Freddie no creyó imaginarse el tono levemente peligroso de él debajo de la pregunta. "Por supuesto que lo es. No me compraría algo así para mi misma".

Él enarcó la ceja de nuevo.

Freddie se sintió como una idiota. "Oh. No te referías a mí. Lo compré esta semana". ¿Por qué estaba hablando así? Seguramente porque nunca había poseído una prenda así en toda su vida. No lo tendría ahora si no fuese porque Madam Therese, una mujer a la que Freddie había hecho que tuviera muchos encargos a lo largo de los años, no la hubiera ordenado que la comprase, y luego hecho imposible que no lo hiciera al bajar el precio de la prenda hasta casi nada. Bueno, ya que estaba hecha de casi nada, ese precio parecía apropiado.

"¿Lo compraste para mí?" preguntó él.

Freddie casi preguntó para quién sino lo habría comprador, pero entonces vio la manera en que las comisuras de su boca se habían curvado, su sonrisa pequeña tan contenta y suficiente que no tuvo ánimos para borrársela.

"Sí, la compré para tí, Wyndham".

Él respiró profundamente y luego bajó la mirada continuando con los botones.

***

Plimpton temió que sus dedos pudieran dejar de trabajar antes de llegar hasta la cintura de ella. Si le fallaban después, estaba seguro de que podría quitarle la prenda de una manera o de otra. Pero si se paraban antes… Tendría que arrancarle la maldita prenda y comprarle otra.

Por suerte, no llegó a tanto porque los botones de repente se pararon bajo la tela que le ceñía la cintura estrecha.

Separó la prenda, hizo un ruido como ninguno que hubiera hecho en toda su vida y dijo con la voz ronca: "Oh".

Ella bajó la mirada para verse, como si de alguna manera se le hubiera olvidado la prenda devastadora que obviamente había

adquirido en la tienda de ropas de Satán. "¿No te gusta? Madam Therese dijo que…"

"Me gusta". Los dedos de Plimpton temblaban mientras le bajaba la bata por encima de los hombros, como un hombre desvelando una obra maestra valiosísima.

El tafetán cayó al suelo con un susurro.

Plimpton tragó. Y luego otra vez, su garganta extrañamente seca mientras que tenía la boca inundada.

El camisón era como de gasa, el color una tonalidad demasiado oscura para ser crema, quizás más parecido a un té con mucha leche. Semejante descripción no le hacía justicia al color. Lo llamara como lo llamara, de alguna manera lograba hacerla a ella parecer más desnuda que si no llevara nada.

Sus senos eran claramente visibles bajo la tela fina, que se recogía en cada hombro y luego caía hasta la cintura donde se ataba con un cinto de la misma tonalidad y luego se arremolinaba en una especie de niebla que le rodeaba las piernas y los pies.

Sus pezones duros apuntaban contra la tela recogida de gasa, parecían tan afiladas como que atravesarían el tejido fino.

Plimpton estiró una mano y acarició ligeramente una de las puntas pequeñas con la palma de la mano.

Ella respiró estremeciéndose, la acción haciendo que sus pechos temblasen de una manera que le hizo a él sentirse como si le hubieran dado con un mazo en la cabeza.

Quería devorarla mientras la vestía.

No podía decidirse en qué quería hacer…

"Plimpton, estás…"

"*Calla*", murmuró él, suavemente girándola hasta que ella miraba el espejo del tocador. Se paró detrás de ella, embobado con su reflejo. "Eres la cosa más hermosa que haya visto, Winifred".

Al oír sus palabras, una lenta oleada de rosa se difuminó desde su pecho subiendo por su garganta.

"No", corrigió él. "*Ahora* eres la cosa más hermosa que haya visto".

Ella se dio la vuelta hasta mirarle de frente, y luego hundió la cara en su pecho. "Me estás haciendo sentir vergüenza".

Todo lo que pudo decir fue "uff". Porque ahora el espejo reveló lo que él no había visto hasta ese momento: la parte trasera del cuerpo de ella.

El camisón era de una sencillez casi risible en su hechura, pero la manera en que la gasa voluminosa ocultaba a la vez que mostraba significaba que un diseño complicado habría sido supérfluo.

Sus hombros elegantes acababan en una cintura que él casi podía abarcar con las manos antes de que sus caderas se agrandaran, los globos deliciosos de sus nalgas apretando contra la gasa. Había una fina sombra donde sus piernas estaban presionadas, yendo desde la hendidura de su trasero delicioso hasta el suelo.

Ella se le arrimó y él gimió cuando su erección dura como una piedra presionó contra el vientre suave de ella.

"En la cama", gruñó él, encontrando la mano de ella y tirando de ella hacia la cama gigante que ocupaba media habitación.

Ella titubeó, señalando su camisón. "¿Me quito…"

"Oh, no. Quédatelo puesto".

Ella agarró puñados de la tela diáfana, lo alzó hasta las pantorrillas bien formadas y ascendió los peldaños hasta la cama.

"Túmbate boca arriba, cariño. Me temo que esta primera vez será rápido".

"¿Primera vez?" preguntó ella, un destello provocador que a él le gustó mucho, brillando en sus ojos.

Plimpton tiró del cinto de su batín y lo dejó caer al suelo antes de subirse a la cama.

Él alzó la falda de ella y separó los muslos de ella con unas prisas indecentes, deslizando un dedo por los pliegues mojados de

ella lo justo para asegurarse de que no le iba a hacer daño. Y entonces se alineó en ella y hundió la verga hasta dentro de una sola embestida.

Ella le rodeó con los brazos y cuando él se quedó parado, ella levantó las rodillas para tomarle más adentro.

"Ay, Winifred", dijo él en un hilo de voz, su corazón casi saliéndose de su pehco mientras hacía esfuerzos por tener control.

Y entonces ella le rodeó con las piernas y apretó sus músculos internos y él se abandonó.

CAPÍTULO 24

Freddie se despertó con una soga al cuello. Durante un momento, sintió pánico y se llevó las manos a la horca. Un panel de gasa retorcido se soltó con apenas tocarlo.

Se quedó mirando el tejido plateado y beige que tenía en las manos y rió. Era su camisón; se había quedado dormida con la prenda puesta.

Miró hacia un lado al reloj en la mesilla de noche, quedándose sorprendida cuando vio que ya eran las nueve de la mañana. No le extrañó ver la cama vacía, ya que se acordó de que Plimpton le había dado un beso de buenas noches en algún momento después de su tercera ronda haciendo el amor.

Sonrió al pensar en las palabras: *hacer el amor*.

Su sonrisa se agrandó cuando recordó la reacción de él al ver el camisón de Madame Therese. Esa mujer sí que sabía lo que se traía entre las manos en sus negocios. Plimpton había parecido estar enloquecido desde el momento en que le había quitado la bata hasta que se vaciara dentro de ella esa primera vez.

Su mirada tímida después había sido otra emoción que ella no había visto en su rostro antes. La había encantado más todavía al insistir que se quedara con la prenda puesta.

"Pero se está arrugando mucho", había protestado ella.

"Te compraré otro. Diez más".

"¿En colores diferentes cada uno?", había bromeado ella.

"Sí. No. Solo este color". Había frotado la fina tela entre los dedos con una expresión de perplejidad. "¿Qué es este color?"

"¿Topo? ¿Beige?"

"¿Topo?" hizo una mueca. "No me gusta cómo suena eso. Pero beige", repitió él. "Sí. Me gusta. Es de la misma tonalidad que tus ojos; beige mezclado con plata. Nunca he visto un color así. Inusual y hermoso".

Su escrutinio pensativo la había azorado, pero le agradó. Ella se sabía admirada por los hombres y recibido cumplidos, pero viniendo de un hombre como Plimpton, que no malgastaba las palabras, era un cumplido que la conmovió.

La puerta se abrió y Freddie levantó la vista, esperando ver a su doncella. Era Plimpton y no ella.

"Ah, estás despierta al fin". Entró dando zancadas, su mirada repasándola con un interés evidente.

Ella se subió la sábana un poco más y se deleitó con examinarle a él. "Has estado montando", dijo ella, escuchando la decepción en sus palabras.

"No. Estoy *vestido* para ir a montar. Te estoy esperando".

"¿Has retrasado tu paseo matutino por mí?"

"Sí. ¿Te gustaría ir?"

"Mucho". Se mordió el labio inferior. "¿Puedes darme un cuarto de hora?"

"Tómate media hora. Todavía tengo algo que hacer antes de estar listo".

"Gracias".

"Mandaré a que suba Compton".

En cuanto se cerró la puerta tras su paso, ella apartó las sábanas y las mantas, hizo intentos por zafarse de los metros y metros de su camisón, y agarró su bata.

Freddie sabía que él prefería montar a primera hora de la mañana y le conmovió que la hubiera esperado.

Puede que pareciera frío y distante cuando no estaban en el dormitorio, pero los numerosos gestos considerados que hacía estaban empezando a convencerla de que el hombre que la había

poseído tres veces anoche era más cercano al Plimpton de verdad, que el que veía al mundo con una mirada opaca y carente de emociones.

Freddie pensó que el proceso de ir retirando capas y llegando a conocer a ese hombre privado podría ser su nuevo pasatiempo favorito.

***

Los días de Freddie rápidamente adoptaron un patrón agradable.

Después de la primera mañana, ella dio instrucciones a Compton para que la despertara en cuanto Digby despertara al duque.

Se iban a montar, lloviera o hiciera sol, y Plimpton la llevaba a una parte diferente de la propiedad cada mañana. Era una hacienda pequeña, de tan solo unas dos mil hectáreas, pero casi todo el terreno estaba cultivado y era productivo.

Una cuarta parte de sus granjeros inquilinos se ganaban la vida de las huertas y los otros tres cuartos de cosechas mixtas. Todos seguían la tradición de Sweet Clover en el cultivo de las abejas, una industria parcial que suplementaba sus ingresos.

"Nadie depende de una sola cosecha, como el maíz", le contó Plimpton una mañana. "Aunque el tiempo desapacible de hace unos años arruinó a muchos granjeros ingleses, los nuestros tuvieron mejores resultados que la mayoría ya que siempre se les ha fomentado que conservaran grandes parcelas de tierra para cultivos experimentales".

Freddie estaba fascinada por cómo Plimpton estaba dedicado y era conocedor de todas las facetas de la vida agrícola.

Cuando ella mencionó eso en su tercer o cuarto paseo, él se limitó a encogerse de hombros. "Es mi medio de vida y el de miles de mis gentes. No podría aparecer en mis propiedades si no supiera cómo se mantienen".

Ella no mencionó el enfoque de Sedgewick sobre sus medios de vida, que habían sido exprimir a sus trabajadores y granjas como si fuesen trapos mojados, pero no podía evitar mencionar la actitud de

Wareham que era dejar las cosas fluir y un abandono benigno en el peor de los casos.

"Sí", el duque dijo de acuerdo con ella, "Wareham es lo que yo llamaría un administrador ocasional de sus tierras. Menos mal que no empeora esa falta de atención con las apuestas de juego o gastos prolijos, de manera que su propiedad puede prosperar. Tu hermano y yo hemos tenido docenas, sino cientos de discusiones a lo largo de los años sobre la necesidad de mejorías agrícolas. Las grandes propiedades inglesas están pasando por apuros, como lo están pasando todos los granjeros desde la guerra". Durante un momento, estuvo serio. "Los tiempos en que los terratenientes podían depender de sus granjas para mantenerles se están acabando rápidamente. Solo la innovación salvará a los granjeros ingleses, y a su vez a la aristocracia que obtiene su riqueza de ellos". La miró un instante, adoptando una mueca. "Pero, ya ves. Me has puesto a hablar de mi tema favorito. Si no tienes cuidado, puedo aburrirte con el tema durante horas".

"Lo encuentro interesante".

En lugar de aceptar la invitación de ella, se limitó a asentir con la cabeza y cambió de tema. "Hoy te llevaré a Chessley. Es un pueblo pequeño, pero creo que te gustará su selección de tiendas. Digby mencionó que tu doncella había hecho preguntas acerca de la modista".

Freddie había descubierto rápidamente que el ayudante de cámara del duque lo sabía todo y lo veía todo. "Compton tiene muchos deseos de que renueve mi vestuario", admitió ella.

"Te enseñaré lo que hay allí hoy, y puedes regresar cuando quieras".

Chessley era un precioso pueblo tudor a solo cuatro millas de Sweet Clover. Para Freddie era obvio que los pueblerinos sabían que el duque estaba actualmente en la propiedad. Y era igualmente aparente que le adoraban.

Plimpton hacía numerosas paradas para hablar con diversas personas, siempre nombrándolas y preguntando por sus familiares.

"Me impresiona que conozcas a tanta gente personalmente, incluso aunque estés aquí tan poco", murmuró Freddie después de que él terminara de escuchar una larga descripción de un pariente anciano y enfermo más.

"Es mi obligación saber", dijo él, mientras salían de la posada del pueblo donde habían dejado sus caballos.

"¿Disfrutas con ello?"

"Sí, mucho". Asintió con la cabeza al pasar por el lado de una pareja vestida con las ropas humildes de los granjeros. "Es para lo que me criaron. Tengo suerte de que me guste. Tengo mucha suerte". Antes de que Freddie pudiera contestar, él señaló un edificio adorable de bahareque con ventanas en forma de rombo de la época. "¿Entramos para saludar a la Sra. Yarrow?"

Había vestidos, sombreros y guantes colocados de manera encantadora en la ventana.

"¿No te importa?"

"Para nada".

En cuanto entraron en la pequeña tienda, la Sra. Yarrow se apresuró a acercarse y las otras dos mujeres que inspeccionaban diversos artículos, se dieron la vuelta haciendo una reverencia.

"Es un honor, su Excelencia", dijo la modista, su mirada yendo hacia Freddie, sin duda tomando nota de los detalles de su traje de amazona, uno de los dos que habían sido de Sophia, y maravillándose de que una duquesa llevara una prenda tan antigua que no le estaba bien.

"Es un placer volver a verla, Sra. Yarrow". Plimpton señaló a Freddie con la cabeza. "Su Excelencia volverá más tarde en la semana con su doncella para venir de compras con mayor detenimiento. Hoy, sin embargo, está necesitando un paraguas nuevo, ¿tiene algunos que pudiéramos ver?"

La promesa de él de comercio futuro hizo que la señora de la tienda se pusiera delirantemente feliz. "¡Oh, qué honor! Por

supuesto que tengo unos paraguas. Llegaron hace una semana. Si sus Excelencias toman asiento, los puedo traer".

"¿Un paraguas?", murmuró Freddie cuando ellos se sentaron en el canapé elegante que seguramente no se había usado nunca para vender un paraguas.

"Mi criado se deshizo de tu último paraguas", le recordó él.

"Ah".

La señora de la tienda regresó con su ayudante, ambas mujeres cargando con paraguas.

Freddie se quería reír cuando empezaron a abrir los paraguas y el duque examinaba cada uno como si la compra fuese algo crucial.

"¿Este es el que más se parece al que se rompió, verdad?", le preguntó cuando la ayudante le enseñó un paraguas corriente de color negro.

"Sí, ese es exactamente…"

"¿Qué te parece ese?", preguntó Plimpton señalando un paraguas que todavía no habían abierto.

"Este es uno de nuestros más nuevos", dijo la Sra. Yarrow, animándose al desplegar un paraguas realmente precioso de color rojo.

"¿Qué te parece este?", preguntó Plimpton estirando una mano hacia el paraguas.

"Oh. Es muy… rojo".

Él lo sostuvo cerca de ella, sus ojos oscureciéndose mientras le daban un repaso, para nada cerca del paraguas, se fijó Freddie, la mirada de él deteniéndose en el corpiño de su traje de amazona, que estaba muy apretado, ya que Freddie era un poco más voluminosa de lo que había sido Sophia. Finalmente, su mirada se fue hacia el rostro de ella, sin duda, tan rojo como el paraguas en ese momento.

"He cambiado de parecer en lo de los vestidos solo de color beige. Debes tener uno de este color", le dijo en voz baja.

La asaltaron recuerdos de la noche anterior y Freddie murmuró entre risas: "Plimpton".

Y entonces él hizo algo verdaderamente chocante: le guiñó un ojo.

"Sí que tenemos un hermoso vestido de seda en un color similar", dijo la Sra. Yarrow, naturalmente confundiendo lo que el duque había querido decir.

Plimpton sonrió. "Tienes que recordar echarle un vistazo a esa tela cuando vuelvas, Winifred".

Ella asintió sin decir nada.

"Nos llevaremos los paraguas negro y rojo, Sra. Yarrow. Por favor, hágalos llegar a Sweet Clover", le dijo a la modista, finalmente dejando de mirar a Freddie, que sentía como si tuviera una fiebre.

"Oh, pero el negro es suficiente", dijo ella en una voz jadeante.

"Estarás bellísima con el rojo", dijo Plimpton, asintiendo con la cabeza y repitiéndole a la dependienta: "nos llevaremos los dos".

Una vez que lograron escapar de las despedidas efusivas de la mujer, el duque le ofreció su brazo a Freddie y los dos deambularon por la calle llena de actividad.

"No se me había ocurrido hasta este momento, que rara vez llevas ropas de colores llamativos. ¿Es que no te gustan?", preguntó Plimpton. "Porque estabas realmente bella contra ese fondo rojo".

"Sí que me gustan los colores", dijo ella al cabo de un momento. "Pero tienes razón en que rara vez los llevo". ¿Cuándo había dejado de llevar colores brillantes? Ciertamente, no había llevado colores vistosos para nada, aparte del lavanda, desde hacía años. Lo primero que se había comprado que no era de color gris, crema, marrón o lavanda, había sido el vestido de noche de color verde menta pálido.

Un recuerdo afloró en ella lentamente. "Me gustaba llevar cosas rojas. De hecho, tenía un abrigo de lana de color rojo brillante". Y le había gustado mucho ese abrigo.

"¿Qué pasó para que cambiaras?"

Como tantas otras cosas, había sido Sophia la que puso punto final al abrigo y su amor por los colores. Su cuñada había supervisado la compra del primer ajuar de Freddie. Una de las cosas de ser una mujer casada que Freddie anhelaba era poder llevar los colores que quisiera, en lugar del color blanco o colores pastel pálidos que se les permitía llevar a las mujeres jóvenes solteras.

Habían estado de compras y Freddie se había enamorado de un traje de amazona de color azul pavo real.

"Una mujer de tu tez, o falta de color, no puede llevar nunca una tonalidad tan vívida", había dicho Sophia mientras Freddie estaba parada al lado de la tela preciosa. "Debes evitar los colores brillantes. Los colores beige y gris son mucho mejores para ti". Titubeó un momento y luego le dio el golpe de gracia. "Llevar un color tan llamativo avergonzaría a tu marido".

De manera que eso es lo que Freddie había llevado desde aquel día: beige, gris y lavanda.

"No sé por qué dejé de llevar colores", dijo cuando vio que Plimpton estaba esperando una respuesta. "Pero quizás este paraguas marcará un nuevo comienzo para mí".

***

La mayor parte de las tardes, Plimpton se ocupaba de asuntos de la propiedad. Esto no solo eran sus vacaciones de novios, también era su visita anual a la propiedad, de manera que había muchas cosas que tenía que hacer.

"¿Quizás te gustaría acompañarme en alguna de estas visitas? Si tienes tiempo, es decir", le había preguntado el tercer día de su estancia en Sweet Clover.

Freddie se dio cuenta por su pregunta tentativa de que él esperaba una negativa de ella. Era una cosa nimia, pero era una clave de cómo debió haber sido su matrimonio.

"Siempre ayudé en Torrance Park, y una de mis partes favoritas de vivir con Sedgewick era conocer a los inquilinos".

La expresión de Plimpton ante las palabras de ella había sido lo más cercano a lo que llevaba en el dormitorio, que le indicó a ella que estaba gratamente encantado.

Una vez que Freddie fue presentada a las personas de la propiedad, se sintió cómoda haciendo visitas a solas. Especialmente disfrutaba haciendo visitas a las personas mayores que vivían en la propiedad. Las esposas de los granjeros se sentían honradas cuando ella les visitaba, pero ella sabía que todo su trabajo tenía que detenerse cuando visitaba la duquesa. Pero las personas mayores, las personas de las casitas, como eran conocidos, vivían a solas y, en su mayoría, disfrutaban de tener compañía. También eran capaces de contarle muchas cosas sobre su nuevo hogar, e incluso un poquito sobre su marido, aunque no mucho.

Solo cuando empezó a estar participando en las vidas de las personas de la propiedad, fue cuando se dio cuenta de lo mucho que añoraba la vida en el campo. En Torrance Park la habían desanimado a hacer visitas cuando Sophia se convirtió en la señora de la casa.

En Sedgewick, había adorado visitar a los enfermos y también a las personas sanas de la propiedad. Le había dolido ver el estado de las granjas, pero pronto aprendió la lección de no mencionar ninguna de las reparaciones que necesitaba la propiedad a Sedgewick.

"Tu ocupación es proveerme con un heredero. ¿Por qué no te ocupas de eso antes de asumir mi trabajo? Le había replicado Sedgewick la primera vez en que ella mencionó el estado del tejado de alguien. Y eso había sido uno de sus comentarios más caritativos.

Mientras sus tardes en Sweet Clover a menudo las pasaban aparte, en sus noches siempre estaban juntos.

Después de cenar, Freddie se fue a la biblioteca y Plimpton se reunió con ella después de su copa de oporto y su puro. Al principio se había ofrecido para jugar a las cartas o el ajedrez. Pero pronto se hizo evidente que el único placer que derivaba de esos pasatiempos era hacerla feliz. Cuando ella le dijo que prefería leer o trabajar en sus bordados, había visto el alivio en su mirada.

A las diez en punto de la noche, él cerraba sus cuadernos de contabilidad, guardaba su correspondencia y decía: “Es hora de acostarse, su Excelencia”.

Y entonces pasaban las horas desde las diez y media hasta las dos de la madrugada explorando sus cuerpos.

También hablaban, pero las confidencias que Freddie había esperado de él, acerca como había sido su primer matrimonio, nunca se materializaron.

Todas las noches, entre la una y media y las dos, él se retiraba a sus propias dependencias.

La única vez que ella mencionó que podía quedarse con ella, él de manera amable, pero firme, rechazó su invitación, indicándole que ella necesitaba descansar.

Él era el compañero perfecto, amante y protector.

Lo cual hacía que Freddie se preguntara por qué sentía tanta inquietud hirviendo justo por debajo de la superficie.

CAPÍTULO 25

Durante la segunda semana que pasaron en Sweet Clover, los días eran inusualmente cálidos. Incluso las noches eran calientes, el aire no se enfriaba hasta casi el amanecer, y luego gradualmente se recalentaba de nuevo.

"¿Siempre hace este calor aquí?", había preguntado Freddie una tarde, cuando el calor la había hecho salir del jardín y dormirse una siesta.

"No, ahora hace más calor que durante ningún verano que pueda recordar".

Plimpton había adoptado la costumbre de abrir la ventana en la habitación de ella cuando acudía a su cama. La brisa no solo enfriaba su piel ardiente, sino que perfumaba el aire con el leve olor a miel y el humo que no era desagradable que los hombres usaban para calmar a las abejas cuando cosechaban la miel.

Se le ocurrió, demasiado tarde, la segunda noche en que hicieron el amor con las ventanas abiertas que todo el mundo en la zona seguramente habría oído sus gritos de pasión. Cuando mencionó eso a Plimpton, él había reído y dicho: "Bien".

"¿Bien?" había exclamado ella. "No voy a poder enseñar mi cara".

"Deberías estar orgullosa, no avergonzada. Estos son gentes de campo, Winifred. La fornicación es la principal forma de entretenimiento cuando se acuesta uno al atardecer y despierta con el canto del gallo. Les parece bien una mujer llena de lujuria que puede satisfacer a su amo y señor".

"¿Mujer llena de lujuria?"

Él había reído cuando ella se le quedó mirando con incredulidad.

Y entonces él había hecho todo lo posible por hacerla gritar su nombre con más fuerza que nunca.

Eso había sido hace cuatro noches, y había continuado haciéndolo cada noche desde entonces.

Esta noche, su amo y señor acababa de satisfacerla dos veces, había estado preparado para una tercera vez, pero ella le había rogado piedad, y ahora dormitaba con la cabeza puesta en el pecho de él, inerme de placer mientras jugueteaba con el ligero vello que crecía de manera más espesa entre sus pequeños pezones marrones. "Creo que te gusta escucharme rogarte", le acusó ella en un tono regañón que no les engañó a ninguno de los dos.

"Creo que estás en lo correcto", replicó él sin titubear.

"Bestia", murmuró Freddie con una sonrisa, divertida cuando el pecho de él tembló con una risa silenciosa que se convirtió en un bostezo.

Ella trenzó los dedos por el vello húmedo y rizado, suspirando con felicidad mientras la palma de la mano de él acarició con languidez su cuerpo desde el hombro, por la columna, hasta su nalga.

Este es un momento perfecto.

La mano de Freddie se detuvo y consideró ese pensamiento en su cabeza desde diversos ángulos.

Era un momento perfecto. ¿Con qué frecuencia ocurría eso en la vida? No más de un puñado de veces que ella pudiera recordar. Abrió la boca para compartir ese pensamiento, pero dudó, preguntándose cómo expresarse en tantas palabras. ¿Y si él no sentía lo mismo?

Asaltada por la indecisión, el momento pasó.

Habría más momentos perfectos y la próxima vez quizás sabría cómo compartirlo.

Reanudó sus caricias, fascinada por la combinación de vello rugoso, piel caliente y sedosa y músculos duros.

"¿Me estás aseando?", preguntó él con una voz divertida y soñolienta.

"He encontrado una cana", le informó ella.

Él titubeó una fracción de segundo antes de contestar: "Estoy seguro de que has confundido uno de mis vellos rubios con una cana".

Ella se mordió la cara interna de la mejilla para no reír. "¿Rubios como los pelos de tu sien?"

Un gruñido bajo vibró en el pecho de él.

Freddie sonrió. "No, este pelo es claramente gris". Tiró con suavidad del intruso pálido. "¿Lo arranco? No haría falta mucha…"

La mano que no le estaba acariciando la espalda se posó en la mano de ella. "Creo que no".

Freddie rio. "Cobarde".

Él guio la mano de ella apartándola del pelo en cuestión y llevándola hacia su pezón. "Si quieres tirar de algo, tira de esto".

Ella levantó la cabeza y vio los ojos entrecerrados de él. "¿Te… te gustaría eso?"

"*Hm".*

Freddie apretó ligeramente el capullito de color marrón, su curiosidad avivada cuando el cuerpo de él se puso duro.

"Con más fuerza", murmuró él. Emitió un brusco gruñido de placer cuando ella le obedeció. "Más".

"¿No te duele?"

"Solo lo justo como para dar gusto", le aseguró él. Sus párpados subieron cuando ella titubeó y él frunció el entrecejo al ver la cara de ella, su mano nuevamente tapando la de ella. "¿Winifred? ¿Qué te sucede? Tienes una mirada… no sé cómo decirlo, pero rara. ¿Te sucede algo?"

Ella se mordió el labio inferior mientras buscaba palabras que no fuesen torpes o insultantes.

"No tienes que hacer esto si no te gusta", dijo él, adivinando la tendencia general de los pensamientos de ella, pero sin saber la razón. Sus dedos largos se curvaron bajo su mentón alzando su cara hasta que ella no podía evitar su mirada atribulada. "No quiero que haya asuntos entre nosotros que sean como úlceras. Particularmente cuando se trata de lo que hacemos en el dormitorio. Dime qué estás pensando".

"Es difícil de decir".

"Tómate tu tiempo", dijo él, acariciándole la mejilla y retirándole un rizo de la sien que remetió tras su oreja.

"A Sedgewick le gustaba que le azotasen", dijo de sopetón.

Vaya con tomarme mi tiempo.

La mano de él se quedó quieta, pero Freddie no podía leer su expresión. ¿Por qué era tan inescrutable para ella cuando ella era como un libro abierto para él? ¿Era posible que fuese tan poco observadora?

"¿Me estás preguntando si es eso algo con que yo disfrutaría?"

Ella asintió con la cabeza.

"No. No me gustan los latigazos". Al cabo de una pausa agregó. "Ni me gusta dar latigazos. A menos de que a mi amante lo deseara".

Ella suspiró con alivio, y le invadió un hormigueo agradable en su azoramiento ante la palabra *amante* en sus labios serios.

La mano de Plimpton reanudó sus caricias. "¿Es eso lo que pasó, Winifred? ¿Te obligó Sedgewick a que le azotaras?"

Ella sacudió la cabeza.

Él titubeó, su expresión finalmente algo que ella podía interpretar: serio. "¿Te azotaba él a tí?"

Ella contuvo el aliento, y luego asintió con la cabeza.

"¿Le diste permiso?"

Ella titubeó y luego dijo: "No quería negarle, y… y tenía curiosidad"; la voz de Freddie tembló de vergüenza ante su

admisión. “Me prometió que si lo hacía, sería con suavidad”. Ella tragó con fuerza. “No a la manera que le gustaba a él… que a veces era con tanta fuerza que estaba marcado con cicatrices durante semanas, y a veces había s… sangre”.

“¿Y?”, dijo él, la mirada intensa.

“Me hizo sangrar”.

Su cara se endureció, no con asco, sino con ira, y brevemente cerró los ojos, como si le hiciera falta un momento para controlar su reacción, antes de abrirlos y deslizar una mano a la nuca de ella. “Ven aquí”.

Ella miró el pezón de él, que ya no estaba erecto gracias a que ella había introducido un tema desagradable. “Pero…”

“Habrá tiempo para eso más tarde”, le aseguró él. “Ven aquí”, repitió, ejerciendo una suave presión para ayudarla a arrimarse a su cuerpo hasta quedar mirándose cara a cara. Se rodó de lado y apoyó la cabeza en una mano, acariciándola con la otra. “Si Sedgewick estuviera vivo, le molería a palos. Y luego me esperaría hasta que recobrase la conciencia y le daría otra paliza”.

Freddie no pudo contener la sonrisa que se dibujó en su rostro. “¿Es malo que yo disfrute con el pensamiento de eso?”

“No”. Él acarició su mejilla, sus ojos mirándola, como si buscara algo. Al cabo de unos segundos, sus dedos se deslizaron suavemente por su garganta sensible, por encima de la piel fina que se estiraba por su esternón, y luego se detuvo en la leve curva de su vientre. La tomó con la palma de una mano y los dos miraron hacia abajo.

La piel de él parecía oscura en comparación con la piel de color blanco lechoso del vientre de ella, y con suavidad acarició la leve curva de su estómago, su tacto venerándola. “Aprecio que me hayas contado algo difícil y vergonzoso de compartir”. Hundió el meñique en el ombligo de ella, su mirada yendo a la de ella cuando ella ahogó una risa. “¿Cosquillas?”

“Un poco”.

"¿Y aquí?"

La respiración de ella se agitó cuando él puso la palma de la mano en su púbis.

"No. Eso no da cosquillas… todavía. Quizás si pruebas un poco más".

Él parecía divertido, las yemas cálidas de sus dedos abriéndose paso entre los pliegues húmedos e hinchados de ella, acariciando y explorando, hasta que una tensión ya conocida empezó a acrecentarse en el sexo de ella.

Pero entonces la mano de él se paró y cubrió su pubis de nuevo, su tacto calmante en lugar de excitante. "Quiero contarte algo".

Ella apartó la vista de la visión hipnotizante de la mano de él jugando con sus rizos y le miró a los ojos. "No tienes por qué contarme algo difícil o avergonzante solo para que me sienta mejor".

"Lo sé. Esto no es ninguna de esas cosas. Aunque te puedo asegurar que poseo una buena cantidad de recuerdos avergonzantes y difíciles". Hizo una pausa, reflexionó y agregó: "Esto es algo que seguramente *debería* avergonzarme, pero no lo hace".

"Ahora me tienes intrigada". Freddie levantó la mano al pezón con el que había estado jugueteando antes y lo pellizcó.

Él se estremeció y la miró con aprobación. "Chica mala". Jugueteó con los pliegues de sus labios inferiores de una manera que la hizo temblar, queriendo más.

Cuando su mano se detuvo nuevamente, Freddie supo que la estaba provocando no por accidente, sino a propósito.

Ella alzó las caderas levemente en un suave recordatorio. Pero él se limitó a mirarla desde arriba, su expresión levemente arrogante. Esto era una expresión que ella sí podía leer: le decía que él haría lo que quisiera, cuando quisiera y no un momento antes. Freddie lo adoraba.

"¿Tienes la edad de Wareham?", preguntó ella, reanudando sus caricias, pero no dándole los pellizcos fuertes en el pezón que él deseaba. Los dos podían jugar a esto, después de todo.

Él frunció el entrecejo. "¿Por qué lo preguntas?"

"Tú sabes mi edad".

Él gruñó. "Cumplo los cuarenta y tres en mi próximo cumpleaños".

"¿Cuándo es eso?"

"El veintidós de febrero", dijo él. "Y el tuyo es el veintiuno de abril".

"¿Cómo lo has sabido?"

"Sé muchas cosas sobre ti".

Freddie puso los ojos en blanco. "Cuéntame tu secreto, el que te debería avergonzar, pero que no lo hace".

Él masajeó el vientre de ella con círculos suaves. "A veces cuando estoy haciendo otras cosas, cosas tediosas como repasar las cuentas con Kaplan o leyendo informes sobre cosechas, mi mente vaga".

Freddie resopló con exasperación. "¿Es eso lo que querías confesarme?"

"No seas impertinente". Le dio un golpecito en el sexo.

No fue muy duro, pero Freddie se estremeció con la rara combinación de placer y dolor.

Él bajó los párpados. "Ah".

Ella se removió ante la mirada sombría de él. "¿Qué quieres decir con ah?"

"Solo eso… ah".

"Bien. Si te niegas a explicar ese ah, entonces cuéntame por qué mencionaste tu mente vagando". Él levantó las cejas, dándole esa mirada arrogante de nuevo. "Por favor, cuéntamelo, Excelencia", corrigió ella.

"Como me lo pides tan educadamente, te lo contaré. Mi mente vaga porque no puedo dejar de imaginar tu aspecto dentro de tres, cuatro o cinco meses".

"Eso no es ningún gran misterio", dijo ella con una risita embarazosa. "Voy a estar del tamaño de una vaca y seguramente caminaré patizamba. Vas a estar agradecido de tenerme escondida aquí en el campo".

"¿Cuándo he dicho que voy a esconderte en el campo? O en cualquier otro lugar".

Freddie alzó las cejas. "¿Qué… qué quieres decir?"

"Quiero decir que voy a disfrutar llevándote a la ciudad y paseándote delante de la alta sociedad".

"¿Qué?", exigió ella escandalizada.

La mano de él reanudó sus caricias calmantes. "Quiero que se sepa a los cuatro vientos que soy el responsable de tu vientre hinchado. Que yo soy el que te ha puesto un niño dentro".

Ella se quedó con la boca seca. "Eso… suena como…"

"¿Algo primitive? Sí, lo es. Yo consigo una satisfacción muy primitiva de mis imaginaciones". Sus labios dibujaron una sonrisa lenta que hizo que el sexo de ella se apretara. "Y me pone duro. Cada. Vez". Recalcó las dos últimas palabras con dos golpecitos en su púbis.

Freddie gimió.

"Ah". Se inclinó más cerca de ella, su dedo anular curvándose y separando los labios hinchados de ella, la yema húmeda encontrando el lugar perfecto y luego aplicando la presión perfecta. "Cuando tengo esos pensamientos, siento el deseo más fuerte de ir en busca tuya, no importa dónde estás o con quién estás… y tomándote". Su dedo se desplazó hacia abajo, hasta que ella sintió una insistencia en la apertura de su cuerpo. "Me imagino doblándote por encima de lo que haya a mano, levantar tu falda y llenándote". Metió dos dedos en ella, el estiramiento tan repentino e intenso que el cuerpo de ella se tensó como si rechazase a un intruso.

"Sí", murmuró él, con los dedos hasta los nudillos, sus dedos curvándose en ella. "Te daría cada centímetro, duro y largo y profundo".

"Plimpton", dijo ella jadeando.

"¿*Hmm*?" Sus dedos la acariciaban en un ritmo firme y suave que era lo justo para hacerla vibrar de placer, pero no tanto como para llevarla al desmayo.

"Por favor". Levantó las caderas.

"¿Por favor?" Él sacó los dedos del cuerpo de ella y luego, de manera ligera y enloquecedora, acarició su puntita pulsante. "¿Es esto lo que quieres? Que te toquen aquí?"

"Sí… eso. Y…" ella se mordió el labio.

"¿Y… qué?"

"Solo eso".

"No debes mentirle a tu marido". Le dio un apretón fuerte a su capullito hinchado.

Freddie soltó: "¡No quise hacerlo!"

"¿Qué más quieres?", preguntó él, aflojando la presión pero todavía reteniendo el manojo de nervios aprisionado.

"Quiero… más".

"¿Más?"

Ella gruñó. "Te quiero dentro, también".

Él la embistió, llenándola de nuevo. "¿Quieres más de esto?"

"*Sí*"

"Entonces te lo daré", dijo él con una voz que pulsaba de amenaza erótica. La rodó hasta que quedó boca arriba y le separó las piernas antes de arrodillarse entre ellas, mirando intensamente mientras la trabajaba con suficiente vigor que le hacía sacudir los pechos a ella con cada embestida.

Freddie levantó las manos para parar ese movimiento.

"No", dijo él, su mano dejando de moverse. "Si quieres agarrar algo, agárrate de las rodillas".

"¿Qué?"

"Sí, así". Colocó las manos de ella de la manera que quería. "Ahora retíralas hacia tu pecho".

Ella le miró. "Pero, Plimpton, voy a parecer…"

"Vas a estar deliciosa. Haz lo que te digo y te prometo hacerte retorcer de placer.

La cara encendida, ella hizo lo que él le dijo. Nunca en su vida se había sentido tan expuesta y vulnerable. O tan perversa y deseable.

"Mira cómo eres", murmuró él con suavidad, sus ojos ardientes y los labios hambrientos y separados, la mirada devoradora haciendo que sus músculos internos se tensaran. "Eres perfecta", dijo él, bajando a su vientre, su mano reanudando su bombeo, su aliento caliente en el sexo expuesto de ella. "¿Te excita que te miren y veneren, verdad, Winifred?"

Sí que la excitaba. Pero eso no significaba que no le diera vergüenza lo que él tenía que estar viendo tan de cerca.

Él soltó una risa baja. "Tu rubor llega hasta aquí abajo". Separó los labios inferiores de ella, abriéndola a solo centímetros de su cara.

"¡Plimpton!" Freddie jadeó, pero se le olvidó lo de su mortificación cuando él bajó la boca encima de ella.

Ella puso los ojos en blanco y tiró de sus rodillas con más fuerza todavía.

Una risa socarrona y baja vibró desde su pubis hasta su vientre, pero a Freddie no le importó lo que él pudiera pensar de su postura lasciva o su comportamiento avaricioso.

Como había hecho antes, le dio placer con tanto ruido y abandono, que era difícil reconciliar al aristócrata arrogante con esta criatura casi diabólicamente carnal.

El contraste entre el hombre que el mundo veía y el que en ese momento se daba un banquete entre sus muslos hacía que las acciones de él fuesen aún más excitantes. Unas poderosas contracciones le atenazaron el cuerpo, los espasmos rítmicos apenas apagándose antes de que él cerrara los labios en torno a su capullito

de nuevo, sus dedos trabajándola con sonidos mortificantemente mojados.

"Por favor…" jadeó ella. "Plimpton… solo… solo un momento… *¡Oh!*" Freddie enarcó la espalda y gimió cuando él le hizo algo con la lengua que la dejó casi sin sentido, haciendo que dejara de pensar en nada.

***

Plimpton provocó cuatro orgasmos en el cuerpo delicioso de su esposa antes de ceder a sus ruegos de que parase.

Aún así, le costó trabajo soltarla. Una vez que él emprendía algo, le gustaba llegar hasta el final. Cuando le reconoció eso a Winifred, ella gimió.

"Si te empeñas tanto, voy a perder el poco sentido que me queda".

"¿Una mujer sin sentido?" sopesó él. "No algo totalmente malo, me parece". Hizo un amago de bajar la boca de nuevo y ella dio un gritito e intentó cerrar las piernas. "¡No! Por favor, por favor. Solo un cuarto de hora para recuperarme".

"*Hmmm*".

"Por favor… Wyndham".

Ella sabía que se reblandecía cuando ella usaba su nombre de pila. Era una mujer sabia y usaba su arma juiciosamente.

Él emitió un suspiro exagerado. "Vale, un cuarto de hora".

Ella asintió con la cabeza, sus párpados cerrándose.

Le llevó menos de un minuto antes de que su respiración se acompasara y volviera profunda.

Él resopló con suavidad, sorprendido por lo rápidamente que ella se quedaba dormida. Pero había muchas cosas en ella que le dejaban sorprendido.

Para ser una mujer que parecía tan etérea y delicada como un ángel, Winifred era notablemente práctica y robusta. Su fachada

delicada ocultaba una constitución de hierro y una energía casi inagotable.

Odiaba compararla con Cecily, pero eso era inevitable dado lo mucho que se parecían en la superficie. Pero aunque ambas mujeres parecían frías y serenas, justo bajo la superficie había una naturaleza cálida y apasionada tras la fachada de Winifred. Bajo la perfección calmada de Cecily había… más de lo mismo. Ella era como el vidrio, con solo más vidrio detrás.

Vaya obra maestra de pensamiento comparativo.

Plimpton resopló con suavidad. Ya lo creo, pensó.

Plimpton suspiró y retiró la mirada hambrienta de la cara de Winifred. Un vistazo al reloj indicaba que eran casi las tres. Ya había permanecido inconsideradamente tarde en la cama de ella. Aunque quería acurrucarse en torno a su cuerpo cálido y suave y quedarse dormido a su lado, sabía que ese tipo de comportamiento afectuoso sería recibido con una resignación irritada, si no un rechazo directo por parte de ella.

¿En cuanto a la parte de él?

Él ya estaba abusando del tiempo de su nueva esposa más de lo que ella habría anticipado seguramente.

Además, estaba criando a su hijo y necesitaba descanso. Si se quedaba con ella, lo último que iba a conseguir era descanso.

Se bajó de la cama con cuidado de no despertarla, la miró una última vez viendo su cuerpo amoratado de pasión, deteniéndose en la suave curva de su vientre, y luego la tapó con la sábana y la manta antes de ponerse su batín y abrir la puerta que conectaba sus habitaciones.

Le pareció como que apenas habían pasado cinco minutos desde el tiempo en que se había metido en su cama y cerrado los ojos y cuando Digby abrió los cortinones, inundando la habitación con la luz pálida de la mañana.

Reprimiendo un gemido, Plimpton apartó las ropas de cama y puso los pies en el suelo.

Digby, que necesitaba menos descanso que Plimpton, emergió al instante del vestidor con un batín por encima del brazo y un par de zapatillas en la mano.

Plimpton prefería que su rutina de la mañana se realizara sin palabrería innecesaria, así que Digby extendió la bata sin decir palabra, y Plimpton se la puso, bostezando mientras se ataba el cinto. Su ayudante de cámara se puso de cuclillas y de manera decidida le puso una zapatilla en cada pie, de una manera muy parecida a la que habría usado una nodriza para vestir a un niño pequeño. A Plimpton le divirtió que esta clase de observaciones se le hubieran aparecido desde que conocía a su esposa que hablaba muy directo.

Miró desde arriba a su criado. "Sé ponerme las zapatillas, Digby", dijo, sonando enojado a sus propios oídos.

Cualquier otro habría parpadeado ante eso. Digby, tan impertérrito como un muro de hielo, se puso en pie y le dijo: "Nunca lo he dudado, su Excelencia". Y luego, sin hacer una pausa, agregó: "¿Dispongo sus ropas de montar?"

Plimpton frunció el entrecejo, seguro de que le habían dado un corte de alguna manera. "No. Esperaré a que se despierte la duquesa".

"Muy bien, su Excelencia".

"Haz que me suban una bandeja; voy a trabajar en mi estudio unas horas. Solo quiero café y un poco de pan con mantequilla". Miró con severidad al otro. "Eso es *todo* lo que quiero, Digby. No me cargues una bandeja para intentar cebarme. Sabes que no me gusta un desayuno grande antes de ir a montar". Se sentía milesto por el tono vagamente quejoso en su voz, ¿desde cuando había empezado a sonar como su tía abuela? Y luego le irritó que eso le importara.

"Por supuesto, su Excelencia", dijo Digby en un tono blando y calmante que le indicó a Plimpton que pronto estaría ante por lo menos una rodaja de lacón, varios huevos hervidos y una serie de tostadas con mantequilla.

Se tiró del cinto de la bata con una fuerza innecesaria antes de ir a su escritorio en su estudio. ¿Por qué estaba tan irritable esta mañana?

Porque nunca debiste salir de la cama de tu esposa anoche.

Sí, eso era cierto. Pero ya de por sí él tenía la contención de un perro en celo, acudiendo a ella todas las noches, quedándose durante horas, teniéndola múltiples veces de múltiples maneras. En resumen, la trataba como a una puta de callejón en lugar de su duquesa y madre de su hijo. Tenía que controlarse y moderar su hambre por ella.

¿Por qué no la dejas decirte cuándo se ha hartado?

Se quedó pensativo ante eso. Pero pasó de la idea de inmediato. Ella consideraría que aceptarle en su cama además de su cuerpo, era su obligación.

La idea de que ella podía estar obedeciendo a sus exigencias solo para agradarle, de la manera en que había hecho obviamente con Sedgewick, hizo que Plimpton se estremeciera de horror. Ya había estado casada con un marido que era como un cerdo; no le hacía falta otro igual.

Si ella despreciara tanto que la toques, ¿por qué acudió a tí en vuestra noche de bodas?

La mano de Plimpton se quedó congelada en el acto de encender una de las velas del candelabro. La irritación que había estado creciendo en él empezó a disiparse, como el vapor de una tetera que había sido apartada del fuego.

Ella había acudido a él. Y después de que él había dejado claro que no tenía expectativas.

Sonrió mientras encendió el resto de las velas, su mente inevitablemente reviviendo lo erótica que había estado arrodillada a sus pies. Su erección matutina, que justo entonces había estado empezando a bajar, se reavivó de golpe.

Miró hacia abajo al bulto vulgar en su bata. "No me sirves de nada ahora mismo", acusó. Y luego se sintió bastante tonto por

dirigirse a su verga.

Su mirada se fue hacia algo que seguro que sería capaz de apagar su ardor: la pila de correspondencia que merodeaba en la esquina de su escritorio, como una serpiente áspid.

"Maldita sea", murmuró. Se había pasado tres horas rebajando el montón ayer, hasta que solo quedó una carta, la de Jeffers, su administrador en Whitcombe. No necesitaba leer la carta de Jeffers para saber lo que contenía. El hombre seguro que le habría escrito para regañarle a que reponer las diecisiete ventanas del ala norte. Plimpton no necesitaba las regañinas de su criado. Sabía que las ventanas necesitaban ser reparadas, pero era en el lado de la casa de su madre, y a él no le gustaba la idea de sacarla de sus aposentos mientras se hacían las reparaciones. Había estado enferma el invierno pasado y su salud no había estado robusta desde entonces. Moverla de sus habitaciones la iba a alterar. Tendría que hacerse, claro, pero no ahora mismo. Quizás cuando Winifred estuviera en Whitcombe, tendría alguna idea de cómo hacer las reparaciones con el nivel más mínimo de estrés.

La idea de Winifred en su casa, que amaba mucho, a pesar de que era un gasto constante de su dinero y su tiempo,le hizo sentir una agradable sensación de anticipación. Este matrimonio había tenido un comienzo nada esperanzador, pero parecía estar mejorando con cada día que pasaba. Y cada noche.

Saboreó ese pensamiento un momento y luego lo dejó de lado con desgana, se puso sus anteojos y comenzó a avanzar en la pila de correspondencia de hoy.

CAPÍTULO 26

Creo que Sweet Clover es el lugar donde he descansado más de todos los que conozco", dijo Freddie en la cena varias noches más tarde, mientras comía un último bocado de su dulce de bizcocho con un suspiro de felicidad.

"A menudo me he sentido como si no solo estuviera lejos del mundo habitual sino de alguna manera fuera del tiempo", contestó Plimpton.

"Hablando de estar fuera del tiempo, ¿sabías que el apicultor que trabajó aquí durante la época de tu tía sigue vivo?"

Él hizo una pausa en el acto de llevarse el vaso a la boca, frunciendo el ceño. "¿Samuel Timkin?"

"Sí, el Sr. Timkin".

Plimpton levantó las cejas levemente, y se llevó el vaso hasta la boca y bebió un trago de vino antes de colocar el vaso encima de la mesa. "Debe tener casi cien años".

"Noventa y siete".

"¿Has hablado con él?" preguntó el duque mientras sacudía la cabeza para que el lacayo no le rellenara el vaso.

"Me lo encontré cuando estaba afuera caminando al lado del laberinto. Estaba sentado en un banco de piedra justo al lado".

"¿Entraste en el laberinto?"

"No después de que el Sr. Timkin me contó que tu hermano una vez se quedó perdido allí dentro durante cinco horas".

Plimpton parecía divertido. "Simon solo tenía seis años en aquel entonces. Estoy seguro de que tú lo podrías hacer mejor. Al menos no más de tres horas".

Ella rió. “Me halagas”.

“¿Por qué no vamos allí mañana?” hizo una pausa y agregó: “Le pediré a la cocina que nos prepare un almuerzo de picníc”.

Freddie sabía que su cara se estaba calentando ante el recuerdo del último almuerzo de picníc de ellos. ¡Qué tonta era! Esperaba un hijo y se había acostado con su marido todas las noches desde que se casaron. ¿Por qué seguía tímida?

Levantó la mirada para encontrarle mirándola de la manera directa y evaluative que siempre le hacía saber qué estaba pensando. Pero no se conocían lo suficientemente bien como para que ella le pudiera hacer esa pregunta. Freddie se preguntó si algún día llegarían a conocerse a fondo.

Se secó los labios con la servilleta y la dejó a un lado antes de decirle: “Te dejo con tu oporto”.

El duque se puso en pie y la acompañó hasta la puerta, abriéndosela aunque había dos criados presente para llevar a cabo esa tarea.”¿Estarás trabajando en la biblioteca?” preguntó él, como hacía todas las veladas.

“Sí”.

Inclinó la cabeza. “Me reuniré contigo en breve”.

***

Plimpton bebió un poco de oporto y fumó su puro. Ninguna de esas dos actividades, normalmente tan placenteras, le aportaron disfrute esta noche. Ni lo habían hecho la víspera. O la noche antes de esa.

No quería estar sentado a solas bebiendo oporto y fumando. Quería estar en la biblioteca con su esposa. Leería los informes de los inquilinos que había recibido ese día, y Winifred trabajaría en su proyecto secreto que se negaba a enseñarle.

Sus labios se movieron en un pequeño gesto al pensar en ese proyecto. Había sido su segunda noche en Sweet Clover, y él se había acercado para ver qué tenía en su bastidor. Ella le había ocultado su bordado.

“¿No te gusta que lo vea nadie hasta que lo hayas terminado?”

"Eso no me importa". Había titubeado y luego le dijo atropelladamente. "Esto es un regalo de boda para ti".

Una curiosa calidez floreció en su vientre ante la revelación inesperada de ella. Nadie, que él supiera, le había hecho algo para él con sus propias manos. Su familia le había hecho regalos en el pasado, claro, pero nada hecho con sus propias manos. Tanto a su madre y a su hija les desagradaba el trabajo de bordado. ¿En cuanto a Cecily? Lo único que ella le habría hecho habría tenido dentro arsénico.

Winifred debió de haber confundido su silencio con algo distinto a un asombro placentero. "No es nada tan valioso como las hermosas perlas que me diste", dijo ella, su tono algo defensivo.

"Si lo haces con tus propias manos, será más valioso aún, Winifred".

Ella se había sonrojoado, pero a él le quedaba claro que no creía que él estaba siendo sincero. Era difícil de explicarle a personas como Winifred, que había trabajado duro para ganar su dinero, a menudo pasando por carencias, que cuando una persona podía permitirse comprar lo que quisiera, los único artículos de valor real eran esas pocas cosas que no podían ser compradas. O reemplazadas.

Plimpton regresó al presente de sus recuerdos para encontrarse con que su mano derecha descansaba sobre el leve abultamiento causado por el medallón oval. Aunque Digby nunca lo había dicho, Plimpton sabía que le causaba a su meticuloso ayudante de cámara un dolor que su amo insistía en desfigurar todos los abrigos que poseía al conservar el medallón con el cuadro en su bolsillo del pecho.

Plimpton sonrió. Así que, no perdía todas sus batallas con Digby.

Levantó su puro y miró la punta ardiendo, su diversión difuminándose.

¿Por qué estás sentado aquí solo? Se preguntó a sí mismo. *¿Es mantener un ritual vacío más importante que darte gusto?*

Apagó su puro a medio fumar y empujó hacia atrás su silla de manera tan abrupta que los dos lacayos dieron un respingo.

"¿Su Excelencia?" dijo William, con cara de confusión.

"No necesito más cosas esta noche", dijo, y luego salió dando zancadas de la habitación, sintiendo sus miradas sorprendidas.

A la porra con lo que se preguntaran. Él era un recién casado. Y quería sentarse con su nueva esposa.

***

Unas cuantas mañanas más tarde, Freddie recibió cuatro cartas.

"Qué suerte tienes", dijo el duque entregándoselas, el tono algo envidioso.

Freddie miró muy a propósito su pequeña pila de correspondencia a la pila de seis centímetros al lado de su plato del desayuno.

"Ah", dijo él, observando la mirada de ella. "Pero esto son facturas e informes y otras misivas relacionadas con trabajo mientras que las tuyas son de personas que no quieren dinero a cambio".

"Pobre Plimpton. ¿Nunca recibes cartas personales?"

"Wareham escribe, pero no estoy seguro de que se puedan llamar cartas ya que son billetes ilegibles con rara vez más de tres o cuatro frases".

Freddie no pudo evitar sonreír. "Así que, ¿tú también las recibes?"

"Sí, y no a menudo. Pero un poco da para mucho; una vez me llevó un mes descifrar una de sus cartas de tres renglones".

Ella rio. "Hay algunas que yo nunca he traducido".

Él untó una rebanada de pan con mantequilla y siguió hablando, inusualmente hablador para ser por las mañanas. "Mi madre escribe con regularidad, dándome recuentos en detalle sobre asuntos de la casa y del pueblo, y las cartas de Rebecca, aunque infrecuentes, son encantadoras. Pero los garabatos de Simon son incluso peores que los de Wareham. Honoria, me alegra decir, ha demostrado sere una

correspondente excelente y entretenida, pero sus cartas son infrecuentes ahora que Robert ha aprendido a gatear".

"Serán todavía menos frecuentes cuando aprenda a correr".

El duque rió bajo.

Freddie estaba encantada con su humor sencillo y las pequeñas líneas que irradiaban en sus ojos. Ojos que no se parecían a acero cubierto de hielo desde unos días recientes, sino que a menudo eran cálidos, relajados, y, sí, incluso cariñosos. Aunque rara vez fuera del dormitorio.

Como si sintiera su mirada, Plimpton levantó la vista de la pila de facturas ofensivas, suos cejas frunciéndose. "¿Qué sucede, Winifred?"

"Nada", mintió ella, sin saber cómo expresar lo que sentía, y sin querer hacerle sentirse cohibido incluso si supiera cómo decirselo.

El duque le hizo un gesto a los criados para que salieran y cuando la puerta se cerró, dijo: "¿Hablar de Robert te hace pensar en Miranda?" Su pregunta demostraba un nivel de empatía que ella nunca habría esperado. Tras su muro grueso de reserve, había un hombre atento, perceptivo y considerado.

"Pienso en Miranda todo el tiempo". Aunque últimamente sus pensamientos le aportaban más ansiedad que alegría. Todavía no había resuelto el tema de qué hacer con la niña. Unas visitas regulares cada dos semanas era algo obviamente imposible. ¿Qué otra cosa podía hacer?

"La echas de menos".

"Sí".

"Antes hablamos brevemente sobre sus cuidados. ¿Lo has pensado más?"

"Sí". ¿Cómo podía decirle que una gran parte de su indecisión estaba creada por el hecho de que su vida ya no era suya sin parecer desagradecida? "He decidido que no voy a sacarla de la casa de los Morrison y traerla a que viva con nosotros. Aunque tu oferta

es muy generosa, semejante decisión sería más agradarme a mí que a Miranda".

Él asintió. "Visitas dos veces al mes no es algo práctico a finales del verano y en el otoño, cuando estaremos en Whitcombe. Pero durante el resto del año, mis obligaciones me traen a Londres durante temporadas largas". Sus labios se comprimieron brevemente como si se le ocurriera algo desagradable. "Mi presencia será aún más necesaria dada la situación actual".

"¿Te refieres a los disturbios de los trabajadores en el norte?"

"Sí".

A Freddie le habría gustado saber su postura sobre la creciente insatisfacción, pero su expresión no era algo que animara hacer preguntas. También tenía miedo de saber cosas sobre su opinión política que no le gustara si empezaba a hacer preguntas. Sabía que él era un Tory, pero no todos los hombres de ese partido político compartían los mismos principios. Dada la compasión que había mostrado cuando se trataba de sus inquilinos y criados, ella se preguntaba cómo reconciliaba sus creencias personales y políticas.

Se tragó su bocado de pan con mantequilla, bebió un sorbo de café y dijo: "Dos semanas sería difícil, pero visitas cada tres semanas sería posible".

Ella estudió su rostro, buscando alguna señal si viajes tan recientes de Whitcome, su casa solariega, donde ella suponía que pasarían la mayor parte de su tiempo lejos de Londres, sería algo que fuese dificil para su matrimonio.

De nuevo, él le leyó el pensamiento. "Si eso demuestra ser demasiado complicado podemos volver a hablar del tema".

"¿No te importa que me vaya cada tres semanas?"

"No viajarías sola".

"Oh". El hecho de que él tendría que ir también, no se le había ocurrido a ella. "No necesitas sufrir la inconveniencia de acompañarme".

"No viajarías sola", repitió él con suavidad.

Freddie entendió. También entendió que su decreto callado se aplicaba a más que solo viajar. Con todo lo suave y benévolo que parecía, iba a haber solo un amo en la casa del Duque de Plimpton. Y no iba a ser ella. Aunque pudiera manejar a Freddie con guantes de terciopelo, ella nunca debía olvidar el hierro que cubrían.

Ella vio que él esperaba una respuesta. "Entiendo, Excelencia".

Él asintió con la cabeza y se volvió a prestar atención a su desayuno.

Ella sintió una punzada de remordimiento, pero sabía que no le haría bien quejarse por su pérdida de independencia. No ahora que lo había cedido todo en la pequeña iglesia de Hart Street hace más de dos semanas.

Y él no estaba portándose de manera autocrática; estaba intentando encontrar alguna solución que le agradara a ella y que siguiera siendo factible. Le debía por lo menos tanta cooperación a su vez.

"Creo que una vez al mes sería más práctico. Puedo compensar la reducción en el número de visitas quedándome a pasar la noche en la posada del pueblo. Así podría verla unas cuantas horas en dos días". No pudo evitar una sonrisa. "El dueño del Spotted Sow estará extásiado si cuenta con un duque como uno de sus húespedes".

"¿Estás segura?" preguntó él, y ella sabía que no estaba preguntándole sobre quedarse en la posada sino en la cantidad de tiempo entre las visitas.

"Estoy segura".

"Si nos vamos el lunes que viene, podríamos empezar tu nueva agenda el tercer miércoles. Por lo menos el día de la semana sería el mismo para Miranda".

"Eso es generoso por tu parte", dijo ella. Más que generoso; era considerado por su parte recordar el día. "Pero era intención tuya seguir aquí hasta que se terminen de construir las dos casitas. Irnos el lunes sería demasiado pronto para eso".

"Puedo verlas la próxima vez que vengamos a quedarnos. Miranda es más importante". Sus palabras eran suaves como siempre, sin embargo la golpearon como un mazo, dejándola sin respiración.

"¿Qué te pasa?" preguntó él, la frente arrugada de la preocupación. "Te has puesto pálida, ¿te ha regresado la dolencia de la crianza que sufrías?"

A pesar del hecho de que su garganta de repente estaba tan apretada que le costaba respirar, Freddie se sentía divertida por su cuidadoso eufemismo por no decir *vómitos diarios*. "No, no estoy biliosa".

Era una aflicción completamente nueva; algo que afectaba más bien a su corazón que a su estómago. De alguna manera, Freddie había contraído un caso severo de amor por su marido después de menos de tres semanas de estar expuesta a él. Si ya era tana agudo, ¿cómo sería en tres meses? ¿O en tres años?

"¿Te has enfriado? Digby dijo que uno de los lacayos ha guardado cama hoy. ¿Debo llamar al médico?"

Ella le miró su rostro calmado y serio, buscando algo más profundo reflejado en sus ojos.

Pero todo lo que vio era preocupación por su salud. Y la del bebé, claro.

Freddie se obligó a sonreír. "Estoy bien. Solo fue una indisposición momentánea", mintió ella. "No debes temer a que sea contagioso".

CAPÍTULO 27

Ahora que se había fijado una fecha de partida de Sweet Clover, Freddie se sentía apresurada por hacer todas las cosas que había planeado antes de que se marcharan.

"Me perderé el Festival de la Miel", dijo, sentada con su cuaderno de citas en el regazo en vez de su trabajo de costura. Estaban en la biblioteca después de cenar, hablando de lo que tenían que hacer en el tiempo que les quedaba.

Había sido más difícil trabajar en el regalo de bodas de Plimpton desde que él había empezado a abandonar su ritual de oporto y puros después de cenar. Su marido había empezado a ser más escurridizo por las noches, asomándose por detrás de la silla de Freddie sin motivo aparente, como si estuviera intentando echar un vistazo a su trabajo. Ella nunca habría creído que él pudiera sentir tanta curiosidad.

El placer de su compañía compensaba mucho más la inconveniencia menor de tener que esconder su trabajo. Además, tenía tiempo de sobra por las tardes para trabajar en ello y casi había terminado.

"Regresaremos el año que viene", le recordó Plimpton, levantando la mirada de su pila inacabable de papeles.

"Lo sé, pero será una temporada diferente y habrá cosas nuevas que querré hacer".

"Podemos venir cuando tú quieras", le aseguró él.

"Espero que el tiempo refresque para que podamos tener nuestro picnic en el laberinto antes de marcharnos", dijo ella preocupada. Plimpton había decretado que hacía demasiado calor para que ella estuviera fuera de la casa por la tarde y Freddie tuvo

que estar de acuerdo con él. Eso significaba que tuvieron que cancelarlo varias veces ya.

"¿Quizás debiéramos tener un picníc por la tarde noche?" meditó él.

Ella se animó. "Me gusta esa idea".

"A mí también". Él bajó los párpados.

Como de costumbre, el cuerpo de ella se tensó ante el calor sutil de la mirada de él y el aire parecía crepitar.

"Veré lo que pueda hacer, Winifred".

Cuando él volvió a prestar atención a su trabajo, ella sintió como que podía volver a respirar. ¿Cómo era capaz de hacerle eso a ella de manera tan rápida y sin esfuerzo?

Sacudiendo la cabeza, Freddie repasó páginas de su cuaderno de citas, deteniéndose cuando vio una nota que había hecho hace semanas sobre Lady Rebecca.

Levantó la vista, de repente se le ocurrió algo. Sus planes para lanzar en alta sociedad a su nueva hijastra en la Temporada próxima tendrían que ser alterados ahora que estaba embarazada. "¿Plimpton?"

"¿*Hmm*?" Él miraba de un documento a un libro grueso de contabilidad, como si cotejara algo. Llavaba anteojos y Freddie pensaba que le hacían verse como un académico. No compartió esa observación ya que dudó que él lo encontrara halagador dados los pocos comentarios que había hecho sobre su tiempo no tan bueno en la universidad. No es que dijera gran cosa.

Se le ocurrió, no por primera vez, que su marido escuchaba mucho más que hablaba. Especialmente cuando se trataba de temas personales.

Mientras tanto, él conocía todos los detalles sórdidos de su matrimonio, no solo la parte de cómo Sedgewick trató a Miranda. Y había sabido de sus desavenencias con Wareham y Sophia. Sabía, para decirlo someramente, sabía lo peor del pasado de ella.

Freddie, por otro lado, no sabía casi nada de él. Desde luego que no sabía nada de su matrimonio, que había durado dos tercios del tiempo que ella había vivido en total.

Él era un amante sensual y generoso, y un esposo considerado e intuitivo. Su preocupación por la relación de ella con Miranda era un ejemplo de cómo estaba siempre pensando en lo que le haría feliz a ella.

Pero seguía siendo un complete enigma.

Era obvio que ella le importaba, y no solo era porque ella llevaba su hijo en el vientre, aunque podía darse cuenta de que su interés se avivaba cuando se trataba de ese tema, aunque él controlaba firmemente su curiosidad.

Ese comportamiento cuidadoso y circunspecto le decía a ella mucho más de lo que él mismo le contara nunca. Le decía que su esposa había desanimado su preocupación o interés en su embarazo. Quizás eso había pasado solo después de que ella perdiera a tres hijos. O quizás ella le había desanimado desde el principio porque las mujeres aristocráticas consideraban que temas como el parto y los niños únicamente temas de mujeres y de mujeres trabajadoras en todo caso.

Ardía en deseos de preguntarle cosas sobre su matrimonio, pero no quería hacer que volviera a mirarla con esa mirada fría, esa que le decía a ella que no tenía permiso para entrar en esa parte de su mente, su corazón, y que nunca lo tendría.

Era raro ser el reservado en una relación. Durante años, ella había sido la persona contenida y fuerte, la que todas sus amigas acudían con sus preocupaciones, temores y preguntas mientras que ella guardaba silencio en sus temas. No es que no había querido confiar en alguien, sino porque todas habían estado lidiando con problemas serios propios. Ninguna de ellas tenía un hermano adinerado dispuesto a pagar sus deudas si no podían llegar a fin de mes. Ese connocimiento la había avergonzado y hecho callar. Después de todo, alguien como Miles se había hecho cargo de cuidar de docenas de miembros familiares y una propiedad

desmoronándose. No había nadie esperando a rescatarle con una asignación generosa y una casa cómoda si decidía dejar de jugar a ser un trabajador.

Recientemente, ella, sin darse cuenta, había desplazado sus problemas a los hombros anchos de Plimpton sin dudar.

Y él los había aceptado con la misma gracia tranquila con la que hacía todo.

Amor, casi sobrecogedor, le inundó mientras le miraba. Su cabello normalmente perfectamente peinado estaba revuelto. Mientras le miraba, él hundió los dedos de su mano izquierda en su pelo ya revuelto, removiéndolo más todavía, aún inclinado en concentración sobre su escritorio. Puede que no fuera capaz de amor romántico, y eventualmente perdería el interés en ella físicamente y tomaría otras amantes, pero siempre pondría las necesidades de ella por delante de las suyas, estaba segura de ello. Haría lo mismo por su hijo. Y, al contrario que Sedgewick, nunca jamás exiliaría a su hijo o su hija si fuesen menos que perfectos.

La mayoría de los aristócratas apenas se fijaban en sus hijas. Apenas se fijaban en los hijos que no eran el heredero. Pero Plimpton llevaba un medallón con la miniatura de su hija al lado de su corazón.

¿Cómo podía Freddie no quererle?

Pero ella deseó no amarle. Si pudiera meramente hacer que él le gustara y respetarle, su vida sería mucho más sencilla. Pero ¿amor? No, amor significaba que el futuro sería probablemente una especie de infierno especial. Cuando Sedgewick había tomado otras amantes, Freddie se había sentido aliviada y esperanzada de que él la dejara en paz. Cuando Plimpton se cansara de ella y tomara una amante, eso la mataría a ella. No literalmente, pero se quedaría muerta por dentro.

Toda su vida había esperado el amor; ahora deseó que la hubiera pasado de largo.

Plimpton levantó la mirada de su libro de contabilidad, los ojos distraídos tras sus gafas como si estuviera consumido por algún

pensamiento. Pero sus ojos se enfocaron cuando vio que le estaba mirando ella. "Perdón, Winifred". Se quitó los anteojos y la miró con pesar. "Me dijiste algo hace un momento y me temo que estaba lidiando con esta columna de cifras y no escuché lo que dijiste".

Winifred sacudió la cabeza, tan emotive que no podía recordar lo que le había querido decir.

"No era nada", logró decir. "Solo estaba pensando en voz alta".

***

Freddie volvió a leer la carta breve de Piers con el ceño fruncido.

Fui a Plimpton House solo para enterarme de que tú y tu nuevo marido estábais de viaje de novios a una de las propiedades más pequeñas del duque.

Para ahora, después de varias semanas de matrimonio, me habrás perdonado por mi interferencia o me odiarás para siempre.

Freddie se detuvo cuando llegó a esa parte, su corazón estremeciéndose con dolor. Tenía que haberle escrito ya; tenía que haberle pedido perdón por las palabras airadas que le había dicho aquel día.

Suspiró, y volvió a la carta.

En espera de que sea lo primero, te confiaré los resultados de mi búsqueda reciente.

He investigado los nombres de la lista y he descubierto… nada. Al menos nada que me libre de la acusación de asesinato. Creo que los hombres cuyos pasos he seguido después de aquella fiesta fatídica y cuyas vidas he, déjame usar la palabra "escrutinizado" ya que esto se está inmortalizando en papel, son inocentes de los crímenes de robo y asesinato.

Con *escrutinizar* lo que quería decir era usar actividades poco éticas o ilegales como sobornos, allananmiento de morada, seguir, espiar y falseamiento de su identidad y mintiendo para entar en las casas de estos hombres de todas las maneras que pudo. Ella no estaba de acuerdo con sus métodos, pero cazar a un asesino seguramente no era posible poner un anuncio en el *The Times.*

Siguió leyendo.

Aunque es posible que mis investigaciones puede que no hayan revelado alguna evidencia vital, no ha sido a causa de una falta de búsqueda. Si alguno de estos hombres está ocultando la verdad, seguramente morirá con ellos.

De todas formas, he buscado en mi propia alma al hacerlo y he decidido que esto será el final de mi investigación.

Severn me ha pedido que asista a su fiesta de bodas antes de que me vaya de Inglaterra, así que estoy quedándome en Granton Castle hasta entonces. Después de eso, me tengo que ir, Pajarito, y esta vez será para siempre.

Las palabras se pusieron borrosas en la página, pero Freddie se obligó a terminar.

He aceptado la invitación de Severn no porque quiera asistir a su fiesta, sino porque me gustaría pasar mis últimos días en Inglaterra en tu compañía y quedarnos en Granton Castle juntos parece ser la manera más sencilla. Si prefieres que me despida ahora, obedeceré tus sentimientos sobre el tema.

Con todo mi afecto,

Piers

Se secó la lágrima que se le escapó del férreo control y arrugó la frente ante la posdata.

P. S. por favor dale las gracias a tu marido por su información, pero díle que no tuvo resultados ya que el hombre en cuestión murió hace años y su hijo no pudo darme ninguna información. Aún así, le estoy agradecido a Plimpton por sus esfuerzos.

Freddie lentamente dobló la carta, mientras sentía que por dentro se estaba colapsando. Esto era tan doloroso como perder a Piers la primera vez. Peor quizás, porque no podía hacer nada para ayudarle.

Dejó la carta a un lado y levantó la vista para encontrarse con que Plimpton la miraba. Hizo un gesto sutil, sin dejar de mirarla y los dos lacayos salieron de la habitación sin hacer ruido.

Solo entonces miró hacia la carta. "Espero que no sean malas noticias".

"Es de mi hermano Piers", dijo ella, sintiéndose tonta ya que Plimpton había sido quién le entregó la carta.

Él movió la cabeza.

"Él… él dice que se irá de Inglaterra después de la fiesta de Lord Severn". Tuvo que carraspear varias veces antes de poder terminar. "No volverá".

Freddie se sintió agradecida porque Plimpton no se apresuró a ofrecerle una condenación o empatía. En vez de eso, estiró un brazo por encima de la mesa y colocó la mano encima de la de ella. El hecho de que rara vez se tocaban fuera del dormitorio de ella, hizo que su gesto fuese tanto más afectuoso.

"Me dijo que te diera las gracias por algo que le dijiste", dijo Freddie. "¿Qué quería decir con eso?"

En la cara del duque se registró inquietud, y retiró la mano. "No fue gran cosa. Recordé algo de aquella fiesta".

"¿Qué recordaste?"

Plimpton titubeó.

"Mencionó a un hombre que ha muerto. Piers dijo que fue capaz de hablar con su hijo. ¿Qué hombre?" insistió ella. "Por favor, dímelo".

"¿Por qué quieres saberlo?"

"¿Por qué dudas en decirmelo?" le replicó ella.

Los labios de él se tensaron casi imperceptiblemente. "Porque no quiero que te involucres en este asunto".

"Si, lo dijiste antes, al igual que lo dijo Piers. Y le dí mi palabra", replicó ella, su genio avivándose. "Pero todo ha terminado ya, ya te lo he dicho. Pronto, se habrá ido de mi vida para siempre. ¿No puedes por lo menos decirme cómo le ayudaste?"

En lugar de ablandarse por las palabras de ella, su rostro se endureció. "No me has prometido nada a *mí,* Winifred".

"Bien", dijo ella, diciéndolo entre dientes para no gritar. "Te doy mi palabra de que no voy a involucrarme. Que no ayudaré a mi hermano a limpiar su nombre del asesinato".

Él la miró un largo momento incómodo antes de decirle: "Recordé un hombre que estuvo en la fiesta. Se me había olvidado porque no era uno de los amigos habituales de Wareham. Sí, era uno de los míos".

Freddie se quedó con la boca abierta. "¿Se te olvidó tu propio amigo?"

Él flexionó la mandíbula ante el tono de incredulidad de ella. "Su nombre se me olvidó porque está muerto, Winifred. Y lleva muerto mucho tiempo. También, se me olvidó porque no estaba para cuando Meecham murió. Se le había llamado para alguna emergencia antes de que pasara todo".

"¿Y dices que era un amigo tuyo?"

El duque se encogió de hombros. "Un vecino y éramos de la misma edad, así que… le invité".

"¿Por qué le hablaste a Piers de él?"

"Porque pensé que podría ayudar".

"Creí que no te caía bien Piers. ¿No eras de la opinión de que nunca debió haber vuelto?"

"Soy de esa opinión, Winifred. Pero tú amas a tu hermano y no me gusta verte sufrir. Así que ofrecí la ayuda que pude".

Freddie se sintió momentáneamente distraída por sus palabras.

Plimpton miró hacia abajo a su plato, pero no antes de que Freddie se fijara en el leve rubor en sus mejillas. "Como dijo tu hermano, mi información fue inútil. Sospeché que sería así, ya que el hijo de Luton no podía tener más de diez u once años en aquel tiempo".

"¿Luton?"

Él levantó la mirada y Freddie vio un destello de cautela en sus ojos. "Sí".

"¿El Barón Luton es el vecino al que te referías?"

"Sí".

Ella vio cautela sin duda alguna. "Ah".

"¿Ah?" repitió él.

"Sí… ah". Plimpton usaba la palabra a menudo para terminar conversaciones que no quería continuar. ¿Por qué no lo iba a hacer ella?

Él asintió levemente ante algo, como si ella hubiera hablado.

Freddie pensó que iba a seguir hablando del tema, quizás incluso hacerla jurar no ir a visitar la propiedad de Luton, especialmente dado que estaba a unos ocho o diez kilómetros y era uno de los vecinos más cercanos de Sweet Clover, pero sus palabras siguientes fueron de un tema diferente totalmente.

"Se me ha ocurrido que entre la visita a Miranda y la fiesta en Granton Castle, no habrá mucho tiempo para ir a Whitcombe".

"¿Qué dices? ¿Que deberíamos quedarnos en Londres?"

"Quizás. O podríamos irnos a Granton antes".

"¿Pero y visitar a la Duquesa Viuda y Rebecca?"

"Mi madre me ha dado consejo repetidas veces que disfrute de mis vacaciones de novios antes de verme arrastrado de nuevo a las tareas de la propiedad. En cuanto a Rebecca, ha sido invitada a Granton y puede vernos allí".

Por una vez, Freddie ver lo que pensaba tan fácilmente como si pudiera ver a través de una ventana. Estaba sugiriendo el cambio en su agenda para que ella pudiera pasar más tiempo con Piers antes de que tuviera que irse. Estaba pensando en lo que *ella* quería y lo que la haría feliz a ella.

"Gracias", dijo ella. "Es muy considerado por tu parte".

Si acaso, su expresión se hizo aún más altiva. "De nada".

El ramalazo de amor que Freddie sintió por el aristócrata emocionalmente reprimido y dolorosamente correcto sentado al otro lado de la mesa de ella casi la ahogó.

Pero la culpa que sentía por lo que iba a hacer era peor todavía.

***

Freddie no podía evitar comparar el aspecto deteriorado, apolillado de Luton Priory con el cuidado y bien atendido aspecto de Sweet Clover.

La mujer que ahora mismo servía el té enfrente de Freddie era quizás lo más deshilachado de la habitación que ocupaban actualmente.

La Baronesa de Luton levantó la vista con una mirada compungida cuando la tetera que había levantado chocó ruidosamente contra la taza que estaba intentando llenar con una mano temblorosa de perlesía.

"¿Puedo ayudarla, milady?" preguntó Freddie.

Los hombros caídos de la mujer cayeron aún más con alivio. "Gracias, Su Excelencia. Me temo que incluso las tareas más sencillas son demasiado para mí estos días".

Freddie se hizo cargo de la bandeja del té. Apenas salía vapor de la tetera y estaba muy poco bruñida. La criada que había traído la bandeja con pocas cosas, la dejó con un golpe seco, mirando a su señora con una mueca burlona antes de preguntarle si necesitaba alguna cosa más.

Mientras Freddie preparó las tazas de té aguado y tibias, deseó desesperadamente no haber viajado hasta aquí. Y no solo era debido al deprimente estado de Luton Priory, una casa que no estaba en condiciones que uno cabría esperar si los dueños tenían una fortuna en antigüedades.

No, ella se estaba arrepintiendo de su decisión por la vergüenza que sentía no solo por desafiar a Plimpton, sino porque había faltado descaradamente a su palabra. Ciertamente, la había dado sabiendo que la faltaría.

No solo había estado mal venir a Luton Priory, sino que le quedaba cada vez más claro, una vez que perdió su optimismo

inicial, que averiguar algo sobre una fiesta al que había asistido el barón fallecido hace veintitrés años, no iba a ser una tarea sencilla.

Si Freddie pudiera lograr acabar esta reunión incómoda dentro del próximo cuarto de hora, podría regresar a casa antes de que Plimpton se diera cuenta de que se había ido.

Pero, ¿ocultar su visita sería mejor aún así?

Sentía vergüenza dando vueltas en su vientre mientras se puso en pie y le llevó la taza y platillo a la baronesa.

Lady Luton estaba comprensiblemente atónita que la nueva Duquesa de Plimpton le hiciera una visita. Especialmente porque la mujer no se había movido en sociedad en más de una década, la perlesía que hacía que sus manos temblasen tanto, la tenía confinada a una silla de inválidos.

"Gracias", murmuró la mujer mayor, la vajilla astillada temblequeando en sus manos. "Qué gentil que viniera a verme", dijo por cuarta vez. "Rara vez recibo visitas ya".

Freddie sorbió el té horrible, se reprimió una mueca, y colocó la taza y el platillo en la bandeja. "¿Hace mucho que sufre de su aflicción?"

"Desde hace más de dos décadas, aunque ha empeorado estos años más recientes".

"¿Y no hay remedio? ¿Quizás tomar las aguas en algún balneario? ¿O sería un viaje así demasiado difícil?"

"Mi médico no cree que semejante cura me ayudaría".

Freddie rebuscó alguna manera para llegara al grano. "¿Lleva mucho tiempo desde qeu enviudó?" preguntó ella, sintiendo un respingo por la manera tan torpe de preguntar, pero Lady Luton no pareció encontrar sus sondeos poco delicados ofensivos.

"Casi veinte años".

"¿Tiene un hijo, creo?"

La taza y el platillo casteñeteaban mucho mientras la mujer los intentó colocar encima de la mesa.

"Permítame". Freddie se puso de pie y tomó la vajilla de ella; quizás todas las astillas de la vajilla no eran culpa de la criada dejada.

"Gracias, su Excelencia".

Freddie se sentó. "¿Me hablaba de sus hijos?"

Los ojos pálidos de Lady Luton bajaron a su regazo, donde descansaban sus manos firmemente agarradas.

¿Qué le pasaba a esta mujer?

Como si la hubiera oído, la baronesa levantó la mirada. "Luton es mi único hijo".

"Debe ser un consuelo para usted".

La otra mujer la miró sin comprender.

"Porque se encuentra atada a la casa y no puede viajar", explicó Freddie.

"Oh. Sí, lo es".

Era como intentar conversar con una ostra, excepto que las pocas cosas que estaba logrando extraer no eran perlas.

"Estuve de visita recientemente con mi hermano Wareham y él mencionó su marido", mintió Freddie, decidiendo ir al grano.

La otra mujer reaccionó como si Freddie le hubiera lanzado un relámpago al pecho. Su silla de ruedas dio una brusca sacudida golpeando la mesa a su lado y enviando la taza y el platillo al suelo. Incluso el ruido que hicieron fue patético, no un choque sinto un amortiguado golpecito antes de partirse en unos pocos pedazos grandes.

"Oh, cielos", dijo Freddie. "Déjeme recogerlo".

La baronesa parecía aún más horrorizada. "¡No! ¡Su Excelencia, no debe hacerlo! Por favor, llame a que venga una criada para…"

Pero Freddie ya estaba recogiendo las piezas. Lo último que quería era una interrupción, no ahora que estaba consiguiendo unas reacciones tan raras de la mujer con la mera mención de Wareham.

"Wareham dijo que su marido una vez pasó una semana en Torrance Park", se apresuró a seguir hablando, demorando la limpieza a propósito soltando unas piezas en el suelo y luego recogiendo el líquido derramado con una de las servilletas deshilachadas.

Lady Luton miró hacia abajo a Freddie como si fuese una aparición maligna que había surgido de entre los huecos en la madera del suelo. "Yo… yo no… es decir…"

"Wareham dijo que su marido se tuvo que ausentar de repente, alguna clase de emergencia". Freddie se paró una fracción de segundo y luego aventuró algo a lo loco. "Antes de que se fuera, parecía estar especialmente fascinado con una pieza de…"

"¿Cielo santo, qué ha pasado aquí?" Una voz fría de hombre sonó detrás de Freddie.

Ella se puso en pie y se giró para encontrarse con un hombre alto, demacrado, de edad indefinida en el umbral de la puerta, sus ojos pálidos, como los de su madre, yendo de Freddie a a la baronesa.

"Esta es Su Excelencia la Duquesa de Plimpton", dijo la baronesa jadeando. "Duquesa, este es mi hijo, Luton".

El barón entró en la habitación y cerró la puerta tras su paso mientras Freddie depositó los pedazos de vajilla en la bandeja y se giró para verle.

Se inclinó hacia ella. Cuando se enderezó, Freddie vio la expresión en sus ojos pálidos.

Y entonces fue cuando ella se dio cuenta de que había cometido un grave error.

CAPÍTULO 28

Plimpton levantó la vista de los informes de progresos del constructor. "Creo que la demora será más larga que las dos semanas que indica el hombre del tejado", le dijo a Edward Cocker, su alguacil.

Cocker asintió con la cabeza. "Sí, su Excelencia. Yo también lo creo".

"Vigílele de cerca cuando yo me haya ido, y hágamelo saber de inmediato si pide otra extensión de tiempo. Pronto llegarán las lluvias, y esta demora podría ser desastrosa".

Cocker asintió con la cabeza e hizo una anotación y luego se volvió hacia otra serie de papeles. "Acerca de la disputa de la cerca, Su Excelencia".

Una brisa fresca deliciosa le acarició el vello en la nuca y Plimpton miró hacia la ventana parcialmente abierta. Había nubes algodonosas flotando por el cielo azul, bajando la temperatura, haciéndola bastante agradable.

Tomó una decisión repentina. "La disputa de la cerca tendrá que esperar a mañana, Cocker. Le he prometido a su Excelencia que íbamos a tener un picnic en el laberinto hace días, pero ha hecho demasiado calor. Creo que hoy sería perfecto para eso". También le daría una oportunidad para enmendar su comportamiento abrupto en el desayuno esa mañana. Winifred estaba justificablemente preocupada por su hermano, y Plimpton había permitido que la preocupación por su seguridad alterase su equilibrio. En breve, había sido maleducado, y ella se merecía una disculpa.

Cocker sonrió de una manera indicando, *ah, sí, recién casados.* "Por supuesto, Su Excelencia". Empezó a guardarse papeles en su maletín viejo de cuero, pero luego hizo una pausa. "Dudo que su

Excelencia haya regresado de su paseo a caballo, pero quizás usted pueda…"

"¿Su paseo a caballo?", repitió Plimpton. "¿Qué paseo?" Ella había montado con él esa mañana.

Cocker reculó ante el tono brusco de Plimpton. "Esto, cuando yo llegué hace media hora, el joven Jeb le daba direcciones y la ayudaba a subir a su silla".

Plimpton se puso de pie de golpe, el nudo duro en su vientre creciendo hasta el tamaño de un puño. No. Ella no se atrevería.

Oh, si que se atrevería.

"¿Direcciones a dónde?", le espetó a su criado que tenía la boca abierta.

"Creo que quería ir a Lu…"

"¡Maldición!" Plimpton se fue dando zancadas mientras le inundaba la furia y otra cosa… ¿miedo?.

"¿Qué sucede, su Excelencia?", preguntó Cocker, los ojos muy abiertos.

"Reúne a dos de los criados más fuertes que puedas encontrar y reúnete conmigo en la propiedad de Luton lo más aprisa posible".

"¿Ir a Luton con criados? Pero…"

"¡Solo hazlo, hombre!" gritó Plimpton, el horrible temor dentro de él amenazando con ahogarle mientras salía de la biblioteca.

Si se equivocaba y llevara a Cocker y sus empleados a casa de Landrod sin motivo, entonces iba a hacer el ridículo.

Pero prefería parecer un idiota que confundirse.

Plimpton se maldijo por su ceguera. Había visto el brillo de resentimiento en los ojos de Winifred esta mañana cuando hablaron sobre el Barón de Luton. ¡Maldita sea! ¿Por qué no había prestado atención?

Para cuando Plimpton llegó a la planta baja, iba corriendo.

***

Freddie se tragó el nudo repentino de miedo que tenía en la garganta y se obligó a sonreír. "Es un placer conocerle, Lord Luton".

"El placer es enteramente mío", corrigió el barón en una voz baja de placer, tomando la mano de ella y sosteniéndola entre las suyas, sin guantes, para separar sus dedos de su piel fría y húmeda.

Ella sintió repulsión y tiró con suavidad al principio, luego con más fuerza, hasta que él la soltó.

"¿A qué debemos el honor de su visita?" Se acercó a su madre y colocó su mano blanca cadavérica en su hombro.

La baronesa dio un respingo y dijo de golpe: "el hermano de su Excelencia era un amigo de tu padre".

Los ojos de Luton se agrandaron, pero parecía cualquier cosa menos sorprendido. Parecía…*furioso.* "¿Ah, sí, su Excelencia?"

Freddie dio un paso hacia atrás y forzó una risita ligera. "Mi hermano Wareham lo mencionó de pasada y yo recordé el nombre cuando me encontraba en la zona. Decidí presentar mis respetos. Pero me temo que me he demorado demasiado". Se volvió hacia la baronesa. Pero la mujer la miró como si Freddie ni siquiera estuviera allí. "Volveré mañana, milady. O… o quizás pasado mañana, si le parece bien", dijo con una voz poco natural y alta.

"¿Debe marcharse tan pronto?", preguntó el barón, su tono suave sin ir parejo con el brillo oscuro en su mirada.

"Me temo que sí. No hace falta que me acompañe", le aseguró ella deprisa cuando él soltó a su madre, cuyo cuerpo cedía con alivio, y se fue hacia Freddie.

"Tonterías, yo la acompañaré". Tomó el brazo de ella, agarrándola con ligereza, pero la tensión en su cuerpo demacrado le indicó a ella que la agarraba de manera férrea.

"Es muy amable", murmuró ella, su mente a mil por hora mientras iba parloteando sobre el Festival de la Miel, el tiempo y otras menudencias.

Freddie tenía que estar imaginándose la amenaza, otro síntoma de estado. ¿Por qué iba a querer hacerle daño? Después de todo,

qué sabía ella? Y no habría sido este Barón Luton el que mató a Meecham porque habría sido demasiado joven.

Sus pensamientos volvieron al presente de golpe cuando se dio cuenta de que él no la estaba guiando hacia el vestíbulo polvoriento y oscuro, sino que iba en otra dirección. "Esto no es… ¿a dónde me lleva?"

"A los establos".

"Pero…"

"Esto es un atajo", le aseguró él.

"No necesita acompañarme todo el viaje". Empezó a separarse de él, pero la mano de él la agarró como un tornillo de banco que ella había esperado. "Me agarra el brazo con mucha fuerza, milord. Puede, por favor…"

"Quiero enseñarle algo", dijo él, su mano como un grillete en torno a su brazo cuando se detuvo y sacó una argolla con llaves del bolsillo con su mano libre.

"Me encantaría ver lo que sea algún otro día, pero me temo que… *¡Socorro!* Gritó ella cuando él abrió la puerta arrastrándola dentro.

Él tiró de ella bruscamente para que le viera y Freddie dio un respingo, esperando un guantazo o incluso un puñetazo. Pero Luton solo rio. "Puede gritar todo lo que quiera. He despedido a los criados, pocos, cuando descubrí quién había venido a merodear por aquí".

"No entiendo lo que quiere decir". Ella tiró de su brazo. "Me está haciendo daño, milord. Suelte…"

"Deje de intentar escapar y no le dolerá", respondió él razonablemente. "En cuanto a no entender, sabe precisamente de qué hablo. Quiero enseñarle las piezas de ajedrez. ¿No es esa la razón por la que ha venido?" Se fue hacia la ventana, arrastrándola con facilidad y estiró un brazo para agarrar uno de los cortinones muy desleídos. Durante un momento, ella pensó que los iba a abrir.

Si hacía eso, ella podría golpear el vidrio. ¿Seguro que alguien se daría cuenta si rompía una de las ventanas?

En lugar de la cortina, agarró el cordón de color dorado viejo y tiró con fuerza, llenando el aire con motas de polvo que la hicieron toser.

"¿Terrible, verdad?", preguntó él en un tono de conversación mientras movía las manos con habilidad para atar las muñecas de ella. "Uno se acostumbra al cabo de un rato", le aseguró él. "Deje de revolverse, su Excelencia, o me veré obligado a forzarla a parar de moverse". Las palabras fueron dichas en el mismo tono suave, pero la expresión en sus ojos era una combinación petrificante de determinación sombría y obsesión maníaca mientras la miraba desde arriba fijamente.

"Hala, así mucho mejor", dijo él, cuando el temor la hizo quedarse quieta.

"¿Qué me va a hacer?"

"Ya se lo he dicho; le voy a enseñar las piezas de ajedrez".

"Creo que no entiende lo que su padre hizo para conseguirlas, milord"."

Él rio. "Claro que lo entiendo".

Ella sintió frío en los huesos. "Mi hermano fue falsamente acusado de asesinato y ha estado huido toda su vida de adulto. Podría ayudar a limpiar su nombre con muy poco esfuerzo".

"¿Por qué haría yo eso?", preguntó él, realmente confuso.

Freddie le miró con la boca abierta.

"Mi padre me lo contó todo de Cantrell; dijo que el hombre era un bastardo y un jugador. ¿Por qué no llevarse la culpa? Él y Meecham iban a repartirse el juego; no lo valoraban para nada. Mi padre los tuvo que rescatar".

"¿Rescartarles?"

"Sí, *rescatar*". La expresión en sus ojos era la de un fanático religioso dispuesto a morir por su causa. "No pueden ser separadas;

es un crimen". Sus labios se cerraron. "Pensé que mi padre lo entendía, pero no".

"¿Qué… qué quiere decir?"

"Quiero decir que empezó a venderlas". Luton torció el gesto. "Tuve que pararle antes de que hiciera un daño irreparable".

"¿Pararle cómo?"

Hizo una mueca con los labios y la miró con exasperación. "¿Cómo cree, su Excelencia?"

Freddie reculó de horror. "¿Mató a su propio padre?"

Él no pareció oírla. "Vendió tres piezas". Las llamaradas en sus ojos subieron más. "Me ha llevado años localizarlas y traerlas de vuelta a casa".

"¿Las compró?"

La miró con arrogancia. "Desde luego que no las *robé".*

Ella sintió una risa histérica burbujear en ella ante su moralina loca. "Pero su casa se cae a pedazos. ¿Por qué iba a gastar dinero en piezas de ajedrez?"

Él la miró con desprecio. "Esa pregunta estúpida demuestra lo indigna que es de mirarlas siquiera, ni hablar de quitármelas".

"No me las iba a llevar… solo iba…"

"No soy ningún tonto".

Ella tragó saliva ante la amenaza en las palabras de él y cambió de rumbo. "Mi marido me espera pronto. Nos íbamos a reunir después de que yo hiciera una visita rápida. Si no…"

"No tiene sentido mentir. Estoy seguro de que ha venido sola para espiar. Plimpton no es la clase de hombre que permita que su esposa vaya por ahí investigando robos y asesinatos, ¿verdad?"

"Él sabe que estoy aquí".

Luton se encogió de hombros. "Le diré… y mi madre lo confirmará… que usted nunca llegó".

"El mozo del establo que tomó mi caballo, y la criada…"

"Encontrar un buen puesto no es fácil para un criado ahora. Y se está haciendo cada vez más difícil", dijo él empujándola para que se sentara en una silla. "Por favor, quédese quieta o tendré que atar sus tobillos también". Se quedó esperando hasta que Freddie asintiera con la cabeza, y luego se giró.

Ella miró por el estudio, que era tan deslucido y abandonado como el salón.

El barón se fue hacia el mueble más bonito que ella había visto en la casa, un escritorio que parecía antiguo y abrió uno de los cajones.

Había ventanas en una de las paredes y solo una puerta. Freddie no podría saltar por la ventana sin arriesgar perjudicar a su bebé. Pero quizás podría llegar hasta la puerta.

El barón rebuscó en el cajón y Freddie se levantó lentamente de la silla, haciendo una mueca cuando la silla crugió.

Él levantó la cabeza de golpe. "¡*Ah, ah, ah*! Me lo prometió, su Excelencia".

Ella se volvió a sentar. "No se podrá salir con la suya. Mi marido…"

"Buscará y buscará y nunca la encontrará". Luton hizo una mueca de esfuerzo, como si tirara de algo en el cajón, y la habitación reverberó de repente con el sonido de un pestillo siendo movido. Levantó la vista para ver a Freddie mientras se ponía de cuclillas y levantando una alfombra deshilachada, levantando otra nube de polvo. "Hay algunas ventajas de una servidumbre pobre". Estornudó y luego empujó contra el escritorio. "Sospecho que debería engrasarlo más a menudo, pero lo último que quiero es que alguien lo abra por accidente". El enorme escritorio empezó a deslizarse en un arco.

"¿Qué demonios está haciendo?"

Él le sonrió. "¿Hábil, no le parece?" Luton Priory es realmente más antiguo que Sweet Clover, pero está tan abandonado que no recibe la atención en los libros guía que recibe la casa de su marido".

Dejó empujar y se puso de cuclillas de nuevo, palpando algo en el suelo. Un momento más tarde, se puso en pie, levantando una gruesa tabla de madera. "Pero hay algunas ventajas en no ser alabados en guías de viaje y una es que Luton ha conservado sus secretos. Verá, mi antepasado niveló las paredes del priorato, pero dejó lo que había por debajo". Descansó el pesado panel en el suelo con un gruñido y luego se puso en pie y se masajeó la zona lumbar. "Ahora entiendo por qué mi padre era tan vago dejando el hueco abierto cuando bajaba para regodearse. Si no lo hubiera hecho… bueno, pues yo podría no haber encontrado nunca el tesoro". Avanzó hacia ella. "¿Quién descubrió que fue mi padre el que mató a Meecham? ¿Usted o su hermano?"

"¿Mi hermano?" repitió ella, presionándose hacia atrás contra el relleno de la silla como si pudiera escapar.

Él la tomó del codo poniéndola en pie fácilmente. "Es usted realmente una mujer hermosa, su Excelencia, pero es una mentirosa terrible. Sé que fue Piers Cantrell el que vino a verme en Londres, aunque afirmaba ser un policía". Luton sonrió. "No es el único hombre que puede espiar y sobornar a la gente. Debió haber tapado sus huellas mejor, pero sospecho que realmente creyó lo que yo le dije". Las pupilas de Luton se encogieron mientras la miraba fijamente. "Debió dejar en paz las cosas". Empezó a arrastrarla hacia el agujero negro en el suelo.

"¡No!" Freddie gritó, clavando los talones pero resbalando sin remedio.

"Si no deja de hacer eso ahora mismo y…" se quedó parado y ladeó la cabeza como un pájaro escuchando.

Freddie también lo escuchó. El sonido de algún animal aullando.

Luton torció el gesto ante los alaridos insistentes, que se escuchaban cada vez más fuerte. "Qué diablos es…"

"¡*Winifred!"*

No eran alaridos; ¡era Plimpton!

"¡Santo Diós!" gruñó Luton, tirando más fuerte de ella.

"*Plimpt*…"

Luton le rodeó el cuello con el brazo, impidiendo que pudiera seguir y dejándola sin aire a la vez.

"Oh no no puedes", gruñó él, y luego empezó a arrastrarla hacia el agujero de nuevo.

A Freddie se le calentó la cabeza, pero luchó como si estuviera su vida en ello. Sus manos eran inútiles, pero echó la cabeza hacia atrás, y escuchó un gratificante crujido y un alarido de dolor.

"¡Perra!" Luton le dio un golpe en la sien con el puño cerrado y las estrellas explotaron tras los párpados de ella.

El dolor vibró en su cráneo y se perdieron unos preciosos segundos antes de que ella se diera cuenta de que él había aflojado el brazo en torno a su cuello para golpearla.

"¡*Wyndham*!" gritó ella. O al menos lo intentó, pero la palabra salió débil y en un hilo de voz.

"Me parece a mi que no", murmuró Luton.

Una mano golpeó su espalda y la empujó.

Freddie intentó clavar los talones, pero él era demasiado fuerte y ella resbaló peligrosamente cerca del agujero antes de tener el sentido de dejarse caer al suelo como un saco lleno de piedras, ganándose un golpe doloroso en la rabadilla, pero frenando su avance.

"¡*Maldita sea!* ¡Muévete!" Luton retiró un pie hacia atrás.

Freddie se hizo un ovillo en el suelo, protegiendo su vientre y apretando los dientes ante el impacto.

Pero en lugar de una patada, un furibundo ¡Winifred! Sonó desde algún lugar muy cercano.

Freddie se arriesgó a mirar y estuvo justo a tiempo para ver la puerta explotar. La habitación se llenó del sonido de madera astillándose y el rugido enloquecido de un animal.

No. No un animal, sino Plimpton. Su marido se movió como una mancha borrosa, cargando hacia Luton, que tenía la mandíbula

batiente y estaba todavía a punto de dar la patada.

El duque alzó al otro hombre como si fuese un juguete y lo lanzó al hoyo oscuro en el suelo.

"¡*Noooooooo*!" El grito de Luton que helaba la sangre fue acompañado por una serie de golpes amortiguados.

Y luego un silencio.

Freddie solo se dio cuenta de que tenía los ojos apretados y cerrados cuando unas manos como ganchos le rodearon los brazos y la alzaban poniéndola en pie.

"¿Winifred?"

Ella levantó la vista para mirar unos ojos aún más demenciales que los de Luton. Ojos grises, no fríos o distantes, sino saltones de furia, terror y… miedo.

"¿Estás herida?" preguntó Plimpton con la voz ronca. "¡Winifred!" repitió él, sus dedos clavándose en la carne de ella cuando ella se limitó a mirarle.

"No, no, no estoy herida". Era mentira; sus manos la estaban aplastando. Pero no parecía ser el momento de indicar eso ya que él parecía todavía tres cuartas partes enloquecido. "Estoy bien, Wyndham, te lo prometo".

El sonido de su nombre pareció sacudirle.

"De verdad, que estoy bien", insistió ella. "Llegaste justo a tiempo. Él… él me iba a dar una patada y…"

"Lo vi", gruñó él. Y luego la abrazó rodeándola con los brazos con tanta fuerza que ella vio las estrellas por segunda vez en menos de cinco minutos. La palma de su mano la tomó por la nuca y la mantuvo contra su corazón, que martilleaba de manera tan violenta que Freddie no podía creer que él no hubiera perdido el conocimiento. "Winifred". Unos temblores sacudían el cuerpo de él como si tuviera una fiebre.

"Estoy bien, Wyndham. No me hizo daño a mi, o al bebé. Nos salvaste a los dos".

Pero sus brazos no se aflojaban, y sus temblores no se calmaban.

Solo cuando su alguacil, Cocker, entró aprisa en la habitación con dos lacayos y un mozo de establo, Wyndham finalmente la soltó, aunque la mantuvo cerca.

La habitación, que de repente estaba llena de cuerpos, estaba extrañamente callada. Todas las miradas estaban puestas en el duque, que parecía irreconocible.

"¿Su Excelencia?" preguntó Cocker.

Pero el duque no pareció oírle.

Freddie tomó el rostro de su marido entre las manos y le acarició las mejillas hasta que dejó de temblar. "Estoy bien, Wyndham". Le besó con suavidad en la boca, sin importarle cuanta gente pudiera verlo.

Lentamente, como hielo derritiéndose, la mirada en blanco de sus ojos se disipó. Tragó y colocó las manos encima de las de ella, apretándolas levemente antes de bajarlas, los dedos de su mano agarrando los de ella y volviéndose hacia Cocker.

"Luton está allí abajo", dijo con la voz ronca, señalando al agujero sin mirar. "Está aturdido o inconsciente". Hizo una pausa, y luego agregó: "O muerto".

Cocker asintió con cuidado. "Me ocupo de ello, su Excelencia", dijo, y luego se giró y murmuró unas instrucciones en voz baja a los criados mientras Wyndham la guió fuera de la habitación.

Cuando Freddie jadeó, él se paró de inmediato y la acusó: "¡Estás herida!"

"Solo mi tobillo. No está roto, es solo que…"

Él la alzó entre los brazos, acunándola, su agarre casi incómodamente fuerte y sus ojos todavía enloquecidos mientras la miraba. "Te voy a llevar a casa". Habló retador, como si ella fuese a discutir con él.

Freddie sonrió mirándole. "Sí, Wyndham. Llévame a casa, por favor".

CAPÍTULO 29

Freddie intentó hablarle a su marido varias veces durante el viaje de media hora de vuelta a Sweet Clover, pero el duque parecía haberse retirado a algún lugar muy profundo en su ser y no respondía a sus preguntas.

La única vez que dijo algo fue cuando ella intentó caminar desde los establos a la casa.

"Yo te llevo en brazos".

Él habló en un tono que no dejaba lugar a discusiones.

El Sr. y la Sra. Benson ya tenían la puerta del vestíbulo abierta y estaban allí en el umbral de la puerta, confusos pero conscientes de que algo terrible debía de haber pasado.

"Que le preparen unn baño a su Excelencia en sus habitaciones de inmediato, y llamad a su doncella para que la asista", ordenó Plimpton bruscamente, marchando por delante de ellos y subiendo la escalinata de caracol sin pausa.

Compton ya estaba esperando en su habitación, lo cual significaba que no había habido oportunidad para hablar con Plimpton en privado. La depositó encima de la cama, se giró hacia Compton y le dijo: "No la dejes caminar. Ayúdala con el baño cuando esté listo. No la dejes fuera de tu vista", agregó. Y luego se dio la vuelta y salió de la habitación dando zancadas sin decirle nada a Freddie.

Freddie y su doncella se miraron a los ojos, los de la chica joven rebosando con preguntas, y algo que parecía conmoción.

"Me he torcido el tobillo". Freddie intentó sonreír de manera apaciguadora, pero no lo hizo demasiado bien a juzgar por la expresión de la criada.

Freddie se miró al espejo un momento más tarde para entender el por qué de la inquietud de Compton; su cuello esta rojo y desgarrado, y su sien y mejilla estaban hinchados y amoratados. En suma, parecía como que se había metido en una pelea y perdido.

Para cuando terminó de remojarse en la bañera, y Compton la hubo secado y cuidadosamente aplicado bálsamos botánicos a sus arañazos y moratones, habían pasado casi tres horas. Y Plimpton todavía no había vuelto a su lado.

Alguien llamó a su puerta con suavidad, y ella levantó la mirada animadamente. Pero solo era una criada con un cuenco de avena. "Su Excelencia ha dicho que coma esto", dijo la criada incómoda por darle órdenes a su señora, incluso aunque no eran suyas.

"Gracias", dijo Freddie, y comiéndose rápidamente la comida aunque no tenía hambre.

"¿Está en casa el duque?" le preguntó ella a Compton después de entregarle el cuenco vacío.

"Sí, su Excelencia".

"¿Está solo?"

"Creo que el condestable se acaba de ir, pero creo que el Sr. Cocker sigue con él".

Si el condestable había estado y luego marchado, Plimpton tendría respuestas.

"Puedes irte, Compton".

"Pero su Excelencia dijo…"

"Sé lo que dijo", dijo Freddie de manera caritative. "Y sé que tendrás que ir a decirle que le he desobedecido. Cuando te lo pregunte, le dices que yo te he dicho que te marches. Anda, ve", le instó ella.

La criada la miró una última mirada renuente antes de irse.

Freddie miró el reloj en la mesilla de noche. Ni siquiera había pasado un minuto antes de que escuchara el sonido de espuelas en botas repiqueteando por el pasillo.

Su puerta se abrió de golpe y su marido la fulminó con la mirada, la mirada furibunda. "Dí una orden directa y explícita y tú la has contravenido".

"Sí".

Se quedó momentáneamente perplejo, pero su rostro se endureció de inmediato. "Si te tengo que atar a la cama, lo…"

"No tendrás que hacer eso si te metes en la cama conmigo".

Él parpadeó, estaba tan completamente sorprendido que Freddie soltó una risita.

Fue una idea terrible.

Dio zancadas hacia la cama. "¿Crees que tiene gracia desafiarme y casi acabar muerta?" atronó él.

Ella dejó de sonreír de inmediato. "No, Excelencia. No lo creo".

De nuevo, se quedó cortado.

Freddie levantó una mano hacia él.

Él se quedó mirando la mano como si nunca la hubiera visto antes.

"Por favor", murmuró ella.

La mandíbula de él se endureció, pero estiró el brazo y tomó su mano. A pesar de lo abrupto de sus movimientos, su tacto era suave, de la manera en que un hombre podría tomar una pieza de cristal hilado.

Bueno, Freddie no podía tolerar eso.

Le apretó los dedos tirando de él más cerca.

Él se resistió. "Estás herida. Yo no debería…"

"No es mi tobillo lo que vas a estar tocando".

Por primera vez desde que se conocían, eran los labios de *él* los que se quedaron abiertos con sorpresa.

Freddie golpeó cuando él estaba pillado a contramano. "Por favor, Wyndham. Súbete a la cama conmigo". Le dio palmaditas al

colchón a su lado. “Necesito que me tengan en brazos”. Sorprendentemente, era lo que tenía que decir.

Se sentó, se apoyó contra la pila de almohadas, y deslizó un brazo alrededor de ella, teniéndola cerca.

Freddie sonrió contra su hombro. Seguía totalmente vestido con ropas de montar, calzones de ante suaves como la mantequilla estirados por encima de sus muslos musculosos. Sus pies estaban embutidos en botas finas de cuero de montar con bordes anchos blancos, que ella encontraba estimulantes de una manera que debería haberla avergonzado.

“Estaba esperanzada de que podrías desnudarte y metrete bajo las mantas”, dijo ella, su voz amortiguada contra la lana de su abrigo.

En lugar de soltar una risa u obedecerla, la separó de su cuerpo con cuidado y la miró desde arriba. Con severidad.

Freddie suspiró. “Quieres regañarme, y me lo merezco”.

“Me diste tu palabra”.

“Sí”.

“Faltaste a tu palabra”.

“Sí”.

“De hecho, me la diste a sabiendas que la ibas a romper”.

“Sí”.

“No puedo fiarme de tí”.

“Sí, puedes”.

“¿Cómo?” Se cruzó de brazos.

Ella abrió la boca, pero luego la cerró y sacudió la cabeza. “No puedo decir nada que te haga fiarte de mí, Wyndham. Tendrás que hacerlo de todas formas”.

Él parecía profundamente confuso con la respuesta de ella.

Bueno, él era un caballero, y la palabra de un caballero era tan importante para él como su propia vida. Más aún, dado que muchos

caballeros estaban dispuestos a batirse en duelo para protegerla. Sencillamente no podía entender faltar a su palabra.

"Vas a tener que fiarte de mí; te prometo que nunca te volveré a mentir".

La frente de él se frunció, y hubo una lucha en sus ojos normalmente calmados. "Podías haber *muerto*", le acusó él.

Cualquier humor que ella podía haber estado sintiendo por la situación se disipó cuando vio el terror descarnado en su rostro. ¿Cómo podía haber creído que era incapaz de sentir una emoción profunda? Su comportamiento en esa habitación de pesadilla de hoy le había indicado a ella todo lo que él no había dicho con palabras. La quería. Y el pensamiento de perderla, le había convertido en una bestia aulladora y enfurecida.

Una buena parte de su temor era sin duda a causa del niño que ella llevaba, pero Freddie sabía que parte de ese temor era por ella, también.

Ella le había dado un susto, grande, y un hombre como Plimpton seguramente no tenía mucha experiencia con esa emoción.

Freddie descansó una mano en su muslo y le apretó. "De verdad que siento no haberte pedido que vinieas conmigo". Hizo una pausa. "¿Habrías venido?"

"Sí", dijo él sin titubear.

"¿Aunque creías que Piers era culpable?"

"Sí. Habría hecho lo que me pidieras no por la culpa de tu hermano o su inocencia. Sino porque me lo pedías tú".

Freddie se sintió humilde. "Te ruego que aceptes mis disculpas".

"Ya lo he hecho. Pero no estoy seguro de poder confiar en ti de nuevo, al menos no cuando se trata de tu seguridad".

"Lo sé. Me puedes tener cerca. ¿Ayudaría eso en algo?"

Se quedó mirando fijamente la pared meditabundo, como si no pudiera soportar mirarla a ella. "No lo sé. No he sentido este… este…"

"¿Amor?" dijo ella de sopetón antes de perder el valor.

La mirada de él se avivó y la miró a ella, pero no habló, se quedó tan quieto e inmóvil que parecía una estatua si no fuera por las manchas rojas en sus mejillas.

Su reacción golpeó a Freddie como un relámpago: Plimpton no retenía su amor contra ella para tener el poder en su matrimonio; era sencillamente que no sabía cómo lidiar con las emociones que sacudían su mundo bien ordenado desde sus cimientos.

Era posible que ni siquiera sabía que era amor lo que él sentía.

Pero Freddie lo sabía. Y no había excusas ya para guardarse sus sentimientos, si es que la hubo alguna vez. "Porque eso es lo que yo siento por tí: *amor*. Te amo, Wyndham, con todo mi corazón".

***

Plimpton solo se había sentido tan desgarrado emocionalmente en tres ocasiones en su vida. Y las tres habían sido los días en que se murieron sus hijos.

En esas situaciones, no hubo palabras. Ni entonces ni en ningún día después. ¿Qué podía decir una persona?

Pero hoy era diferente. Quizás lo más diferente posible.

Plimpton casi había llegado a la edad de cuarenta y tres años y nunca había escuchado las palabras que Winifred acababa de decir. Al menos no dirigidas hacia él.

Hasta el matrimonio de su hermano, no había escuchado las palabras dichas en voz alta entre un hombre y una mujer. Ciertamente, Simon y Honoria las decían a menudo y aparentemente con facilidad.

¿Por qué no lo iba a poder hacer Plimpton?

¿Podía ser que creyese lo que su padre le había inculcado? Que el amor era una emoción de mujeres y una señal de debilidad a la que no cedería un hombre de verdad.

Todos los días, año tras año, su padre le había machacado ese mensaje en él, como un mazo humano con una estaca rebelde que

se negaba a ser machacada en su agujero. La noción del viejo duque de lo que hacía que un hombre fuese hombre, estaba retorcida y, Plimpton había decidido eventualmente, equivocada sencillamente.

Su hermano Simon, que se había enfrentado a balas y artillería y tortura con entereza, era más hombre que nadie a quien Plimpton hubiera conocido, y amaba a su esposa e hijo con una llaneza que hacía que Plimpton sintiera que sus rodillas se debilitaban. *Eso* era ser fuerte.

Miró hacia abajo a la cara de Winifred que le aguardaba con paciencia. Esta mujer, esta mujer lista, fuerte, resiliente, le *quería*.

La elección en ese momento estaba meridianamente clara. Podía permanecer en una jaula construida por su padre, o podía abrir la puerta de la celda y salir.

"¿Qué te pasa, Wyndham?"

"Tienes los ojos más hipnotizantes que haya visto nunca", dijo él, su voz extrañamente ronca, como si hubiera estado gritando.

No era lo que él había esperado decir, pero los labios suaves y carnosos de ella, se curvaron. "Gracias".

"No me refiero a su color, aunque es llamativo, sino que me refiero a la expresión en ellos. La bondad, y la calidez, y la compasión". Sus mandíbulas se flexionaron, como si fuese a frenar las palabras fatuas. Pero las palabras no se pararon. "Nunca le he dicho a una mujer que la amo. Hasta estas semanas pasadas, no creí que fuese capaz de sentir esa emoción. Con mi primera esposa, confundí infatuación con amor. Cómo podía pensar que fuese cualquier otra cosa cuando no la conocía", sacudió la cabeza. "Bueno, era joven y estúpido. Me llevó años descubrir mi error, y cuando lo hice, tomé consuelo en el hecho de que nunca había sido amor. Porque la alternativa habría sido… devastadora".

Plimpton levantó la mano de ella y pasó el pulgar por la palma mientras buscaba las palabras que necesitaba. "Cecily me odió desde el día en que nos casamos hasta el día en que murió". Soltó una risa poco divertida. "Eso no es preciso; me odiaba desde mucho

antes de casarnos, pero solo me enteré de la verdad la noche de nuestra boda. Verás, ella estaba enamorada de otro".

"Oh, Wyndham", murmuró ella, acariciando la mejilla de él con su mano libre.

Él presionó el rostro en la palma de ella, buscando el confort de su tacto y sin importarle que esa reacción habría sido algo que su padre habría desdeñado.

"Me atrevo a decir que un hombre más mayor, más consciente de sí mismo, se habría dado cuenta de algo extraño en su futura novia incluso en el breve tiempo que pasamos juntos O quizás no debido a lo cuidadosamente separados que nos tenían". Se encogió de hombros. "Pero yo la deseaba demasiado como para que me importase cualquier otra cosa que mi propio deseo". Se sintió avergonzado por esta admisión, pero también experimentó una sensación de liberación. Nunca le había contado a nadie acerca de su matrimonio desastroso, aunque mucha gente habría adivinado la verdad. Su madre lo había adivinado desde luego. Y seguramente Simon. Esperó que Becca fuese demasiado joven para entender lo carente de amor que había sido el matrimonio de sus padres, aunque eso seguramente era una ilusión vana.

"Cecily me dijo que cumpliría con su obligación, pero me rogó que nunca me acercara a ella". Rió con amargura. "No tenía que haber malgastado su aliento; lo último que yo quería hacer era forzarme en una mujer que me detestara. Desgraciadamente, yo también tenía una obligación. Y eso significaba que fui a su cama un puñado de noches miserables hasta que ella quedó encinta. Luego no teníamos que vernos hasta después de que naciera el niño. Ella vivió su vida, una de aislamiento impuesto por ella misma, y yo viví la mía". La miró y ella le miró con una expresión franca y amorosa. "Lo que estoy intentando decir, con muchas palabras, es que nuestro matrimonio ya es totalmente diferente a mi último matrimonio. Tan distinto, que he tardado hasta hoy reconocer algo muy importante. Y eso es que yo te amo, Winifred. Te amo con una ferocidad que me aterra".

Ella separó los labios, su expresión era de asombro.

"¿Por qué pareces tan aturdida? ¿No lo habías adivinado?"

"Lo había esperado, pero no lo sabía. Ocultas tus emociones muy bien".

"No quiero escondértelos, Winifred. Hoy, cuando creí que podía llegar demasiado tarde para salvarte, me dí cuenta de que semejante amor tiene un precio muy alto". Le apretó la mano con tanta fuerza que ella hizo una mueca de dolor. Pero no se disculpó. "No quiero volver a sentir ese temor nunca más".

"Lo siento tanto, yo…"

"Sé que lo sientes". Plimpton soltó su mano y la alzó con suavidad por la cintura hasta que ella estaba sentada en su regazo. La quería cerca para esta última parte, así que la rodeó con los brazos. "Hay más cosas que tengo que contarte. Y son… feas".

Ella asintió con la cabeza.

"Después de la muerte de nuestro segundo hijo, el doctor vino a verme. Dijo que parte de la razón de que nuestros bebés habían sido tan débiles y enfermos era el uso de arsénico de Cecily".

Winifred hizo una mueca. "¿Para su rostro?"

Plimpton asintió, su mirada pasando por la piel hermosa de ella.

"Yo nunca lo he usado", dijo ella. "Ocasionalmente he usado polvo de arroz, pero nunca nada más, Plimpton".

Él asintió con la cabeza, aliviado de que ella no le hubiera hecho preguntárselo.

"¿Lo… dejó de usar?"

"No".

Winifred apretó los ojos cerrándolos, pero se le escapó una lágrima. "Lo siento tanto".

La besó ligeramente y siguió. "A diferencia de sus dos primeros embarazos, no me aparté en el tercero. Me quedé en Whitcombe todo el tiempo y presté atención. Ví el efecto que tenía el arsénico, no era difícil de notar si uno miraba realmente a su esposa todos los

días. Le prohibí que lo usara, pero ella me desafió. Hice registrar sus aposentos y me apoderé de la sustancia. Pero ella seguía consiguiéndola".

"¿Su criada?"

Plimpton asintió. "Amenacé a la mujer, pero seguía obedeciendo a su señora. Así que la despedí. La criada había estado con ella desde que Cecily había sido una niña y se quedó desesperada. Las cosas se hicieron aún más… desagradables cuando Cecily dejó de comer. El médico dijo que ya estaba tan delgada que el bebé se estaría muriendo de inanición. Dijo que había que obligarla a comer, o perdería al niño. Recomendó varios métodos". Vio la mirada chocada de Freddie. "No. No podía hacer lo que él sugería, que era retenerla y forzarla a comer. En vez de eso, le dije que traería de vuelta a su criada si ella me daba su palabra de no usar el arsénico".

"¿Y te la dio?"

"Ella me lo prometió, pero yo fui demasiado cobarde como para registrar sus habitaciones para comprobarlo".

"Eso no es cobardía. ¿Qué otra cosa podías haber hecho?"

"Podía haber hecho lo que dijo el médico. Si yo hubiera valorado la vida de mi hijo por encima de la libertad y cordura de mi esposas, podía haberla hecho encerrar, forzarla a comer y mantenerla lejos de nada dañino".

"Eso habría sido una salvajada".

"Eso es lo que me dije a mí mismo. Y, cuando nació Becca y sobrevivió, aunque nunca era fuerte, pensé que quizás el médico había reaccionado con exceso. O que Cecily había cumplido con su palabra y desistido".

La mente de Plimpton retrocedió con renuencia al día en que nació su hija. "Cecily estaba furiosa cuando se enteró de que Becca solo era una niña, esas son sus palabras, y se enfureció conmigo, volviéndose tan violenta que incluso su criada dijo que tenían que restringirla antes de que se hiciera daño". Cerró los ojos brevemente. "La última vez, esperamos dos años antes de…" tragó las palabras y

dijo, "Después de que naciera nuestro hijo Edward, el que sería nuestro último hijo, Cecily se regodeó diciéndome que había usado el arsénico durante todo su embarazo. Edward era mucho más saludable que ninguno de los anteriores, incluso que Becca, y yo pensé que quizás el médico se había equivocado. Pero el parto había sido difícil y el doctor dijo que ella era demasiado frágil para más hijos. Nos quedamos aliviados los dos. Edward iba tan bien…" dejó de hablar y se sacudió el recuerdo de ese día desolador en que la nodriza había acudido a él, llorando y sosteniendo el cuerpo sin vida de su hijo.

"No puedo ni imaginarme lo que debiste de sentir", dijo Winifred, acariciándole el brazo.

"Espero que nunca tengas que experimentar esa sensación, Winifred. Espero que no lo tengamos que sentir ninguno de los dos. Habría sido insoportable bajo cualquier circunstancia, pero quizás, si hubiéramos podido consolarnos el uno con la otra, podría no haber sido tan devastador. Pero Cecily no lloró. O al menos afirmó que se alegró. Y nunca ni una vez sostuvo en brazos a Becca o mostró ningún interés en ella". Miró a los ojos de Winifred. "¿Cómo puede una madre odiar tanto a su propio vástago?"

"No creo que sea así, Wyndham. Debió de estar sufriendo mucho, y sencillamente no tenía fuerzas suficientes como para ocuparse de nadie más".

"Quiero creer eso", dijo él. "De verdad que sí". Pero no lo creía. Aunque ya no importaba.

Al cabo de un momento ella dijo: "¿Dijo Compton que el condestable estuvo aquí?"

Plimpton sintió una oleada de agradecimiento porque ella había cambiado de tema. "Sí. Me dijo que tuvieron que atar a Luton para sacarle de allí".

"Me sorprende que la caída no le matase".

"Sí que sufrió una pierna partida".

"¿Y las piezas de ajedrez?"

"Estaban ahí abajo. Por lo visto, Luton las guardaba en un relicario que databa a los días en que el edificio había sido un priorato". Resopló. "Da un significado a la expresión de ídolos falsos".

"Se parecía a un fanático religioso cuando hablaba de ellas, como si las piezas estuvieran vivas y necesitaran sus cuidados. Mató a su padre por ellas".

Plimpton la miró. "¡Oh! ¿Te dijo eso?"

"Dijo que lo hizo para impedirle vender las piezas". Ella sacudió la cabeza. "Su obsesión le volvió loco y le convirtió en un asesino igual que su padre. Y todo por unas piezas de piedra". Le miró con curiosidad. "¿Viste el conjunto de piezas?"

"Las ví hace años, y el condestable los trajo aquí hoy. Están ahora en mi caja fuerte".

"¿Qué te parecen?"

Plimpton se encogió de hombros. "Son piezas de ajedrez, eso es todo. No me parece que valga la pena matar por ellas".

"Nada vale la pena para eso".

Él tomó el mentón de ella entre los dedos. "Tú lo vales, Winifred", dijo y luego la besó. Su intención había sido que fuese un beso suave, ligero, pero ella le rodeó el cuello con los brazos, arrimándose más hasta que su camisón se le subió por los muslos.

Plimpton deslizó las manos en torno a sus piernas densudas y se inclinó hacia atrás para mirarla. "Tu pobre cara, cariño… Y tu cuello, y tu tobillo. No quiero hacerte da…"

"Me harás más daño si dejas de tocarme", le prometió ella, frotando sus pechos liberados contra el torso de él de una manera que consiguió la atención inmediata de él. "Yo… yo te necesito, Plimpton. Algo sobre morir ha…" Ella dejó de hablar, se encogió de hombros ruborizándose.

"¿Estás segura, cariño?"

"Sí". Ella bajó las manos a su bragueta.

Él rio. "Espera, tengo que quitarme las botas antes de…"

"No. Quiero que me tomes con las botas puestas".

Plimpton gimió, casi eyaculando en sus calzones. "Mi esposa perversa tiene profundidades ocultas", murmuró él, desabrochando los primeros botones del camisón de ella. "Quiero que te quites esto primero. Levanta los brazos", le ordenó él, cuidadosamente retirando la tela de su sien amoratada y luego dejando el camisón a un lado.

Él contuvo el aliento cuando vio la garganta de ella. Sin tela tapando nada, podía ver las marcas causadas por las uñas de Luton. "Eso debe doler como…"

"Ni me doy cuenta", dijo ella, y luego agarró la solapa de la bragueta de él, con el que había estado forcejeando, y tiró.

Él soltó una risa sorprendida ante el sonido de costuras rotas.

"Lo siento", dijo ella, aunque no lo parecía. Agarró puñados de prenda y tiró hacia abajo de sus calzones, tirando de su erección al mismo tiempo.

Plimpton siseó apartando la tela de su verga. "Ten cuidado con las joyas, cariño".

Ella hizo una pausa lo justo como para reír y decirle: "¿Las joyas?" Y luego agarró su verga tiesa y le bombeó con fuerza, haciéndole olvidar todo lo demás. "Te quiero, Wyndham".

Él se obligó a detener el puño mágico de ella. "Entonces será mejor que dejes de hacer eso ahora mismo". Miró dubitativamente sus calzones, que le aprisionaban en los muslos. "Si pudiera quitarme…"

"No", le dijo ella, y luego hizo algo total y eróticamente chocante y se apartó de él, posicionándose de manos y rodillas.

Plimpton la miró con asombro estupefacto.

Winifred se dio la vuelta y le miró ceñuda. "¿A qué estás esperando?" Y luego se inclinó más hacia abajo, hasta que sus hombros y cabeza estaban sobre la cama, presentándose así para él.

"Ay". Él deslizó una mano entre los muslos separados de ella y hundió un dedo muy dentro de ella.

Ella siseó y empujó el trasero contra la mano de él como contrapunto a la embestida de él. "Te quiero dentro de mí", dijo ella, la voz amortiguada por la ropa de cama.

"Vaya tirana que estás resultando ser". Plimpton la soltó con desgana para poder ponerse de rodillas con poca gracia. "¿Estás segura de que tengo que quedarme con todo esto puesto? Ni siquiera puedes ver…"

"¡Wyndham!"

Él se reprimió una sonrisita. "Como mandes, cariño". Colocó la punta de su verga en la entrada de ella y la llenó con una embestida lo suficientemente poderosa como para lanzar el cuerpo de ella hacia delante en la cama. "¿Es eso lo que querías?", preguntó él con rudeza, manteniéndose dentro de ella y flexionándose dentro de ella.

Ella meneó las caderas. "Muévete".

Él rió y deslizó un brazo alrededor de la cintura de ella, rodeando y acariciando su puntita mojada mientras la follaba con embestidas profundas y seguidas.

Ella gruñó y luego jadeó, "sí, por favor, justo así".

Plimpton no la trabajó mucho antes de que su cuerpo se pusiera rígido y convulsionara a su alrededor. Dejó de embestir para disfrutar de sus contracciones, enterrado muy hondo en ella mientras las oleadas de su orgasmo llegaban a su punto álgido y luego bajaban.

Una vez que la pasión se aflojó en ella, él se retiró con una mueca de desgana, y la puso boca arriba.

Ella le miró parpadeando, sus pechos rosados por estar frotándose contra las ropas de la cama, su cabello un lío glorioso de pelo enredado.

Ella arrugó la frente cuando vio la verga todavía dura de él. "¿Por qué paras? No has…"

"No, no lo hice. Pero, ¿había una razón por la cual me querías vestido?"

Ella le miró fijamente, adorablemente aturdida.

"¿Mis botas?" le recordó él.

"Oh. Sí, por favor".

"Tan amable", bromeó él, bajándose de la cama torpemente antes de tomar la mano de ella. "Pónte de rodillas, querida". Ella titubeó un segundo antes de apresurarse a obedecerle. "Agárrate a mis hombros", le ordenó él, deslizando las manos bajo las nalgas generosas de ella una vez que le obedeció. La alzó con un suave gruñido, sosteniéndola en lo alto mientras alineaba su verga dolida con el agujero de ella.

"Oh", murmuró él mientras la bajaba lentamente, sin detenerse hasta que ella hubiera recibido cada centímetro de él.

"¿Por qué estás de pie?" preguntó ella, moviéndose de una manera que seguro que aceleraría el placer de él.

"Mira a tu derecha", dijo él, su falta de aliento recordándole que estaba echando en falta sus sesiones semanales en Angelo's y Jackson's.

A ella se le quedó la boca abierta. "Oh, Wyndham", dijo ella, mirando fijamente la imagen en el espejo mientras que los ojos de él estaban puestos en la cara de ella.

Plimpton basculó las caderas, separando los pies aún más para no perder el equilibrio, pero no demasiado porque sus malditos calzones le ceñían.

Y luego procedió a follarla mientras estaba de pie, algo que no era tan fácil de hacer como había esperado, aunque la expresión de Winifred hacía que valiera la pena.

"Me gusta esto", dijo ella, su respiración casi tan jadeante como la de él.

Él soltó una risa. "Disfruta mientras dure", dijo él, entre dientes. "Porque no durará mucho".

Una sonrisa de deleite picaro se dibujó en el rostro de ella. "Déjame ayudarte", dijo ella, botando contra él en contrapunto.

Bueno, eso fue el fin de eso.

***

Plimpton la tumbó encima de la cama con un gemido.

"Eso ha sido precioso", dijo Freddie.

"Precioso, pero demasiado breve", dijo él de acuerdo con ella.

Freddie no pudo evitar admirar la manera en que el pecho de él hinchaba su abrigo con cada jadeo del esfuerzo.

Plimpton empezó a desnudarse, sus manos temblando bien del esfuerzo de su emparejamiento reciente o como resultado de su orgasmo.

"¿Te podrías volver a poner las botas cuando te hayas quitado los calzones?" preguntó ella cuando él se dejó caer en la silla más cercana y empezó a forcejear con su calzado.

Él levantó la cabeza lentamente y la miró aturdido e incrédulo. "No puedes decirlo en serio".

Freddie rio. "Pero es que te lo digo en serio".

Él gimió. "¿No podemos dejarlo para otro día, cariño?"

No era una negativa directa, así que ella no insistió.

Luego siguieron unos cuatro o cinco minutos divertidos mientras él hacía esfuerzos por quitarse lo que le quedaba de ropa. Finalmente se unió a ella en la cama.

"Encima de mí", le dijo Freddie.

Él arrugó la frente.

"Por favor, Wyndham".

Freddie sonrió para sí misma mientras él refunfuñaba pero hizo lo que ella le pedía, descansando cuidadosamente su cuerpo desnudo sobre el de ella. Ella metió el brazo alrededor de él y le arrimó cerca, hasta que se tocaban de los tobillos hasta los hombros.

"Te debo estar aplastando", le dijo a ella en el cabello, y empezó a rodarse para quitarse de encima.

Ella apretó los brazos. "No. Quédate".

"Ni para ti ni para mí", dijo él, apoyándose en los codos.

Freddie le sonrió. "Tu cabello está hecho un lío".

"No está tan lioso como el tuyo".

"No, seguramente que no", concedió ella.

Él arrugó el entrecejo mientras la miraba el cuello. "¿Te duele?"

"No", mintió ella.

"Sí que te duele".

"Sólo un poquito".

"¿Cómo diablos pasó? ¿Te estaba… estaba ahogándote?"

A Freddie no le gusto la mirada oscura que apareció en los ojos de él. "No quiero hablar de eso". Ella le acarició los brazos; los músculos estaban agradablemente tensos debido a que él estaba sosteniendo su peso con los brazos.

"Por supuesto, querida. Qué bruto soy haciéndote volver a vivirlo".

"Oh, no me altera recordarlo".

"Entonces por qué…"

"Porque puedo ver lo que te hace a *ti*".

Él abrio la boca, pero luego la cerró y asintió con la cabeza.

Freddie se alegró de que decidiera no negarlo.

"Tendrías que haberte visto cuando entraste por esa puerta".

"¿Qué puerta?"

"La del estudio de Luton".

Él tenía la mirada en blanco.

"¿No recuerdas su estudio?"

Él sacudió la cabeza, un sutil rubor difuminándose por los ángulos cincelados de su cara, suavizándolos. "Recuerdo ensillar a Thunder yo mismo y yendo a galope tendido. Lo siguiente que recuerdo es colocarte en la carreta que Cocker trajo para traerte de

vuelta a casa". Arrugó la frente pensativo. "Qué curioso que no pueda recordar nada más".

"No eras tú".

"¿Qué quieres decir?"

"Estabas aullando".

Él subió las cejas. "¿Aullando?"

"Si. Era de lo más inquietante. De hecho, bastó para asustar a Luton para que dejara de estar en guardia, que es cuando logré golpearle con la cabeza".

"¿Aullando?"

"Aullando. Y cuando irrumpiste en la habitación rompiste las bisagras de la puerta".

Él la miró con escepticismo.

"Que sí", insistió ella. "Y levantaste a Luton como si no pesara más que una pluma y lo lanzaste al agujero. Esa es la verdad, Plimpton".

La miró fijamente sin ver. "No recuerdo nada".

"Creo que te debiste volver loco".

Él rió.

"Lo digo en serio", dijo Freddie. "Podía ver en tus ojos que no eras tú. Y no lo recuerdas, así que…"

"Loco", repitió él.

Ella levantó las manos pasando las palmas por las redondeces de los hombros de él. "Siento haberte hecho pasar tanto miedo".

"No fue miedo lo que sentí", le corrigió él. "Era terror".

"Nunca me perdonaré por poner en tanto peligro a nuestro bebé".

"No era temor de perder al bebé lo que me llevó al borde de la locura, Winifred. Fue el temor de perderete a *tí".*

El pulso de ella se aceleró al ver la mirada descarnada en los ojos de él.

"Sé que nos casamos por nuestro hijo, pero yo te deseaba cuando te creía estéril. Te deseaba a ti. Estoy encantado de que puedas tener hijos, pero eres tú a la que quiero. Durante la primera mitad de mi vida, tenía una sola meta, una razón imperiosa que me hacía levantarme cada mañana y seguir viviendo, incluso cuando estaba tan vacío de todo excepto la obligación que era una carga abrir los ojos". Sostuvo el peso en un brazo y estiró la mano para trazar la ceja de ella con un dedo, el amor en sus ojos arrebatándole a ella el aliento. "Me había sentido atraído por ti desde el baile de Avington, el primero, pero sabía que tenía que tenerte esa noche en el baile de los Chorley, me golpeó como una porra en la cabeza".

Ella rio. "Eso suena agradable".

"Fue aterrador. Había vivido tanto tiempo sin querer nada para mí mismo que me sentía como si estuviera dando un salto de un acantilado al abismo desconocido". Sus labios se torcieron. "Cuando ví a Piers acercarse a ti esa noche, quería matarle solo por atreverse a mirarte. Te quería para mi, pero cada vez que me acercaba a ti, lograba antagonizarte por alguna razón".

Freddie tomó su mano y le besó en la palma. "Tengo que hacerte una confesión. Me ponía antagonizante porque estaba demasiado atraída por tí para mi propio confort. Había estado viviendo mi vida como la Condesa de Hielo", ella asintió con la cabeza ante la mirada de sorpresa de él. "Sí, sé lo de ese mote. Lo cultivé durante años. Esos primeros meses con Sedgewick me hicieron ver que las relaciones íntimas podían ser satisfactorios y placenteros. Pero él hizo una tarea casi completa por destruir esa opinión a lo largo de los siguientes tres años y medio. Yo sabía que no era el acto físico de amor lo que estaba mal, era Sedgewick. Aún así, no conocí a ningún hombre por el cual valía la pena arriesgarse hasta que llegaste tú. Cuando estaba cerca de tí, sentía… cosas que no había sentido en años. Yo no quería saber nada de esos sentimientos, aunque sabía que tú no eras nada como Sedgewick". Sonrió. "Creo que me medio enamoré de tí cuando te hiciste al mando del desastre que nos encontramos en Torrance Park, echando a la suegra horrible de Wareham y la enfermera sombría, sin

pestañear. Me enamoré un poquito más de tí cuando descubrí que guardabas una miniatura de Rebecca cerca de tu corazón. Pero cuanto más me gustabas, más me asustaba. Así que me comporté como una insenstata y te oculté nuestro hijo". Le besó en la mano de nuevo. "Durante años pensé que la única persona en la que podía depender era yo misma, incluso mis amigos estaban haciendo demasiados esfuerzos por sobrevivir para poder ayudarme a salvarme si tuviera dificultades. Pero hoy, cuando entraste en tromba en esa casa y me rescataste, me hiciste sentirme querida y protegida. Eres la clase de hombre que siempre sacrificará tus propias necesidades y pensarás en mi primero, incluso cuando yo no lo merezca". Plimpton la besó. "No es ningún sacrificio, querida esposa mía. Es una tarea de amor. Y es algo que soportaré alegremente toda la vida, si eso quiere decir que puedo vivirla contigo".

EPÍLOGO

Freddie sonreía triunfal en el carruaje a Piers, que miraba con incredulidad la pequeña mesita plegable llena de naipes. "Pique, repique y capot, mi querido hermano".

Piers sacudió la cabeza y la miró asqueado ante de fulminar con la mirada a Plimpton, que iba a caballo al lado del carruaje. "Con razón quería que me *relajara* dentro del carruaje contigo. ¿Relajarme? ¡Ja! Solo era que no quería que le dieran una patada en el culo…" se calló cuando Freddie carraspeó. "Lo siento, Duquesa, quería decir que tu marido no quería que le dieran un azote en el trasero, ¿es eso lo que a vosotros los aristócratas os gusta, no es así?"

"¡Piers!" dijo ella escandalizada. "Eres un ciudadano respetable ahora, no un criminal. Necesitas aprender a comportarte correctamente en público".

Él resopló. "¿Has oído a Severn y esa bruja de pelo negro suya cuando abren la boca? Te lo digo, Pajarito, aprendí unas cuantas palabras nuevas de esa arpía".

Freddie ocultó su sonrisa solo porque sabía que eso iba a animar el mal comportamiento de su hermano. Pero tenía razón; Lori tenía una boca mucho más vulgar que la de mucho estibador y marinero.

Mientras Piers barajaba las cartas, evidentemente deseoso de que le dieran una patada en el trasero un poco más, Freddie miró a su marido.

Como siempre, Plimpton estaba guapísimo a caballo. Su mirada bajó a sus botas, un par lustroso de color negro, las partes de arriba impecablemente blancas, y su corazón dio un vuelco cuando le recordó llevándolas la noche anterior, sin nada más, mientras que la

cepillaba. Esa era una expresión vulgar que le había enseñado Plimpton. Se preguntaba si Lori la conocería.

En las semanas desde su roce con la muerte, Freddie había aprendido más y más acerca del hombre que se escondía tras la máscara de su marido. Plimpton siempre sería el mismo aristócrata distante y arrogante en público, eso ya lo sabía, pero tras puertas cerradas se convertía en un hombre que solo Freddie lograba ver.

Su piel hormigueaba y ella supo antes de dejar de mirar los muslos de él que Plimpton la estaría mirando.

Así era. Y llevaba su mirada severa, una de las favoritas de ella ahora que sabía lo que había detrás.

Él alzó una ceja lentamente y Freddie lo sintió hasta el útero.

"Hablando de comportamiento inapropiado fuera del dormitorio", se quejó Piers.

Ella giró la cabeza bruscamente. "No sé de qué estás hablando".

"Tu cara roja sugiere otra cosa, Pajarito".

"Te estás imaginando cosas".

Él le sonrió. "Esa es una mirada fulminante digna de una duquesa".

Freddie no pudo evitar una risa. "Gracias por venir conmigo, Piers. A Plimpton no le gustan mucho los carruajes".

"Entiendo el por qué si le das palizas a las cartas".

"¿Prefieres jugar al ajedrez?" preguntó ella dulcemente.

"*No*".

Ella vio que él había guardado las cartas en lugar de repartirlas de nuevo. Así que habían terminado con eso. "¿Cuánto falta para llegar?"

"Casi una hora".

"Me dijiste lo mismo hace una hora".

Él ladeó la cabeza.

Sí, ella sonaba un poco quejosa.

Freddie sabía que se estaba portando mal, pero algo de estar en compañía de sus hermanos parecía provocarla. Había pasado toda la semana pasada con Piers y Wareham y Plimpton había dicho que era como vivir con un trio de niños de doce años por la manera de discutir que tenían.

Puede ser, pero Freddie sentía como que se estaban compensando por los años de tiempo perdido.

Bromas aparte, le caldeaba el corazón para ver lo bien que sus hermanos mayores se estaban llevando. Wareham y Plimpton habían usado sus influencias para limpiar el nombre de Piers de ninguna fechoría, lo cual significaba que su hermano podía caminar por las calles de Inglaterra como hombre libre por primera vez en más de una década.

Lo cual le recordaba a ella…

"¿De verdad que te tienes que marchar la semana que viene?" preguntó ella, no por primera vez.

"No *tengo* que hacer nada, ahora. Pero lo echo de menos, Pajarito".

"Eres un veleta. Cuando se suponía que no debías estar aquí estabas. Y ahora cuando quiero que te quedes, te marchas".

"Solo unos pocos meses".

"Es un empleo peligroso".

"No realmente. Toda la diversión se ha esfumado en ser un corsario ahora que la guerra ha terminado".

"Creo que tu idea de *diversión* puede que esté algo torcida, hermano".

Piers rió y cuidadosamente plegó la mesita plegable de juegos.

Freddie había disfrutado de pasar este tiempo extra con Piers antes de la fiesta de Lori. Naturalmente, la idea había sido de Plimpton. Él había sugerido que Piers viniera y se quedara en Plimpton House y luego los tres podrían hacer el viaje juntos hasta Granton Castle.

Piers había aceptado la invitación con una prisa halagadora, reuniéndose con Freddie y Plimpton poco después de su primer viaje a Spenham para ver a Miranda.

Freddie había estado preocupada porque su primera visita como Duquesa de Plimpton fuese incómoda, pero se había quedado aliviada al ver lo rápido que todos se habían adaptado a su cambio en estatus.

De manera predecible, Miranda se había quedado desconcertada por el cambio en el programa de visitas y también estaba ansiosa por ver a Plimpton la primera vez, pero él habíoa encantado a las tres chicas al cuidado de los Morrison, además de sorprender a Freddie realizando unos trucos de prestidigitación bastante impresionantes para entretenimiento de todos.

"Y yo aquí pensando que solo hacías trucos en el dormitorio", le había susurrado al oído Freddie después de que Plimpton produjese un brillante soberano de oro aparentemente del aire, haciendo que su pequeño público gritara y aplaudiera encantados.

Plimpton había reído. "Tengo unos trucos especiales que enseñarte esta noche, mi pícara Winifred", le había prometido él, mirándola de manera abrasadora y cumpliendo su promesa más tarde esa noche en el Spotted Sow. Ciertamente, sus *trucos* habían sido tan impresionantes que Freddie había temido que las personas del piso de abajo en la taberna las podrían haber escuchado.

"Mira, Little Bird", dijo Piers, sacándola de sus ensoñaciones eróticas.

Freddie miró hacia donde él apuntaba y contuvo el aliento. "Es algo sacado de un cuento". Estaban en una colina ligeramente más alta que el castillo, que parecía como si surgiera de en medio de un lago.

"Impresionante, ¿verdad?" preguntó Piers.

"Desde luego". Granton Castle tenía una enorme torre almenada en cada una de las cuatro esquinas, con un muro alto y parapetos. "No puedo imaginarme a Lori siendo la señora de *eso*".

"Verás que se ha adaptado a ello como un pato al agua".

Una gota de lluvia cayó contra la ventana. "¡Oh! Pobre Plimpton. Se va a mojar", dijo Freddie mirando para ver a su marido. "Espero que no se enfríe".

"Cielos, qué bonito es verte tann enamorada, Pajarito".

Freddie ignoró las burlas de su hermano.

Poco después cruzaron el puente levadizo y entraron bajo la enorme barbacana donde dos carruajes ya estaban siendo descargados.

Una estructura mucho más moderna había sido construida por la base de tres de los muros internos. A juzgar por el estilo de la construcción, databa de comienzos del siglo XVI, así que unos trescientos años más tarde que la estructura original.

"¡Oh, ahí está Lori!" Freddie estiró una mano para agarrar la puerta.

"Un momento, Pajarito. ¿No queremos que tú te enfermes, verdad?" Piers tomó su paraguas, abrió la puerta, y se bajó de un saltito, abriendo el paraguas de color rojo y sosteniéndolo por encima de la cabeza de ella.

Lori, vestida muy a la moda, pero igual de testaruda como siempre, vino corriendo cruzando el patio de armas.

"¡Freddie!" exclamó Lori, abrazándola.

Piers hizo una mueca. "Toma esto", murmuró, presionando el mango del paraguas en la palma de Freddie y apartándose.

Lori soltó a Freddie con una risita al ver la espalda de Piers retrocediendo. "Creo que he asustado a tu hermano".

Freddie pensó que Lori seguramente asustaba a la mayoría de las personas, hombres y mujeres, pero se guardó esa opinión para sí misma.

"Habría pensado que Piers ya se habría acostumbrado a tí a estas alturas", dijo Freddie.

"No, se esconde de mí. Y el castillo es grande, así que me cuesta trabajo encontrarle". Hizo una pausa pensativa. "A veces creo que Severn ha compartido sitios secretos escondidos con él".

Freddie rió.

Con el permiso de Piers, ella había divulgado su historia en una serie de cartas a todas sus amistades. La mayoría respetaría su intimidad. Lori, sabía ella, y también Piers, tenía una curiosidad sin límites y no tenía miedo de satisfacerla.

Bueno, pues Piers podría lidiar con eso.

"Adoro tu paraguas, Freddie, no creo haberte visto tan cerca de un color vivo antes", bromeó Lori. "Excepto cuando estás de pie al lado de otra persona, claro".

"Es un regalo de Plimpton", dijo Freddie, irritada cuando sintió que su cara delatora se calentaba.

"*Hmmm*. ¿Dónde está el duque delicioso de todas maneras?"

"¡*Lori!*"

"Lo siento. Pero recuerdo haberte dicho que te lo apropiaras hace siglos".

Freddie sacudió la cabeza y cambió de tema deliberadamente. "El castillo es magnífico".

Lori torció el gesto. "Es magnífico de ver pero vivir en él…" se estremeció. "Severn dijo que no tenemos que pasar más que unas pocas semanas aquí un par de veces al año, pero sé que se preocupa por el marqués, así que me atrevo a decir que vamos a estar aquí con cierta frecuencia".

Lori se refería al Marqués de Granton, cuyo título, Lord Stand Fast Severn heredaría algún día. Lord Granton era una persona muy tiquismiquis en cuestiones de sociedad, así que sería interesante ver cómo interactuaban él y Lori.

"¡Freddie!"

Se giró al oír la voz familiar y amada de Miles justo a tiempo para ser abrazada con fuerza y girada hasta que se mareó y se mojo

un poco gracias a gotas de lluvia errantes.

"¡Casada!" le susurró él al oído. "Enhorabuena, mi queridísima Fred". Le dio un gran beso en la mejilla, la soltó y dio un paso hacia atrás sonriendo. Pero Freddie, que le conocía mejor que a ninguno de todos sus amigos, vio preguntas en sus ojos azul celeste. Ojos que se fueron repentinamente hacia la derecha de Freddie, su sonrisa poniéndose rígida. Freddie sabía de quién se trataba antes de que abriera la boca.

"Plimpton. Qué bueno volver a verte", dijo Miles en un tono demasiado amistoso.

El duque inclinó la cabeza levemente. "Avington".

Freddie arrugó la frente ante la leve frialdad en su voz. Antes de poder examinarlo más de cerca, una bellísima mujer de cabello negro y un hombre que parecía un Galatea masculino, se acercó con dos niños pequeños, sus tonos tan parecidos a los de sus padres respectivos que Freddie se distrajo momentáneamente.

"Ven aquí, tú", Eustace Harrington, el Conde de Broughton gruñó mientras alzaba un niño tan carente de pigmentación como él. El niño pequeño rió encantado y volteó la cara hacia el cielo, sacando la lengua para saborear gotas de lluvia.

"¡Freddie!" Portia abrazó a Freddie, apretándola con fuerza sin dejarla respirar.

Portia luego se separó de ella y la examinó con detenimiento. "Eres feliz", declaró, con un leve acento italiano.

"Soy felíz", dijo Freddie de acuerdo con ella. Sintió algo tirando de la falda de color azul vincapervinca de su vestido de viaje y bajó la mirada para ver a una niña que se parecía tanto a su madre que Freddie rió. "¡Hola Isabelle!"

La niña levantó los brazos para ser alzada sin decir nada.

Freddie se sintió halagada. "¿Me recuerdas?"

Isabelle movió la cabeza afirmativamente.

Freddie le entregó el paraguas a la niña pequeña. "Vas a tener que sostener esto para que no nos mojemos".

Isabelle asintió de nuevo, y Freddie la alzó, emitiendo un gemido cuando la acomodó en la cadera. "¡Estás tan grande!"

Isabelle se limitó a sonreír.

Freddie miró a Portia y la otra mujer se encogió de hombros. "Todavía no".

Portia quería decir que Isabelle todavía no hablaba. Su hermano, Ian, por otro lado, no había dejado de hablar desde que su padre lo había cogido en brazos.

"Este es como su madre", dijo Portia, haciendo una mueca de orgullo mientras su marido le pasaba su hijo.

"¡Papá!"

Freddie se giró a tiempo de ver a Plimpton abrazar a una mujer joven. Estaba frente a ella y había cerrado los ojos, su expresión una de pura felicidad mientras abrazaba a su hija alta y esbelta.

Abrió los ojos, vio a Freddie de inmediato, y su rostro adoptó lo que ella llamaba su *sonrisa pública*, que era una casi imperceptible curva de sus labios. "Hay alguien que quiero que conozcas, Becca". Giró a su hija hacia Freddie. "Esta es mi esposa, Winifred".

Freddie había visto la miniatura de Becca, pero la chica era mayor de como estaba en el retrato. Se parecía tanto a Plimpton que Freddie se sintió instantáneamente atraída hacia ella.

"Hola, Becca, ¿te puedo llamar así?"

"Por supuesto, esto… su Excelencia".

Freddie sonrió. "¿Por qué no me llamas Winifred, o Freddie si quieres?".

Las cejas de Becca subieron, la expresión tan parecida a la de Plimpton que Freddie rió por ninguna razón salvo que estaba feliz. "Me alegro tanto de conocerte al fin. Me siento como si te conociera; he escuchado tantas cosas sobre ti".

La chica se sonrojó. "Yo también he escuchado cosas sobre ti".

"¿Sí?" Freddie se giró para mirar a Plimpton.

Becca rió. “No, no de Papá. Él nunca me cuenta nada. Es Honey la que habla de ti todo el rato. Ah, aquí viene”.

“Robert quiere a su prima”, dijo Honey, entregando su bebé notablemente gordito y sano a Rebecca, que parecía más pequeña sosteniendo al niño. Honey se sacudió los brazos. “Parece ganar un kilo con cada día que pasa. ¿Cómo estás, querida Freddie?”, preguntó ella antes de que Freddie pudiera hacer un comentario sobre el tamaño asombroso de su niño.

“Estoy bien”. Le devolvió el suave abrazo de su amiga.

“Somos hermanas de verdad, ahora”, murmuró Honey, y luego besó a Freddie en la mejilla. “No puedo esperar a que vivas en Whitcome. Nos podremos ver todos los días”.

“¡Eso no es justo!”, protestó Portia. “Stacy”, le dijo ella a su marido, sin importarle que él estaba en medio de una conversación con el Conde de Rotherhithe, el marido de Annis. “Quiero una casa al lado de Honey y Freddie”.

“Por supuesto, querida”, dijo Lord Brougham y luego se volvió hacia Rotherhithe y continuó su conversación.

“No creo que me haya oído”, le dijo Portia a Honey.

“Puedes venir a vivir con nosotros si demuestra ser testarudo”, le aseguró Honey. Pellizcó ligeramente la mejilla de Ian. “Y puedes traerte este monito contigo”.

El niño pequeño pensó que eso era muy gracioso.

“¿Dónde está Annis?”, preguntó Freddie, botando suavemente a Isabelle en su cadera y dándose una vuelta completa.

“Aquí, con Oliver”. Una persona menuda avanzó caminando patizamba y Freddie no pudo dejar de mirarla fijamente.

Portia se inclinó hacia ella y susurró. “Parece como que podría tener al niño en cualquier momento. Pero solo está de cinco meses, si te lo puedes creer”.

Annis apretó el hombro de Freddie y sonrió, sus enormes ojos azules haciendo que Freddie sintiera como que la otra mujer pudiera ver dentro de ella. “Ha pasado tanto tiempo, Freddie”, dijo con

suavidad, su mirada yendo hacia Plimpton, que hablaba con Becca, Piers y Simon. Bajó la voz aún más y susurró con júbilo: "¡Un duque, Freddie!"

Freddie rio.

"Solo se ha casado con él para superarnos en rango", agregó Lori, extendiendo los brazos. "Es mi turno con Isabelle". La niña cambió al abrazo de la otra mujer, y Freddie tomó su paraguas y sutilmente flexionó los brazos.

"¡Es como perder diez kilos en un instante, no?"

Freddie se giró al oír una voz francesa.

"¡Serena! Qué placer verte". Abrazó a la mujer hermosa, pero siempre ligeramente desaliñada.

"Te he echado de menos, Freddie", dijo Serena, su vientre duro chocando con el de Freddie y recordándole que Serena estaba, al igual que Annis, esperando un evento interesante dentro de cuatro meses.

"Qué bien volver a verte, Sr. Lockheart", le dijo Freddie al marido guapísimo de Serena que era un poco raro.

"Duquesa", murmuró Gareth Lockheart, inclinándose en dirección a Freddie antes de volverse hacia Lori y exigirle: "¿Dónde está Declan McElroy?"

Lori parecía divertida con su pregunta abrupta. "Todavía no ha llegado".

El Sr. Lockheart arrugó el entrecejo. "Me dijo que llegaría ayer".

"Sí, eso es lo que dijo cuando aceptó la invitación".

Lockheart seguía mirando fijamente a Lori, como si ella pudiera producir al hombre ausente si él la mirase con suficiente fijeza.

"Gareth, querido, no te preocupes tanto", le calmó Serena, tomando por el brazo a su marido y tirando de él hacia ella. "Declan es un muchacho grande; puede llegar a una fiesta en una casa de campo".

Gareth no parecía convencido por las palabras de ella.

Serena miró a Freddie que la interrogaba con la mirada y luego puso los ojos en blanco.

Freddie sabía que el Sr. McElroy era un amigo muy cercano de Lockheart que era un hombre muy hermitaño, pero Serena no sentía apego por ese hombre, que por lo visto, bebía mucho y era un mujeriego empedernido además.

Empezó a llover con más intensidad.

Lori entregó a Isabelle de nuevo a su padre y luego dio palmadas. "¡Pasad para dentro, todos! Os vamos a agasajar a todos con una merienda y luego os llevamos a vuestras habitaciones".

***

Plimpton se apoyó contra el ancho umbral de la puerta entre las puertas dobles del salón, con su copa en la mano y observando a su esposa que charlaba con sus amigos mientras un hombre bajito de mirada penetrante cuyo nombre ya había olvidado, estaba delante de él parloteando sobre una fiesta de caza al que se había unido hace un mes. Si había algo más tedioso que escuchar a alguien compartiendo una descripción minuto a minuto de una caza de zorros, Plimpton no podía recordarlo en ese momento.

"Hola, Gervaise".

Plimpton se giró al oír la voz de su hermano.

"Ah, Lord Simon". Dijo el hombre, por lo visto, era Gervaise. "Le estaba contando a Su Excelencia que…"

"La Srta. Middleton te está buscando, Gervaise".

"¿Ah sí?"

Por la manera en lo sorprendido que parecía y sonaba, Plimpton supuso que la gente tenía más costumbre en huir de Gervaise en lugar de perseguirle.

"Sí, parecía muy deseosa por hablar contigo. Deberías acudir a ella", le instó Simon.

Gervaise se miró al espejo que había encima de la chimenea, se alisó las cejas con el pulgar y el índice, y luego se terminó el

contenido de su vaso. "¿Dónde está?" preguntó, entregándole el vaso vacío a Simon.

Simon señaló. "Sigue por ahí y dobla a la derecha justo después de la estatua de Venus y no tiene pérdida".

El otro hombre se alejó deprisa.

"¿Le está buscandode verdad la Srta. Middleton?" preguntó Plimpton bebiendo un sorbo de su copa.

Simon resopló. "El hombre es un aburrimiento mortal, ¿no te parece?"

Plimpton miró a su hermano brevemente antes de volverse hacia Winifred.

"Se me ocurrió traerte una cucharilla, hermano". Simon sacó una cucharilla de postre del bolsillo pequeño de su chaqueta. "Aquí tienes".

Plimpton se quedó mirando. "¿Estás ebrio?"

Simon rió. "Ni un poco".

"Para qué diablos necesito una cucharilla".

Simon señaló hacia donde estaba Freddie sentada. "La has estado devorando con la mirada; se me ocurrió que una cuchara te podría ayudar".

Plimton soltó una risotada. "Muy gracioso". Hizo una pausa y luego dijo: "¿Se me nota tanto?"

Simon sonrió. "Solo para una persona que se ha pasado una vida viendo un Wyndham".

"*Hmm*".

"Puedo ver que la vida de casado te está tratando mucho mejor esta vez", dijo Simon al cabo de un momento, porque era la clase de persona que no se sentía cómoda si no estaba hablando.

"¿Hay una pregunta en esa colección de palabras?" preguntó Plimpton.

Su hermano rió y le dio una palmadda en el hombro. "El bueno de Wynd. No has cambiado para nada".

Simon, se dio cuenta él, no era un hombre muy observador.

***

La noche siguiente…

"¿A dónde ha ido Gareth tan deprisa después de la cena?" Lori le preguntó a Serena.

"Se ha ido para hablar con uno de nuestros lacayos sobre ir a la casa de Londres para ver cuando se ha ido Declan. O si es que se ha ido".

"¿Para qué quieres saber dónde ha ido Gareth?" Honey le preguntó a Lori. "¿Querías atormentarle un poco más?"

Freddie, Serena, y Miles rieron.

"No se llama tortura, *Honoria*. Se llama conversación", replicó con voz gélida Lori.

Honey hizo una mueca. "Simon dijo que hablar contigo ese como meterse un hurón vivo en los calzones".

Miles, que acababa de beber un trago, se dobló en un ataque de tos.

"Te lo mereces", dijo Lori, dándole una palmada en la espalda con más fuerza de la necesaria. Se giró hacia Honey, "y tú deberías estar menos preocupada por mi técnica de hacer entrevistas y más preocupada porque tu marido sepa algo sobre meterse roedores en los calzones".

Honey rió. "Yo dije exactamente lo mismo cuando me lo dijo".

Los hurones no son roedores; son comadrejas", corrigió Annis con suavidad.

Lori miró a la otra mujer con asombro. "¿Por qué diantres sabrías algo así?"

"Todo conocimiento es valioso", dijo Annis tranquilamente.

Lord Severn se acercó por detrás de su esposa. "¿Estás siendo maleducada con nuestros invitados, querida?"

"Por supuesto que no", replicó Lori. "Estoy siendo la anfitriona perfecta", agregó, haciendo que Miles tuviera otro ataque de tos.

Freddie había echado de menos a sus amigos, había echado de menos las cientos de noches que habían pasado juntos en la academia, bromeando y discutiendo y lentamente forjando unas amistades que mejoraban con cada año que pasaba. A menudo en el tiempo que había pasado desde que había cerrado la academia, ella había anhelado regresar a esos tiempos y apreciarlos más en lugar de tomarlos por sentado.

Y sin embargo, ahora mismo…

Miró al otro lado de la sala y su mirada se topó con la de Plimpton que estaba de pie hablando con Lord Simon y Lord Broughton. En realidad, Simon estaba hablando y Plimpton miraba fijamente a Freddie, con una de esas miradas evaluativas que antes la irritaban y ahora le hacían sentir como si pudiera ver debajo de su ropa.

Miles dijo algo que hizo que los otros rieran, pero Freddie no lo escuchó. En vez de eso, miró el reloj. ¿Cuándo sería el momento de excusarse amablemente e ir a la cama sin ser objeto de la siguiente ronda de bromas?

***

Una hora y media más tarde…

Plimpton tenía a Winifred estirada boca abajo debajo de él y le mordisqueaba el cuello mientras sostenía sus muñecas contra el colchón mientras la trabajaba con embestidas profundas de sus caderas.

Le gustaba tomarla de esta manera, hasta que ella llegaba al clímax, la primera vez, ya que el ángulo ofrecía una penetración mucho más profunda. Una vez que la reducía a una ruina parloteante e incoherente normalmente la rodaba hasta que quedaba boca arriba para poder ver su rostro cuando él la tomaba de nuevo, pero con mayor lentitud y retorcimiento la segunda vez, trabajándola lo más cerca del borde que se atrevía sin abocarla al precipicio.

Una y otra vez, la provocaba, negándole en el último momento y dándose un banquete con su frustración necesitada. Winifred, normalmente tan fría y comedida, se olvidaba a sí misma cuando no conseguía la liberación sexual que quería. A menudo le rogaba y a veces incluso le insistía. Una vez, hace una semana, ella incluso había usado una palabrota que él le había enseñado.

Plimpton no tenía ni idea de por qué disfrutaba controlando el placer de ella y negándose su propio orgasmo al hacerlo. Quizás era solo un impulso de macho por dominar. Pero nunca había sentido semejante impulso con ninguna otra mujer.

Quizás era porque Winifred era *suya* que quería poseer, explorar y dominar cada parte de ella.

Bueno, fuese la razón que fuese, él no se cansaba de provocarla.

"Wyndham, por favor", le rogó ella.

El deseo fue como una flecha directa a sus huevos ya dolorosos; el placer que sentía de escucharla rogarle era casi orgásmico en sí mismo. Seguramente le pasaba algo por disfrutar dde ello tanto. Pero decidió que daba tanto gusto que no le importaba.

Ella se retorció debajo de él, intentando instarle a que la follase más deprisa. Algunas noches la castigaba por ese comportamiento tan lascivo negándoselo aún más. Algunas noches la premiaba. El truco de jugar con ella era tenerla siempre en ascuas.

Ahora mismo podía sentir que iba de camino a su segundo orgasmo.

"Necesito…"

"Sé lo que necesitas". Se deslizó el dedo índice y el pulgar entorno a su verga, justo en el sitio donde ellos dos estaban unidos. "Me encanta sentirte estirada en torno a mí". Acarició la piel mojada y sensible de ella, sus caderas bombeando con más fuerza. "Adoro la manera en que tu cuerpo prieto y mojado me toma de manera tan…"

"¡Wyndham!" se estremeció ella, empezando a deshacerse.

"Toma lo que necesitas, querida", dijo él, decidiendo no seguir provocándola.

Esta vez, no se paró cuando el cuerpo de ella se convulsionó alrededor del suyo, sino que siguió, follándola a través de su clímax hasta lo que podría haber sido un tecerero, o quizás solo una extensión del segundo.

Solo cuando ella estaba obnubilada de placer, cedió él a su propia necesidad y la inundó de calor uniéndose a ella en un éxtasis desatado.

Cuando los pulsos de los dos se habían detenido en su carrera loca, rodó él de su cuerpo delicioso y se puso de lado para mirarla.

Ella había llevado su cabello suelto para agradarle, y era una tormenta salvaje y rubia alrededor de su cabeza. Le miró con pupilas todavía dilatadas de pasión. "Te amo, Wyndham".

Las palabras eran tan emocionantes la vigésima vez como lo habían sido la primera. Plimpton alisó los rizos sedosos de su cara, maravillándose de que esta mujer fuese suya. ¿Dejaría alguna vez de sentir esa sacudida de asombro que sentía cuando la miraba? Esperaba que no. Colocó una mano encima de su vientre que apenas estaba hinchado, una oleada de amor protector llenándole. "¿Has decidido contarle o no a tus amigos que esperas un evento interesante?"

Ella sonrió. "Ya que casi todos parecen estar esperando eventos interesantes parecidos, solo me parece justo. Y, me atrevo a decir que tú querrás contárselo a tu familia".

"Sí, pero no hasta que estés preparada".

"Estoy preparada".

"Bien". Plimpton le escribiría a su madre a primera hora de la mañana. Sabía que ella estaba deseosa de conocer a su nueva esposa, pero había estado de acuerdo en que sería mejor ir de Sweet Clover a Granton Castle. Especialmente ya que esta sería la última oportunidad que Winifred tendría para pasar tiempo con Piers durante un tiempo.

Plimpton sabía que su madre estaría encantada de saber que había otro nieto de camino. Había sido la viuda quien le había dicho que un parto era un evento muy distinto si una mujer realmente quería un bebé.

"*Has sufrido de manera suficiente por tu infatuación de juventud con Cecily. Y ella tuvo una vida desgraciada ciertamente, la pobre",* había dicho su madre después de la muerte de Cecily. "*Eres un hombre amoroso, Wyndham. Deberías casarte de nuevo. Esta vez, con una esposa de tu propia elección".*

Plimpton miró a la esposa de su propia elección y no pudo resistir darle otro beso, uno profundo y anhelante que les dejó a los dos sin aliento.

"¿A qué viene eso?", preguntó ella. "No es que me esté quejando".

"No hay motivo. Aunque sí que quería darte las gracias de nuevo por mi maravilloso regalo de bodas". Winifred había bordado una ilustración sorprendentemente fiel de Sweet Clover, completo con abejas que parecían tan vivas que él juraría que las escuchaba zumbar. Plimpton lo había hecho enmarcar y lo colgaría en su biblioteca en Whitcome, en un lugar de honor.

Ella rio. "Si te gusta mi costura, será toda tuya a partir de ahora".

"Desde luego que no te permitiré que vendas nada", le aseguró él.

"¿Crees que vas a disfrutar de esta fiesta, Plimpton?"

"¿Por qué no iba a hacerlo?"

"Me preocupa que te sientas desplazado, ya que los demás nos conocemos tan bien".

"Me gusta verte disfrutar de tu tiempo con tus amistades, Winifred". Incluso aunque sí que había querido ahogar a Avington brevemente por besarla el día antes. "Y estoy deseando conocer a tus amistades y sus parejas. Ya he tenido unas conversaciones interesantes con Lady Avington, Gareth Lockheart y Lord

Broughton". Hizo una pausa y luego agregó: "La Condesa de Avington es una mujer fascinante y algo intimidante".

Winifred rió. "Mary es muy hábil, y también tiene un corazón muy grande, aunque la intenta ocultar tras su fachada de mujer de negocios. Me encanta que ella y Miles hayan logrado que su matrimonio fuese más que una unión conveniente". Sus labios se movieron en un gesto. "He de reconocer que al principio pensaba que uno de nosotros iba a tener que ahogar a Mary por ser tan cruel con el pobre Miles".

Estaba claro que Winifred y sus amigas consideraban al pobre Miles como una especie de mascota, un papel que el conde apuesto disfrutaba. Bueno, Plimpton no podía culpar al hombre por disfrutar de su puesto especial; las mujeres de la Academia Stefani eran un grupo impresionante.

"¿Qué te parece el marido de Portia y el Sr. Lockhkeart?"

"Lord Broughton tiene la clase de experiencia de negocios que yo encuentro fascinante, pero de la que no sé nada. Lockheart es un poco… raro, pero está claro que es brillante. También me parece que está un poco obsesionado con su amigo ausente… ¿McElroy, no es así?" Su esposa asintió con la cabeza. "Lockheart dijo que podría ir a buscarlo si no hubiera noticias sobre su paradero mañana". Plimpton rara vez había conocido un hombre tan… Intenso, como Gareth Lockhear, por no usar una palabra mejor.

"Serena dice que el Sr. McElroy no está bien".

"¿Para qué viene a una fiesta en el campo si está enfermo?"

"No es esa clase de *no estar bien".* Ella le miró.

"¿Un dipsómano?", adivinó Plimpton.

"Eso parece. Por lo visto, Lockheart y McElroy son muy amigos, como hermanos, y han sido amigos desde que eran niños. Crecieron en un orfelinato, un lugar horrible, según Serena".

Plimpton grimaced. "It is difficult to imagine having such a beginning in life. It makes Lockheart's achievements all the more admirable."

"Él y McElroy son un equipo cuando se trata de adquirir nuevos negocios".

"Interesante", dijo él, distraído por los pechos de ella, que todavía estaban algo enrojecidos de pasión. Tomó un pezón en la mano, tocándolo con el pulgar. Se puso duro de inmediato.

El cuerpo de su esposa se sacudía con sus risas, haciendo que sus pechos se menearan de manera deliciosa. "Algo me dice que has terminado de hablar sobre el amigo ausente del pobre Sr. Lockheart".

"Tengo que reconocer que encuentro que otros asuntos son…", pellizcó con suavidad el pezón de ella, consiguiendo un siseo de ella, "… mucho más apremiantes".

"Nunca habría adivinado que tuvieras una capacidad de prestar atención tan breve".

"No para todo". Tomó el pezón de color rosa oscuro con los labios, chupando con fuerza.

"Ohhh. No, para todo", dijo ella, de acuerdo con él mientras deslizaba una mano hacia abajo hasta su púbis. "Algunas cosas a las que aplicas toda tu… esto, Wyndham".

"Una esposa tan buena", la alabó él cuando ella separó los muslos para que él la tocase.

"Eso intento ser".

Él rio ante la voz recatada y jadeante de ella, disfrutando con la manera en que las caderas de ella se inclinaban para brindarle un acceso mejor.

"Me encanta tu risa, Wyndham."

"¿Qué más te encanta? ¿Esto?" Empujó un dedo dentro del calor mojado de ella y la trabajó hasta que ella vibraba como un instrumento finamente afinado que solo Plimpton tenía permiso para tocar y dominar.

"Sí. *Eso",* dijo ella, estremeciéndose de placer.

"*Hmm.* ¿Qué te parece esto?" Plimpton rodeó con el dedo la fuente del placer de ella, toqueteando su pequeño capullito hasta que estaba hinchado y pulsante.

Las pestañas de ella se movieron. "Sí… sí. Me encanta eso".

"Entonces será mejor que te dé más de eso". Plimpton separó los muslos de ella más todavía y se colocó entre ellos y bajó la boca al sexo de ella.

Ella gimió. "Eso da tanto gusto".

Plimpton se regodeó ante las alabanzas de ella, aplicándose con más diligencia todavía.

Ella hundió los dedos en su cabello y de manera suave pero firme levantó la cabeza de él.

Él alzó una ceja.

"Soy tan avariciosa, Wyndham. Deberías dejarme que…"

Él gruñó y bajó la vista a donde sus dedos la tenían desplegada y vulnerable. "No eres ni la mitad de avariciosa que yo, Winifred". Tocó con el pulgar el manojo de nervios justo en el sitio *precisamente* correcto. "No debes contravenir la voluntad de tu marido".

Winifred gimió. "Me rindo", dijo ella, sus manos quedándose lacias y soltándole.

"Una esposa tan buena", la alabó él, y luego regresó a lo que más le gustaba. Con todo lo tentador que era hacerla pagar por su desobediencia momentánea, no pudo resistir hacerla correrse.

No pasó mucho tiempo antes de que su cuerpo entero se pusiera tieso y enarcase encima de la cama. "¡Wyndham!" exclamó ella, temblando mientras se dejaba llevar por el placer.

Verla descomponerse era realmente lo que le gustaba del día a Plimpton.

Los últimos temblores no habían desaparecido todavía cuando ella nuevamente ejercía presión en el cabello de él. "Sube aquí".

“Como ordene mi duquesa”. Se apoyó en las manos subiendo por el cuerpo lacio y saciado de ella, hasta quedar a su lado cara a cara.

Ella le sonrió trémula. “Te gusta dejarme sin sentido”.

“Sí”.

Ella soltó una risita adorable. “¿Soy la única persona en todo el mundo que sabe lo maravilloso, generoso y divertido que eres?”

“Solo tú, cariño”. La besó en la nariz.

“¿Cómo puedo hacerte tan feliz como lo estoy yo?”

Plimpton la besó de nuevo, demorándose esta vez. “Ya soy tan feliz que me siento culpable”.

“Dime que esta felicidad durará, Wyndham. Dime que nunca dejarás de amarme”.

“No voy a parar. De hecho, te voy a querer más, hasta que te hartes de mí”.

“¿Me lo prometes?”

“Te lo prometo con todo mi corazón, querida”.

Winifred tomó la cara de él entre las manos y miró no solo a sus ojos sino hasta dentro de su alma. “¿Siempre y para siempre?”

“Siempre y para siempre”. Plimpton la besó. Y eso, amor mío, es una promesa que estoy deseando cumplir siempre”.

Fin